



Rodríguez, Gustavo

Campo de Marte. - 1a ed. - Buenos Aires : Ediciones del Jinete Insomne, 2011.

302 p. ; 15x21 cm.

ISBN 978-987-25418-6-6

1. Narrativa Argentina . 2. Novela. I. Título.

CDD A863

Fecha de catalogación: 12/12/2011



Campo de Marte por Gustavo Miguel Rodríguez se encuentra bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 3.0 Unported.



Talcahuano 256, piso 2,  
Ciudad de Buenos Aires, Argentina.

Corrección: Francisco Godinez Galay

Diagramación: Inés Binder

Imagen de tapa: *Rojo*, de Gerardo E. Rodríguez.

# Campo de Marte

Gustavo M. Rodríguez



colección **narradores del sur**



a ERM  
en memoria



# I

La cocina, una estrecha habitación ganada al sector del archivo, anafe de dos quemadores, pileta precaria y grifería en el tabique divisorio de madera aglomerada, aroma de café recién hecho, café fuerte como le gusta prepararlo a doña Sara, ameba que invade las oficinas en penumbras, sus dueños aún no han levantado las celosías, falsos ciegos, hay que preservar el fresco de la noche y proteger el encierro, más de cuarenta y ocho horas de vida suspendida. En los pasillos se forman grupos para comentar el fin de semana, sábado y domingo libres, privilegio del empleo público, extrañándose de todos modos, aguardando el lunes para compartir las hazañas, si no para qué hacerlas. Esa hermandad, esa logia que se reproduce en los trabajos seguros, cómodos y bien pagos, empresas estatales, estabilidad y vacaciones, conquistas y herencia de Perón, sin recompensas y sin castigos, trueque por corderos degollados. Escucho risas y burlas afectuosas, no hay ofensas, todos servimos y comemos en el mismo plato. Llegan algunos demorados y su paso se ve entorpecido por aquellos que se resisten a iniciar las tareas. Los que logran llegar a sus puestos descubren máquinas de escribir, abren armarios de metal, retiran carpetas y las mesas se cubren de expedientes; ruidos de teclas,

hojas, puertas y cajones nos acompañarán durante siete horas corridas, otra conquista de las luchas sindicales, almuerzo, tarde y noche nos pertenecen. La ceremonia del reencuentro continúa, nadie tiene apuro, y yo abro el segundo cajón de la derecha de mi escritorio, donde hay un bloc de hojas cuadriculadas, ordinario, sin tapas, en el que vuelco notas, apuntes, literatura clandestina para ampliarla en un tiempo futuro, cuando los días serán lentos y podré desarrollarla sin urgencia. Es así como pretendo doblegar mi indisciplina y mi desidia.

Los grupos se dispersan, los pasillos quedan vacíos, la mañana del lunes continúa la tarde del viernes, doña Sara y su carro tropiezan contra paredes y rincones, a falta de bocina y de campanas las tazas se rozan anunciando que ya viene el puesto ambulante, que ya recorre las oficinas sirviendo mazamorra negra, repartiendo hostias y bendiciones. Su cuerpo generoso maniobra en los espacios mínimos, reconoce cada recoveco, saborea salientes, se refriega en las aristas, gira que te gira *al compás del tamboril*, vibra la cadera de esclava colonial, dónde quedaron los patios rojos y los aljibes, los jazmines y las niñas punzó, labios gruesos y aros de oro, pañuelo para ocultar los cabellos, cuernos inocentes sobresaliendo del nudo superior, yelmo que se desarma durante la noche, cascada morena que se ordena cada mañana para disimular la lujuria insatisfecha y presentarse en la cocina como Dios manda, desde la loma baja la murga y el candombe, percusión de colgantes, pulseras y anillos, doña Sara lee la suerte y el destino en las miradas, sabe de nuestros pesares y de nuestras alegrías, testigo de casamientos, partos y divorcios, el exceso de pintura en los labios cae derretido, manos húmedas acarician las mías al alcanzar la taza caliente, caricia que se reitera cada mañana, promesa de avances en días por venir, delantal blanco que ahoga el talle y le da relieve



a los pechos, sin la acumulación de las manchas que se irán sumando hasta el viernes, vigente el lavado del domingo, perfume a jabón, tela tibia, sol que no termina de retirarse: *Santa Sara, protégeme, soy tu hijo, no te olvides de mí.*

La agitación termina, el carro y el candombe se alejan en busca de nuevos devotos y los que hemos comulgado continuamos los rezos sobre los papeles pendientes, inútiles problemas sin resolver, pecados nuestros de cada día, la taza en el altar, pequeño caldero.

El vacío de doña Sara produce una tregua, una extensión del sueño bajo el resplandor de los tubos fluorescentes, la espalda rígida, las manos detenidas en un renglón cualquiera de un expediente cualquiera, la mirada que no engaña, caricaturas, muñecos de cera nos reemplazan mientras viajamos con rumbos diferentes, cada uno huye como puede, mis oraciones me llevan junto al cuerpo abandonado al amanecer (me he vestido y arrojado a la calle en silencio, una destreza entre tantas carencias), Liliana se desliza hacia el espacio vacío, empieza a abrirse, va detrás del alivio porque el calor amenaza y es necesario encontrar sitios frescos y en sombras sin rastros de piel ajena, y ahí está, al alcance de la mano, un borde sin dueño, zona que me perteneció durante la noche y que comienza a enfriarse con una velocidad mayor a la deseada.

~

La mano se desplaza por el papel cuadriculado del bloc de notas, sigue la huella de mi escritura, dibuja una línea que sigue las ondas de un lago alterado por la caída de una piedra, textos que se desvanecen en la orilla. La mano se detiene. Costura seca señalando el límite del avance de las aguas. Resaca.

Dejo el bloc de notas y miro las calles internas del parque industrial: construcciones apresuradas crecidas al amparo de promociones y exenciones impositivas, patios traseros de fábricas textiles y metalúrgicas donde se acumulan desechos y malezas, hileras de álamos, fragmento de ruta que une Trelew con Esquel, la cordillera y los lagos, etapa intermedia en el Valle de los Altares, enormes bloques de rocas erosionadas.

~

Caen cuatro dioptrías, miopía al desnudo. Edipo rey. Acerco el bloc a mis ojos. Las palabras se disuelven en la porosidad y en las irregularidades de la hoja, en la aspereza, y se unen a las finas escamas superpuestas, a las fibras que se desprenden y caen al suelo. Olor a encierro y a papel viejo. Alejo el texto hasta donde lo permite la extensión de mis brazos. Una mancha borrosa.

~

*Agencias de autos usados, descartes de varias manos, cementerio de automóviles, paraíso de Fernando Arrabal, plan rombo, plan óvalo, círculo de ahorro, cuarta dimensión de la geometría, causa de desvelos y postergaciones, terror y miseria de plazos mensuales pudriéndose a la intemperie; mercado Tiki-Taka, no acepta promesas de pago, deje los billetes y las monedas sobre el mostrador, pase y vea, fruta y verdura del valle, carne de la cordillera, pastas caseras; local de venta de hielo, leña y carbón, sin movimiento a esta hora, antesala de asados familiares, magros y fibrosos corderos de la meseta patagónica, ofrendas al culto dominical; taller para todo tipo de letreros, colectivos, camiones y acoplados, los mates amargos de mi madre fueron lo más dulce de mi vida, fileteado y sabiduría popular ausentes en este anuncio de letras de molde; talleres de electricidad y reparación de automóviles,*

*enjambre de cables, rodamientos sin dientes, estopa saturada de grasa, incrustaciones de carburadores remojándose en acarolina, crucetas de cardan con espaguetis al pesto, radiadores al baño María, corrosión de satélites y planetarios, el universo agoniza, motores en carne viva, mujeres desnudas en las paredes; viviendas de bloques sin revocar y cercos vencidos de madera o alambre tejido, techos planos y tanques de fibrocemento; otras viviendas, señoritas estrechas, yo no soy de éstas, frentes renovados, ampliaciones recientes y rejas de hierro, préstamos hipotecarios, más terror y miseria; neumáticos sostenidos con cadenas a las ramas altas de los árboles, prohibido hamacarse con vestidos de muselina blanca y trajes de lino; hospedaje La Criollita, cortinas delicadas, puntillas y cintas, esmero de propiedad nueva redimida del prostíbulo según advierte mi ángel protector, puerta principal abierta que descubre el interior de la sala de estar, los sillones rígidos, la mesa donde un viajante ordena sus papeles ajeno a la combinación de lavandinas y detergentes, hoy es día de limpieza general; bar Sagitario, escaso de muebles y de luces, la casa protege el anonimato de sus clientes, mostrador de la pulpería de Santa Lucía, huellas de la mazorca, era rubia y sus ojos celestes y cantaba como una calandria, estantería con botellas de ginebra, de grapa y de caña, botellas con suficiente distancia entre ellas para ocupar el estante, espejo que disimula huecos y carencias, mozo en el salón vacío, brazo izquierdo en la mesa central, brazo derecho sobre las piernas cruzadas, pava y mate desafiando a la vajilla del bar, mozo solitario a la espera de los primeros parroquianos que se demoran, ya empezarán a caer y no se irán hasta la madrugada, mozo que delata otro origen, peón en el exilio, perro ovejero huyendo de las tablas de la ley, la mirada que choca contra el vidrio de la misma ventana que me tiene de testigo fugaz en la calle, los dos en el*

*exilio, los dos huyendo, mirada que es devuelta por la superficie del vidrio para quedar atrapada en los límites del bar, pude no haber desviado los ojos de mi camino y continuar ignorando su existencia como él ignora la mía, pude no haberlo visto pero lo veo, escultura de piedra; patios con basura acumulada, maderas inútiles de encofrado, latas y tambores a la espera de una mejor cotización de la chatarra en la Bolsa de Nueva York, esqueletos de heladeras y lavarropas, también motivos de desvelos y postergaciones que se pudren a la intemperie; ropa tendida que aún chorrea, alguien confía en el viento ahora que el sol ha desertado; paredes ciegas de fábricas, custodios de telares suecos y alemanes, gendarmes de la industria textil; escombros, aguantaderos, lugares propicios para violaciones y robos, potreros de fútbol; barracas y depósitos de lana, columnas y vigas de hierro, portones metálicos con un resquicio para ver los fardos, las balanzas, el polvo en suspensión, el paciente trabajo de las ratas y sentir el olor de lana sucia y cuero seco; lámparas de mercurio encandilando fachadas y laterales, área protegida, campo de concentración; estaciones de servicio donde los tanques rebalsan y la nafta se suma a los ríos de aceite preparando una nueva inundación, superior a la de 1899; baldíos y más basura; calles de tierra y veredas de tierra, costurones de barro viejo, huellas congeladas de los carros de la colonia; abundan los perros sueltos y el concejo decide exterminar aquellos sin patente en la forma más práctica, perros y más perros, la ordenanza de 1906 aún sin cumplir, encadenados y sueltos, detrás de las rejas o en jaurías feroces, se estimulan unos a otros y se suman ladridos de barrios lejanos; avanzo rodeado por la jauría, los perros preparan el asalto final; ladrillos bendecidos, casas de Dios, ruinas de San Ignacio, templo pentecostal naciente, hay vida en Jesús, obra misionera evangélica bautista, ministerio*

*de restauración, capilla Cristo obrero, iglesia de los cristianos de la fe evangélica cita con la vida, asfalto de la calle Colombia, luces de Trelew y fin del parque industrial, yo estaba perdido pero tú iluminaste el camino de mi salvación.*

## II

Sábanas húmedas, calor, aturdimiento, zumbido monótono de la cañería del tanque de agua a cinco metros sobre mi cabeza, incomodidad, transpiración: el bochorno de este domingo de enero.

Liliana ha dado por finalizada la siesta y está bajo la ducha. Siento el agua golpear en la mampara de vidrio y aluminio, deslizarse hasta alcanzar el desagüe, unirse a las corrientes subterráneas llevándose los desprendimientos del cuerpo que me abandona sin prisa y sin pausa. El sol calcina las paredes y el aire de la habitación es sofocante. Estoy molesto y empapado. Busco la carta de Ernesto en el desorden de la cama y la encuentro en el suelo, junto a libros y suplementos culturales de los diarios, aún intactos. Me he dormido antes del ingreso de Liliana en la cama, si es que ella lo ha hecho, con el sobre de papel transparente en la mano, colores de Francia y ondas paralelas de tinta negra sobre las estampillas, la carta sin leer, que se fue desplazando hasta llegar al suelo para confundirse con la corte de los milagros. Incapaz de concentrarme, vencido por el calor y los restos del sueño, no puedo retener las primeras líneas, se confunden los trazos, los párrafos son bloques uniformes. En el techo inclinado,

la humedad abre caminos, senderos sinuosos que eluden obstáculos, granos de arena, imperfecciones del cemento. Durante meses, nuestras cartas unieron Trelew y París, propuestas de Ernesto y rechazos de mi parte, nuevas propuestas, idas y vueltas que culminaron en el diseño de este dormitorio y de esta casa, dos alas en ángulo recto, cada una con su techo en pendiente, toboganes que descienden sobre el patio interior, anfiteatro de dos gradas, la orquesta y la escena truncas por causa de la pared medianera, tercera grada ausente para dar lugar al segundo patio, más extenso, donde crecen el aromo, el ciruelo de jardín y dos jóvenes abedules, frágiles y temerosos, lejos de las estepas rusas, plantados la noche del 31 de diciembre de 1979, minutos antes de las sirenas y de los fuegos artificiales.

En el techo, el cemento y las estructuras de hierro tienen atrapada la foto de Brassai, mi santo Grial, *Les escaliers de la Butte*, Montmartre, 1936, contraluz, domingo temprano de otoño a juzgar por la ausencia de parisinos y turistas y por los árboles desguarnecidos que se elevan en ambas márgenes y que intercambian sus ramas, armando una bóveda entre ellas, un tejido de alambre, sin impedir que se filtre la luz, columnas de alumbrado con trama de confesionario envolviendo las lámparas, barras verticales con el extremo superior abierto en tridente, y sobre ellas, la baranda que se utiliza como sostén para evitar las caídas que la superficie irregular de adoquines estimula y provoca por la desidia y torpeza de los albañiles franceses, ignorantes, no escucharon los consejos del abuelo Miguel que hacía docencia en los andamios. Desde mi cama trepo por la escalera invertida, su pendiente es la pendiente del techo, un pedazo de Montmartre en mi dormitorio de Trelew. Y en el boulevard, una *coupé* negra arruina la composición, Brassai dispara el obturador a destiempo, la extrema soledad de ese

domingo de otoño fracasa, un intruso se interpone, ¿por qué no Ernesto, luego de medir el ángulo y anotararlo con su Caran d’Ache número tres, Ernesto que huye en la *coupé* negra y deja el registro de su paso con cuarenta años de anticipación?

~

Abro la puerta del baño y el vapor acumulado se escapa por el pasillo. La luz de la tarde dibuja a Liliana en la mampara. Puedo seguir cada movimiento de la mano recorriendo el cuerpo con la pastilla de jabón, su esmero, su paciencia, esa paciencia que hace tiempo ha perdido cuando se trata de recorrer mi cuerpo. Empiezo a afeitarme con la esperanza de verla reflejada en el espejo. Pero no es mi día de suerte, se confirma la hermeticidad de la mampara. Por fin el baño se termina, las llaves se cierran y Liliana sale envuelta en la toalla, los hombros desnudos. Al pasar a mi lado, se cuida de tocarme. El espacio es mínimo, pero igual lo logra. Ella también ha depurado sus destrezas. La hoja de afeitar se lleva la barba confundida con la espuma y descubre la piel seca, tirante, el cuero de víbora que se desintegra sobre las rocas bajo el sol del verano. Liliana regresa para dejar la toalla y ya está vestida. Me sorprenden su pericia y velocidad. Limpio una zona del espejo. Aparecen los surcos ganados a la espuma y al jabón y, en el margen derecho, los ojos de Liliana.

— *¿Te falta mucho?*

— *No.*

— *Ya está el café.*

Retiro los restos de espuma y ordeno la brocha, la crema y la máquina de afeitar. Más tarde me ocuparé de las zonas sensibles. Sigo a Liliana hasta la cocina sin poder reducir la ventaja que ha obtenido en la partida. Cuando llego está sentada, su respiración es normal, no



hay evidencias de pulso alterado, las revistas de costura lucen desplegadas sobre la mesa, un alarde más de su destreza.

– *Escribió Ernesto.*

– *Vi el sobre. La leche está caliente.*

Dejo el café sobre la hornalla. Santa Sara, no me abandones.

– *No es necesario. Podés hervirlo.*

Liliana ceba su mate solitario y estudia los moldes, los mapas estelares, cuadros de Jackson Pollock guiando la moda y la alta costura. Quiebres corporales y pesos que se desplazan, movimientos simulados para lucir un traje, un vestido, una blusa, el mate suspendido en el aire, ojo ciego en las alturas, la rigidez se adueña de los gestos, la mano libre recorre las líneas de colores, se empeña en reconocer el camino correcto y evitar las tentaciones, la mano busca una salida en ese laberinto clausurado.

Me acerco a la ventana y aparto la cortina. La calle está desierta y retiene el calor de enero. Un vaho caliente se desprende de la tierra. Lo veo subir. El cielo bajo y espeso cae sobre los techos; los hunde. Bordes blancos revelan capas superpuestas de nubes que luchan por un lugar de privilegio. Contraste y turbulencia. Los frentes de las casas se desprenden de trozos de cal, troncos de eucaliptos mudando la corteza. El asfalto se evapora y se une a la tormenta. El pantano de Trelew abandonado sin misericordia. Domingo de descanso en las playas de Rawson y Puerto Madryn. Aún no llueve. Nadie regresará hasta el final del domingo. Se quedarán hasta que el agua apague el fuego de las calles y de la ciudad.

~

Damián se despierta. Liliana abandona a Pollock y se adelanta a mi lenta respuesta, detenido en la ventana y en la tormenta exterior. Escucho sus pasos por el pasillo, la puerta del dormitorio, las protestas de Damián, sus gritos y lágrimas. La madre decide una vez más. Hora de levantarse. Abandono la cocina y recorro el mismo camino de Liliana. Los miro desde la puerta. A Liliana le disgusta mi presencia y se retira con fastidio. No acepta espías, ella sabe cuidar a su hijo. Un incidente menor que bastará para que no me hable. Pasarán las horas, pasarán los días y no me hablará. Damián está en la cama, a medio vestir, con la mirada en el suelo. Digo palabras al azar, recuerdos, historias deshilachadas. Un rezo para dioses que no escuchan. Damián continúa ausente. La oración no se interrumpe.

~

Liliana y Damián salen de visitas, a casa de doña Ángela a intercambiar recetas de cocina, la tarde transcurre apacible entre ingredientes y temperaturas de cocción, hasta que se cruza la ingratitud de Angelita, se olvida de doña Ángela, no tiene tiempo para su madre, ojalá Liliana fuera su hija, ella le trae al nieto postizo, pensar que por esa ingrata ha venido al sur, a la vejez, lejos de las arboledas de Villa del Parque, a morir en esta tierra de desolación, maldice su suerte y llora su desgracia. Y de la casa de doña Ángela a la casa de Leticia, la más bella de todas, domingo franco, día en que sus amantes lavan los pecados en familia, Leticia se acicala y recibe a Liliana, ayudante improvisada de peluquería, sabe teñir, no se anima con el corte pero toma revancha con vestidos viejos, en ese quehacer no le tiembla la tijera y el lunes, como Santa Sara, Leticia comenzará la semana con uniforme limpio o con

estreno, una conquista nueva puede merecerlo. Por último, Silvia, construyendo cada día el caparazón que protege los restos de belleza, despreciada por su marido, reemplazada por mujeres jóvenes y exuberantes, las he visto, las he deseado en secreto; y Graciela, su hija, menos delicada que Silvia, la cruza deteriora, los genes paternos hicieron de las suyas, profesora de geografía y alcohólica por aburrimiento, una hoja seca, un papel caído, pueden dar con ella en el suelo y hacer de su mandíbula una ralladura, heredera de la tradición familiar, abandonada en el altar, con el ajuar completo, disponible para otra oportunidad, que se demora, hay indicios de resignación, ajuar que suele ventilar los días tibios y serenos, seda y encajes, vuelo blanco retenido por broches y alambres, perfume virgen de la boda que se libera, que supera paredes, pasillos y puertas y se asoma a la vereda como un vecino cualquiera.

Este es el programa para Danián. El auto se pone en marcha, retrocede y baja a la calle. Escucho la modificación de la palanca de cambios, la acelerada violenta, el pasaje Córdoba como pista de despegue, espero el nuevo cambio de velocidad que no llega, Liliana ahorra energías, son apenas ochenta metros hasta llegar al cruce con la calle 25 de Mayo donde deberá frenar y reiniciar la marcha, entonces sí, tal vez haya lugar para una segunda y hasta para una tercera velocidad, dependerá de los obstáculos, de los autos que se crucen, de los peatones imprudentes, de la luz de los semáforos.

Miro el espacio vacío, las baldosas, las manchas de barro y de aceite, el humo que se dispersa.

~

Ya no hay lágrimas ni gritos, la casa está en silencio, descansan los electrodomésticos, el lavarropas y la encerradora, los radios y los televisores, tuvieron

suficiente vapuleo durante la mañana y hasta después del mediodía, no hay día del Señor ni fiesta de guardar, el dormitorio está en orden hasta la noche, ignoro cuándo lo hizo, la sábana sin pliegues, la colcha lista para usar en caso de brisa repentina y los diarios apilados, la siesta cancelada sin retorno, en el baño no hay huellas de la ducha reciente, en los pasillos se respira la colonia de Damián y el perfume de Liliana, mi sombra se deforma en los quiebres de las paredes.

~

La carta de Ernesto descansa en mi mesa de trabajo: máquina de escribir Olivetti Lettera 22, verde, industria mexicana, lámpara de mesa y potente JVC, cintas normal, cromo y metal, dos sillones *berger* que sobreviven de antiguas mudanzas, lámpara de pie, biblioteca en módulos, armada en varias tardes de fervor, retiré libros de los estantes y paso de uno a otro, pierdo interés, los abandono, atrás quedaron las seis horas diarias de lectura de los primeros años en Trelew, los relámpagos se reflejan en los vidrios y en las superficies brillantes, tormenta inminente, amenaza de lluvia, aire en suspenso pronto a desatarse en violento vendaval de viento, oscuridad que avanza más allá de los límites del haz de luz de la lámpara y que sepulta en sombras la casa, el jardín y las viviendas cercanas. Cierro los postigos de todas las ventanas. Aseguro los cerrojos y pasadores. Escucho las arremetidas del viento. Afuera pasa una tarde más de domingo. Todas las previsiones son pocas, nunca se sabe.

~

Breve como las cartas anteriores, con el pudor de todas ellas, hechos cotidianos, noticias del fin de semana, planes para las próximas vacaciones y las nuevas travesuras de sus gatos. Se me ocurre que Ernesto las escribe en el correo, y su mayor o menor

extensión, depende de los clientes que lo anteceden o de la rapidez o parsimonia de los despachantes. Breve y pudorosa para anunciar su primera exposición en París.

~

Alcanzo a ver la lámpara que pende del techo de la sala de la Biblioteca Popular de Coronel Dorrego, los caballetes en semicírculo, el bodegón, óleos y trementina, los discípulos huérfanos, ha muerto Antonio del Río, el maestro, pintor de pescadores en Monte Hermoso, de la espera de hijos y mujeres a la orilla del mar, del rescate de la flota al anochecer, la familia entera arrastrando los barcos al pie de los médanos, de marineros descargando la bodega y de mercaderes repartiéndose el botín, la noche es corta en los bares, en los hoteles baratos, en las mujeres abiertas y, al amanecer, el camino inverso, los barcos embisten las olas y otra vez a esperar, que la pesca sea abundante, que no haya tempestades, que los pescadores vuelvan a casa.

Antonio del Río, pintor de la llanura, de los montes de eucaliptos, de las barreras de álamos, de peones rurales trepados a las bolsas ajenas de cereal, de arrieros y tropillas, de cielos amenazantes, de campos de Coronel Dorrego en tiempo de verano y de cosecha.

~

Más tarde, el taller de Dávila en Buenos Aires, en la calle Talcahuano, el tercer piso para la pintura, las habitaciones abiertas a la galería que rodea el pozo de aire, excepto la oficina final, ocupada por dos arquitectos, donde pasó su última noche Oberdan Sallustro, director general de Fiat Argentina, secuestrado la mañana del 21 de marzo de 1972 por los comandos “Luis Pujals” y “Segundo Gómez”, *para*

*castigar a las patronales burguesas por la represión y las cesantías de los obreros cordobeses, el estudio de arquitectos cárcel del ERP, la brigada militar llega al edificio de la calle Talcahuano unas horas después de la huida de los secuestradores con su presa, sabuesos y baqueanos dudan, husmean el piso de las bellas artes, las alumnas cómplices y encubridoras reciben su merecido, señoritas patricias, orgullosas de las fuerzas armadas, se hunden en la bosta de su propia hacienda, las manos militares se demoran confirmando la hinchazón de las ubres, *son mis alumnas, respondo por ellas*, Dávila se interpone con heroísmo y sacrificio pero no es correspondido, la brigada se esmera en la búsqueda, destroza muebles, levanta revestimientos, pero no encuentra dibujos de Sallustro realizados por **Ciro Bustos** y declara la inocencia demasiado tarde. A las alumnas se les extiende el correspondiente certificado de preñez y son expulsadas del paraíso. La brigada cierra las braguetas y reanuda su marcha siguiendo un nuevo rastro; sin embargo no llegará a ver la ejecución de Sallustro, es el precio que paga por demorarse en placeres mundanos, el maestro riojano y el alumno dorreguense solos en el taller violado, las alumnas no volverán, y ellos serán sorprendidos por la madrugada en el intento de ahuyentar el miedo, la vergüenza y la humillación, intento que, a pesar del esfuerzo, se revelará inútil, a partir de ese día nada será igual.*

~

Abril de 1972, soldado conscripto en Campo de Mayo. Pude ser integrante de la tropa militar que siguió la ruta de Oberdan Sallustro y asaltó el taller de Miguel Dávila.

~

Según confesión de la mañana del 24 de marzo de 1974, mientras recorríamos galerías clandestinas en el centro de Buenos Aires en busca de dólares, traficantes bisoños, dábamos pena en los prostíbulos financieros y en las calles del Bajo, temblando de miedo con los billetes pegados a la piel, Ernesto murió por primera vez con Antonio del Río, y tuvo su segunda muerte la tarde de la invasión al taller de Miguel Dávila.

La confesión fue ampliada por la tarde, en la sala de espera del aeropuerto internacional de Ezeiza, antes de subir al avión que lo llevó a Francia en aparente viaje de estudios, motivo verdadero fuga y misterio, desertor y visionario, *la historia la escriben los vencedores*, donde parece haber resucitado y gozar de buena salud, según se desprende de la prueba que el servicio de correos ha depositado en mi buzón.

A través de los postigos, de las ramas del ciruelo y del aroma, el resplandor de la tormenta en las chapas oxidadas, los relámpagos que iluminan trastos y basuras acumulados en los techos. A lo lejos, descargas eléctricas. La lluvia cae sobre el mar.

~

Los últimos trabajos de Ernesto en Buenos Aires fueron dibujos en bobinas de papel, líneas continuas y veloces intentando detener la modelo en movimiento; el sol de mediodía sobre los manteles de la cantina de Arenales, los hermanos Ferrari preparando la auténtica pizza piamontesa; un carro sobreviviente de la colonia tropezando en el empedrado húmedo y desaparejo; el diariero de la sexta edición mientras sube la escalera del subterráneo de la estación Agüero, lo veo pasar, escucho su voz, veo cómo lo atrapa el Caran d'Ache de Ernesto y queda en mi memoria, acerco el catálogo

a mis ojos, *en pintura sólo queda repetirse, quien hace figuración se aproxima a Francis Bacon*, papel ilustración, rostro deformado, mueca feroz, mancha roja que nace en los labios y se derrama, tanta nieve en los Campos Elíseos y paseos en Bretaña y Normandía, vacaciones en Grecia y cruces del Canal de La Mancha, veranos en el sur de España, Bienal de Venecia, *la ciudad más bella del mundo* y ahora, en la soledad de Trelew, en la casa oscura y cerrada, con el viento batiendo las paredes, llega este grito, este pedido de auxilio.

~

Mientras Ernesto extendía el viaje inicial y decidía quedarse en París, investigar la construcción de viviendas industriales, recorrer museos y galerías, yo llegaba a la Patagonia, al hotel Oviedo de Trelew, en mitad de la loma, abajo la ciudad hundiéndose en el pantano de arcilla expansiva y arriba los cabecitas negras, los tehuelches, los chilotes, en sus ranchos, a salvo de las inundaciones, hotel atendido por el dueño y su hija, galleguita que revoloteaba mientras yo leía en el hall y ella simulaba remover la tierra de las macetas, se inclinaba, me ofrecía sus pechos jóvenes, en ese comienzo ignorábamos que pasarían diez años sin vernos, apenas unos días atrás estábamos en Buenos Aires, escuchando *El show del minuto*, haciendo una pausa en el estudio para el café o el mate, cómo saber que él estaría a orillas del Sena y yo rodeado de tribus y tolderías, con los trabajadores de la electricidad trasladados desde el norte, durmiendo hasta el mediodía del domingo en el mismo hotel Oviedo, después de pasar la noche en los prostíbulos, y levantarse para esperar en las cabinas telefónicas el momento de hablar con las familias de San Juan, de Mendoza, de Santiago del Estero, hombres sin más deseos que cobrar la diferencia por zona desfavorable



para sumar a la futura jubilación, regresar cuanto antes a sus provincias y olvidarse, como doña Ángela, de esta tierra de desolación.

~

Un viernes de junio, a la salida del trabajo, Catherine Davies dejó sobre mi escritorio la primera carta de Ernesto. Allí estaba su letra inconfundible entre carpetas y expedientes.

Catherine preguntó si podía quedarse con la estampilla.

— *Es una de mis debilidades.*

Recorté el sobre. *Liberté, égalité, fraternité.* Madre Francia.

Caminamos por los pasillos, sumándonos a los grupos que abandonaban las oficinas hasta el próximo lunes. Catherine parecía feliz con su trofeo de un franco. La semana anterior, había ido desde la terminal de ómnibus al hotel Oviedo y desde allí, a la oficina de Catherine, a la entrevista con el jefe de personal. Una hora en su compañía, en silencio, viéndola atender el correo y clasificar la correspondencia. Salvo por esporádicos sonidos de máquinas de escribir o por la campanilla de un teléfono lejano, el edificio se me ocurrió vacío, sin ninguna presencia detrás de los tabiques de madera y vidrio esmerilado. Sólo ella y yo. Se detuvo antes de llegar a la puerta exterior.

— *Me esperan.*

Entonces no supe si se trataba de advertencia o fastidio. Ahora tampoco lo sé.

— *Viajo todos los días. Vivo en Gaiman.*

Catherine tomó un extremo de la bufanda y realizó dos vueltas rápidas alrededor del cuello. Danza virtuosa de la mano.

— *No lo cambiaría por Trelew.*

La vi irse, indiferente, bella, disimulando su cuerpo en las líneas rectas del uniforme de secretaria, sin maquillaje, sin adornos, la cara oculta de la galleguita y de Santa Sara.

A partir de esa primera carta, las siguientes empezaron a llegar al hotel Oviedo. Recortaba las estampillas para Catherine y las dejaba sobre su escritorio. A veces la veía trabajar, inclinada sobre los libros donde registraba la correspondencia. Otras veces, la intuía en el pasillo y sentía su mirada. No volvimos a hablar ni a caminar juntos. En el mes de diciembre, Catherine renunció a la empresa para dedicarse a criar hijos en las chacras de Gaiman y la Secretaría fue ocupada por su hermana mayor. Seguí dejando estampillas a su nombre. Un día dejé de hacerlo. A veces suelo ver a Catherine en los comercios y plazas de Trelew, o en la ribera del río, en mis escasos viajes a Gaiman, indiferente y bella como años atrás, cuando caminamos juntos por los pasillos y pensé que no iba a separarme de ella nunca más.

~

Rumbo a la parada de ómnibus, en la calle interna del parque industrial, en el medio de un torbellino de hojas secas, mientras Catherine se alejaba con su compañero, abrí el sobre de Ernesto, especial vía aérea, franjas oblicuas, rojas, blancas y azules, bordeando el perímetro rectangular. Había una postal del Puente de las Artes emergiendo de la niebla del Sena, atesorando los tonos negros debajo de sus arcos. Detrás suyo, París, disuelto en grises y en la ausencia de formas.

*Le Pont des Arts. Magnífico. Inalcanzable.*

~

Damián ha terminado su recorrido y recibe su premio: el parque y la calesita. Es el único jinete que gira y yo el único espectador. Final de la jornada, el encargado pide que nos retiremos, un solo boleto no engorda la hacienda.

En la pista de cemento del parque, los últimos patinadores ensayan acrobacias y nosotros los miramos apoyados en la baranda protectora.

Llevo a Damián a las hamacas. Lo veo elevarse y regresar. En cada intento, alcanza mayores alturas y velocidades. Pienso en mis hojas cuadriculadas y repito palabras en silencio que escribiré en la mañana del lunes.

~

*Las tierras del parque pertenecieron al ferrocarril y en el edificio que fue la estación, se encuentra el museo Pueblo de Luis con objetos de los colonos galeses, programas antiguos del Teatro Español y fotografías de Murray Thomas, Bowman y Foresti, imágenes iniciales de la colonia y de sus pobladores. El horario de la tarde lo cubre Lily Patterson, poeta y narradora. Suelo visitarla en su oficina, tomar una taza de té y escuchar sus historias. Nuestras reuniones son breves, interrumpidas por grupos de escolares y turistas. Como jurado del Eisteddfod leyó cuentos míos y, desde entonces, aspiro a ser su protegido en literatura. Lily vive en Bryn Gwyn, cerca de Gaiman, en la chacra que heredó de su marido. Por las mañanas se ocupa de la huerta y de las aves de corral. Es apasionada y alegre y me gusta escuchar sus lecturas, ver sus manos de campesina asomarse en los puños almidonados de la camisa blanca de cuello alto y cerrado, ver cómo rompe el vidrio y sale de una fotografía de John Murray*

*Thomas para dar la bienvenida a los visitantes del museo.*

~

Vemos el cierre de la calesita detrás del alambrado olímpico, el fin de la música, el despliegue de la lona y el ajuste de broches y ojales, la reja cae en la boletería, las luces se apagan, el calesítero se aleja hacia un barrio desconocido, por momentos lo perdemos detrás de los árboles o queda oculto por el tránsito que baja veloz hacia la avenida Fontana, pero lo recuperamos cuando pasa debajo de las luces de mercurio. Dobla en la esquina de la calle Colombia y el seguimiento termina. Es hora de marcharnos. La cena estará fría, desfilarán los reproches de Liliana por la tardanza, recibiré el merecido escarmiento y luego, me refugiare en los libros, escucharé los juegos en el agua durante el baño de Damián y el rito de la cena, las negativas del hijo y las amenazas de la madre, hasta el momento del cansancio, Liliana y Damián no tendrán fuerzas para una nueva pelea. Más tarde buscaré el concierto nocturno de Radio Nacional o recorreré el dial hasta encontrar mensajes en lenguas extrañas interrumpidos por descargas eléctricas. A la madrugada abandonaré la búsqueda, tomaré un vaso de agua en la cocina limpia y oscura y, cuando ingrese al dormitorio, el televisor estará apagado y Liliana dormida.

~

Damián se sobresalta. Escucho las quejas. Un instante. Luego se calma. Voy a su habitación. Está despierto, sentado en la cama. No lo sorprendo, por el contrario, me espera. Hace calor. Abro el ventanal que da al jardín. Ingresada una bocanada de aire húmedo, presagio de tormenta. Lo llevo en brazos por la casa oscura. Siento que Liliana está pendiente de mis pasos. Deseo salir, caminar mientras amanece, ver las calles

desiertas, la lenta aparición de formas y colores. Pienso que Damián desea lo mismo, escapar del aire sofocante, de la oscuridad, del mal sueño.

Abro la puerta de calle. La tormenta de la tarde se decide. El anuncio que tuve hace un momento se confirma. La lluvia es cada vez más intensa. *Vista del amanecer en el trópico*. A pesar de la lluvia, el calor no cede. Damián mira en silencio, se apoya en mi hombro y se duerme sin protestar por el paseo malogrado, y yo me quedo con él, en la puerta, viendo cómo el agua se acumula en el pasaje Córdoba, avanza por la vereda y alcanza el umbral, pequeño río, Gran Canal, *Venecia, la ciudad más bella del mundo*.

### III

Por las tardes, Santa Sara no recorre pasillos ni oficinas, el carro descansa en un rincón donde soporta el peso de tazas y jarras, limpias y ordenadas, vidriera de bazar. Junto con Santa Sara se ha ido el resto del personal. Mi puesto de trabajo me condena a dos horas adicionales en soledad, la destrucción a largo plazo a cambio de un salario mayor, telarañas, babas del Diablo, doy vueltas por las oficinas a los tumbos, cayéndome sobre los escritorios, dos horas de guardia, cada minuto más lento que el anterior, soldado en Campo de Mayo, el fusil pesa en los hombros, de árbol en árbol, sospechando de cada sombra, de cada máquina de escribir, los oficiales y los gerentes acechan, quieren sorprenderme, que el sueño no me venza, que venga pronto el relevo, que alguien me salve de este caminar a ciegas en Campo de Mayo, en las oficinas del parque industrial, titilan las luces lejanas de San Miguel y de Trelew, llenas de promesas, de aventuras y de sexo. *La terra trema.*

~

La guardia y las dos horas adicionales finalizan sin novedad, un día más de aniquilamiento. Me despido de los serenos, peones rurales en su juventud reunidos por

la empresa de vigilancia para custodiar oficinas vacías. Toman por asalto el hall central y escuchan la radio mientras afuera oscurece. Los encuentro iluminados por la luz del dial, recordando historias del campo, ladrando detrás de ovejas en la nieve.

~

Calle interna del parque industrial, sendero estrecho de baldosas rectangulares, alambrado olímpico sostenido por postes de cemento, hileras de álamos y pinos piramidales, sombras, fragmento de muralla china.

Al final, el ripio, los galpones de las industrias textiles y de las empresas de transporte de carga, la claridad del cielo, la última resistencia.

Bajo la luz de la lámpara de mercurio, a la espera del ómnibus que me rescate, leo cuentos de Chéjov, y la meseta patagónica se confunde con la llanura rusa, es tiempo de cosecha, hay mesas tendidas en las galerías y en los jardines, sillones de mimbre, funcionarios de la aldea, militares de paso, terratenientes, maestros, médicos rurales, artistas. Aburrimiento y fracaso. *¡A Moscú! ¡A Moscú!*

~

Salen obreros de las fábricas textiles relevados por el turno de la noche. Hombres y mujeres, jóvenes y viejos. Uniformes y delantales grises. Se atropellan en la puerta, pujan por ser los primeros. Un instante de energía desatada, de alegría que se contagia en cadena. Provocaciones, bromas obscenas, denuncias cruzadas, todos inocentes, nadie habló, absueltos por falta de pruebas, los bromistas ríen y las mujeres se agrupan ofendidas, mejor no haber escuchado, risas contenidas, complicidad, manos insuficientes para ocultar vibraciones del pecho, bromas aceptadas, los hombres

se acercan, las risas se calman. Pasa el breve alboroto y se recupera la respiración normal, hay conversaciones en voz baja, el cansancio se hace presente y el fervor inicial se desvanece.

Las parejas jóvenes desaparecen en los huecos de las paredes. El resto de los obreros sube a bicicletas y camionetas desvencijadas.

Las amas de casa hacen las últimas compras en los mercados barriales. Estertores antes del repliegue, del refugio de la noche.

~

Un colectivo aparece de improviso luego de trepar la cuesta con la que abandona los barrios bajos, viviendas de inmigrantes del interior de la provincia, atrapados por el progreso, el parque industrial y la miseria prometida. El colectivo se detiene. Está vacío. A esta hora, los habitantes de la periferia ya no se dejan encandilar por las luces del centro. Me ubico cerca de la puerta de salida.

La marcha es lenta y el conductor se distrae con el control de la numeración de los boletos. Algunas cuadras más adelante sube una vedette de la revista porteña. Paga su pasaje y ocupa el primer asiento junto al conductor. Se conocen. Escucho sus voces y sus risas. Marlene Dietrich, Brigitte Bardot, Sofía Loren recorriendo las calles desoladas de Trelew en un colectivo que se cae a pedazos.

El viaje continúa y el conductor y la estrella de cine me olvidan. Yo también los olvido. Miro por la ventanilla la sucesión de casas, los preparativos para la cena, los televisores encendidos, mujeres desnudándose en los dormitorios. No sube ningún pasajero. Al ingresar en las calles asfaltadas recuperamos los minutos perdidos. Hago sonar la campanilla y el conductor



abre la puerta disminuyendo la velocidad, sin detener la marcha. He aprendido a bajar en movimiento, una lección de mis primeros años en Buenos Aires. Una vez que me expulsa y me deja en la vereda, el colectivo frena. La mujer desciende por la puerta delantera, pero no avanza en ninguna dirección. Espera. Estoy a diez metros detrás de ella. Estamos solos. Me mira. Los dos inmóviles.

~

De pie, apoyado en el marco de la puerta que separa el comedor de la cocina, centinela detenido ante la invisible línea divisoria, observo cómo Liliana desarma un tejido viejo en una de las cabeceras de la mesa, lugar que me pertenece durante las cenas diarias y los almuerzos de fin de semana. Sus lentes se han desplazado del punto de equilibrio y utilidad. A veces, se distrae, deja la tarea y me mira. Un velo, una nube. Toma un cigarrillo que amenaza consumirse en el cenicero. Me gusta verla fumar. Uno de los ritos en los que quedo afuera. La suma de cigarrillos apagados revela que la tarea del desarme suma un tiempo mayor al de mi observación. Cuando abandona el cigarrillo, continúa con la ronda del mate, ronda solitaria de recorrido breve. Los intervalos entre mate y mate son extensos y la yerba se enfría. Por eso, cada tanto, Liliana vuelca parte de la yerba usada y la reemplaza. El final aparente se posterga, la pava regresa a la hornalla, el mate renovado espera y pronto la ronda se reanuda. El trabajo consiste en sostener el tejido con la mano izquierda, tomar un extremo de lana con la mano derecha y realizar dos o tres movimientos rápidos, horizontales y amplios, para soltar los puntos. Telar invertido, derrota de las maestras tejedoras. El hilo recorre el camino opuesto al que fue anudado. La trama más cerrada y segura del mundo, la Reserva

Federal de los Estados Unidos, se desmorona, cae a pedazos sin ofrecer resistencia, la teoría del dominó se confirma en tierras latinoamericanas para regocijo de Henry Kissinger. Me asombra tanta fragilidad. Pac-man voraz que libera, uno tras otro, fragmentos de lana rugosos y débiles, sin la tensión original de la tienda de tejidos, sin la soberbia con la que ingresaron en la casa, cuerdas de guitarra rebeldes ante las formas y diseños de las agujas. Una vez que logra una cantidad suficiente de lana suelta, Lilitiana comienza a enrollarla en el ovillo que crece desde que la estoy observando. Al finalizar, el ovillo irá a parar al canasto de mimbre, junto a otros, también crespos y ondulados, también ruinas recuperadas de viejos tejidos. Ovillos rizados, serpentinas de carnaval. Las mangas han desaparecido, la destrucción se acerca a la línea del cuello, último territorio a conquistar. Me pregunto qué será de nosotros cuando caiga el último punto y la lana esté enrollada. Qué será de nosotros cuando en toda la casa ya no quede ningún tejido viejo para desarmar.

## IV

Primera semana de cine argentino en el Coliseo, cuatro estrenos nacionales, autoridades del Instituto Nacional de Cinematografía, críticos, actores y varias horas de paciencia y espera bajo el sol para ser uno de los elegidos.

El público aguarda el ingreso a la sala, nadie tiene apuro.

Las luces blancas fraguan hombres y mujeres. Rígidos y lentos, incómodos en sus trajes y vestidos de gala. Cemento seco. Reflejos en el brillo de los zapatos. Compras de último momento. Cuelgan las etiquetas.

Liliana encontró una excusa y faltó a la cita una vez más. Para ella pasó el tiempo de *Antonio das Mortes* y *La hora de los hornos*, de los ciclos que compartimos en la Sala Lugones, en los cines Arte y Lorraine. Aún no me decido a devolver su entrada. La boletería está en el extremo opuesto, no hay movimientos ni intercambios entre los grupos, abriré una estela, un surco, rozaré cuerpos. Sin embargo, nace una esperanza, hay una excepción, un inquieto, alguien abandona el trío que formaba junto a Emma, la doctora que atendió el embarazo de Liliana y a Luis Ángel, su esposo y

heredero del primer diario de Trelew, el inquieto es el director del coro municipal, arribado de Tucumán, *del jardín de la República al paraíso insólito*, el niño mimado de la cultura de Trelew, *l'enfant terrible* que *vino a destruir el coro* según el canto de los coreutas desplazados, cabellos blancos del profesor con algunas ausencias, saco de pana verde en la marea de trajes oscuros, anteojos de carey y cristales violetas, *eche veinte centavos en la ranura*, contorsiones de víbora vertical, hilo de agua que serpentea entre las fisuras de las rocas, de grupo en grupo, de persona en persona, ofrece su lugar en el pullman a cambio de una platea, da explicaciones, nadie accede al trueque, no hay solitarios disponibles esta noche. El profesor llega hasta mí, no tiene alternativa, hace la misma solicitud, da las mismas explicaciones y se resigna, repite la pregunta por cansancio o para demorar el momento de trepar la escalera, pero no, hay una entrada vacante, platea, fila seis, pasillo, la entrada de Liliana encuentra por fin su nuevo dueño, ya no terminará sus días en vano, no hay agradecimiento de parte del profesor, hay alivio de mi parte, la entrada pasa de mi mano a su mano sin solución de continuidad, mientras tanto la suya no aparece, no hay indicios de oferta ni devolución, al profesor no le quita el sueño ni alimenta su remordimiento, una enseñanza que debo aprender, resulta lo más natural del mundo dejar marchitar una entrada gratuita en el fondo del bolsillo.

~

— *Desde arriba la imagen se ve deformada y prefiero un lugar en la platea, lo más cerca posible, con poca gente alrededor y, en el mejor de los casos, con todas las filas libres hasta la pantalla. La gente se mueve, tose, conversa, abre paquetes de golosinas, confunde el cine con un picnic en el parque o en el río.*

El profesor acomoda los botones del saco que no armonizan con los ojales, limpia los lentes, utiliza el mismo pañuelo y el mismo movimiento circular para secar los ojos, ahora sí, todos en calma, las voces disminuyen, sólo se oye al profesor, nadie más se atreve.

— *Soy un espectador compulsivo. En el año '46, la entrada del cine costaba veinte centavos. Vivía en Bahía Blanca. Cada sábado, mis tíos me entregaban la paga semanal. Iba al cine, compraba algo para comer y me alcanzaba para tomar el colectivo y viajar hasta Ingeniero White y visitar el puerto. Me gustaba subirme a los barcos. A nadie le importaba que anduviera trepado en los mástiles.*

Bahía Blanca. Cien kilómetros al norte, Coronel Dorrego, pueblo aislado en la llanura, escuela primaria y adolescencia, amigos para toda la vida y primeros amores. Bahía Blanca, tierra del Diablo y de santísimas trinidades, Mallea, Di Sarli y Martínez Estrada; curas, militares y editores del diario La Nueva Provincia.

Se abren las puertas de la sala. Momento de turbulencia, no es costumbre de la casa ofrecer localidades numeradas, los boleteros se turban, dan orientaciones equivocadas, se producen demoras adicionales. El profesor se aparta y da lugar a los que fumaban en la vereda, a los que no tenían ropas que lucir.

— *Odio los cortos publicitarios. Esas caras bonitas. Esos paisajes azucarados. Adormecen. Nos llenan de ruidos y de tentaciones artificiales.*

El vestíbulo queda vacío. Entramos en la sala oscura. No hay linternas que nos acompañen. En la pantalla se proyectan los títulos de la película inaugural. Esa luz nos auxilia. No tenemos inconvenientes para

encontrar nuestros lugares. Son las únicas butacas vacías.

~

— *Cine para calmar a los militares y a la curia. Lo aborrezco. Lo supe desde el principio, por los movimientos de la cámara, es allí donde se ve con claridad si el director es un artista o si es un empleado de la producción. Un buen director nunca hace un movimiento de cámara si no tiene un sentido para la historia. Los maestros saben lo que es el ojo de la cámara. Saben qué mostrar, no crean suspensos infundados. El cine argentino es un engendro, un monstruo con fragmentos de los males del cine de todo el mundo. Morosidad, pretensiones intelectuales, psicología elemental, historia contada a hachazos, diálogos inútiles. Nos resistimos a Hollywood. Pero ellos saben qué cine quieren y cómo hacerlo. Siempre están contando un cuento de hadas, un cuento para chicos. Ellos saben que esos cuentos son irresistibles.*

En el vestíbulo los caballeros ayudan a las damas con sus abrigos, noche de gala que llega a su fin. El profesor me abandona y se suma al grupo de Luis Ángel y de Emma, ahora ampliado. Me dejo arrastrar por los bolcheviques que bajan de las escaleras imperiales, que regresan de la toma del Palacio de Invierno, y avanzan hacia las puertas vaivén y las marquesinas, hacia la tormenta de verano, la lluvia y el frío repentinos.

~

Dos horas ha durado mi ausencia. Aún puedo sumar unos minutos a la espera de Liliana y Damián, quizás ya estén dormidos y se hayan olvidado de mí, puedo aislarme en un bar cualquiera, extender el recreo, mirar la lluvia desde una mesa apartada.

~

*El gato del callejón* se ofrece vacío, más tarde recibirá a la bohemia, la fauna cultural, los restos del naufragio y de los incendios. Es una hora propicia. Las puertas corredizas están abiertas intentando un intercambio entre el calor interior y el frío de la calle, la cortina se vuelca contra el callejón, hace un giro y me atrapa al pasar. Vientre materno, nave central antes de la misa. Un momento en el umbral para dejar la lluvia y el barro. Música y penumbras. Imágenes en las paredes, la historia de Ricardo, mimo y actor devenido dueño de bar, luces concentradas y dirigidas con nostalgias teatrales, libros y revistas, cuadernos de notas en cada mesa, se pueden recorrer, leer intimidades, ver el lanzamiento de redes y la cosecha de parejas olvidadas en el fondo del mar. Una gata blanca duerme en el lugar de privilegio. Se escucha el piano de Thelonious Monk. Me siento protegido. *La vuelta al hogar*.

Ricardo continúa en el interior de la pequeña cocina, lo veo trabajar, hacer equilibrio. Horno eléctrico, mesada, alacena, heladera, espacio único, no hay lugar para curiosos. Su sombra fugaz en la pared del pasillo, breves oscurecimientos. Escucho el agua que golpea contra la pileta.

Alguien pasa por el callejón, cruza frente al bar y, luego de un momento, regresa. Se detiene en la entrada. Es el profesor, mi compañero de cine. Busca con la mirada entre las mesas, tiene la dificultad universal de los miopes, el desconcierto ante el cambio brusco de la oscuridad a la luz. Compartimos esa dificultad. Parece reconocermme y viene a mi encuentro.

— *Camina ligero. Unos amigos querían saber mi opinión. Tenían deseos de hablar, de discutir, aunque el motivo fuera una película lamentable. La gente se*

*ha ido recluso sin darse cuenta. Ir al cine es un acontecimiento. Salen, se ven las caras y se sorprenden. ¿Estamos vivos, entonces? Además de amigos, son padres de mis alumnos. Luis Ángel, director del diario, ¿lo conoce?, tiene oído musical, sensibilidad, cultura, pero vive amordazado, teme que una opinión inoportuna le reduzca las ventas, los avisos comerciales o la publicidad oficial, es inteligente pero menos de lo que cree, además, no puede con la herencia del padre, el fundador de la dinastía, el hijo se sabe inferior y no logra disimularlo. Recurre a la ironía, a la parodia y queda al borde del ridículo. Escribe los editoriales, lo hace bien sin decir nada. No deja de ser un mérito. Igual que en la Edad Media, estamos pasando por tiempos difíciles donde no se puede hablar ni callar sin peligro; los tibios han tomado ocasión para ser más tibios, y los que se daban a la virtud han desmayado; nuestro lugar es una tierra de envidia y soberbia. Citas de una versión libre de La Celestina. La ensaya un grupo local y yo les doy clases para entrenar la voz. Utilizamos esas frases para ejercitarnos. En Trelew hay tradición teatral. También es menor de lo que ellos creen, tienen entusiasmo pero les falta rigor. Junto a Luis Ángel, Emma, el verdadero ángel que lo soporta. Un matrimonio infeliz, como tantos. La gente toma compromisos inútiles, no sabe cómo salir de ellos y se arruina la vida. Dan un paso en falso, error de juventud que termina siendo decisivo. A partir de entonces los días se suceden sin mayor importancia. Alguna infidelidad, cosas menores. Así envejecen. Más interesantes son Marcos y Elena. Aún están desconcertados por la mudanza reciente. Vivir en la Patagonia no es para cualquiera. Todavía conservan la dinámica de Buenos Aires pero por poco tiempo. Trelew los aplastará. Marcos, bebé grande lleno de miedo, periodista de arte, empleado de Luis Ángel, tiene a su cargo el suplemento cultural. Él también*



*sufre la herencia del padre, terrateniente de la pampa húmeda, dictador, déspota. En este país los padres devoran a los hijos. Cronos. Y Elena, la bella Elena, la manzana de la discordia. Emma y Elena, mujeres fuertes unidas a hombres débiles y desesperados. Polos opuestos que se atraen, ya se sabe, ley de la naturaleza. Sus hijas son mis alumnas. Sensibles y delicadas. Herederas de errores y sufrimientos. A veces, en mitad de la clase, abandonan la música y se quedan calladas. Yo espero sus lágrimas. Todavía no se atreven.*

El profesor sonríe. Decide cambiar de tema.

*— Para Trelew, el cine recién comienza. Deberían llamarlo cinematógrafo y pasar las películas de los hermanos Lumière. Iniciar con el cine mudo, continuar con el resto sin adelantarse. Falta una tradición cinematográfica. Falta tradición de cineclub. Parece que años atrás funcionaba uno en la biblioteca y después en la cooperativa eléctrica. Un grupo reducido que no pudo afirmarse. Las películas de dieciséis milímetros las tienen las embajadas y el Instituto Goethe. Claro, hay que organizarse, pagar fletes y seguros, cuesta dinero y trabajo. El alma del cineclub es el debate, los ciclos completos de autores. En Friburgo iba al Cine Arte. Terminaba un ciclo y empezaba otro. Ahí vi las películas de Fellini, de Bergman, de Antonioni, de Godard, de Buñuel, El perro andaluz, Nazarín, El ángel exterminador. Había otro cine que se dedicaba a westerns y en otro daban las películas de James Bond. Llenos los tres. Íbamos en patota con los muchachos de la universidad. Gritábamos, hacíamos broncas, nos divertíamos con James Bond. Y después nos íbamos a tomar café. Hacíamos el análisis político y debatíamos hasta la madrugada. No podíamos andar por la calle. Era invierno y teníamos que meternos en un café, sí o sí, 10, 15 grados bajo cero. A veces con toda la ciudad llena de nieve, tapada de nieve.*

La gata abre los ojos, estudia a los intrusos. Entiende que son inofensivos, que no vale la pena interrumpir el sueño.

— *Cómo me cuesta hablar con alguien. Encontrar un interlocutor. A veces hablo con fascistas. Estamos rodeados de ellos, no hay que salir a buscarlos. Se necesita mucho ingenio, mucha reflexión para poder responder. No es tan inocua la posición de un fascista preparado. Como no es inocuo discutir con alguien que tiene la cabeza llena de religión y de teología. Es difícil retrucar y contestar a los argumentos teológicos. Muy difícil. Hablar, escuchar, pensar, hablar de nuevo. Combatir el miedo a conocer. Conversar con uno mismo. Reflexionar. Hablarse, escucharse, pensar, hablarse de nuevo. Pensar y experimentar. Hay que tener olfato para lo contradictorio y lo incompleto, para las preguntas y las negaciones. Hay que abrir más paréntesis que los que se cierran. Conversar es la mejor oportunidad que tenemos para convertirnos en seres humanos. En Trelew no hay interlocutores, nadie escucha; gana la mediocridad omnipotente, autosatisfecha. También en la práctica coral se manejan como pueblerinos. No van al coro a estudiar, van para intrigar, a buscar parejas. Y los mediocres son poderosos, ocupan puestos importantes, toman decisiones, opinan, tienen cargos públicos, espacios en la radio, en los diarios y en la televisión. Son los que me despidieron de la dirección del coro con infamias y calumnias. Son los que escarbaron en mi pasado. Pero yo estoy curtido. Tengo muchos despidos encima. Mi vida es una mudanza continua. Aún no terminé de desempacar. Cuido esos detalles, dejo cajas sin abrir para no perder tiempo. Puedo irme mañana sin demasiados inconvenientes. Pero sucede que me gusta pelear. No me entrego tan fácil.*

*Hace unos meses el intendente me dijo: tenga cuidado, hay gente que parece amistosa y lleva el puñal en la espalda. Esta semana llegó a la municipalidad un memorándum del Ministerio de Gobierno de la provincia, ordenándole al intendente que no se me renovara el contrato, que no se me permitiera trabajar en ninguna escuela de la provincia y que no se me cediera ningún espacio, ninguna sala para actuar. Las tres prohibiciones. Entre las pruebas contundentes de que yo era de izquierda, una persona peligrosa, llevaron a la Secretaría de Inteligencia del Estado, en Rawson, la primera página de una obra mía, Oda a la flor azul, escrita para coro, una cantata que escribí en el año '58, que le llevé a Mauricio Kagel a su casa de Buenos Aires, sobre un poema de Pablo Neruda. Un texto de Neruda era la condenación de Fausto. Condenado a los infiernos para toda la eternidad. Esa primera hoja me la robaron, es una hoja grande que estaba trabajando en la Municipalidad, yo tenía un tablero en Obras Públicas y estaba haciendo la partitura en hojas transparentes con tinta china, con Rotring, un trabajo de copia muy fino.*

*No se me renovó el contrato. Me dieron los sueldos hasta marzo, cuatrocientos dólares. No mucho. Yo ganaba poco. Mi sueldo era bajo. En dólares poca cosa, ciento veinte, ciento cincuenta dólares por mes.*

*Por otra parte, casi que debo agradecerles. Me obligaron a abrir mi estudio. Cuando llegué sólo pensaba en el coro y en diseñar el plan de estudio de la escuela de música. Vuelvo a mis clases, a mis alumnos, como al comienzo, en Córdoba. En forma paralela estoy armando un coro de cámara con gente seria, que vale la pena. Cuesta trabajo. Hay que desenterrar tantos prejuicios, tanta ignorancia. Pero eso es lo que me interesa. Crear humus musicales. No quiero alimentar*

*virtuosos, histéricos iluminados que no le aportan nada a la música.*

Ricardo sale de la trastienda. Repasa la superficie de las mesas vacías. No puede disimular su fastidio. Clientes de paso que interrumpen su rutina. El profesor intenta incorporarlo a su monólogo pero no lo logra.

*— Esta ciudad se inventó a sí misma. Lejos del río, sin petróleo, sin lagos, sin nieve, sin mar. No tiene lógica. Sin embargo, es la ciudad más interesante de la Patagonia y, para algunos, la última habitable. Creció al amparo del ferrocarril, del paralelo 42 y de las exenciones impositivas. Autos importados y juguetes eléctricos, bebidas escocesas y cigarrillos Chesterfield, desierto que se transformó en cabecera de rieles. Después inició la rapiña de los pueblos vecinos, ganó el aeropuerto, la hotelería, los medios de transporte, los servicios médicos. Los pobladores de la meseta y de la cordillera abandonaron chozas y tolderías tentados por los telares suecos y las películas en cinemascope, pero llegaron tarde al banquete, sólo quedaban sobras y migajas. A fines de los cincuenta y comienzos de los sesenta, llegó la pequeña burguesía ilustrada y liberal. El padre de Luis Angel, por ejemplo. Tuvieron cierto poder. Para demostrarlo, están el diario, la televisión, la radio, la universidad. Hay también una tradición de respeto a las actividades culturales heredada de la colonización galesa y de los inmigrantes italianos y españoles. ¿En qué otra ciudad del sur hay un teatro como el Español? Sin embargo, no hay que engañarse. Nada se sostiene. En un principio estaban entusiasmados conmigo como antes lo estaban con mi antecesor y como lo estarán con el que me suceda. La experiencia no se acumula, se dilapida. Cada proyecto dura un tiempo y luego todo a fojas cero.*

*A fojas cero, titular catástrofe en la primera página del diario Propósitos de junio de 1966, el diario*

de Leónidas Barletta distribuido en forma clandestina por la cadena del partido comunista argentino, letras verdes para anunciar el golpe militar encabezado por Onganía en la mesa de luz de papá.

— *Mi proyecto de coro municipal constaba de tres puntos. El primero, estudio de la música renacentista, la mejor música para un coro. Segundo, la música contemporánea. Hay que ejecutar la música que se escribe hoy. En Friburgo estudié composición con el maestro de Hans Werner Henze. Henze fue mi profesor en Salzburgo. Fui del alumno al maestro. Mucho mejor el alumno, más genial. Entré en el Instituto de Música Contemporánea y, a sugerencia mía, se formó un conjunto. Le dije al maestro, nosotros, los compositores, tenemos que tocar algún instrumento, cualquiera, y hacer nuestras composiciones como en un laboratorio. ¿Cómo puede ser que una persona estudie seis años sin poder escuchar lo que escribe? No es necesaria una sala de prestigio, tiene que haber un lugar de experimentación. Una cosa tan obvia, tan lógica. Tercero, que los coreutas sepan leer música y que se forme un Consorte. Las autoridades municipales lo vieron ambicioso, tuvieron miedo, no lo entendieron, no lo respaldaron, ganaron los conspiradores. Los cantantes lo aprobaban. Pero, ¿por cuánto tiempo? Y ¿para qué? ¿Para una velada en las fiestas patrias o en el aniversario del arribo de los galeses? O para aspirar a un premio en el Eisteddfod. Este programa no puede lograrse sin una disciplina de años. Y cuando fracasara, porque iba a fracasar, vendría un proyecto nuevo y todos contentos, al punto de partida. Aquí no existen mecenas, millonarios ni Papas. El creador tiene que ser también productor y allí se van sus energías y su capacidad se diluye en temas secundarios. Y la sociedad muy orgullosa, preparaba los trajes y los vestidos, reservaba lugar en las peluquerías, tenía su*

*coro, un director formado en Europa. Pero todo era burla y mentira. Al primer sopló se desarmó y a nadie pareció importarle.*

Ricardo trae mi capuchino y el submarino para el profesor. Un servicio prolijo, dos tazas impecables, sin señales del fastidio anterior. Me demoro con el azúcar, temo que rebalse la espuma cargada de canela. Temor no compartido con el profesor cuando sumerge la barra de chocolate. Logro que el azúcar quede suspendida sobre la superficie porosa y luego, de un solo golpe, sea llevada al interior de la taza. El profesor no celebra la victoria, también es indiferente al barro que desborda su vaso y avanza hacia el centro de la mesa, hacia mi propio territorio. Limpia los cristales de miope severo en círculos nerviosos, ventila los trapos sucios, coloca los cristales frente a sus ojos, los inspecciona a contraluz. Limpieza inútil.

~

— *¿Usted es el autor de Iniciación y Tiempo de espera, esos cuentos que se publicaron en el diario?*

— *Sí.*

— *Están bien, pero trabaja demasiado la palabra. De tanto limar las asperezas casi no queda nada, apenas el esqueleto. La prosa intenta estar cuidada pero aún es temerosa. Se notan los bordes pulidos. La costura. ¿Corrige mucho?*

— *No lo sé. Nunca me parece suficiente.*

— *Hay que dejar fluir la palabra, que surja sin presiones. No la ahogue. En todas las cosas hay un punto que, si se supera, comienza el inevitable descenso. La sabiduría reside en detenerse a tiempo. En caso contrario sobreviene la confusión. Uno sigue avanzando pero no hace más que descender. Si se*

*desea ir más alto hay que elegir otra montaña. ¿Está escribiendo ahora?*

*— Soy lento. Necesito más de tres hervores. Pero siempre tengo algo dando vueltas.*

*— Bueno, pero no lo maree. Téngame al tanto. Yo estaré atento a lo que usted escriba. Y acérquese a mi casa. Tengo material de una amiga escritora. Puede interesarle. ¿Trabaja?*

*— En la empresa de electricidad del Estado.*

*— ¿Ocho horas, diez horas? Si piensa ser escritor, renuncie. No se deje domesticar. Dedique esas diez horas a la lectura, a investigar, a escribir. Si uno se deja tentar por el arte debe atravesar la cáscara, meterse en la pulpa y llegar hasta el carozo. Hasta la médula. Y si no se está dispuesto a ello, si no se está dispuesto a quedar en carne viva, a la intemperie, entonces, ¿para qué?*

~

Irrumpe la vanguardia de la fauna, mujeres jóvenes, frescas y palpitantes, maquillaje blanco y ropa negra, actrices acompañadas de aspirantes a herederos del grupo *El grillo*, el espectáculo continúa fuera del teatro Español, mendigos a la espera de los manjares del arte, es nuestra hora de partir, *El gato del callejón* renace, se sacude el sopor, Ricardo de mesa en mesa, no puede con todos, tampoco con su débil cadera, toma una copa de vino con la mujer elegida para compartir su cama, olvida a los clientes, se ofrecen voluntarios para abrir botellas y preparar café, asaltan la barra y la trastienda mientras la jauría se lame y se huele, hambrienta.

~

Caminamos por el pasaje La Rioja, *Floridita* para los comerciantes del lugar, cien metros peatonales

desde San Martín hasta 25 de Mayo, macetones y farolas, basura, vidrieras oscuras y rejas bajas.

~

Ha dejado de llover y hace frío. Tomamos rumbo oeste. El barro se acumula en las esquinas, mañana nos hundiremos en él. Asoman las primeras estrellas. Fin de la tormenta. Nos separamos en la calle Pellegrini, al pie de la loma, con un gesto de mano, sin palabras.



## V

Desde la puerta de entrada escucho la agitación de Damián, el silbido y el ahogo. El temido ataque de asma. Liliana prepara el vaporizador. Pasa a mi lado sin decir nada, puede hacerlo sola, no necesita mi ayuda, tuvo razón al faltar a la cita en el cine Coliseo. Damián está en nuestra cama, entre almohadones, los ojos abiertos que parecen no verme. Ya se marcan puntos rojos en la piel. El silbido es más agudo. Apoyo mis manos en su espalda. Movimientos suaves, leves, imperceptibles. Vapor en aumento. El cuarto empieza a perder sus contornos.

~

En la mesa de luz, entre las cajas de remedios, el reloj despertador y mis libros, una fotografía de Liliana adolescente, los años que ignoro, Temperley, territorio desconocido, patio abierto de baldosas claras y paredes en ruinas, tiempo de Elvis Presley, Paul Anka, Neil Sedaka, *¡Oh, Carol!*, Jorge Beillard y la Escala Musical, concursos de rock and roll y maratones de carnaval. Liliana en el margen izquierdo, en el centro y en el fondo, junto a los escombros, repeticiones borrosas, apenas visibles. *Tres veces Ana.*

~

Estación de trenes Constitución. Los hermanos Aiub, estudiantes universitarios y amigos de Dorrego, nos esperan en La Plata para el almuerzo del domingo. El suelo tiembla y el humo de las locomotoras oculta las corridas de los retrasados. Un tren se pone en marcha y Liliana corre hacia él. No es el nuestro. Está fuera de servicio y se dirige hacia el taller de mantenimiento. En el último vagón, sobre la escalera, con uniforme gris y gorra negra, el guarda saluda a trabajadores que cruzan las vías, cargan bultos o empujan carros de equipaje y encomiendas. Liliana sigue corriendo y yo me quedo a esperarla. El tren sale de la zona cubierta, de la zona en sombras e ingresa en el aire libre. Una luz potente lo ilumina. Los andenes me parecen aún más oscuros. El guarda no ha mirado hacia atrás. Liliana regresa. Está agitada y con las mejillas rojas. Respira con dificultad. Mientras caminamos hacia nuestro andén, con la voz afectada por el esfuerzo, nombra al guarda del último vagón, que no supo de su carrera:

— *Guillermo.*

Se abren las puertas y subimos con calma. Podemos elegir vagón y asiento. Caminamos por el interior del tren hasta conseguir la ubicación y la ventanilla que deseamos. Permanecemos en silencio. Un silbato extenso y penetrante anuncia la partida.

Liliana mira el paisaje por venir, y yo veo el que vamos dejando atrás, los talleres y depósitos del ferrocarril, los tramos de vías y señales abandonadas, las medianeras finales de los edificios, los altos muros ennegrecidos, las azoteas cubiertas de trastos, las calles clausuradas que mueren en postes y alambrados, las barreras bajas y las filas de autos, ómnibus y camiones que esperan nuestro paso, los puentes de hierro, el

riachuelo, las barcazas moribundas, el estrépito de los metales, las fábricas oscuras, los estadios de fútbol vacíos, los patios posteriores de las casas linderas. Hay leyendas en las paredes descascaradas, carteles que se van despegando, carrocerías de automóviles, esqueletos de máquinas de lavar, cajones y chapas podridas, maleza. Suciedad, herrumbre y hollín. Hasta las construcciones nuevas están enfermas de vejez prematura.

El paisaje se despeja. Hay espacios vacíos. Calles de tierra. Baldíos. Aparecen las primeras chacras, los montes y la desmesura de la vegetación. Las hileras originales de árboles se ven desbordadas por brotes silvestres. Maraña de troncos y de ramas. Nos internamos en tierra desconocida.

~

Guillermo, el padre de Liliana, se murió sin que yo lo conociera. Nunca me animé a ir a Temperley, a saltar el alambre de púas, a inclinar la balanza de Libra, cruza de proletario y terrateniente, de hija de estancieros y peón de obras, vulnerable a las tentaciones de la aristocracia y a los arrebatos anarquistas, era tan sencillo compartir un domingo, una botella de vino, escuchar sus andanzas en el ferrocarril, el paso fugaz por los pueblos del interior, el tiempo de los ingleses, el 17 de octubre, el bombardeo de la plaza, la resistencia, y después regresar a la capital antes del cierre de las librerías de la calle Corrientes, repasar las ofertas de libros usados, acercarse a la Cinemateca, al Cine Arte, y perderse en los ciclos de Antonioni y de Bergman. Era tan sencillo.

~

El nieto de cinco años camina de la mano del abuelo Miguel a quien, cada día, se parece más;

compartir el nombre le permite contemplar su propia vejez anticipada, el mismo perfil débil, hubiera deseado líneas más firmes y rotundas, la misma calvicie, recién iniciada en el caso del nieto pero ya sin retorno, la misma serenidad en los ojos, legados que el nieto suma a la herencia materna: manos delicadas y miopía.

Las calles empedradas de Lomas de Zamora, las sombras de los árboles, el cruce del puente sobre las vías, el traje claro del abuelo, solapas anchas, sombrero blanco, cualquiera diría que marcha hacia el vapor que lo llevará de regreso a Salamanca, pero no, va con la bolsa y la lista de compras escrita por la abuela, es extraño que el nieto pueda recordar después de tantos años el color y la forma de esa bolsa y no tenga las huellas de la mano, esa mano áspera curtida por la cal y el polvo de los ladrillos, a las que sucesivas capas renovadas de piel no lograron suavizar, es extraño que el nieto sólo vea la llegada a la feria, el espacio de cemento alisado, los puestos que entonces parecieron infinitos, los vendedores con sus delantales largos y blancos, sus voces potentes y sus bromas, las ofertas que pretenden seducir a ese abuelo que no termina de ver, allá arriba, sujetando el sombrero para que no lo lleve el viento, es extraño que el nieto se distraiga con las góndolas metálicas en declive, mientras se dirige con el abuelo al final del interminable pasillo, porque allí está la escalinata extendida, el vapor que los llevará a España, a las tierras de Castilla.

Esa imagen entre el coro de mercaderes, es la única que el nieto recuerda de él, el abuelo morirá muy pronto. ¿Es la única vez que estuvieron solos, o es el único recuerdo que el nieto logra retener del abuelo? Una imagen visitada a lo largo de los años, la feria, el regreso, los pasos lentos, el baldío frente a la casa, invadido por chapas oxidadas, vidrios rotos, víboras y

arañas, el sendero de tierra, la explanada de las vías del ferrocarril, el silencio y la inmovilidad interrumpidos por trenes en direcciones opuestas, el nieto cierra los ojos y se tapa los oídos, ojos y oídos enfermos, luego del estremecimiento, otra vez el silencio y la inmovilidad hasta el próximo temblor. ¿Acaso no conoce las historias contadas por la familia? ¿No lo ve izar la bandera del anarquismo en la soledad de una obra en construcción de Coronel Dorrego porque ese día, en Estados Unidos, asesinan a Niccola Sacco y a Bartolomé Vanzetti? ¿No lo ve hacer equilibrio en la altura de los andamios? ¿No lo oye maldecir contra los curas y los militares desde la primera hora de la mañana? No. No ve ni oye más nada, sólo ese momento de la feria.

Hasta aquí llega el nieto de la mano del abuelo, Liliana lo espera a una estación de Lomas, esa misma mañana de la visita a la feria, en el andén de Temperley, pronta a viajar a Buenos Aires con sus padres, pero él no lo sabe, no la ve cuando pasa asomada por la ventanilla, justo cuando él se detiene detrás de las barreras bajas.

Después de la muerte del abuelo, el nieto regresó a Lomas en los veranos, sobrevivían la abuela y las tías solteras, los muebles coloniales y los frascos de miel en las alacenas, las chicas de Lomas de Zamora, los juegos de carnaval, los programas de la televisión que lo arrojaban al cordón de la vereda, y por más que se empeñe en recordar, ninguna de ellas se parece a Liliana, que también veía televisión a pocas cuadras de distancia, quizás ella lo hubiera invitado, esa niña morena, cabecita negra, hija de un descamisado que metió las patas en la fuente el 17 de octubre, debimos esperar quince años para que una noche de primavera nos encontrara perdidos, esta vez en la calle Santa

Fe de Buenos Aires, el nieto recién ascendido a estudiante universitario y la niña suburbana aprendiz de secretaria, una noche magnífica, imposible dormir, había que caminar, esperar la madrugada con cerveza en el bar Las Vegas, otra vez viviendo cerca, Liliana en la calle Guise y el nieto en la calle Agüero, entre Juncal y Berutti como precisaba la dirección a los choferes de taxis para que no lo pasearan por calles inútiles, quizás con más cuadras de separación que aquellas de Lomas y Temperley que nos impidieron conocer y ganar tiempo, pero ahora sí, fin de la búsqueda, los pasos se unen, caminamos al mismo ritmo, dos naufragos más se suben a la balsa, Gericáult nos incluye en la tripulación de *La Medusa* y *Los gatos* no paran de cantar.

~

El pico de la crisis empieza a ceder. La respiración de Damián tiende a ser normal y el silbido se va apagando. Cambio el agua del vaporizador. Damián y Liliana duermen.

~

Paso el resto de la noche acompañado por el cono de luz que cae sobre la fotografía de Liliana. La leve reverberación no logra ingresar en la marea oscura. Ningún objeto se ilumina, hay contornos, figuras que se insinúan. Espero las franjas del amanecer en los postigos.

~

Salgo a la calle y recibo la mañana que comienza, un aire piadoso me renueva, estoy sereno, sin huellas de la noche de vigilia.

~

Un pájaro viene por los frutos rojos del *crataegus* del jardín externo de la oficina. Busca su ración diaria,

la dote que ha recibido en el reparto universal de bienes. Son las diez de la mañana. Pájaro robusto, rey del bosque, zorzal para los entendidos, movimientos nerviosos, pico y patas amarillas, verde claro en el pecho, verde oscuro en las alas, bordes negros, cabeza moteada debajo del pico. Cada mañana lo observo desde la cocina mientras espero que hierva el agua. Ayer por la tarde podaron el *crataegus*. Brotes parásitos y ramas deformes. Con la poda se fueron los racimos de frutos rojos. El pájaro está detenido en el muro blanco que rodea el edificio, frente al *crataegus* vacío. Gira sobre sus patas amarillas. Inclina su cabeza y queda de perfil. Puedo ver el titilar del ojo. Una columna de vapor se eleva desde el pico de la pava. El pájaro levanta vuelo. Lo sigo hasta que se pierde detrás de las fábricas y de las alamedas.

~

Escribo una carta a Dorrego, a la casa familiar, con mi letra delgada y suelta que avanza sobre el renglón, sin tocarlo, una línea continua de tinta. Veo a mamá suspender sus tareas de la mañana, el cuidado del jardín, el orden de la ropa en los armarios y recoger el sobre depositado bajo la puerta, llevarlo a la cocina, acomodar todavía un cuadro o una silla durante el camino, permitirse una pausa para leer la carta de su hijo, de ese hijo que se ha ido al sur como el otro hijo se ha ido a París, hijos ingratos, antes hijos modelos, ella se está muriendo sin verlos; indiferentes y egoístas, sacar sus pequeños lentes del bolsillo del delantal, acomodarlos con excesivo cuidado; suspirar; quedarse un momento con la carta entre las manos, del mismo modo que está ahora en mis propias manos, tratando de recordar mi voz para escucharme durante la lectura; esa voz que va perdiendo, correr la cortina para que la luz que se filtra entre la parra y la santa rita

se derrame sobre el vapor de la cocina; decidirse al fin y abrir el sobre con un cuchillo olvidado sobre la mesa al terminar el desayuno; leerla; leerme; repetir la ceremonia, pero a la inversa, introduciendo el papel en el sobre y los lentes en el bolsillo; aprovechar este último movimiento para sacar un pañuelo y secarse alguna lágrima que todavía queda en esta despedida interminable; resignarse; cruzar la calle porque ha visto a doña Julia asomarse por la ventana, hablar desde la vereda con ese pudor que le impide entrar en la casa de la vecina, también sola y de limpieza, pudor que no le impide mencionar mi carta y luego, durante el almuerzo, decir *Ilegó carta de Miguel*, que no arrojará ningún comentario y, por último, retirarla de las manos de papá ya dormido, cuando éste, antes de la siesta y después de repasar las noticias del diario se ha decidido al fin a tomar la carta que mamá dejó sobre su mesa de luz, aunque ya es demasiado tarde y el sueño poderoso y tal vez después, al despertarse, pero entonces ya no, porque mamá ha creído que la carta fue leída y la guarda en su pequeño cajón, lugar al que nadie se atreve.

~

Busco un alivio en la sombra mínima de la cornisa del correo.

Cartel de letras negras sobre fondo blanco, *Lunes a viernes de 8 a 12.30 hs. y de 15.30 a 19 hs. Sábados de 8 a 13 hs.* Maldigo el sol de enero, de las tres de la tarde.

Crece una nube de polvo detrás de los monoblocks del barrio La Marina, en la parte alta de Trelew, en la loma de tierra blanca, de casas improvisadas, bloques, chapas y cartones, loma cortada por la calle canal, cloaca a cielo abierto, amenaza de borrachos, vagos y pendencieros, lacra de la ciudad, lumpen, sobras del



parque industrial, del progreso, de las plantas textiles, la nueva conquista del desierto, los sobrevivientes de Rosas y de Roca atraídos como moscas, sin esfuerzo, sin fortines de frontera, con la sola promesa de perder los ojos y las manos en los telares automáticos, made in Suecia, acero de primera calidad. La nube se arma y sorbe la tierra en forma lenta y silenciosa, avanza extendiendo sus bordes imprecisos y dispersos, medusa gigante en busca del mar, atrapando los excrementos sueltos en los terrenos baldíos que pertenecieron al ferrocarril. Le sigue un torbellino girando sin cesar sobre límites en expansión, amenazando en convertirse en la verdadera nube de polvo.

Si estuviera en casa llenaría la jarra con agua fría, retendría hielo en la boca, dejaría la canilla abierta, me tiraría sobre las baldosas de la galería de la planta alta, protegida por la sombra del aroma, con el ventilador apuntando hacia el techo, esperando que el calor afloje y cambie el viento, la brisa salvadora.

El asfalto hierve. Trelew blanco. Las gitanas duermen sobre los bancos y sobre el césped. No hay clientes, cigarrillos ni monedas. No se quejan. Son dueñas de la sombra.

El sol en la espalda, la garganta seca, los ojos quemados, la ropa empapada, las manos en las rejas.

La nube invade la calle Mitre, levanta lo que encuentra a su paso, se arremolina entre mis piernas, pega papeles en la ropa. Alzo el brazo derecho, sujeto la carta con fuerza. Las cajas de cartón golpean contra las puertas de chapa; se elevan y caen desarmadas. Comienza el derrumbe de la loma, de los barrios altos de Trelew. La tierra baja a borbotones. Río de inmundicias.

Aún restan dos escalones, puedo subirlos, reservarlos para la embestida final. Una vez superados,

el crecimiento de la masa de polvo será más lento, se incorporará una superficie nueva, el hall del correo, lugar de buzones y casillas. De todos modos, estaré perdido. Claro que, para entonces -esa es mi esperanza- las puertas del correo estarán abiertas.

## VI

Metal contra metal. Metal contra losa. Vidrio contra vidrio. Metal, losa y vidrio contra fórmica. Bisagra de puerta batiente. Timbre de caja registradora. Apertura y cierre de heladeras y cajones. Golpes de cubiertos y de vasos. Mozo que recorre las mesas y mozo de mostrador que ordena los pedidos a la cocina. Salón anexo a la estación de servicio que se levanta en el cruce de la avenida Irigoyen y la ruta hacia Comodoro Rivadavia. Cansancio de familias y camioneros. Cansancio de domingo por la noche, final de vacaciones. Entonces, gritos y llanto de Damián, desafío sobre todos los comensales que no entienden esta especialidad de la casa fuera de menú, esta irrupción que altera la paz de la cena compartida. Pasan los minutos, *ya se calmará*, severa advertencia de Liliana, los comensales interrumpen los movimientos de cuchillos y tenedores, los diferentes líquidos logran la inmovilidad en vasos y botellas, los mozos se detienen, alguien imparte instrucciones, va de mesa en mesa, conspira, siento las miradas de todos los ojos, *no se te ocurra levantarlo*, Liliana adivina mis intenciones, Damián continúa su ascenso hacia mí, *que aguanten*, última orden de Liliana, un arrebató inspira al soldado, decide desertar, levanto a Damián y, por arte de magia, enmudece.

~

Salgo del salón comedor con Damián en brazos. Abandonamos la zona blanca de los surtidores de combustible iluminada por tubos horizontales y reflectores laterales y recorreremos la doble fila de álamos separadas por la acequia que ahora luce seca, con una capa de arcilla, lugar donde se agrupan los camiones en perfecto orden, según fueron llegando. Los camioneros preparan el fuego en las parrillas y aguardan la carne asada con la ronda de mate y en la espera controlan cubiertas y motores, con las cajas de herramientas abiertas y los *capots* levantados. Desde uno de los camiones, la radio transmite un partido de fútbol de los torneos de verano. La noche continúa cálida. Desde lejos, desde la oscuridad, las luces blancas de la estación de servicio parecen aún más potentes.

~

Un automovilista espera que terminen de completar su tanque de nafta. Es uno de los comensales que estuvo en la escena del llanto. Me espera. Sé que me va hablar.

— *Ustedes vienen viajando desde lejos, ¿verdad? Tienen que parar, no pueden seguir viaje. Busquen un hotel.*

— *Pasamos la tarde en el zoológico y en el puerto de Rawson. Vivimos en Trelew.*

— *Bueno. Igual.*

El surtidor de combustible se detiene. La manguera es colocada en su sitio, la tapa del tanque es cerrada, el hombre extiende el dinero y el encargado lo recibe. La transacción finaliza.

— *Usted está cansado. Tiene que parar.*

~

La ventana abierta del dormitorio deja pasar la humedad del jardín. Liliana me espera en la cama, desnuda. Me ha llamado hace un momento. He suspendido la lectura de las últimas páginas del día, la selección de los próximos libros. Está serena, otra mujer ocupa su cuerpo, ajena a la mujer del restaurante. La veo fumar. Sus piernas son bellas. Otras zonas comienzan el derrumbe. Conserva el collar de múltiples vueltas de nuestros años de estudiantes. Me gustan sus pechos enredados en ese collar. Apaga el cigarrillo y se incorpora sobre la cama. Me desnuda sin decir una palabra.

~

En la madrugada regreso a los libros. No me decido a continuar la lectura Comienzo a ordenarlos. *Usted está cansado.* Salgo al patio. La noche se mantiene cálida. *Tiene que parar.* Subo a la azotea. El resplandor de Trelew, cúpulas doradas de la ciudad de los Césares. Cada año, el pantano de arcilla negra expansiva se lleva otro pedazo de ciudad.

Encanto de serpientes, tierra de perdición, un día la princesa. Sherezade se agotará, terminará el embrujo, el viento cubrirá el valle de polvo y ceniza, será la noche mil dos y, al amanecer, caerá la cabeza de Trelew.

## VII

*Centro de estudios musicales, filial Trelew, del instituto Carl Orff de Friburgo. A la izquierda del cartel, la única ventana. Inútil, clausurada. La puerta se abre y permite el paso de la visita, previo reconocimiento, santo y seña superados sin inconveniente. El profesor recuerda la invitación, sólo lamenta que es tarde de sábado, día de ensayo general, jóvenes alumnos en círculo, tumulto de instrumentos y de atriles, intruso que permanece en el rincón de la puerta de calle, único lugar disponible, amenaza latente de aprisionamiento, pero la práctica de conjunto debe continuar.*

Ambiente de usos múltiples: cocina, estudio, biblioteca y sala de ensayos. Los vapores de almuerzos y cenas se acumulan en mosaicos y azulejos. Grasa sobre los muebles, protuberancias, erupciones cubiertas de polvo. Debajo de la ventana un tablero abatible sirve de mesa y escritorio. Para dar la clase, Gabriel lo levanta, barrera que libera el tránsito. En la pared opuesta, la cocina de cuatro hornallas, el calefón y la piletta con su bajo mesada y los cacharros a la vista. En las paredes laterales, estanterías de madera aglomerada, ladrillos que hacen de ménsulas y cajones de frutas para las divisiones internas. Desde el zócalo hasta el

techo. Libros y partituras. El peso hunde los estantes. Los extremos se arquean, la superficie de apoyo se reduce y el centro roza las hileras inferiores. Si la tendencia continúa, los estantes superiores soportarán el peso hasta que se produzca un derrumbe en cadena, una catástrofe, alud de libros. En intervalos irregulares sobresalen pedazos de papel, jirones de banderas blancas flameando en el campo de batalla. Son las señales de los libros faltantes, los libros prestados que nunca volverán. Las banderas registran los títulos y el nombre de los saqueadores.

En la estantería de la derecha, el equipo de música, el grabador de cinta abierta y los discos: Palestrina, Bach, Mozart, Schönberg, Berg, Stravinsky, Boulez, Lutoslavsky, Berio, Bartók.

*Marrón y azul*, Astor Piazzolla, flautas, guitarras y percusión, el maestro va de alumno en alumno, señala las entradas, los errores, *da capo*, alguien no estudió, ajustan las afinaciones, se repiten las partes pero también los errores, el intruso inmóvil, los alumnos se distraen, el maestro pierde la paciencia, los cabellos se desordenan, voltea un atril, alguien reprime una risa inoportuna, el intruso cree escuchar la campana salvadora, ubicada debajo de la escalera de la escuela primaria de Coronel Dorrego donde cursó sus estudios, golpes precisos de la portera Amalia que nadie puede imitar, recreo, se abren las puertas de las aulas y se produce la estampida, bisontes corriendo en la pradera, un pase de magia, masas y tortas en la mesada de la cocina, té humeante, amenaza para la ropa de fiesta, los alumnos irán más tarde a la misa vespertina, por ahora los padres descansan mientras sus hijos hacen música, intercambian miradas, inician romances y Gabriel desaparece en el misterio del pasillo, ignora el asalto a las confituras y regresa con

los textos prometidos de Celia Álvarez, *Cinco cuentos con venganza* y *Regreso, historia a dos voces y coro*, “a Gabriel, por el pasado, con malas intenciones”, el intruso agradece, acepta la carpeta, misión cumplida, se retira sano y salvo, sus manos están limpias, ninguna confitura se detuvo en ellas.

~

*Cinco cuentos con venganza*, textos breves, libreta telefónica con índice horizontal. Cada cuento tiene una lectura suplementaria en los centímetros que asoman de las hojas siguientes y se continúa en el párrafo final de los cuatro restantes. El último se resuelve en el primero. El círculo perfecto.

*Regreso, historia a dos voces y coro*, texto mecanografiado sobre hojas de treinta por cuarenta centímetros divididas en tres columnas, una para cada voz: *Él*, *Ella* y *Los otros*. Las columnas comparten la cantidad de capítulos, siete en total, y guardan una disposición gráfica similar. La misma historia contada desde tres puntos de vista. La historia es la separación de Celia y Gabriel.

Cierro la carpeta. El guardián de la plaza Independencia ajusta los regadores y rastrilla los bordes de los canteros, llevándose las hojas marchitas, dejando surcos de arena y piedras. Las gitanas inician la ronda de clientes y en el kiosco de madera se preparan las voces evangélicas que traerán la palabra del Señor.

~

Camino hasta la librería *Facundo*. En la vidriera, *Las torres altas* de Donald Borsella.

~

Retiro del estante de literatura extranjera *Villorrio*, edición española, rústica y de bolsillo.



– *No se lo aconsejo. Es una mala traducción.*

Villorrio pasa a manos de Borsella. Mazo de naipes que se ventila.

– *Trate de conseguir Palmeras salvajes traducido por Borges. Y si le gusta la literatura norteamericana, le recomiendo El camino del tabaco y los cuentos de Salinger.*

El libro queda en su estante. Borsella continúa su inspección y regresa con un ejemplar de *Las torres altas*. Escribe mi nombre en la primera hoja y firma.

– *El próximo sábado lo presentamos. Puede venir, si le interesa. Conocerá escritores, poetas. Gente joven.*

~

La excursión al *Centro de estudios musicales* y a la librería *Facundo* ha sido breve. Sin embargo, hubo cambios en la plaza Independencia: revuelo de parejas, bancos ocupados y sombras sobre los canteros. Las voces evangélicas compiten con las gitanas. Apenas sobresalen las campanas de la iglesia convocando a misa. Aún es temprano para volver a casa. No sé adónde ir.

~

Otra vez en el *Centro de estudios musicales*. El ensayo ha terminado y la cocina luce ordenada. El agua está a punto, Gabriel la vierte en la tetera y después agrega hebras de té de la India y de Ceilán. Parte del té se derrama en el camino. Un detalle sin importancia. Gabriel no hace comentarios, parece escuchar los ecos del ensayo. Entonces le digo que quiero volver a la música, reiniciar el estudio de la guitarra. Él me mira en silencio. Después la taza de té reclama su atención.

~

Don Amaranto, ojos color ceniza, cabello blanco, voz grave afectada por el tabaco, rostro difuso detrás de la nube del cigarrillo interminable, traje azul, corte de otra época y la inevitable reducción, el imperceptible empequeñecimiento, Amaranto devorándose a sí mismo, camisa blanca realzando su piel morena, corbata oscura y angosta con lazo irregular asomando debajo del cuello almidonado, falta la boquilla de nácar, la cigarrera de oro y los zapatos de dos colores para confundirse con un tratante de blancas o un traficante del Caribe, manos amarillas de nicotina, uñas afectadas como la piel, comedor de casa sin terminar en las afueras de Coronel Dorrego, piso de cemento, muebles oscuros y severos, mantillas tejidas al crochet y adornos de bronce y porcelana, presencia secreta de la guitarra española, oculta en su estuche, y oculto el estuche mismo, fruto prohibido arrancado del árbol de la sabiduría sólo cuando el maestro se permite una tregua, una pausa en los balbuceos de su alumno, entonces afina las cuerdas, vaga con sus dedos sobre ellas, no se decide, apenas las acaricia, apoya el cigarrillo en el cenicero, la mujer le ofrece el primer mate de la tarde después de ocho horas de trabajo como escribiente en la casa de cereales y ganado, tan pulcra ella como su marido, medallón de plata cerrando el cuello de puntilla, peinado y maquillaje, los vecinos se entretienen con el radioteatro de la tarde, recogen la ropa tendida antes de que oscurezca, los baldíos van recibiendo jugadores de fútbol, aún hay tiempo para un par de goles, los primeros parroquianos llegan a los bares, arman mesas de truco y dominó, se escapan las niñas de la vigilia materna, los novios esperan escondidos, tiemblan los cuerpos, movimientos y ruidos inexistentes, inaudibles, invisibles, en la sala de don Amaranto, donde las manos y los dedos amarillos

se deciden, por fin, a recorrer las cuerdas de la guitarra española, música de Bach para un auditorio de fieles, música para su mujer y un alumno, música de los dioses en una casa a medio construir, en los suburbios de Coronel Dorrego.

~

Y después, en Buenos Aires, el estudio de Encarnación Azcárate en un barrio de casas antiguas, indiferente al tránsito y al bullicio de Plaza Once, al tronar de los trenes y a los gritos de los mercaderes. Inquilinatos y conventillos que durante mi clase, primera hora de la tarde, parecían abandonados, el barrio entero desierto, cuerdas y cuerdas vacías, la siesta en Coronel Dorrego, la calma de los pueblos de provincia.

En el final de la escalera, el vestíbulo, un sillón rígido de madera, dos cuerpos, ningún adorno, un gomero seco, la galería, los vidrios de colores que daban al pozo de aire, filtraban la luz y teñían las paredes de amarillo, verde y azul. La puerta del estudio permanecía cerrada. Sin embargo, podían escucharse las indicaciones de la maestra y el sonido de la guitarra. La clase terminaba en el horario previsto, la profesora señalaba los ejercicios futuros y se producía el cierre de carpetas, estuches y atriles, después la despedida, los pasos resonando en el piso de madera, el brusco abrir del picaporte. Yo me ponía de pie. Allí estaba la alumna que me había hechizado con su música, la misma alumna, tarde tras tarde, que se retiraba sin decir una palabra. La seguía con la mirada durante su descenso hasta que desaparecía en el final de la escalera. Entonces, era mi turno. Finas líneas de luz cruzaban la penumbra de la habitación en forma oblicua, y dibujaban en el suelo el rectángulo de los postigones. Al fondo, Encarnación Azcárate. Una

lámpara y el círculo blanco. Un escritorio y dos sillas sobre una tarima. El balcón que daba a la calle Santiago del Estero. La puerta de doble hoja cerrada.

Tomaba asiento y esperaba sus indicaciones. Ella consultaba el cuaderno y señalaba el ejercicio. Yo colocaba la partitura en el atril, retiraba la guitarra del estuche y la clase comenzaba.

A veces, el cansancio o mi incompetencia la sublevaban. Encarnación señalaba las frases que yo no podía resolver, las subrayaba con trazos gruesos, las aislaba para diferenciar cada voz y luego marcaba el ritmo golpeando el escritorio. Yo lo hacía cada vez peor. Entonces, como último recurso, ella tomaba la guitarra, sus manos no vacilaban, el sonido era fuerte y claro, sin grietas, sin fisuras donde pudiera filtrarse una debilidad, un dolor, un sentimiento prohibido.

~

Gabriel escucha mis recuerdos de don Amaranto, de Encarnación, del folklore en Coronel Dorrego, renovando el agua y las hebras de té.

*— Sí. El folklore. Me resulta penoso escuchar a los folkloristas. Están vacíos de contenido. El vacío del vacío, el metavacío.*

Gabriel retira el colador con algunas hebras retenidas. Mi taza desborda.

*— El folklore, como actividad del pueblo, tiene su sentido. En el campo se hace un baile, se junta la gente, sacan el acordeón, las guitarras, se ponen a tocar, bueno, tiene sentido, es razonable, la gente necesita diversión, se toman unos vinos, unas cañas, tocan las piezas que les gustan bailar.*

Alzo taza y plato. Tomo dos tragos amargos. Con esta disminución y la adicional que se ha caído, ya puedo poner azúcar.

– *O en el norte, los chamamés, las chamarritas, las litoraleñas. Bailan y se divierten. Y la gente se conoce y se arman las parejas y todo tiene sentido.*

La taza y el plato de Gabriel también rebalsan, él no lo advierte, agrega dos cucharadas de azúcar y revuelve con energía.

– *Pero en la ciudad, esa misma música, hecha por conjuntos que no buscan otra cosa que grabar y vender discos, está vaciada de aquel otro sentido. A veces, yo hago folklore con los alumnos, cosas no comerciales, piezas obtenidas en el campo, para que los alumnos tengan la oportunidad de hacer determinados ritmos, del mismo modo que se puede hacer otra música.*

En el suelo, alrededor de la mesa improvisada, un charco en aumento.

– *Y también están los folkloristas de la ciudad que tratan de imitar a otros, a los que graban discos. Ese pseudo folklore que es el negocio de las editoriales y de las grabadoras. Nada más. Si se venden muchos discos, ¡ah!, ¡folklore, folklore! Lamentable. Es un vacío en segunda instancia, es el metavacío, está más allá de lo vaciado. Es el vacío de lo vaciado. Y eso, a mí, me pone triste. Me deprime.*

Las tazas vuelven a completarse, ahora con agua tibia.

– *Para poder hacer música vamos a tener que quebrar el armazón de acero y cemento que tiene en la cabeza. Hay que vencerlo. Los problemas rítmicos pueden superarse. Los dedos se pueden mover bien, la técnica se logra con paciencia y entrega, con la práctica diaria. El concepto musical es otra cosa. La guitarra puede sonar muy bien, pero tal vez no estemos haciendo música.*

~

No va a poder. Pulsa la guitarra y espera.

– *Conmigo cantan hasta las piedras.*

Un do repetido, constante, regular. No va a poder.

– *Tómese su tiempo. No tengo apuro.*

Mi garganta es un cerrojo con tres candados.

– *Deje salir un sonido cualquiera.*

Gabriel insiste con el do. Está dispuesto a sostenerlo hasta que yo me decida. No hay escapatoria.

– *No se preocupe por el tono.*

Por momentos siento el impulso, la inminencia del sonido. Pronto me ahogo y vuelta a empezar.

– *Más fuerte.*

La vibración de la cuerda y dos personas en silencio, esperando.

– *No lo escucho.*

Pasan los minutos y Gabriel no se inquieta. El índice y el mayor de su mano derecha repican sobre la quinta cuerda y el anular izquierdo se apoya en la tercera división. No va a poder.

– *Anímese.*

En la escuela secundaria evitaba las pruebas de canto. La profesora de música, sentada al piano y la fila de alumnos detrás. A medida que se acercaba mi turno, confiaba en una distracción, en una excusa que me permitiera cambiarme de fila y sumarme al grupo que había superado la prueba. Siempre lo lograba.

– *Es un re.*

Un sonido ha escapado de la prisión.

– *Continúe.*

Gabriel libera el anular izquierdo y hace sonar la cuarta cuerda al aire. Cada sonido es más fuerte que el anterior. Mi voz, fuera de control, se une al sonido de la guitarra, cuerda y voz, *re* al unísono, *re* perfecto, *re* que inunda la habitación.

– *Me ha dado trabajo. Tal vez sea algo insignificante para usted. Pero yo necesito que mis alumnos canten.*

~

Después del esfuerzo, Gabriel está inquieto. Va al dormitorio y regresa. Camina por la habitación, cambia de lugar un objeto al azar. Coloca el libro de Abel Carlevaro sobre el atril. Señala los ejercicios que debo realizar. Simula escucharlos. Son útiles para aflojar las manos, corregir posiciones y vicios, permitir que las yemas de los dedos de la mano izquierda se endurezcan. Mis anulares y meñiques conspiran. Gabriel comprueba la línea de la columna vertebral. Hay orden, ha limpiado después del ensayo, mientras yo andaba por la plaza y la librería. Los libros en sus estantes, las partituras superpuestas, la vajilla en el escurridor, ninguna prenda en los respaldos de las sillas. La inquietud de Gabriel va en aumento.

– *Tengo pulpitos en la heladera de la vecina.*

Desaparece. La clase inicial ha concluido. Espero su regreso sin decidirme a guardar la guitarra. Gabriel viene dispuesto a preparar sus pulpitos en escabeche, su cazuela de mariscos, sus rabas, su copa de langostinos.

– *Para mí el arroz es el único alimento, una golosina.*

Una sartén aparece debajo de la pileta. Grasa y costras adheridas. No hay tiempo para acondicionarla. El hambre apura. Las cebollas se desnudan. La hornalla al máximo para que salten y se retuerzan. Bagres que han mordido el anzuelo. Los pulpitos son trozados. Pulpos frescos de playa Magaña enviados al purgatorio de la heladera ajena hasta esta hora de la noche.

El chef maniobra en la tabla de madera con sorprendente habilidad. El cuchillo hace milagros. Se rinden el ajo y el perejil.

*— Al parbolizado lo hago con uno en uno y medio. Pongo una taza de arroz y una y media de agua. A los diez minutos está listo, sin tocarlo, sin revolver para nada; porque si revolvés tenés que poner uno en cinco, cinco tazas de agua para revolverlo. Si no, sonaste, se te sancocha.*

Cierro los libros, desarmo el atril, envidio el alarde culinario y señalo que no hay que descuidar la sartén. El fuego reclama la atención del cocinero. La cuchara de madera, espada de Excalibur, varita de director de orquesta, se esmera para que cada condimento entre a tiempo sin perder el ritmo y para que cada trozo de pulpo reciba los aderezos en forma proporcional, pero no puede evitar que parte del contenido de la sartén tenga un destino impropio, el piso mugriento de la cocina.

*— El arroz integral conserva la cáscara. Tiene mucha fibra, más sustancia. Pero es indigerible. No podés comerlo todos los días. A mí me produce dispepsia, acidez. Hay que cocinarlo el doble de tiempo y tenés que poner el doble de agua. Falta sal.*

El salero perdona el olvido y suelta su contenido a discreción, sin reproches. Mar salado, mar de nuestras costas, mar de los pulpos, calamares en su tinta.



— *Con el arroz blanco, a las dos horas exactas, estoy con hambre. Cuando cocino el arroz parbolizado, recién me viene el hambre a las seis horas. Una vez me pasé una semana cocinando arroz blanco y se confirmaba. A las dos horas, todos los días, ya tenía hambre. Después repetí el experimento con el arroz parbolizado. Confirmado: hambre a las seis horas.*

Llueven las especies como agua tropical, el especiero trabaja a destajo, el molinillo demuestra ser incansable: pimienta blanca, pimienta en grano, pimentón, ají molido, comino, laurel, nuez moscada, orégano, albahaca. Los pulpitos no se distinguen y el piso de la cocina recibe más visita inesperada.

— *¿Sabés cómo es, en qué consiste el secreto del arroz parbolizado? Al arroz blanco le sacan la cáscara y el tegumento. Al sacarle el tegumento le quitan la mayor proporción de proteínas. Los yanquis, durante la guerra del Pacífico, descubrieron un procedimiento para sacarle la cáscara y dejarle el tegumento. ¿En qué consiste? Ponen el arroz en una cesta y le mandan un chorro de vapor de 130 grados. Esto produce el desprendimiento de la cáscara pero el tegumento se queda pegado al arroz. Por eso el arroz parbolizado tiene el color del tegumento.*

Junto a la bolsa con el agua viscosa y residual de los pulpos, una botella de yogur. Vinieron juntos esta mañana, atravesaron la ciudad, aprobaron el período de penitencia en el refrigerador. ¿Por qué sorprenderse entonces, si ambos comparten la misma sartén? Gabriel vuelca el yogur y el humo prepotente y agresivo, inoportuno, toma por asalto la cocina y el pasillo y avanza sin resistencia hasta el dormitorio. Queda superada la zanja Alsina - Ebélot.

— *En Alemania yo no comía otra cosa que arroz.*

*Arroz y nada más que arroz. Cuando quería otra cosa iba a los restaurantes y pedía una sopa con albóndigas o una hamburguesa. Si no, cocinaba arroz.*

Es el momento de retirarse en orden. Abro la puerta sin hacer el menor ruido aprovechando que estoy en la retaguardia. Salgo de la línea de fuego rescatando todos mis pertrechos. No miro hacia atrás por temor al castigo divino, está prohibido ver cómo Gabriel disfruta de su banquete.

~

*Martes*, tercer día de la semana reservado para mi clase de música. *Marte*, dios romano de la guerra, identificado con Ares, hijo de Juno, protector de la agricultura, la primavera y la juventud, a él estaban consagrados el tercer día de la semana y el tercer mes del año. *Diario del martes*, carpeta para mis notas de la clase semanal de guitarra. *Campus martius*.

## VIII

Borsella habla de la literatura indigenista, de Arguedas y Rulfo, en la presentación de *Las torres altas*. Traje marrón, camisa blanca con cuello doblado en las puntas y corbata a varios centímetros del botón superior, voz académica para disimular la incomodidad y cautivar al auditorio. Entre las estanterías, oprimida por los libros, la *intelligentsia* de Trelew, alumnos y profesores universitarios, jóvenes profesionales, periodistas, poetas y narradores disputan los lugares de privilegio, la primera fila, la cercanía del escritor. Tal vez Borsella desearía estar al frente de una clase más en Colonia Cushamen, ser el maestro de *La avutarda*.

La tertulia continúa con grupos que se hacen y deshacen con rapidez. El espacio es mínimo y la defensa de la literatura indigenista no parece entusiasmar a la *intelligentsia* local. Desde el inicio estoy en un rincón, en el fondo de la librería.

— ¿Qué está leyendo?

Borsella se acerca con dos copas de vino y me ofrece una de ellas. Superada la tensión inicial, su voz recupera el tono sencillo de maestro rural. La clase académica queda en el olvido. Por el contrario,

mi voz suena débil, sin convicción, siempre me costó improvisar, dar opiniones sin haber pensado lo suficiente y los primeros autores que menciono, los integrantes de la nueva generación de escritores argentinos, no le agradan. Borsella niega repetidas veces con la mano, hace un movimiento como para ahuyentar insectos voladores, parte del vino se vuelca, mancha su traje y el piso y se retira dando por terminada la conversación.

El diálogo fue tan breve que no alcancé a oponer defensa alguna ni a continuar con otros autores. Pude haber empezado en otro orden y nada hubiera sucedido. Pero no tuve tiempo. Ignoro si conoce a los autores que mencioné, si los ha leído. Tampoco hay ahora posibilidades de preguntas, ya Borsella se suma a otros grupos y yo quedo en el medio del salón, con la sola compañía del vino derramado. Decido irme. Dejo la copa en el borde de un estante y, al girar, me encuentro con Borsella que regresa.

— *¿Ha leído a Cerretani? ¿El misterio de Beata Faragó? Ése es un escritor, una lectura que vale la pena.*

No, no lo he leído y no parece ser el momento de revelarlo. Mejor que él continúe con su lista de libros y escritores. Sospecho que cada nombre que yo pronuncie será destrozado sin piedad.

Una pareja pasa a nuestro lado, rumbo a la salida, Borsella la detiene y la incluye en la conversación.

— *Aunque no lo crean, el joven pierde el tiempo con escritores argentinos de la nueva generación. Dentro de unos meses nadie se acordará de ellos.*

La mujer sonrío.

— *Nosotros también los leemos. ¿Qué tiene de malo?*

- *Eso. Que son malos.*
- *Algunos son buenos.*
- *Cuiden sus ojos.*
- *Usamos lentes y buena luz.*
- *Lean Proust, Tolstoi, Thomas Mann.*

La pareja se retira, ella con su sonrisa y él con palabras de aliento, que sólo yo escucho:

- *Leé lo que quieras.*

~

Casa sin Liliana y sin Damián. Ambos a diez mil metros de altura. El asma tiene cita en el Hospital de Clínicas de Buenos Aires y no me decido a ingresar en la casa solitaria. Vuelta a la calle, a caminar. Me duelen las palabras de Borsella. Me duele no saberme defender. No tendría que haber ido. Prometo no volver a estar en otra presentación de libros ni en ninguna reunión de escritores. Los comercios cierran puertas, bajan cortinas y la gente se refugia, ordena las compras en las alacenas, abre los hornos y enciende hornallas, ve los noticieros de la televisión. Entro en un bar vacío, piso de pinotea vencido que se hunde a mi paso, techo oculto en las sombras. Un par de mesas y el mostrador, tan largo como el bar. Borsella sale de la cocina. Ninguno de los dos nos sorprendemos. Me sirve sin preguntar un vaso de ginebra. Limpia la tabla con el trapo rejilla. Las marcas circulares de vasos y botellas permanecen inalterables, indiferentes a la limpieza, arabescos unidos a la madera, iniciales de enamorados, fechas y frases en la corteza de un árbol. Borsella deja la rejilla sobre la bandeja plateada. No hay parroquianos. Tampoco hay huellas de la discusión en la librería. Ya no le interesan mis lecturas. Está cómodo

con la ropa de mozo, sin el traje de las disertaciones. Comienza a hablar de su novela, una historia durante la construcción del ferrocarril en la cordillera, al oeste de Chubut.

— *Escribí unos capítulos pero ahora está detenida.*

Alguna vez se dedicó a la política y fue diputado provincial hasta que los militares cerraron la Legislatura y lo dejaron cesante en su puesto de maestro rural. Durante el día atiende un negocio de repuestos de autos, al sur de la ciudad, a mitad de camino entre el centro y el río. Después se queda unas horas en el bar, hasta la madrugada, horario en que comienzan los espectáculos en los prostíbulos y se retiran los últimos sonámbulos en busca de una compañía que los alivie.

Borsella interrumpe sus confesiones, mira el reloj. No tiene interés en la penitencia o la absolución que yo pueda ofrecerle por la novela abandonada.

— *Acompáñeme. Tengo que darle la cena al viejo.*

Subimos a un Peugeot 404. La apariencia exterior es alentadora pero es desmentida de inmediato. Lo único que funciona es el motor. Por suerte, a esta hora de la noche, el tránsito es escaso y no tengo oportunidad de comprobar el comportamiento de los frenos.

— *Mi padre va a cumplir cien años y está solo.*

Las sacudidas, el embrague, la caja de cambios lo dejan indiferente y así, entre quejas y aullidos, llegamos a destino, el barrio Juan Muzio, planta baja, extenso pasillo de cemento, puertas sucesivas, cajas chinas sin necesidad de llaves, patio interno, macetas y trastos, galería vidriada con orientación norte, reforma que retiene el sol del invierno durante la tarde, padre dormido en la mecedora de mimbre, aislado de los

ruidos de la calle. El anciano se despierta de buen humor, nos sonríe, ha sido sorprendido en una travesura. Borsella lo ayuda a levantarse y a caminar hasta la cocina. La ráfaga de luz que llega desde el techo, la hornalla, el jarro y el pedazo de pan. La galería sigue en penumbras. Una biblioteca baja, libros viejos con huellas de lecturas y mudanzas. Sobre el escritorio, una Remington sostiene una hoja en blanco en su rodillo. Al costado izquierdo, la resma que espera.

Padre e hijo pasan hacia el dormitorio. Borsella alza la frazada de la mecedora. La cena ha sido breve. Escucho los preparativos, las sábanas que se abren, el cambio de ropa, el cuerpo que se apoya en la cama. No hay otros sonidos. No hay palabras. El hijo no cuenta historias para que el padre se duerma y da por terminada la tarea. Se detiene en la puerta del dormitorio para ver a su padre una vez más.

Abre un cajón y retira una carpeta.

— La doma. *Mi último trabajo.*

Enciende la lámpara del escritorio, ocupa la mecedora de su padre y queda pendiente de mi lectura.

— *Aún le falta. Es un borrador. El final se precipita, no tiene suficiente desarrollo. El cuento me ha lanzado por el aire y me ha revolcado por el suelo como a un jinete inexperto.*

Una pareja de Buenos Aires es invitada a una doma. Est n de vacaciones en la Patagonia. Han discutido durante la noche. Viejos rencores, fracasos. No han dormido. Ocupan lugares opuestos alrededor del corral. Un par de peones trae al potro y llega el domador, apenas un muchacho. Lo admiran.  l ni siquiera los tiene en cuenta. Porte os, vidas vulgares y mezquinas, sin riesgos, sin desafíos. El jinete supera los primeros minutos de bravura del potro y después

galopa luciendo su victoria. La pareja ha sido vencida junto con el potro. El hombre sabe que el desprecio de su mujer es aún mayor, sabe que no regresará junto a él, que huirá con el domador.

Regresamos al bar. Durante nuestra ausencia se ha llenado de estudiantes.

Borsella recorre las mesas cumpliendo con los pedidos. Lo veo ir a la cocina y salir con hamburguesas, gaseosas y vino, sin traje marrón, sin camisa blanca con cuello doblado y corbata a varios centímetros del botón superior, sin voz académica, sin clase magistral, sin padre centenario, un mozo más en la noche de Trelew. Más tarde cerrará el bar, irá en su Peugeot hasta el barrio Juan Muzio, comprobará el descanso del padre, preparará algo de comer o se servirá un vaso de vino, se sentará frente a la máquina de escribir y con dedos curtidos con grasa de motores, alcohol y ácido de baterías, golpeará las teclas en el carro de la Remington y buscará las dos palabras, tal como me ha dicho en algún momento de la tarde, esas dos palabras que salvarán su día.

~

Fuera del bar, a la deriva. De vidriera en vidriera. De kiosco en kiosco. Calles céntricas vacías, luces de neón y ofertas para nadie.

Gabriel termina su ronda vespertina y viene a mi encuentro. Es probable que Emma y Luis Ángel hayan apagado el televisor, no hay posibilidad de extender la noche con discusiones políticas y tampoco hay comida esperándolo en la mesa de la cocina, en el horno o en la heladera. De todos modos, hay que regresar, continuar el estudio de la partida de ajedrez iniciada en la tarde, preparar un té para aliviar el hambre, repasar una partitura, elegir un libro para leer en la cama hasta la madrugada.



~

— *¿Tiene algo que hacer? Voy a cenar a casa de Marcos y Elena. Lo invito. Sume alguna botella, para no caer con las manos vacías. ¿Los conoce?*

— *Creo que no.*

— *Su hija Valeria estudia conmigo. Buena gente.*

~

Mientras caminamos le hablo de Borsella, de la presentación del libro, del encuentro en el bar y la visita al padre. Le pregunto si lo ha leído.

— *Sí. Un corazón dulce, entrañable, cariñoso. Un hombre que ayuda a la gente, que sabe percibir aquellas cosas que no se dicen. Sus cuentos, lo que leí de él, no son distintos de la escritura de Abeijón o de otros escritores costumbristas. Sabe escribir, tiene su gesto. Recuerdo el cuento La avutarda. El maestro sorprendido por la declaración de amor de la alumna. Y en ese costumbrismo él tiene una postura al lado del trabajador. Lo aprecio. Los lectores tenemos necesidades infantiles, adolescentes, distintas formas de pensar, distintos desarrollos de pensamiento y estados de ánimo y la literatura ha de servir para atender a esas necesidades, a todas ellas, o también, para crear otras. La literatura es un instrumento para la creación de nuevas necesidades. Los libros que valen, que sirven, son aquellos a los que se les puede encontrar distintos niveles de comprensión y de lectura. Toda escritura que viene de una reflexión profunda, de una experiencia rica, tiene que ser de lecturas múltiples. La dignidad, la tragedia, la angustia, la ferocidad del paisaje, cómo la Patagonia troquelela caracteres y personalidades, cómo nos marca en forma cruel e implacable, cómo nos transforma, cómo no podemos evadir esta maldición, la maldición de la soledad.*

~

Llegamos a una construcción baja, a filo de la línea municipal, encerrada por ambas medianeras, puerta en el extremo izquierdo y dos ventanas hacia la derecha. Un desequilibrio de diseño.

Marcos y Elena nos reciben. No son necesarias las presentaciones, alcanza con ser amigo de Gabriel, además, se trata de la pareja de la librería *Facundo*. Ella salió en mi defensa ante Borsella, ella es la lectora de los escritores jóvenes argentinos.

Una luz débil en el centro del pasillo disimula el papel que se cae, las manchas de humedad, el salitre que brota desde los cimientos. La sala principal, también de medianera a medianera. A la izquierda, contra el rincón, una mesa redonda. Sillones de mimbre blanco y mesas ratonas. Almohadones y telas para ocultar el deterioro. La casa se reduce a tres rectángulos superpuestos. El pasillo y dos dormitorios. El comedor y el estar. Un pasillo, el baño y la cocina. Las reformas que ampliaron la casa se hicieron sin mérito, errores que se sumaron a los originales.

Valeria y Natalia han cenado antes que nosotros y Elena las acompaña al dormitorio. Marcos reemplaza platos, vasos y cubiertos. Gabriel y yo miramos los cuadros, reproducciones de Bacon y de Kooning, tarjetas postales con imágenes de Italia y de Francia.

— *Amigos que viajan y nos recuerdan.*

Marcos nos invita a sentarnos y a comenzar la cena. Elena regresa y se escuchan gritos y risas en el dormitorio.

— *Marcos, por favor, ocupate de las chicas. Yo no puedo con ellas.*

Marcos nos mira y se pone de pie. No alcanzo a comprender su mirada. Disculpas en nombre de Elena

o gesto de resignación. Gabriel llena los vasos con vino tinto y Elena sirve diferentes ensaladas.

— *Acepté venir a la Patagonia porque nos prometieron la montaña. En Buenos Aires vivíamos en un departamento de un ambiente. El trabajo en la editorial, la facultad, los viajes en tren, colectivo y subterráneo, Valeria con pañales y el miedo. Sobre todo, el miedo. Teníamos amigos asesinados, desaparecidos y en el exilio. Entonces no sabíamos, como no sabemos ahora qué pasó con nosotros, por qué no nos tocaron. No éramos más ni menos que nuestros amigos. Compartíamos la redacción, las aulas, los trenes. Pero no quiero pensar más en eso. Cuando Luis Ángel le ofreció a Marcos el trabajo en el diario, no teníamos opciones. Necesitaba un responsable en Esquel, quería llegar a diferentes ciudades de la provincia y su proyecto coincidía con nuestros deseos de vivir en la montaña. Cuando llegamos a Trelew el proyecto estaba todavía en estudio, se demoró más de lo que pensábamos y nos quedamos. Soy maestra y conseguí que me trasladaran al Departamento de Aplicación. Ahora ya no nos queremos ir. No es que Trelew nos guste. Yo soy de Tigre. He vivido muchos años entre los árboles y la humedad. Mi casa está a dos cuadras del río. ¿Conocés?*

Elena y su piel color de oliva. Una trenza de lazos gruesos nace en el centro y en lo alto de su cabeza, una sola trenza que se desarma y que ella vuelve a armar con habilidad y paciencia, dedos ágiles manejando marionetas. Cabellos que se abren, se deslizan y forman una onda que cubre su hombro derecho. Elena hunde sus dedos, descubre el hombro, arma la trenza, no la sujeta, continúa la fragilidad, volverá a desarmarse. Espero ese momento, el velo que cae, la mano que se hunde, el juego de tejer y destejer.

— *Recuerdo palmeras en los bulevares, plátanos en las veredas, mansiones sepultadas por la vegetación, el Tigre Hotel, la terraza elevada que llega hasta el río, los veleros y los yates, los botes de remo y los barcos en reparación.*

— *Entonces, si conocés, comprenderás lo que me cuesta aceptar esta aridez. Es fácil, ¿verdad? Cada mañana, cuando abro la ventana y veo las matas secas rodando por la calle, la ciudad sacudida por el viento, me pregunto si pasaré acá el resto de mi vida.*

Los ruidos del dormitorio se han calmado. Marcos está con nosotros y escucha el final de la confesión de Elena.

— *Tenemos amigos y hay un movimiento cultural. No es mucho pero, por ahora, nos alcanza. Natalia nació en Trelew y las mudanzas nos abruman.*

Elena mira a Marcos y agrega:

— *No sé si hay otros motivos.*

Gabriel, atento a su plato mientras queda algo de comida, indiferente de la vajilla que pasa de mano en mano, de los recuerdos de Tigre y de los motivos para una mudanza, inicia un monólogo que, tal vez, continúe una discusión anterior con Marcos y Elena. El corte es brusco. Gabriel critica al PC argentino, a las esperanzas depositadas en el frente patriótico y en la unidad cívico-militar.

— *Entregaron la prensa a cambio de la vida de sus militantes. No se los reprocho. Es una medida de sobrevivencia y está bien. Pero no comprendo sus esperanzas en la supuesta ala democrática del ejército.*

~

Pienso en los comunistas de mi pueblo: camaradas que se reunían en los fondos de las carpinterías, los

sábados por la tarde, para compartir documentos enviados desde Buenos Aires o postales soviéticas del último viajero, que atendían peluquerías, ofrecían las *Novedades de la Unión Soviética*, los adelantos científicos y técnicos en el país de la revolución, bellos jóvenes con pañuelos rojos, herederos y futuros defensores de tantas conquistas, inofensivos ciudadanos de Dorrego que jugaban ajedrez en el club Independiente y se incorporaban a las cooperadoras de las escuelas; amigos confiables a los que se podía recurrir en caso de emergencias, personas apacibles que citaban a Lenin y a Codovilla, a las resoluciones del último congreso, que controlaban las variables de la historia, y que visitaban a los adherentes anónimos, una vez por año, con motivo de la campaña financiera. Pero Gabriel no los conoce. Es un marxista diferente, el temido trotskista según los bolcheviques de mi pueblo. Se apasiona, su gestualidad aumenta y abarca más espacio con los brazos. Sus análisis culminan de un modo inapelable, excepto para Elena, que lo enfrenta con firmeza. Sin que ella lo sepa, pertenece al gremio de los comunistas dorreguenses. Marcos intenta alguna réplica que enseguida se desvanece. Sonríe cuando Gabriel alza la voz y se enoja con Elena.

— *Videla es nuestro Pinochet. ¿Cómo podés defenderlo? ¿De qué ala moderada me estás hablando? Los militares son asesinos en Chile y en Argentina.*

La discusión arrecia y yo temo por la mesa, el mantel ha tenido peligrosos desplazamientos. Marcos pierde interés y desaparece. Cuando regresa trae una carpeta de grandes dimensiones. Libera una mesa de vidrio en donde coloca dibujos que retira de la carpeta. Elena y Gabriel continúan en sesión, pueden fundar la quinta internacional. Marcos no comprende el momento histórico y ocupa sillas, sillones y piso. Una

vez dispuestos, modifica el orden inicial de los dibujos hasta quedar conforme. Entonces, Elena y Gabriel, cansados y sin auditorio, suspenden el fervor político y se suman a la improvisada exposición de Marcos.

— *Hace mucho tiempo que no los sacaba a la luz.*

~

Hombres de negro en sillas de ruedas, frente a muros altísimos. Familias vestidas de etiqueta en medio de trigales y campos de girasoles. La violencia del tránsito a través de la ventana de un bar. Autorretratos en parques sombríos, asombro y desconcierto. Patios de hospitales, chalecos de fuerza, ojos aterrorizados. Sótanos, pintura volcada, ratas trepadas a los caballetes, destruyendo bastidores. Habitaciones en penumbras, hombres desnudos en los rincones, cubriéndose de amenazas invisibles. Mujeres mutiladas, sensuales, recostadas en sillones de terciopelo.

~

Los dibujos y las tintas pasan de mano en mano, cada uno se toma su tiempo, y después regresan a la carpeta. Nadie hace preguntas ni comentarios.

~

Elena sirve café. Marcos rechaza el suyo colocando una mano en el borde de la taza; Gabriel lo deja enfriar mientras revisa discos sin decidirse por ninguno. Entonces Elena se sienta y busca un aliado en campo enemigo, o tan sólo mira en mi dirección, sin pretender decir nada, sin notar mi presencia, apenas un obstáculo que se interpone.

~

Cada tanto, desde la calle, llegan voces y sonidos de motores. Después, el silencio.

~

Me voy a la madrugada. Gabriel se queda con la esperanza de reanudar la discusión política, la noche recién comienza para él. Además, quizás le sonría la fortuna, y pueda tener un momento en soledad con Elena, sin compartirla, sin adversarios.

## IX

Una vez por semana visito la librería *Facundo* apenas abren. Hay pocos libros que me interesan y los conozco de tanto recorrerlos. Pero igual cumplo con mi rutina. A veces hay sorpresas o descuidos de revisiones anteriores. Además de los estantes que cubren las paredes, hay bibliotecas transversales que arman un laberinto y dificultan el paso. Es por eso que prefiero esta hora solitaria, la librería vacía, el placer de buscar sin interferencias.

Hoy, sin embargo, alguien más comparte la preferencia del primer horario.

— *Recibí los Diarios de Anaïs Nin. Envío de mi hermana, desde Madrid. ¿Te interesan?*

La misma mirada del final de la noche.

— *No sé quién es Anaïs Nin.*

Estamos en el fondo de la librería, frente a dos óleos de Guereña, pintor de Esquel que alborota el ambiente plástico de Trelew con *Celestina*, revisión del cuadro de Picasso y *Mujer vestida de negro*, esperpento de Valle-Inclán, monstruo de Goya.

— *Guereña se mudó a Trelew y abrió su taller de dibujo y pintura. Marcos le hizo una entrevista para el*



*diario. Es probable que se anote en el taller y vuelva a pintar.*

Elena rodea la estantería y queda a mi lado.

— *Los dibujos que vimos anoche no los había mostrado en años. Pocos saben que él es artista. El periodismo es un accidente en su vida.*

Continuamos la búsqueda de libros en direcciones opuestas. No hay mucho para ver. Pronto nos encontramos en la sección de literatura argentina. Me pregunta si encontré algo interesante.

— El apartado *de Rodolfo Rabanal* y Cuentos de mármol y hollín *de Héctor Lastra.*

— *A Rabanal lo conocemos. Trabajó con Marcos en Panorama. Suele venir a Trelew y quedarse en casa. Tiene un hermano detenido en Rawson.*

Elena revisa los estantes inferiores. Su escote se abre. Sabe que la miro. No se cubre. Pechos pequeños, duros, en punta. Casi espinas.

~

Suena el timbre. Tardo en atender. El llamado se repite. No deseo ver a nadie. Estoy descalzo, a medio vestir, leyendo los libros que traje de *Facundo*. Nuevo llamado. Me resigno y abro la puerta. Elena. Han pasado unas horas desde el encuentro en la librería. Trae un tomo de los *Diarios* de Anaïs Nin.

— *Lo prometido.*

No recuerdo ninguna promesa, sin embargo, recibo el libro. Elena sigue en el umbral. Ante mi silencio pregunta sobre autores que no logro retener.

— *¿Puedo revisar tu biblioteca?*

Me recuesto sobre el marco de la puerta. Elena roza con su brazo desnudo mi pecho desnudo.

– *Pienso en un trabajo de crítica literaria, no lo tengo claro aún.*

Se detiene. Me espera.

– *Es necesario construir otra crítica para esta nueva literatura.*

Señalo la escalera. Voy detrás de ella.

Elena mira los estantes, los libros en el suelo, sobre los sillones.

– *Hay más libros que en Facundo.*

Tomo algunos al azar, no sé qué estoy buscando. Elena inicia la búsqueda pero la abandona de inmediato. Tela transparente y botones sin abrochar. El perfume de la piel, el cuerpo suave, sin tensiones, los labios húmedos y entreabiertos.

La campanilla del teléfono me sobresalta. El sonido aturde. Elena baja la mirada cuando paso a su lado.

Liliana me pone al tanto de las excursiones con médicos y laboratorios. Elena abrocha un botón. Otro más. Llegan informes y partes médicos. El perfume se aleja. Siento la puerta de calle que se cierra.

## X

— *El 2 de abril de 1960 yo tenía veintisiete años y partía hacia Italia en el Federico C, clase turista. Veintitrés días de travesía. Veintitrés días maravillosos. Cuando era chico y vivía en Bahía Blanca, me subía a los barcos que estaban amarrados en el muelle del puerto de Ingeniero White. Eran barcos de carga, pero me gustaban igual. Yo nací en una playa de maniobras del ferrocarril y viví cerca de las vías por la profesión de mi padre. Conozco bien el sonido de las locomotoras, de los trenes, el temblor del suelo. Pero a los barcos los conocía sólo detenidos. Disfruté mucho ese viaje. Desembarqué en Génova y de allí fui a Milán, donde un amigo de Córdoba estudiaba lógica matemática. Él también era músico.*

*Quando viajé a Europa no tenía idea de qué estaba haciendo. Nada. Era un pequeño burgués, lleno de fantasías, metido en Córdoba en un remolino de actividades enloquecidas, trabajando en las escuelas municipales, estudiando en la universidad, rindiendo psicología y pedagogía, estudiando música en la universidad y con Nicolás Alfredo Alesio, tocando el piano, de novio con Celia, nos casamos en julio del '59 y en octubre decidí irme a Europa, en abril del '60 estaba en el barco. Así fue. Rápido.*

*Empecé a darme cuenta del pozo de cretinismo, el pozo de imbecilidad en el que estábamos los jóvenes de la pequeña burguesía, en una ciudad como Córdoba, de la República Argentina. Empecé a asomar la nariz de ese pozo de mierda en el que había vivido hasta entonces. Durante los diez meses que estuve en Roma, en la biblioteca de la Iglesia de San Agustino, enfrente del Pontificio Instituto de Música Sacra, estudié alemán dos o tres horas por día. Estaba todo ahí, a dos pasos la universidad gregoriana, el Coliseo, el centro histórico de Roma. El centro absoluto. Con el estudio del alemán continué lo que había empezado allá por el '45, '46, en el Tesoro de la Juventud, con los artículos científicos y tecnológicos. Y también lingüísticos. Estudios que después, con la adolescencia, se terminaron. Si a los 14 años no tenés una guía, te desbarrancás. Ahí, en Roma, en esa biblioteca, retomé el entrenamiento de mi cerebro, de la mente, del pensamiento lógico, persistente. No te imaginás cómo es la adolescencia de un pequeño burgués perdido. La problemática sexual, las frustraciones. Te desorganiza. Había ciertos sectores que yo trabajaba. Estudié, por ejemplo, ingeniería. Estuve dos años con álgebra, análisis I, análisis II, geometría descriptiva. Me gustaban los libros de físicos. Pero eran sectores del pensamiento. En otras áreas había un desbarajuste descomunal, porque aunque estudiés matemáticas no tenés ordenada toda tu cabeza, para todo tipo de cuestiones. No. Podrás ser un excelente matemático y ser un idiota, incapaz de calentar agua para el mate. En Roma comencé a hacer la experiencia de organizarme, sin que nadie me estuviera apoyando ni tirando salvavidas. A organizar cada paso que daba. Dormir, acostarme, levantarme, lavarme la cara, afeitarme, pensar qué hago hoy, hacer el plan de actividades del día, cumplirlo, tres horas de estudio del alemán, planes para ir al museo de arte*

*moderno, al museo de Villa Borghese o ir al Vaticano, a la Capilla Sixtina, ver los frescos de Miguel Ángel. Si no planificaba me volvía loco. Hay tanto para ver y necesitás ir preparado para entender. Por supuesto, tenía momentos de esparcimiento, los fines de semana con la moto llegaba hasta Frascati, vi Pietra di Pappa, donde lo tuvieron encerrado a Giacomoni Diapodi, pueblitos en la cima de una colina. Probé el auténtico Frascati, con un sándwich de chancho, un sándwich grandote, con un cuarto litro de vino, a la caída del sol, ¡ah! qué cosa tan rica, tan sana. El Frascati es un vino blanco, una especie de torrontés, un blanco seco, pero muy perfumado, con mucha flor. Es un gran vino y me serví ahí, donde lo fabrican, no había ningún tipo de adulteración, sólo jugo de la uva fermentada. Y estuve en la residencia de verano del Papa. Bueno, ésa era una de las diversiones. Con el alemán comencé a aprender lo que es el castellano, lo que es un idioma. Qué es lo que tiene un idioma adentro. Cuál es la carga histórica y cultural de una lengua para penetrar en sus secretos y misterios. El castellano es difícil. Penetrar, por ejemplo, en el significado de la palabra “amargura”. O de la palabra “cielo”. Cuando estudiás alemán, vos decís “hanberck”, oficio. “Hanberck” significa, traducido al castellano, obra de la mano. “Han” es mano, “berck” es obra, trabajo, trabajo de la mano. Entonces, ¡ah! Oficio es el trabajo de la mano. ¡Aleluya! Y ¿de dónde viene la palabra oficio? Empiezo a buscar. Estudio el castellano. Sus orígenes latinos y en latín, qué era oficio, quiénes eran los oficiales. Por qué decían así. Ese fue el punto de partida para después, ir al Mozarteum, al Instituto Orff, a estudiar música. Me estaba preparando en Roma para eso. Con el alemán y estudiando la fuga con el maestro Carducci.*

~

No me gusta Buenos Aires. No me gustan el puerto, el río, las grúas oxidadas y la suciedad de los depósitos. Hemos caminado por los muelles y por la costanera esperando la hora en que él se embarque para Italia. Tengo veintiséis años y estoy embarazada. No sé cuándo volveré a verlo. (Fragmento de *Regreso. Historia a dos voces y coro. Ella*, de Celia Álvarez).

~

— *Cuando llegué a Italia tenía ochocientos dólares en el bolsillo. La municipalidad de Córdoba me había dado el pasaje de ida y el dinero para el regreso. No era un boleto de ida y vuelta. Yo intuía que no iba a volver. No era una idea clara. Sólo una intuición. Pero en Génova usé el dinero en la compra de una motoneta Vespa. Cambié el boleto de vuelta a la Argentina por una motoneta. Pero lo hice para cumplir con la misión que me habían encomendado: el análisis de los métodos de educación musical en las escuelas primarias de distintos países de Europa. Y para eso quería la Vespa, para hacer un gran viaje, para recorrer Europa. Comencé con Milán, Venecia, Turín. Nada. Porquería. Y en Roma encontré la Escuela Central de Montessori, donde se enseñaba el método de María Montessori en su forma original. Ellos trabajan con la estimulación de los sentidos y llegan a las ciencias a través de experiencias prácticas. Y en música trabajan el aguzamiento de los sentidos. Por ejemplo, hacen escuchar algo muy, muy suave, tan suave que es necesario el silencio más absoluto para poder percibirlo, algo tan suave como la caída de una aguja en el piso. En Venecia hice el curso de verano, y después crucé el paso del Simplón, dos mil ochocientos metros de altura. La Vespa era un tanque, una máquina brutal, fantástica. Cinco veces cruzó los*

*Alpes: el Simplón, dos veces el Colle de la Fusille, el San Gotardo y el Grobglockner, al final de todo.*

~

*— En la biblioteca del Pontificio Instituto estudié las primeras polifonías del año 700, de un manuscrito del sur de Francia, una ciudad muy cerca de Avignon, un monasterio. Es la escritura más antigua que existe a tres voces. Y en el Instituto había una transcripción. La escritura era mensural, comitas y colitas y esas cosas escritas encima de las letras. No se sabe cómo era el ritmo, se hacen aproximaciones. Bueno, copié eso, lo estudié.*

*Hice un curso de canto gregoriano, otro de contrapunto que fue el más importante, con el maestro Carducci. Muy sistemático. El maestro nos enseñó paso por paso cómo se construye una fuga. Como trabajo final escribí una fuga a ocho voces para cuatro cuerdas y cuatros instrumentos de viento. Me gustó mucho. En el curso eran todos curitas y yo. Había dos catalanes, hablábamos de política. Otro, italiano y otro más, holandés o alemán. Éramos cuatro o cinco nada más. Pocos. Pero ¡ojo! En la clase de canto gregoriano éramos ochocientos. Yo canté con un beneditino, bella persona, junto con otros ochocientos o quinientos. Era la iglesia del Pontificio Instituto. Todo dentro del mismo edificio, donde yo tenía el pensionado. En planta baja estaba la capilla, de afuera no veías nada pero tenía capacidad para mil personas. Y allí cantábamos gregoriano. Aprendí las secuencias, los himnos. Usábamos un libro escrito en tetragrama, la escritura con notas cuadradas. Ese curso de fuga en Roma, con el maestro Carducci, fue riguroso. Paso por paso, todas las secciones de la fuga, cómo se construyen, para qué se hacen, qué significan. Pensar con rigor, con exactitud, sabiendo qué es una cosa, qué es la otra. Qué es un*

*sujeto y qué es un contra sujeto. Qué es una exposición y qué es una parte intermedia. Qué es modular al tono de la subdominante y pasar al tono de la tercera, antes de entrar a la dominante, para después cerrar la fuga, cerrarla en una stretta, en la tónica. Con el estudio de fuga, Carducci nos enseñó a pensar una obra musical como un edificio en construcción, como lo piensa un arquitecto, diciendo: aquí va a ir un pilar, allí va a ir otro pilar, esto me va a sostener el techo con seguridad, los cimientos son tales y cuales, van a ir por aquí, por allá, tengo un plan constructivo. Eso me enseñó ese estudio, esa preparación. Me enseñó a pensar. Y no pensar la música, o el hacer música como cosa imitativa, imitar esta forma, aquella otra, o hacer música frívola, con esa actitud seudo liberada, esa seudo creatividad. ¡Ah, tomo esto, tomo lo otro! Y repito veinte mil veces una armonía, un pasaje. Y no es más que una ristra de chorizos, encadenados, porque un hilito los separa, separa un chorizo entero de un choricito y todos iguales y lo mismo y todo es una porquería. El hacer música, el construir una obra es otra cosa. Eso es lo que empecé a aprender de a poco. Después, en el Mozarteum, por un lado el Instituto Orff con sus materias y sus horarios, y por otro lado, composición con Hans Werner Henze y dirección de orquesta con Winderberg. En el coro, Prestle, canté Hindemith, obras clásicas, modernas. Era obligatorio. Todos los alumnos del Mozarteum tenían que participar en el coro.*

~

Son las cinco de la mañana y estoy en el hotel. No he dormido. Gabriel lleva nueve horas de viaje hacia Europa y yo regreso a Córdoba en el colectivo de mediodía. Ya estoy preparada y, cuando termine de escribir, caminaré hasta la terminal y esperaré allí la hora de partida. No soporto este hotel, esta cama.



No lo soporto sin Gabriel. Estuve en el puerto hasta el final, hasta que no pude distinguir el barco cuando se confundió en el horizonte con todos los barcos del mundo que coincidieron en ese momento. Aun así me quedé en el muelle. Sola. Hasta que la oscuridad me dio miedo. Entonces tomé el colectivo y cerré los ojos. Pasó un tiempo. No sé cuánto. En algún momento noté que sólo descendían pasajeros, que nadie subía. Supuse que era a causa de la hora. Ya era tarde. También noté que había cambiado el paisaje. A los edificios altos y a las avenidas iluminadas comenzaron a reemplazarlos casas bajas y calles oscuras y solitarias hasta que abandonamos el asfalto y aparecieron los primeros baldíos. Entonces, el coche se detuvo. Yo era la única pasajera. El chofer me miró a través del espejo.

— *¿Usted está segura? ¿Es éste su colectivo? ¿Es ésta su ruta?*

Confirmé la línea pero no el destino.

— *Usted estaba en la parada equivocada. En ese lugar hay un cruce donde coincide el coche que va con el coche que regresa. Sólo lo separan veinte metros.*

— *¿Y ahora?*

— *Podemos llegar hasta la terminal. Quizás no haya partido el último colectivo. Nosotros comenzamos muy temprano. El primer coche se pone en movimiento a las tres de la mañana. Por eso también terminamos temprano, a las once de la noche. Es una línea para trabajadores. No tiene sentido andar después de esa hora.*

— *Si llegamos a la terminal y el coche ya se ha ido, ¿qué pasa?*

— *Bueno. Entonces lo pensaremos.*

— *Quiero bajarme.*

— *Por mí está bien. Como usted quiera. Mi único deseo es volver a casa. ¿Está segura?*

— *Me voy a arreglar.*

— *La parada está en la vereda de enfrente. Quizás tenga suerte y aún no haya pasado. No necesito decirle que éste es un lugar peligroso, ¿verdad?*

— *No. No es necesario. Gracias.*

Descendí y vi alejarse al colectivo envuelto en la nube de polvo que levantaba a su paso. Luego el silencio renovó su presencia en la misma medida que el polvo se asentaba. Mi situación era similar a la del muelle. Estaba en el límite de un barrio de casas iguales, de bloques y chapas, sin revocar, sin veredas. Restos de material de construcción se amontonaban en los frentes de las casas. Montículos de arena y escombros, filas de bloques, hierro y madera. En los jardines había rosas y malvones en una tierra que competía con polvo de cal y de cemento. A partir de esa calle se abría el cielo, el campo liso y llano, cubierto de malezas, cercado por alambres de púas, finas varillas de hierro oxidadas, tambaleantes. La calle paralela al alambrado recibía todas las calles transversales que morían en ella. A lo lejos, el resplandor de un barrio modesto, similar al que ahora me recibía. Otro barrio nuevo que nacía viejo. Algunas casas estaban iluminadas y podía verse el reflejo de la luz de los televisores en los vidrios de las ventanas. La noche era cálida y por alguna razón, no tenía miedo. Estaba sola pero nadie lo sabía. Había decidido esperar aun sabiendo que no había esperanzas. Busqué un lugar, un refugio para ocultarme y descansar. Elegí una casa que parecía deshabitada. Creo que todo me era indiferente. Cuando iba hacia mi refugio, un colectivo se detuvo sin que yo hiciera señal alguna. Subí. La mirada del chofer revelaba que conocía mi desdicha pero su discreción o el cansancio vencieron a

la curiosidad y me entregó el boleto sin preguntas. En los asientos finales una pareja joven se acariciaba entre risas, sin que mi presencia la incomodara. Me senté en uno de los asientos individuales, aún sin comprender que la espera había terminado, que no era necesario ingresar en la casa deshabitada y vi por la ventanilla cómo crecían los edificios y cómo aumentaba la intensidad de la luz en las calles y en las vidrieras de los negocios. A medianoche llegué a Plaza Once y decidí bajar y caminar por la calle Corrientes desde Callao hacia 9 de Julio, hacer el mismo recorrido de la noche anterior, cuando caminé de la mano de Gabriel en mi primer paseo por Buenos Aires. Los bares y las pizzerías estaban llenos. Desde las casas de discos llegaban diferentes músicas y, a medida que avanzaba, sucedían momentos de silencio y luego una música nueva. La gente que salía de los cines y de los teatros ingresaba en los cafés o en las librerías. Quizás podía sumarme a algunos de esos grupos alegres que conversaban y reían. Creo que no se hubieran dado cuenta. Pero yo caminaba muy lento, muy lejos de esa alegría y ellos me atropellaban sin verme. Pensé que una hora atrás estaba en la oscuridad, rodeada de silencio, en el comienzo del campo, de la llanura, y que ahora estaba entre luces de neón, bajo las marquesinas de los teatros, amenazada por el tránsito hirviendo, en plena noche de Buenos Aires, un nervio a la intemperie. No había diferencias.

(Fragmento de *Regreso. Historia a dos voces y coro. Ella*, de Celia Álvarez).

~

– *Un día en Roma fui a cambiar plata a la oficina de American Express, tenía todo en la Vespa, en un portafolio, estúpido, lo dejé en el portaequipaje, y lo robaron con los manuscritos. Estaba a punto de irme*

*para Salzburgo. El trabajo de ocho meses lo perdí ahí. Al que me lo robó no le sirvió para nada. No había nada de valor. Nada. Sólo las carpetas con mis apuntes.*

~

*— En mayo de 1961, viajé desde Roma hacia Salzburgo. Tenía una invitación de Carl Orff para participar en el curso de verano del Mozarteum y ya había terminado el año lectivo en el Instituto Pontificio. Viajé toda la noche en la Vespa hacia el norte. Al mediodía siguiente llegué a Bolonia y allí perdí la Leica. Había recorrido sesenta kilómetros. Una hora de viaje. En el albergue, en los lavatorios al aire libre, me había dejado la Leica. Nunca había tenido cosas de valor. Tampoco las tengo ahora. Esa cámara fotográfica fue el lujo más grande que me di en la vida. Con su compra, sumada a la Vespa, gasté mi boleto de regreso y los ahorros. Las dos eran usadas, pero una maravilla igual. La Leica colgaba de la rama de un árbol con mi primer rollo y mis primeras fotografías. Iba por la autopista con mi abrigo de cuero, último regalo de Celia, que me protegía de la lluvia. Tuve la intuición de que si volvía a recuperarla todo el programa se desvanecía. Que si perdía dos horas todo iba a parar al demonio. Esos fueron los momentos decisivos de mi viaje a Europa: cuando cambié el boleto de regreso por una motoneta y una máquina de fotos y cuando abandoné la Leica para llegar a tiempo al curso de verano en Salzburgo.*

~

*— Seguía hacia Feltre, que es una ciudad de montaña poblada de castillos, una pequeña Venecia. Feltre era la residencia de verano del Dux, cuando en Venecia era imposible vivir por la podredumbre. Hice noche en el albergue para la juventud y salí temprano para estar en Salzburgo el mismo día. En Cortina d'Ampezzo vi una pared vertical al final del camino. El mapa me*

*indicaba que debía seguir, pero ahí estaba esa pared de mil quinientos metros de altura interponiéndose. A medida que me acercaba era aún más impresionante. No había túnel. El camino terminaba en esa pared, en esa montaña cortada a filo. Esa pared fue Europa para mí. Ese bloque de piedra vertical.*

*Las señales me fueron guiando hacia la derecha, hacia la frontera de Italia con Austria y un camino en zig-zag, oculto hasta unos metros antes, con una leve pendiente, me fue llevando a la cima de la pared. Infinitas curvas, pero sin pendientes pronunciadas. La Vespa trepó sin dificultades. Y detrás de la pared, la pradera, las ondulaciones de un paisaje maravilloso. Pero no ha sido así mi vida. No hubo camino en zig-zag con leve pendiente. Ahí está todavía la pared vertical, el bloque de piedra. Sin camino lateral.*

## XI

Loma de piedra desnuda seccionada por alambres de púas. Hilera de postes que vuelca su sombra sobre las grietas del suelo. Corral circular de neumáticos superpuestos, plaza de toros. Rancho de adobe y techo de paja. Árbol solitario. Perros vagabundos. Huesos y pastizales resecos. Vuelan en vano las aves de rapiña.

Marcos instala su atril. Elena sirve café y se refugia en las rocas con los *Diarios* de Anaïs Nin. Liliana lleva a Valeria, Natalia y Damián al parque jurásico inanimado *El desafío*: laberinto de cañas, cercos de medias de nylon, latas de aluminio revistiendo automóviles, botellas de plástico abiertas en pétalos, carrocerías, deshechos del mundo industrial, *ahora o nunca* escribe en la pared su creador, el artista Joaquín Alonso.

Recorro las calles de Gaiman. Primera escuela secundaria de la Patagonia, 1906, *La educación es el pan del alma*, piedra y ladrillo, edificio similar a una capilla en la ladera de la montaña, en un pueblo de la campiña galesa; antiguo correo, chapa y madera, alero a dos aguas; casa de paredes blancas, de techo y aberturas negras, tres escalones y baranda para la entrada principal, *Heol Michael D. Jones* grabado en placa de mármol sobre el muro blanco, luz interior,

biblioteca, sombra del profesor Zampini, custodio de la herencia galesa.

Grupos de turistas ingresan en las casas de té frente a la plaza. En el interior encontrarán tortas y dulces caseros, fogones de hierro, lámparas de bronce y relojes de la colonia.

Llego a la orilla del río. Hojas caídas de álamos. Remolinos, reflejos, ramas que viajan hacia Puerto Rawson y Playa Unión. Botes y remeros llevados por la corriente. Parejas bajo los árboles. Se encienden las luces que rodean la planta procesadora de algas. Cruzan el puente los autos que dejan las chacras y vuelven cargados de frutas y verduras. Las paradas del colectivo comienzan a recibir los pasajeros que viajarán a Trelew.

La tarde de sábado finaliza. Los intrusos se retiran.

~

Al regreso de Gaiman, improvisamos la cena en casa de Marcos y Elena.

Valeria estudia para la clase de música de la semana próxima. Natalia y Damián, cansados, juegan en silencio.

Marcos repasa apuntes y bocetos tomados durante la tarde. Reparte hojas a lo largo de la sala, dirige luces, reemplaza un dibujo por otro.

— *En Buenos Aires, en el sótano tenía mi taller compartido con la bodega y la despensa. No tenía demasiada disciplina, además me interrumpían buscando vinos y verduras. La casa era grande, sótano, dos pisos, altillo, escalera, galerías, habitaciones,*

*padre, madre y cuatro hermanas mayores y solteras. Me levantaba tarde. Desayunaba cerca del mediodía en el bar de la esquina. Leía los diarios, veía pasar la gente. A fin de mes le cobraban a mi padre. Evitaba el almuerzo en familia y esperaba la clase con Batlle Planas, las únicas horas que valían la pena. Batlle Planas daba vueltas por el taller, se paraba frente a la tela, la estudiaba un tiempo y, en el mejor de los casos, decía ¡el amarillo es bueno! Se acercaba un poco más y los elogios al amarillo aumentaban. Después, se retiraba unos metros, insinuaba tal vez esos ocres... Me ponía al lado del maestro para estudiar el cuadro desde la misma distancia. Él se atrevía un poco más, los azules son débiles... aquellos verdes... apagalos un poco... no, no, el rojo no va... pero, el amarillo, ¡es bueno! Claro, el amarillo era una gota, una pincelada insignificante. Eso sucedía pocas veces. Casi no hablaba. Era imposible saber si tenía progresos, si lograba soltar la mano. Había que suponer si algo andaba bien o andaba mal, según el tiempo que le dedicaba a la tela, por la intensidad de la mirada o por la forma de retirarse. Cuando se quedaba a mi lado yo dejaba de pintar y esperaba. Entonces él hacía una seña para que continuara. Me demoraba mezclando colores hasta que se iba. ¿Por qué estuve tantos años con él? No lo sé.*

*— Me gusta el amarillo que le pusiste a la barda.*

*— ¿Y los ocres, azules y rojos?*

*— Sólo el amarillo.*

*— A la salida del taller, hacía críticas de arte, entrevistas para Panorama. Conocí otros artistas. Agregué clases de escultura con Distéfano y, a la noche, empecé a estudiar sociología en una facultad en permanente asamblea política. Allí conocí a Elena, recién separada, con Valeria de meses. Una noche leía en mi habitación. Papá pidió permiso para entrar.*



*Pijama, bata y sandalias. El pelo revuelto. Me preguntó qué leía. No alcancé a responder. Se había despertado por el calor y no podía volver a dormir. Caminaba sin apuro, haciendo sonar sus sandalias. Dejé de leer. Lamentaba decirme que le preocupaba mi vida, esa facultad marxista y el trabajo estúpido que realizaba. Tenía que ocuparme del campo de la familia. Él ya no podía hacerlo. Estaba enfermo. Para afrontar los gastos familiares había vendido parte de la propiedad y de la hacienda. Discutimos. Las voces fueron subiendo, mis hermanas se despertaron y se sumaron a la discusión. Papá perdió el control, tuvo un ataque y murió esa noche. La familia me hizo responsable.*

*Busqué refugio en el departamento de Elena, un monoambiente interno en Congreso. La única ventana daba al pozo de aire, a paredes mugrientas y húmedas. Dejé de pintar. No podía pagar las clases. Vivíamos del sueldo de periodista. Con mi parte de la venta de la casa compré un departamento de dos dormitorios, en construcción, en Catalinas, a un paso de La Boca, que aún está sin terminar. Del campo sólo quedaba el casco.*

~

Elena y Liliana regresan de la cocina. Las he observado lavando en la pileta, secando cubiertos, abriendo armarios y cajones bajo la luz de los tubos fluorescentes, obreras en perfecta armonía, solidarias y cómplices. Y ahora, en el umbral de la sala, la complicidad y la armonía parecen haberse agotado en el momento en que cerraron las canillas, taparon el frasco de detergente y guardaron las cacerolas.

~

Emma, Luis Ángel y Agustina se suman a la reunión. Después de golpear la puerta irrumpieron sin

más trámite y dejaron sobre la mesa chocolates y coñac, grabaciones y libros. El matrimonio de visita, envuelto en alambre de púas, ha decidido demorar la noche del sábado y evitar rozarse demasiado pronto en la cama.

Al principio hay cierto revuelo, desorden y diálogos cruzados, después Emma toma protagonismo y las conversaciones giran a su alrededor, cuenta el comienzo de las clases de pintura en el taller del maestro Guereña, está orgullosa de su decisión, postergada durante años, muestra las manos manchadas, multicolores, y desborda entusiasmo. Marcos no termina de creer en el súbito idilio del arte y la medicina, conserva el aura, la reserva aristocrática, aún a su pesar, el arte es para los elegidos y Emma no es uno de ellos, la doctora resiste a costa de perder impulso y alegría, su alegato amenaza desvanecerse, el fiscal es poderoso, para colmo Marcos encuentra un aliado en Luis Ángel, a quien no le importa que la víctima sea su mujer, por el contrario, cualquiera diría que es este último motivo el que más lo alienta. Es entonces Elena quien sale una vez más en defensa del arte democrático.

*– Marcos cree que está en la estancia y que le habla a los peones, que es el único habilitado para hablar de arte.*

*– Que yo recuerde, nunca fuiste al campo.*

*– Claro que no. Nunca me llevaste. Pero no me cuesta nada imaginarte con un pie en la tranquera, mirando pastar al ganado.*

*– Como imaginación es bastante corta.*

*– No creas. Yo lo veo como un capítulo adicional de Segundo Sombra.*

Crece la sonrisa de Luis Ángel, la mueca se deforma, en lo inmediato arregló alguna cuenta

pendiente con su mujer y, por añadidura, Elena y Marcos abrieron un nuevo horizonte:

— *No sabía que eras terrateniente. No siempre tenemos el honor de compartir una velada con un representante de los latifundios de la pampa húmeda.*

— *Ya no queda nada. Unas hectáreas y el casco.*

— *¿Cómo fue que se arruinaron?*

Liliana, distraída con los libros y las grabaciones de música, se acerca y me dice:

— *Me quiero ir.*

~

Agustina y Valeria comparten la escuela y el conjunto de cámara que dirige Gabriel. Las recuerdo ensayando *Marrón y azul*, la tarde que fui a buscar los cuentos de Celia. Ahora son actrices y con cartones y telas improvisan, en el rincón más alejado de la sala, un teatro de títeres para Natalia y Damián.

~

El resto de la noche transcurre con libros de arte, *La nueva figuración*, Fader, Carlos Alonso, *El Arte moderno* de Giulio Carlo Argan.

~

— *La Otra figuración, como se llamó en sus orígenes, un nombre más apropiado, fue un intento de unir la figura humana al informalismo y a la abstracción. Era una época en que no sólo se rechazaba la pintura de caballete, sino que se proclamaba la muerte de la pintura. Ahora hay un renacer con la transvanguardia italiana y los salvajes alemanes pero, aquél era el tiempo del arte divertido y plantar la figura humana era un acto de resistencia.*

La clase de Marcos, apenas en sus comienzos, es interrumpida por Emma, que viene por la revancha.

– *De todos modos, la figuración es un retroceso.*

– *Sea lo que sea el arte, el hombre no puede quedar afuera.*

– *Es que no queda afuera, aunque desaparezca toda figura o imagen. Esa ausencia, ese vacío, es una respuesta a la barbarie del hombre contemporáneo. No merece estar en el arte. Y aunque parezca un juego de palabras, en el vacío es como está presente.*

Marcos señala una obra de Giacometti en el libro de Argan. Golpea la hoja, sus dedos son martillos y punzones que contribuyen a cincelar la escultura:

– *Esta es la barbarie a la que está sometido el hombre contemporáneo, éste es el desamparo, la fragilidad, la amenaza de destrucción. Este es el hombre pronto a desaparecer, en el principio de la nada, retenido apenas por un hilo de materia.*

El arrebato de Marcos nos sorprende, la voz se fue elevando hasta el estallido final, casi un grito, la hoja estrujada con la imagen de Giacometti hecha añicos. Luis Ángel mueve la cabeza, sigue el compás de una música interna, un leve oscilar, sin creer lo que acaba de escuchar o quizás entusiasmado por el ritmo, vaya uno a saber. Los labios de Emma dibujan una mueca similar a la de su marido, la convivencia lleva al inevitable plagio de los cónyuges. El cigarrillo de Liliana se consume entre los dedos, ella no levantará la mano, no llevará el cigarrillo hasta la boca, no hará nada que llame la atención y quiebre este momento. Con los años he aprendido a reconocer ese gesto suspendido de aparente concentración: está en otro lugar, en otro tiempo. Elena ha seguido las palabras de Marcos sentada en el borde del sofá, con el cuerpo

inclinado hacia adelante, sin perder detalle y ahora se recuesta, se apoya en el respaldo, cruza los brazos y queda inmóvil. Marcos parece agotado tras el breve estallido. Mira con desconcierto el piso y las paredes, deja el libro de Argan, trata de alisar la hoja sin mayor resultado y dice:

– *Voy a preparar más café.*

~

Por un momento sólo se escuchan las risas de Natalia y Damián ante las peleas y persecuciones de los títeres.

~

– *Estas grabaciones son conciertos en las radios y en la Facultad de Derecho. Música de López Furst, Gato y Rubén Barbieri, Enrique Villegas, Rodolfo Alchourron, jazz de la década del sesenta. Los amantes de Piazzolla pensarán que quiero provocarlos pero, para mí, la verdadera música de los sesenta, la verdadera resistencia cultural, la que mejor entiende a ese Buenos Aires que conocí en los años de estudiante, es este jazz clandestino. Son estos músicos partisanos.*

Marcos se asoma en la puerta de la cocina, con el tarro de café y un repasador en el hombro, ajeno al Marcos de apenas unos minutos atrás:

– *Pensé que habías estudiado en La Plata.*

– *Sí, pero todos los fines de semana estaba en Buenos Aires, en las catacumbas del Bajo, en los cabarets, en las cuevas, en bares como Jamaica, Mogador, Club 676. Me costó la carrera, el enojo de mi padre, el regreso a Trelew, este trabajo esclavo, pero valió la pena.*

Emma sale del aparente letargo:

– *Qué raro que no me incluíste entre las calamidades de aquella época.*

– *Al contrario, estás en la última frase, en valió la pena.*

– *Te prefiero sincero. Hací un esfuerzo, quién te dice, por ahí podés lograrlo.*

– *Bueno, entonces me corrijo. Me costó la carrera, etcétera, etcétera, conocer a Emma, pero valió la pena. ¿Contenta?*

Indiferente a la disputa matrimonial, Marcos continúa detenido en la misma década:

– *Sos injusto con Piazzolla.*

– *Un músico inspirado, sin dudas. Con obras notables. Lástima Horacio Ferrer. La balada para un loco, esas cosas.*

– *La balada no es Ferrer. Es la mitad del Luna Park silbando y la otra mitad aplaudiendo, con la voz de Amelita Baltar por encima del griterío. Noche tras noche. ¿Vos estuviste esos días en el Luna Park?*

– *No.*

– *Era un concurso. La canción de Buenos Aires, algo así. La balada fue superando rondas y llegó a la final. Ganó El último tren, con la voz de Jorge Sobral. ¿Alguien lo recuerda? Un tango correcto, una letra sólida, pero viejo, música de los años cuarenta. Yo estuve todas las noches y cuando ingresaba el Quinteto con Amelita el Luna Park estallaba en insultos y aplausos. La música comenzaba y el escándalo seguía. No se podía escuchar nada. Todos los años de discusiones entre la ortodoxia y la vanguardia encontraron su campo de batalla, el lugar justo. Piazzolla recibió el odio acumulado y también la admiración. El tango que*

*escuchamos ahora y el que vendrá, se decidió en las gradas del Luna Park.*

– *Conmoveror. En todo caso ya estamos en los setenta. Yo hablaba de la década anterior.*

– *Me parece que tenés una mirada superficial sobre los sesenta porque no fueron ninguna fiesta dorada. Fueron los años del Plan Conintes, de las proscripciones políticas, de la represión cultural. Mientras la vanguardia porteña se revolcaba en los colchones de Minujín, en Corrientes, Rosario y Córdoba, obreros y estudiantes morían en las calles. Eso sin contar la crisis de los misiles, Vietnam y la muerte del Che.*

Sin dejar de mirar a su mujer, Luis Ángel cuenta con los dedos las enumeraciones de Marcos:

– *Te olvidaste del amor libre.*

También Elena estuvo atenta al inventario de Marcos:

– *Aún con sus carencias y debilidades, los años de Illia no fueron los de Onganía. No entiendo cómo podés meterlos en la misma bolsa.*

~

Secundario en Dorrego; mañanas de primavera en el jardín florecido, naranjas y cerezas, duraznero y parral de treinta metros; *Ocho días a la semana* y *Submarino amarillo*; teatro con Omar Chaluf -discípulo de Olinda Bozán y vendedor ambulante en pueblos rurales (*coupé* negra cargada de mercaderías), ir y venir a José A. Guisasola, principio y fin de la noche, camioneta clandestina bramando en la ruta tres al rescate del director de teatro cada día de ensayo; River pierde la copa Libertadores en el Estadio Nacional de Chile; películas suecas en el cine prohibido de

trasnoche; amores que arruiné, uno tras otro, con mi estupidez; Ernesto viaja a Buenos Aires con la negativa paterna para ingresar en Bellas Artes, comienza entonces Arquitectura; de las calles empedradas de Coronel Dorrego a las luces de la avenida Corrientes, triple salto mortal del hermano mayor, Galería del Este, Instituto Di Tella, cines Arte y Lorraine, neorrealismo italiano y Godard, teatro Payró y Sala Planeta, Viet-Rock y Sloane; más tarde mi propio viaje a Buenos Aires, el ingreso en Economía; libreta universitaria y documento de identidad en cada mano, la infantería custodia la entrada y el hall central, antorchas en la rotonda de la facultad, homenaje a los estudiantes muertos en Corrientes y Rosario; Cordobazo, al Che lo matan en distintos lugares, parece cierto esta vez; el cáncer despierta en el cuerpo de mamá y ya no la abandona, mi propio inventario de los años sesenta, provisorio, arbitrario, cuántas cosas se olvidan, trataré de recordarlas, mañana vendrán en tropel.

~

— *Tus amigos de la Nueva Figuración exponían en Witcomb o en Bonino, en las galerías de la calle Florida, Romero Brest les abría el Museo Nacional de Bellas Artes, recibían premios internacionales, becas para viajar a París, sus obras eran compradas por la alta burguesía, incluso la literatura de vanguardia, los experimentos con el lenguaje eran aceptados por la crítica y las clases medias y encabezaban las listas de ventas, basta con pensar en Sobre héroes y tumbas y Rayuela, el mismo Piazzolla tuvo el reconocimiento y grabó con los mejores músicos del mundo, pero este jazz, tal vez el mejor fuera de los Estados Unidos, aún sigue clandestino.*

— *Sábato no experimentó con el lenguaje.*

— *Concedido. Pero no podés ignorar que El in-*



forme sobre ciegos *afectó al pensamiento correcto de la Acción Católica y del Partido Comunista.*

El silbido de la pava reclama la presencia de Marcos. Luis Ángel va detrás de él, con su mueca perpetua, dispuesto a no dejar escapar la presa y dar batalla hasta el final. Pájaro carroñero.

~

Por mi parte investigo las grabaciones hasta que me decido por *El grito, Suite para orquesta de jazz* de Jorge López Ruiz. Junto a la cinta hay un recorte de diario: “Al finalizar un programa de televisión, donde yo había despotricado contra Onganía, un señor me preguntó: *¿Por qué en lugar de gritar no escribís eso que sentís?* Le respondí que yo no era escritor sino músico. Y él me dijo: *Ya lo sé, escríbilo en música.* El señor era Arturo Jauretche y *El grito* partió de él”.

~

Al poner en marcha el equipo de música, escucho frases sueltas de Emma, un murmullo interrumpido por bostezos de Elena y el humo del cigarrillo de Liliana:

— *Un grupo inversor está interesado en el diario/ Ofrecen monedas pero no tenemos alternativa/Hay una deuda en dólares por la nueva rotativa que no se puede pagar/No servimos para vivir en este país/Luis Ángel quiere que todos los empleados conserven sus puestos/Es difícil que acepten, pero él está firme/Si los tocan no vende.*

~

Marcos y Luis Ángel vienen con café y una nueva botella de coñac. A partir de entonces, sólo se escucha la música de López Ruiz. Algunos nos ponemos cómodos en los sillones, otros se tiran en la alfombra sobre almohadones. Titiriteros y público se rinden

alrededor de los padres. Cada tanto, alguien se levanta y sirve en las copas vacías. *El grito* se renueva una y otra vez. Nadie parece interesado en cambiarlo, tampoco en iniciar una nueva discusión o continuar con los libros de arte.

Emma apoya su cabeza en el hombro de Luis Ángel y él la rodea con ambos brazos. Elena y Marcos duermen en sillones separados. Liliana y yo nos vamos con la primera claridad. Nadie advierte nuestra partida.

Una vez en casa, acostamos a Damián que ha viajado dormido, sin enterarse del movimiento. Liliana prepara una taza de café y va al dormitorio, quizás tenga suerte y vea el final de la película de trasnoche y, de algún modo, salve parte del sábado.

Subo la pequeña escalera en busca de mis libros. Abro la ventana que da al jardín. Amanece. Dejo que entre el aire fresco. La mañana se presenta limpia y calma.

## XII

— *Todos los grandes compositores, y esto vale para todas las épocas, desde Orfeo, son grandes, no por utilizar un sistema. No es eso lo que los hace grandes. El utilizar un sistema es una cuestión social, es una cuestión de convenciones. El compositor, como cualquier artista, está jugando un juego dialéctico o está oscilando entre un lenguaje que el común de la sociedad, la mayoría de la sociedad comprende, y un lenguaje que muy pocos comprenden. Dicen, en otro sistema de lenguaje, entre comunicación y redundancia, entre aquellas formas del lenguaje donde hay entendimiento y comunicación, donde los que escuchan entienden lo que el otro dice, donde el que está diciendo está esperando cosas que no han sido dichas aún. Eso lo podemos observar en toda época. Las crónicas de los griegos o de los romanos, sobre teatro, o acerca de la música, hablan de esos autores incomprensibles y abstrusos, como Sófocles o como Ovidio o como Horacio. O aquellos poetas españoles herméticos en comparación de aquellos otros como Quevedo que eran comprensibles. O basta observar, por ejemplo, El Quijote de Cervantes. Cuando uno lo lee es una historia de lo más cómica, de lo más grotesca y divertida que uno se pueda imaginar. Sin embargo,*

*una lectura más cercana a uno lo enfrenta a formas muy raras de formular y a cuestiones muy raras en el relato, que no son tan evidentes. Guillaume de Machault, para ir a lo mío, a la música, escribe una obra a tres voces, que se llama “Un fin es mi comienzo”, un canon triple, un canon a tres voces, un contrapunto a tres voces, retrógrado, las tres voces son retrógradas. El comienzo de la primera es el final de la tercera y el final de la primera es el comienzo de la tercera. Pero el comienzo de la segunda es el final de la tercera. Son tres voces que concuerdan, que forman un contrapunto, eso es una cosa, aun para las artes contrapuntísticas de la época, sofisticada e impenetrable. Es un contrapunto muy agresivo, muy disonante, modal antes que tonal, en un lenguaje que no tiene nada que ver con la tonalidad. La tonalidad es un lenguaje que va surgiendo desde el 1590 en adelante, va surgiendo de a poco, se va estabilizando, hasta que en 1730 o antes, quizás 1680, con el italiano Corelli se estabiliza, donde todo se encadena a través de un tejido continuo alrededor del primer grado de la tonalidad, el cuarto grado, el quinto y de vuelta al primero. Tiene escapes, tiene salidas ese mecanismo, pero los escapes vuelven a primero, cuarto, quinto, primero. Tocar el segundo grado, tocar el séptimo, tocar el tercer grado, remiten a los tres acordes, a esos pilares, esos tres acordes fundamentales. Claro que, con ese mecanismo, se han construido obras monumentales, música fenomenal que, en su momento, era música popular. Se escribía para todo el mundo y en cuanto se hacía esa música, desaparecía. Ya se escribía para la semana siguiente, se escribía otra. Bach hacía así. Para cada semana tenía la obligación de escribir una cantata, y cuando él escribe obras mucho más complicadas, mucho más enigmáticas, como es La Pasión según San Mateo, es curioso que ya las escribe con mucha prolijidad en la partitura, subrayando o*

*escribiendo ciertas partes en distintos colores, en tinta roja, en tinta verde, escribiendo todas las partes de La Pasión según San Mateo, con mucha exactitud, casi no utiliza, no parodia otras obras, no utiliza material de otras, es todo material nuevo, en el preludio mismo ya, en un momento dado, superpone en un acorde siete sonidos distintos. Desde el comienzo del sistema tonal la búsqueda de la ruptura está presente. Desde 1590. Estoy hablando de Gesualdo di Venosa. Sus madrigales son una cosa extraordinaria aún hoy día, los coros tienen mucha dificultad en cantarlos, tan disonantes, tan extraños, tan sorprendivos y sorprendentes son. Darío Castello, Roncalli y sus obras para guitarra, para laúd. En realidad, lo que hace tan particular una obra de arte, no es el sistema en el cual se escribe, es el pensamiento del autor, el pensamiento musical, el que puede tener un científico. Esa forma de pensar que tiene un arquitecto, que tiene un filósofo, donde piensa una estructura, hace una construcción, transmite un concepto, expresa cosas muy complejas, muy diversas y variadas, utilizando el lenguaje de la época porque si no, ¿quién lo entiende?, y rompiendo con ese lenguaje al mismo tiempo. Porque quiere decir cosas que ese lenguaje no le deja decir.*

~

*— Las cualidades que uno percibe en Bach, Beethoven, Brahms, Stravinsky, Schönberg o Luciano Berio -que me gusta muchísimo- no dependen de que sea tonal o de que no sea tonal, porque a mí me gusta tanto Petrushka, El pájaro de fuego y La consagración de la primavera, que son tonales, como el Stravinsky dodecafónico. El Stravinsky dodecafónico me resulta tan maravilloso como el Stravinsky tonal. No depende de la tonalidad. Depende de las ideas, de qué es lo que hace el compositor con el material. Qué está*

*diciendo. Cómo lo está diciendo. Y eso, cómo me afecta a mí. No puedo hablar de otra cosa que de la manera que me afecta a mí. El cromatismo había desarticulado todo el sistema tonal, que es un sistema para darle coherencia, unidad al discurso musical. A medida que se iban incorporando sonidos de la escala cromática y esos sonidos se iban usando cada vez con más soltura y más libertad, se iba perdiendo la unidad, el factor unificador del sistema funcional, la tónica, la dominante y la sub-dominante, y la tónica que atrae. La modulación es un escape a ese rito cadencial, el rito del cuarto - quinto - primero. Llegó un momento, con Wagner, con Gustav Mahler, con el mismo Hugo Wolff y todos los que experimentaron a finales del siglo XIX, comienzos del XX, en que había que encontrar otra forma de dar unidad al discurso, utilizar todos los sonidos, los doce sonidos, pero darle unidad al discurso. Uno de los métodos que se encontró fue el de Schönberg. De todos modos, no fue él el primero. Antes había sido planteado por algunos teóricos, por algún músico de segunda categoría, el austriaco Hauser, por ejemplo, pero Schönberg no sólo lo definió sino que lo ejemplificó de manera artística. Hizo obras importantes con el sistema y sus discípulos también. Eisler, Alban Berg, Anton Webern y algunos otros que son menos conocidos pero también importantes, autores alemanes, austriacos. Anton Webern llegó a tal punto de descarnamiento de la envoltura musical que hay piezas que consisten en la imposición de la serie, sin repetir ningún sonido y sin volver atrás. El serialismo es posterior. En la serie, Schönberg sistematiza los doce sonidos en un orden interválico. Ese único parámetro está librado a la inventiva o al azar. El ritmo y los timbres quedan afuera. Pero ya Anton Webern empieza a serializar lo rítmico. No sólo toma el primer sonido de la serie, sino que le atribuye a ese sonido una duración*

determinada y a los siguientes, otra. Cuando aparece ese sonido, tiene su duración planificada. Eso hace que todo el fenómeno rítmico se ponga muy azaroso, muy extraño. Con el tiempo, Pierre Boulez, Stockhausen y otros compositores alemanes comenzaron a querer serializar, a ordenar, todos los factores, la frecuencia, el ritmo, los timbres. Anton Webern fue el primero que hizo una melodía de timbres. A un solo sonido lo pasó por cinco o seis timbres distintos. En otra pieza, cada sonido de la serie, está tocado por un timbre distinto y, cuando vuelve a aparecer ese sonido, lo hace con ese timbre y con esa duración. Se escucha una música muy rara. Webern escribió treinta y tres obras. Una vez toqué en Salzburgo, una sonata para violín y piano. ¿Sabés cuánto dura la sonata entera? Un minuto seis segundos, por indicación del autor. Había movimientos que duraban diez segundos, cinco segundos, nada más. Escuchar a Anton Webern es entrar en un mundo de locura. Webern tenía otra profesión, creo que era hijo de banqueros, hijo de profesionales, él tenía asegurada su vida. Si tuviera mi biblioteca en orden podría encontrar un libro de Anton Webern. Imposible en este desorden. Webern era muy reservado, tipo Kafka. Al final de la Segunda Guerra Mundial se instaló en los alrededores de Salzburgo. Cuando salía de su casa durante el toque de queda lo mató un soldado de guardia americano, en el año '45.

~

– Hay un momento en la historia de la cultura occidental, un momento de cambio, de quiebre, de transformación. Walter Benjamin lo analiza en ese ensayo sobre la reproducción mecánica de la obra de arte. No sé si lo leíste. Está traducido al castellano. ¿Qué cambios produce en el compositor, en el pintor, en el escultor, repetir una obra en muchos ejemplares?

*Y el fenómeno económico que se genera en épocas anteriores, cuando no existía la posibilidad de la reproducción masiva de una obra de arte, cuando se hacía una cantata o una música de circunstancia para fiestas, la Música de mesa por ejemplo, de Telemann, que son dos horas de música, conciertos y tríos y cuartetos y un concierto y otro concierto y otro dúo y otro trío y otro cuarteto y, al final, una obra para oboe y contrabajo, una sola voz y bajo continuo, y se ejecutaba y desaparecía, a nadie le interesaba más, porque era para ese momento, para esa circunstancia, para ese banquete. Telemann escribió dos, creo que dos o tres, Musique du table. A partir de la electrónica actual no hay necesidad de estudiar para manejar un sintetizador, una consola y con esas herramientas, aun sin saber tocar un instrumento, uno hace un sonido y el aparato lo transforma, lo toca cuatro veces, o cinco veces, o veinte veces, a esta velocidad, a la otra, le pone un silencio y se puede construir una obra aun sin tener ningún tipo de formación musical. Y esas cosas, así producidas, se venden. Si la venta es masiva, bueno, te ganás millones. Si no es masiva, ahí queda, como una curiosidad, para vos, nada más. Que se vendan millones o que no se venda nada, está muy relacionado, no sé en qué medida ni de qué manera, con la psicología de la captación de una obra de arte. Cuando más simple, más elemental, más estúpidos son los elementos que constituyen una cosa artística, mayor es la cantidad de personas que la van a captar de inmediato, con rapidez y que la van a consumir. Eso puede llegar a millones. Cuanta mayor es la cantidad de gente a la que se llega, más bajo es el nivel, más elemental, digamos así, se va bajando de un nivel de 16 años a uno de 12 años, entonces, para eso sirve y por eso las cumbias, por eso la musiquita, en cuanto un grupo intenta abrirse a otro tipo de cosas se le reduce la cantidad de consumidores. La música*



*contemporánea se sigue creando, se sigue produciendo, pero apenas si se puede hablar de un cinco por ciento en el mundo occidental de un público que consume ese tipo de música, de un cinco por ciento, con mucha exageración, con mucha generosidad. Ya no hay Dios, ni Papa, ni soberano. Ya no hay mecenas. ¿Quién hace hoy los encargos? ¿El pueblo? El pueblo está en las calles aplaudiendo a los militares asesinos. Yo no soy Mozart. La música no sale de mi cabeza sin que pueda detenerla. No debo levantarme en la madrugada y sentarme a escribir música porque en caso contrario la cabeza me estallaría en pedazos. No. No soy Mozart. Soy un músico que escribe sólo cuando su música va a ser interpretada. No escribo para los cajones. ¿Y quién quiere interpretar mi música?*

~

*— Yo tengo muchas dudas sobre mis posibilidades como compositor. Y nunca me gustó forzar la ejecución de mis obras. Hay gente que es muy peleadora, muy competitiva. Yo soy anti competitivo. Si alguien quiere hacer una obra mía, bien, que la haga. Tengo dos obras para coro, escribí más pero en este momento tengo a mano dos obras para coro, dos odas elementales de Pablo Neruda, Oda al día feliz y Oda a la flor azul. Oda al día feliz la estrené con el coro de Cruz del Eje, allá por el 56, 57, 58, no me acuerdo, uno de esos años. La cantamos. Le gustaba a la gente del coro y al público también le gustó. Y tengo la Oda a la flor azul, que es una cantata, una obra para un tenor solista y un coro que canta y habla. Hay un coro masculino, un coro femenino. Una obra compleja. Larga. Se la di a algunos directores de coro, nunca conseguí que me la hicieran. No sé qué es lo que pasa. Y es una obra de 1958. Pero todavía es muy difícil.*

~

— *De Borges, dos sonetos, dos alusiones, así se llama la cantata, Dos alusiones. Alusión a una sombra de 189... y tantos y Alusión a la sombra o a la figura de Francisco Borges, que es el bisabuelo que murió en combate contra los indios, en el desierto. Surgió como una tarea que me dio Henze, mi profesor de composición: escribir una melodía para canto, una sola voz. En esa época estaba leyendo a Borges, era el '63, '62 y me gustaron esos dos sonetos, tenían un paisaje, una atmósfera muy teatral, muy fílmica. Me gustó esa idea, esa puesta en escena. Y la voz, la melodía, ponía en escena lo que decían ambos sonetos. De forma muy curiosa, sin ninguna intención, el primer soneto, el de la Sombra de 189... ese de Juan Muraña, ese soneto que habla sobre el cuchillo, de una escena en una esquina maleva de Buenos Aires, me salió con rasgos de tango. Surgió del ritmo del lenguaje, de la obra poética misma. Las palabras tenían ritmo de tango.*

*Y el otro soneto resultó una cifra, una milonga. Lenta, elegíaca, estirada. Muy curioso el contraste de los dos sonetos. Esa obra me la aceptó la editorial Schó en su fondo. Está editada pero nunca, después del estreno, nunca se volvió a hacer. Es para mezo-soprano, un barítono y 15 instrumentos, incluida la percusión. Esa es una de las causas que hace que sea caro interpretar una obra así, es más caro que ejecutar una sinfonía. Porque el precio de esos 15 solistas, es mayor que pagarle a toda una orquesta sinfónica. Me lo decían en Europa, hacer una obra para tres o para dos, es más barato, pero 15 instrumentistas ya es demasiado. Son muy caros los solistas en Europa. Y acá, en la Argentina, muy difícil encontrar quién toque una obra así.*

*En Friburgo, escribí un trío para tuba, guitarra*

*eléctrica y oboe. Había dos temas incluidos en la serie dodecafónica. Uno era el tema del Pájaro campana y el otro era La Internacional. Se perdió, quedó en Chile. Era una obra que la había diseñado para cinco movimientos. Uno de ellos era para oboe solo. El oboe tenía que tocar sin respirar, sin cortar, en forma constante. Respiración continua.*

~

*— En el año '54, '53, '52, escribí un tango sobre una letra de Rafael Alberti. Qué alegría ciudad, andar por una acera/viendo que la de enfrente es marinera/ qué alegría ciudad, ¡oh! qué alegría/pensar que tres balcones puedan zarpar algún día. No me acuerdo más. La inscribí en el Registro de la Propiedad Intelectual, en SADAIC o en otro organismo. Cuando en el '73 volví a Buenos Aires, caí en un departamento cerca de la avenida Belgrano, en el barrio sur, en un cuarto piso, un departamento que me prestaron, tenía la radio prendida y escuché una melodía, una música con violines y con orquesta. ¿Qué es esto? Lo conozco. ¿Cuándo lo escuché? Y, después de un rato... pero, este es mi tango. Lo que yo había escrito, pero con violines, una orquesta completa. Terminó y dijeron de fulano de tal, mi nombre no apareció.*

*Habían hecho una musiquita instrumental con mi tango. Melodías como esa, te puedo componer media docena por día. No tengo problemas. Invento media docena de melodías de ese tipo por día. Con Nalé Roxlo hice también un tango, en do menor, un soneto. Fue una época en que yo estaba buceando, intentando, en la vena popular. Después me convencí que no daba nada. No servía para nada. Era estéril. Era un camino sin destino.*

~

*—Del '65 al '72 estuve en Friburgo. Siete años muy ricos, de mucha actividad política, musical, compuse varias obras. La mayoría se me perdieron, algunas las tengo. Me encargaron una pieza para flauta travesa y orquesta de cámara. La estrenó Gustav Heck, el más grande flautista de Alemania, a los 72 años. Yo estaba asombrado de lo que hacía con el instrumento. Cómo ejecutaba. Qué limpio. Impresionante. No quería creer. Muchísimo más de lo que yo había imaginado. Es asombroso lo que puede un instrumentista de altísimo nivel. Y se estrenó en Berlín y después se ejecutó en distintos lugares.*

~

*—Hay cosas que no estoy seguro si me ocurrieron o si las soñé. Hay un par de acontecimientos que los tengo claros en la memoria, pero en este momento no puedo asegurar si los viví o los soñé. No puedo determinarlo. La fuerza de la memoria no me alcanza para distinguir si esa imagen es un recuerdo o un sueño.*

## XIII

— *En mi formación musical, Bach, Juan Sebastián Bach, fue lo más fuerte. Y también Mozart. Las sonatas, las fantasías, los conciertos para piano. Dos obras, que las escuché en Salzburgo, dos quintetos, uno en sol menor y otro en do menor, que los escribió en los últimos años de su vida, junto con el Réquiem, esas dos obras me impresionaron. Me produjeron un estado de inquietud. Muy cromáticas, esa música busca algo con desesperación y no lo encuentra. Béla Bartók, su Concierto para piano Número 3, qué cosa tan maravillosa, sublime. Uno empieza a escucharlo y entra en otro mundo, un mundo de serenidad, de belleza y de bondad. Otro compositor genial es Igor Stravinsky. Bueno, el trío de la Escuela de Viena: Schönberg, Alban Berg y Anton Webern. Webern no me llamó tanto la atención, aunque lo estudié, lo toqué. El que más me impresionó de todos fue Alban Berg. Yo tengo, en mi composición, influencia de Alban Berg. Y, por supuesto, Schönberg. Moisés y Aaron, su ópera. Nunca pude terminar de escucharla. Es tan fuerte. Tendría que verla, tendría que sentarme en un teatro y verla en un escenario. Así llegaría al final. Pero, escucharla en un disco me hace poner de pie y caminar. Es tan convulsional. Muy fuerte. Más de lo*

*que yo puedo soportar. Pasa a veces con cierta música. Bruckner, por ejemplo, no puedo escucharlo hasta el final. Nunca. Pero no por lo mismo que Schönberg. No. De otra manera. Me pone impaciente, me parece tan, tan aburrido. Ese discurso wagneriano, sinfonías que duran una hora y media pero que no muestran ni un átomo de la pasión que tiene Wagner. Es una música larga, interminable y fría. Anton Bruckner. Y se lo considera un gran compositor. No estoy valorando su obra. Estoy diciendo lo que a mí me produce, el efecto que a mí me hace. Un defecto mío. Un defecto de mi personalidad y de mi carácter.*

*Beethoven está en una transición, donde ya no es más aristocrático, es burgués, pero está desesperado por la buena voluntad de los aristócratas. Y como burgués no es revolucionario. Está sentado entre dos sillas. La música de él está entre dos sillas. Lo que más me impresionó de Beethoven son las sonatas y los últimos cuartetos. El opus ciento y pico. Las sonatas para piano, la música de cámara en general, tríos, dúos para piano y violoncello, música emprendedora, experimental. Lo mismo que Brahms, fantástico en la música de cámara. Los cuartetos, los quintetos, los tríos con piano, dúos. Una música maravillosa. Un piano y un cello, nada más. Quedás asombrado de tantas ideas. Una cosa tan hermosa.*

~

*— En el Concierto para violín A la memoria de un ángel Alban Berg utiliza al comienzo quintas continuas, las quintas - quintas, acumula tres o cuatro, luego aparece una escala por todos los sonidos, con la cual él puede reproducir en el segundo movimiento, un Coral de Bach, Es ist genug y, en el sexto movimiento, una cita de Tristán. Es interesante escuchar cómo valoriza los distintos intervalos. Las quintas dan melodías*

*de gran extensión, de gesto amplio. La otra parte da una melodía bien cerrada. Mientras las quintas... esas quintas que se extienden por todo el instrumento... El ángel es la hija de Alma Mahler, Manon Gropius, muerta a los dieciocho años.*

~

*— Una máquina sueca daba sonidos electrónicos, afinando las quintas puras. Cuando las quintas son puras, en el círculo de quintas, los sonidos que se construyen con bemoles y con sostenidos quedan desafinados. El sistema temperado consiste en corregir esa diferencia que se obtiene al final y distribuirla entre las doce quintas, desafinando cada una de ellas en una medida exacta. Y ese aparato modificaba esa afinación, esa coma pitagórica, ese valor de diferencia. Cuando tocabas la bemol, se corregía el acorde. La bemol mayor tiene un do. La afinación del do respecto a la bemol mayor es distinta del do en fa mayor. Tocabas fa mayor y el do tenía un sonido. Tocabas la bemol mayor y el do tenía otra afinación distinta, para que pudiera ser tocado todo en una afinación no temperada, sino en una afinación pura. Hice pruebas, hice mezclas. Ahora bien, ese sonido electrónico era estéril, a mí no me interesaba.*

~

*— Vos podés organizar los doce sonidos de la escala cromática, en mil formas diferentes. Cada serie es un acontecimiento distinto, nuevo y no tiene nada que ver uno con el otro. Por aquí tengo un papel con la serie completa que estoy trabajando. Se me traspapelan las cosas. Acá está. Cada serie puede presentarse bajo cuatro formas, según el principio utilizado en los estilos tradicionales de imitación contrapuntística: forma original, forma retrógrada o recurrencia -comenzando por el final- inversión de la original en la que los*

*intervalos están invertidos y retrógrada de la inversión. Esta es la directa. Ahí tenés la serie completa. Estos intervalos los uso mucho. Inventé una melodía yendo y viniendo con la serie. A un intervalo determinado le doy un mayor peso, porque me gusta darle ese peso, por ejemplo a estos tres sonidos le contesto con estos cuatro y empiezo a trabajar. Toco con la flauta los tres sonidos, suena como una chaconna, un ostinato y el otro instrumento, la trompeta, ¿ves?, trabaja con todos los sonidos que no sean estos tres. Una forma de hacer contrapunto. Lo que hace la trompeta es muy tranquilo y muy regular. Y lo que hace el contrapunto es más irregular y están trabajando todos con los elementos de la serie. Lo que tengo aquí como serie lo transformo en otra serie, en otra organización, pero estoy respetando intervalos. La riqueza es enorme. La hago igual, pero de atrás para adelante. Do sostenido. Suena distinto. Después, la inversión del directo, la inversión de la forma directa. O sea, hago esa misma pero, en vez de hacer una segunda menor subiendo, hago una segunda menor bajando, en vez de una tercera menor subiendo, una tercera menor bajando. Y luego hago la inversión del creds, del retrógrado. Cada una de estas formas admite una transposición sobre cada uno de los doce grados de la gama cromática, lo que da un total de cuarenta y ocho versiones disponibles de una misma serie. Un tema puede componerse de varios fragmentos melódicos, tomados todos de una de las cuarenta y ocho fórmulas disponibles, y armonizado cada fragmento con sonidos complementarios tomados de otra versión de la serie generatriz. El conjunto todavía puede complicarse mediante la escritura en canon y con variaciones rítmicas. Ninguna nota debe ocupar una posición privilegiada, como en el sistema tonal. Schönberg no ha desviado la música en mayor medida que Freud la psicología o Marx la economía política y la historia.*



~

— *Supe trabajar con lo que yo llamaba matrices, para hacer obras más grandes, para tener más recursos. Veamos un ejemplo. Tengo todos los intervalos desfasados. Puedo comenzar a trabajar, a enmarcar algunos campos sonoros. Pero todo lo que escribo está unido por este tratamiento del sonido. Es una forma, una manera de organizar los sonidos. No es la única, por supuesto. Se pueden pensar otros métodos, como hizo Béla Bartók con la Música para cuerdas, percusión y celesta, donde escribe una enorme fuga, con un tema, su sujeto y su contra sujeto, una fuga en forma, siguiendo el orden del círculo de quintas. Empieza en la y una voz superior a la que expone, en círculo de quintas, a la derecha, y las voces inferiores van a la izquierda y, al final, en la culminación de la fuga, se conjugan las imitaciones, se conjugan por supuesto en el sonido que es la cuarta aumentada de la, es el re sostenido, o mi bemol. Y cierra la obra, la empieza en la y la cierra con el mi bemol. Y ahí una stretta final cierra la pieza. Una cosa hermosísima. Tenés que conseguir esa obra, porque ahí vas a encontrar un sistema distinto al dodecafónico, pero que establece una unidad tan fuerte como el sistema dodecafónico. Aparte, Béla Bartók tenía todo el sistema de las escalas orientales, de las escalas eslavas, todo el folklore eslavo que él había estudiado y había conocido. Él fue de profesión folklorista, recogedor de melodías, sistematizador. Inventó los modos, los sistemas modernos de notación de la música folklórica. A partir de él nace la etnomusicología. Bueno, ese es otro sistema. Otro fue el de Scriabin. Scriabin, por ejemplo, armó un sistema armónico de acordes por cuartas. El acorde místico de Scriabin eran tres cuartas superpuestas, una tercera mayor y seguían las cuartas y de esa manera él tenía un acorde donde estaban, si no los doce, nueve*

*sonidos distintos. No me acuerdo bien. Tendría que revisarlo. Mirar bien el acorde de Scriabin. Mirarlo bien. Recordarlo. Ese fue otro sistema. Max Rider intentó el cromatismo integral. Muchos compositores del comienzo del 1900 intentaron, después de Wagner, un lenguaje nuevo, una forma nueva. Porque Wagner, con lo que escribió, hizo volar al diablo toda la tonalidad. Los acordes que escribe Wagner ya no se sabe a qué tonalidad pertenecen. Está todo tan cromatizado, hay tanta modulación, una sobre otra y una después de otra, que ya no se sabe en qué tono está. Y todos los compositores posteriores estuvieron ante el dilema: seguimos escribiendo en sistema tonal pero cromatizándolo de tal modo que nadie entiende en qué tono está o nos desligamos de ese quilombo, de ese peso, ese aburrimiento del sistema funcional y comenzamos a pensar otro sistema. Y yo, con mucho retardo, estuve también con ese dilema. La primera composición que yo escribí, que intenté escribir, fue la reproducción del ruido que hacía el agua que se escurría por la pileta del baño. La pileta del baño, en la casa de Córdoba, tenía un juego de remolino y yo notaba que no tenía ninguna repetición, que estaba jugando y cambiando. Primero, traté de identificar algunos intervalos que se escuchaban ahí, intenté fijarlos en el piano, encontrarlos en el piano. Casi imposible. Lógico. Un poco después me di cuenta que estaba ante un sistema no temperado, un sistema atonal, como es un sistema de música electrónica, por ejemplo, donde se producen sonidos en frecuencias que no existen en el sistema tonal ni en el sistema dodecafónico. El sistema dodecafónico son doce sonidos de frecuencia fija. Y en esa pileta había sonidos sin frecuencia fija. Había frecuencias oscilantes y frecuencias que estaban entre medio. El piano no las podía reproducir. Eso fue una gran frustración. Estuve trabajando como dos meses,*

*intentando hacer algo, salía una cosa muy cromática, muy rara, pero no era lo que yo escuchaba. Todos los días prestaba atención y trataba de anotar. Después me dejé de macanear con esas cosas, no las podía dominar y comencé a trabajar las tareas que me daba mi profesor de armonía y contrapunto, el profesor de composición. Hacer las tareas que él me indicaba para avanzar en el manejo de las formas y los sonidos, de las metodologías, el contrapunto, la creación de armonías, acordes. Una vez me puse a hacer, la mayor, rondó, definiendo unas cadencias. Resulta que esas cadencias me llevaron a un modo litúrgico. Después supe que era un modo litúrgico. No era la mayor, sino el fa sostenido menor eólico. Al determinar unas cadencias especiales, en la mayor, que evitaran el mi - la, mi dominante, la, los cierres los hacía con otros sonidos. Entonces me ubiqué en fa sostenido menor eólico. Por ahí sonaba la, por ahí sonaba... era ambiguo, una ambigüedad. Experimentos como ese o politonalidad por ejemplo, inventé politonías, son los años de Córdoba. Estoy hablando de los años '52 al '59, los siete años que estuve en Córdoba, estudiando música, estudiando ingeniería, psicología y pedagogía. Sí. ¿Cómo redondeo esto? ¿De dónde había partido?*

~

*– Para Edward Said la tonalidad es el mito del país natal. El regreso al hogar. Es la Odisea, es Ulises. Dejás el reino, la familia, vas a la guerra, tenés aventuras pero volvés de la mano de la dominante.*

*La atonalidad es la Iliada, la falta de hogar. Es Aquiles, es morir en territorio desconocido. No hay regreso. La ausencia de tonalidad es un exilio permanente. Es una música de exiliados del mundo social, del mundo tonal, del mundo aceptado, del mundo de los hábitos y las costumbres, del mundo firme y sólido.*

*En realidad, no sé si Said dice esto. En todo caso lo dice mejor. Hasta es probable que diga lo contrario. Digamos, entonces, que ésta es mi versión libre. Sólo para vos. Ni se te ocurra comentarla.*

~

*— Yo fui un enemigo acérrimo, un enemigo a muerte del sistema tonal. Desde el comienzo de mis estudios musicales, el sistema tonal me resultó desagradable, molesto. Me ofendía, me resultó ofensivo. Hasta hoy. Escuchar una zamba, un tango, con esa sucesión de acordes que son los que quedaron establecidos en el 1600 y hasta hoy siguen repitiéndose y repitiéndose. Me ofende. Me molesta. Hacer música de aquella época es muy legítimo. Recrear o intentar recrear aquel ámbito, aquel descubrimiento, porque en el 1600, finales del 1500, fue un descubrimiento enorme, hacer dominante todo, a quinto primero, que se lo podía hacer alterando la tonalidad, alterando el modo gregoriano que se estaba utilizando. Eso fue una cosa revolucionaria, porque ahí comienza, es el primer paso que se da para que se llegue al dodecafonismo, al cromatismo integral. El primer paso es el primer sonido alterado en una escala diatónica. Un dórico. Es la secuencia de semana santa, el Victimis Pascalis larede. Ahora introduzco un do sostenido. Muy distinto. Un universo de diferencia. Para los músicos de esa época fue cosa de locos. Pero, Dios mío, qué significa hoy.*

*El sistema tonal, con todos los semitonos, es repugnante. Produce náusea. Yo lo sentí de entrada, cuando empecé a tocar el piano. En los primeros años me di cuenta de que eran intolerables esas cancioncillas, “Tengo una vaca lechera, no es una vaca cualquiera, me da leche merengada, ay qué vaca tan tarada, tilín, tilín, tilín, tolón”.*

## XIV

Acompañado por Rita, la mujer que me esperó en la estación de San Isidro, atravieso la sala de estar y el comedor. No hay demasiados muebles y se enfatizan las líneas rectas. Sugerencias de decoradores o arquitectos. Una puerta batiente permanece abierta, sujeta con trabas en el suelo. Por allí se sale a un patio de lajas, donde se encuentra la mesa, el mantel y el servicio de té.

Al final de las lajas comienza el jardín. Los invitados rodean a Ernesto y Dominique.

— *Vos sos Miguel, el hermano de Ernesto, ¿verdad? Veo que Rita no tuvo dificultad para encontrarte.*

— *Los provincianos nos destacamos. Enseguida dan con nosotros.*

— *Yo soy Herminia, la tía de Dominique. Quiero mucho a tu hermano. Hizo de guía en París durante mi primer viaje a Francia y conocí lugares increíbles. Entre los invitados está Jean Pierre, galerista de la calle Florida. Haré lo posible para que Ernesto exponga en su galería.*

Observo un cantero con tierra removida.

*– Había un olmo. Tuve que sacarlo. Sus raíces ganaron las cañerías y amenazaban con los cimientos. No hubo opción. Era un árbol de muchos años. Cuando compré la casa ya estaba. No me acostumbro a este vacío.*

El cantero conserva astillas del olmo. Levanto fragmentos de raíces. Luego, al mirar hacia el jardín, me encuentro con Ernesto detenido a pocos metros de distancia y con Dominique, que aguarda unos pasos detrás. Han abandonado al grupo de recepción y agasajo. Ahí está mi hermano, ocho años después. Su mata de cabello, su cara lampiña, la piel pálida, de cielo nublado y encierro. El pudor, la timidez. Ninguno de los tres da un paso más. La dueña de casa irrumpe, anuncia que el té está a punto, que no lo dejemos enfriar. Los invitados vienen hacia la mesa, hacia nosotros. El avance del grupo nos obliga a acercarnos. Entonces, nos abrazamos. Primero Ernesto y yo. Después Dominique reclama su lugar. Por un momento desaparecen el jardín, el patio, la casa de San Isidro y los años de ausencia.

~

Una pareja discute en el fondo del parque. No logro oírlos. La mujer se aleja y el hombre va en su búsqueda. Pasan a mi lado. Recorren el perímetro del jardín en permanente huida y persecución.

Herminia viene en busca del hombre y lo lleva al encuentro de Ernesto y Dominique. La mujer fuma. La mano que sostiene el cigarrillo, tensa y horizontal, en línea recta con el antebrazo, descansa en la mano izquierda, continuación a su vez de la línea recta del antebrazo izquierdo. Camina hacia donde yo estoy. Apaga su cigarrillo.

- *Florencia. Y el que se llevaron, Jean-Pierre.*
- *Miguel. Hermano de Ernesto.*
- *El habitante de la Patagonia.*
- *El mismo.*
- *Te estaban esperando. Ernesto estaba nervioso.*
- *Tuvimos una demora en Bahía Blanca.*
- Problemas en el tren de aterrizaje.*
- *Y, ¿cómo es vivir en el sur?*
- *Nada en particular.*
- *¿Frío?*
- *Soportable.*
- *¿Nieve?*
- *A veces.*
- *¿Cuál es el problema? ¿La distancia? ¿La soledad?*
- *No hay problemas.*
- *Entonces te gusta el sur.*
- *Claro.*
- *Mi sur se termina en Mar del Plata. Y eso, sólo en los veranos. Desde que tengo el negocio, ya ni siquiera eso. No sabés lo triste que es el verano en Buenos Aires.*
- *Estuve un verano preparando el ingreso en la universidad.*

Florencia lleva un vestido negro, con pliegues y vueltas, que deja descubiertos los hombros. Tiene un cuerpo afortunado, uno de esos cuerpos que atraviesa la vida sin perder la firmeza y la elegancia.

— *Discutíamos. No pude evitarlo. Me lastiman sus ironías, sus provocaciones.*

Busca en la cartera el atado de cigarrillos.

— *Venimos del cine. Nos gusta ir a la primera sesión. Es el horario en que los dos hacemos la pausa de mediodía. El deja la galería y yo el anticuario. Uno de nosotros elige la película. El otro se entera en el momento de verla. Nos encontramos en el hall.*

Juega con el encendedor y fuma otra vez.

—*Él se empeña en llevarme a cines baratos. Cines donde pasan películas pornográficas. La pornografía no me asusta. Pero se complace en humillarme. A esa hora las salas están casi vacías. Algunos hombres solos, dispersos. Huelo el semen en el respaldo de las butacas, escucho los movimientos frenéticos de las masturbaciones compulsivas. Un muchacho rubio, que nos precedió en la boletería, con una trenza que sólo manos expertas pueden lograr, se arrodilló y hundió su boca entre las piernas de un señor mayor que continuó con sus ojos en la pantalla ajeno a lo que sucedía a centímetros, en su propio cuerpo. La mano de Jean-Pierre en mi sexo, me avergoncé de sentirlo húmedo, me puse de pie, interrumpí el trabajo del muchacho rubio con mi paso y corrí por los pasillos. Jean-Pierre me alcanzó y me obligó regresar. Llevo su marca en la muñeca.*

Los pliegues del vestido ocultan aberturas que se liberan cuando Florencia se mueve.

— *¿Por qué no lo deja?*

Se acerca un paso más. El cuerpo desnudo es más evidente.

— *Disculpe. No debí decirlo.*



– *Está bien. No tiene importancia. Algún día lo voy a hacer. Pero todavía no puedo.*

Jean-Pierre está de regreso.

– *¿Hablaban de mí?*

– *Miguel me ha invitado a viajar al sur y estoy tentada y predispuesta a aceptar. Además, opina como tantos amigos. Cree que tengo que dejarte.*

– *Para una ausencia de quince minutos, bastante bien. Si tardaba media hora, los encontraba cogiendo en el fondo de la pileta.*

~

Jean-Pierre nos recibe en su despacho con buen humor, impecable como ayer, traje gris perla, camisa celeste, clásico, sin estridencias. La oficina está alfombrada y es probable que las cortinas oculten paredes ciegas, ninguna de ellas revela claridad, algún resplandor. El escritorio es de roble claro y lo rodean sillones de cuero negro. El suyo es giratorio y de respaldo alto. Antes de sentarnos, invita a Ernesto a extender las obras en la alfombra. Ernesto abre cada lienzo hasta cubrir la superficie disponible. Lo hace en silencio. Jean-Pierre espera de pie, mirando la ceremonia, pero sin concentrarse en las pinturas. Ernesto cambia alguna de lugar y, cuando queda satisfecho se retira. Ahora sí, Jean-Pierre las observa. No hace preguntas. Ernesto reemplaza las telas y se repite la inspección.

– *Está bien. Podés enrollarlas. Gracias.*

Jean-Pierre va a su sillón giratorio y comienza un movimiento breve hacia la izquierda y hacia la derecha, con ambas manos en el mentón y los codos en el apoya brazos. Ernesto enrolla sus obras y lo imagino en su taller de París, cuando las preparaba antes de la partida.

Luego se sienta y los tres permanecemos en silencio. Jean-Pierre suspende su ir y venir.

— *La obra es buena.*

Ernesto lo mira. Jean-Pierre se ha dirigido a un interlocutor invisible. El sonido de su propia voz parece animarlo.

— *Pero hay que hacer carrera en Argentina, presentarse en salones, ganar premios.*

— *Sí. Es un camino.*

— *El único.*

— *Tal vez. Yo, en París, suelo hospedar a pintores que han hecho carrera en la Argentina. Tienen cuarenta años y ya ganaron los grandes premios. Viajan con ellos en sus valijas. Llegan a París y yo los alojo en mi atelier. Una habitación de tres por dos y un baño en el pasillo, compartido con el resto de los departamentos. Hay una hornalla, pero en invierno el frío es insoportable. También hay una cama, un colchón y un elástico de madera. Están dos o tres meses y un día se van y me dejan una nota de agradecimiento. Después los pierdo de vista. Tal vez los reciba usted, en su galería.*

— *Llevo muchos años como marchand. Conozco el negocio y el mercado. No creas que tener una galería en la calle Florida es cosa fácil. Yo también estuve en lugares como el tuyo. Pero se acabó la bohemia parisina. A nadie le interesa.*

— *En todo caso, no deseo hacer carrera, ni en Francia ni en Argentina.*

— *Yo hablé de negocio y de mercado. No hablé de arte. Siempre hay algo de azar, de misterio, de inexplicable cuando un artista es reconocido. Los críticos, los historiadores no hablan en sus libros, en*

*sus reseñas, de los centenares, de los miles de artistas tan buenos o mejores que aquellos de los cuales se ocupan.*

Jean-Pierre sirve café sin preguntar. Le alcanza el pocillo a Ernesto y deja el mío junto a la cafetera. No voy a buscarlo.

— *¿Cuándo volvés a París?*

— *Dentro de un mes. Pasaré unos días en Dorrego y Trelew.*

— *Te voy a dar algunas direcciones. Hay galerías que se van a interesar por tu obra.*

Escribe en el dorso de un par de tarjetas, las firma y se las entrega a Ernesto. El sillón de Jean-Pierre retoma su lento movimiento y, cuando deja de girar, me mira y sonrío.

— *Para mí es una suerte que vivas en el sur. Está claro que se entendieron. Amor a primera vista que le dicen. No soy tan tonto como para no darme cuenta. Pero te anticipo que no pienso dejarla y no permitiré que ella lo haga.*

Florencia ingresa en la oficina con capelina blanca y lentes oscuros. Pasa a mi lado sin reconocermé.

~

Ernesto fuma sus Gitanes y va por su segunda jarra de vino. La caja de cigarrillos, el encendedor, el cenicero, la jarra y el vaso marcan sus límites, el territorio donde el humo es más intenso. Dominique protesta contra Cortázar, *copia y copia mal*, aunque no menciona las fuentes en que abreva, lo ha visto caminando por el boulevard Raspail. ¿Saer? Lo conoce, ha estado en sus clases, *también copia, pero mejor*, tampoco abunda en detalles y me quedo sin saber los

nombres de los autores esquilados. Dominique lee a Racine y prepara su tesis doctoral sobre Felisberto Hernández. Cuando Ernesto viaje a Trelew a conocer la casa que diseñó por correspondencia, ella irá a Montevideo, a entrevistarse con la hija de Felisberto y proponerle una traducción completa de los cuentos de su padre. Según Dominique, en Francia se lo conoce en malas versiones y asegura que la hija aceptará. La madrugada avanza, como avanzan mi congestión y mi catarro. Los Gitanes me destruyen. Ernesto continúa fumando y sirviéndose vino. No ha viajado desde París, viene del taller del maestro Dávila, de su primera clase, con los rollos de papel. Mira los dibujos desplegados en las paredes. No fuma Gitanes, fuma Particulares 30.

~

Cuando el avión abandona la pista y se dirige por los caminos secundarios hacia el aeropuerto de Trelew puedo observar que nos esperan soldados, vehículos militares y luces potentes desplazadas en lugares estratégicos. Algunos pasajeros se agrupan en las ventanillas. Se descarta un accidente. La disposición de los soldados, su inmovilidad, despeja toda duda. El avión se detiene y debemos descender por la puerta trasera. Los militares rodean el avión. El operativo reúne a más de cien soldados que nos apuntan con ametralladoras. Voy retrasándome con la esperanza de quedar entre los últimos. En mi bolso de mano llevo *Manuscritos económicos, Contribución a la crítica de la economía política* y el tomo II de *El capital* junto a un cuaderno con mis notas. Avanzamos en fila india, la revisión es lenta, al cabo de media hora no hemos avanzado un metro. El ruido de los generadores de luz me recuerda los campos de Dorrego, cuando llega la noche y se ponen en marcha los motores. Pronto desecho la idea de libramme del bolso ocultándolo

entre los arbustos que bordean el sendero. Me limito a esperar, a mantener la calma y no pensar. Cuatro horas bastan para vencer mis defensas. Logro ser el último. El pasajero anterior acomoda su ropa en las maletas sin apuro, aprovechando las sillas cercanas a la puerta de salida. Dos soldados se dedican a mi valija bajo la vigilancia de un oficial. La vuelcan sobre una mesa. Hacen un trabajo rutinario. Están cansados. Cierran la valija. Me puedo ir. Mi bolso sale indemne.

La tropa sube a los camiones que la llevarán de regreso al cuartel. Los empleados de las compañías aéreas se retiran. Sólo queda el sereno. Un taxi me espera en la playa de estacionamiento. Cruzamos las calles de Trelew a gran velocidad.

Dejo la valija y el bolso sobre la mesa del comedor. Liliana y Damián duermen. Salgo a caminar. No hay viento.

~

Un grupo rodea la mesa del fondo del *Gato del callejón*. Gabriel juega con Medina una partida de ajedrez. Me sumo a los observadores y analizo la posición. Si mueven las blancas, la dama cae sin compensación. Pero puede ser una celada o el turno de las negras, de Medina, jugador experto, vencedor de los torneos de primera categoría, invencible en partidas relámpago. Estoy en desventaja, los jugadores están concentrados, no hay disgusto ni satisfacción visible, no puedo adivinar quién va a mover. El grupo observa y está pendiente de esa movida. Si fuera una trampa no logro acertar con la combinatoria de jugadas. Por fin Gabriel se decide y toma la dama negra. Nadie hace comentarios ni se retira de su lugar. David vence a Goliat una vez más. Sin embargo, la partida sigue. Medina está perdido pero continúa. Ricardo sospecha que aún falta, que el juego será largo y les acerca dos pocillos de café.

La ventaja de las blancas es abrumadora. Cualquiera inclinaría el rey. Pero no Medina. No hay celada ni trampa, es pérdida completa, dama contra nada. Sigue el juego. Gabriel no acierta con las jugadas siguientes. Su posición se debilita y Medina logra tablas por repetición de jugadas. Ahora sí hay exclamaciones, alivio para Ricardo que podrá cerrar, irse a dormir, mañana debe levantarse temprano, recorrer los mercados, reponer la mercadería. Los borrachos melancólicos y los jugadores de ajedrez lo están derrotando. Gabriel no comprende, está aturdido, avergonzado, busca refugio en mi compañía y salimos del *Gato* sin saludar mientras Medina ordena las piezas sobre el tablero y comenta a los aficionados cómo encontró las jugadas salvadoras.

El pasaje *Floridita* está desierto. La noche continúa calma.

— *No supe ganar. Me sorprendió la entrega de la pieza. Y después, con la obligación de vencer, me sentí incómodo. En Tucumán iba a jugar ajedrez en la confitería El Molino. Jugué torneos ping-pong, de cuarta y de tercera. Era la primera vez que lo hacía. Había muy buenos ajedrecistas, me acuerdo de un jugador fantástico, un turco, un comerciante bruto, analfabeto, pero un jugador, una inteligencia ajedrecística espectacular. ¡Qué maravilloso! Ahí, en El Molino, me decía, jugar al ajedrez es fácil, sencillo, sacás todas las piezas afuera, bien defendidas, ves, él jugaba con otro ¿no? ¿Te das cuenta? No hago nada, está todo en orden. Que no haya ninguna debilidad, que las cadenas de peones estén bien armaditas, todo bien defendido, que las piezas se conecten entre sí y ya está. No hay problemas. Después el juego se hace solo. Eso me dio un concepto. Eso solo. Empecé a aplicar ese sistema y a ganar partidas porque me di cuenta que los contrarios, si no eran jugadores muy*

*buenos, enseguida dejaban un peón abandonado o una pieza colgada, sin defensa, que bastaba un par de movimientos para capturarla, hacerle una trampa a la pieza o hacerle una trampa a los peones y te comías un peón en la apertura. O dos. Y una vez que te comés dos peones en la apertura, la partida está ganada.*

*Pero esta vez estaba Medina, un jugador avezado. No hizo ningún gesto al perder la dama. Y en vez de lamentarse, preparó su defensa y encontró la forma de llegar a tablas. A esta hora no hay nada abierto. Vamos a casa a tomar un té y a reconstruir la partida.*

~

Mientras se calienta el agua y preparamos el tablero le cuento a Gabriel la experiencia en el aeropuerto. Él coloca las piezas y hace movidas rápidas. Arma y desarma las posiciones. No puedo seguirlo.

— *Sí. El peligro. Cómo salir del peligro. En el año 1968 viajé a Hamburgo. Participé en una manifestación. Estuve con compañeros. En todas las ciudades había grupos que tenían casas, donde se vivía en forma comunitaria, había un lugar, una cama y comida. Y cuando íbamos hacia la manifestación nos cruzamos con un Mercedes Benz que estaba vigilando. No recuerdo quién dio la orden de voltearlo. No lo pensamos. Había euforia. Empezamos a hamacarlo. Éramos diez pero no podíamos darlo vuelta. El auto y cuatro policías dentro. Ellos pidieron refuerzos. Cuando los patrulleros llegaron, dejamos el balanceo y mis compañeros salieron corriendo. Los refuerzos y los cuatro policías fueron detrás de ellos. Yo me quedé quieto. Estaba con el saco de cuero que me había regalado Celia. Parecía un banquero, un hombre de negocios. Comencé a caminar. Pasé entre los dos patrulleros, entre la cola de uno y la trompa del otro, pasé entre medio de ellos, a paso lentísimo, paseando.*

*Crucé toda la avenida, hasta la vereda de enfrente. Ninguno de los policías se fijó en mí. Seguí caminando. No me di vuelta. Siempre a paso lento mientras corrían detrás de los muchachos. A varios los alcanzaron. Otros consiguieron escapar. Éramos unos diez o doce al empezar y a cinco se los llevaron. Yo, en medio de la corrida, pasé de largo. Hacía quince días que tenía vencida la visa. Si caía preso, me ponían en el avión y me mandaban a la Argentina. Ahí nomás, sin más trámite. Mi visa era de estudiante permanente pero yo había terminado mis estudios y tenía que renovarla, hacer algo o irme. Pasaban corriendo compañeros desesperados. Yo caminaba tranquilo. Movía la cabeza un poco, con desinterés. Seguí de largo. Me salvé cruzando un precipicio, en el filo de una espada.*

Gabriel vuelve al punto de partida, al momento de captura de la dama.

*— En 1973, luego de Chile, en Buenos Aires había un Comité de ayuda a los refugiados. Conseguí ropa. Me dieron ticket para comer. En la editorial Siglo XXI me pagaron una traducción que hice de un libro alemán. Y después entré a trabajar en el INDEC. Hacía la encuesta permanente de hogares. Como las encuestas en las villas se pagaban más, yo las elegía. Las más difíciles. Me metía en todas partes. Casi todos los encuestadores le tenían alergia a las villas, porque es lo más difícil de encuestar. Es difícil entrar, es difícil encontrar la casa, es difícil hablar con la gente. Y había rechazos también. Si vos lograbas encuestar a alguien que había rechazado la encuesta anterior, te daban una prima, te pagaban un poco más. Salía a las 9 de la mañana, iba hasta General Rodríguez y hasta que el sol no se ponía, yo seguía. Todo el día pateando. Todo el día. Sin parar. Al mediodía buscaba algún lugar para comer un huevo frito, una chuleta con un*



*huevo frito nomás. Sencillito, cosa bien baratita, en los barrios siempre hay un lugar donde se puede comer. Y después seguía. O me llevaba un sándwich y por ahí me paraba en un lugar más o menos, un lugar lindo y tranquilo, comía. Compraba una latita de Coca y me comía mi sándwich, tomaba mi coquita o agua y seguía encuestando. Seguía y seguía. En ese año, yo me sentía mucho más seguro en la villa que en la ciudad.*

Las jugadas se repiten. No aparece la combinación ganadora.

— *Cuando se terminó la encuesta de hogares, me pusieron en estadística naval, en una sala grande, donde había mesas chicas y se sentaban parejas, dos hombres, dos mujeres, un hombre y una mujer, no importaba, y yo me senté con Pelusa, una chica hija de un médico, muy buena dibujando, me regaló un cuadro que lo debo tener por ahí, una cosa con colores pastel, con la madre hacían batik, ella diseñaba las formas y los colores, Pelusa, divina la Pelusa, vivía en una casa vieja, en Caballito, un lugar de casas antiguas con puertas altas, segundo piso y mansardas y varias habitaciones, yo la fui a visitar muchas veces, el padre encerrado en su escritorio, en su biblioteca, a uno de los hermanos lo secuestraron y ellos se exilaron en México. Yo trabajaba con ella ahí, en el INDEC, en estadística naval, hacíamos sumas con la máquina. Entraban datos de la marina mercante, buques que entraban, buques que salían, mercaderías que se cargaban, mercaderías que se descargaban, si eran metales, si eran esto, si eran lo otro, si eran zapatos, tanta cantidad de esto, tanta cantidad de lo otro, y todo eso se iba escribiendo en libros enormes y nosotros teníamos que hacer la suma de esas cifras y había una suma horizontal y una suma vertical y tenían que coincidir. Si no coincidían había un error y ahí teníamos que empezar de nuevo.*

La posición de Medina, antes de perder la dama, era sólida. Eso le permitió rearmarse, buscar una salida.

— *Después de Chile, uno de los primeros lugares donde dormí, enviado por el Comité de Ayuda, fue en un local de la juventud peronista. Un barrio viejo de Buenos Aires, tal vez San Telmo. Me dieron un colchón en el suelo. Tomé unos mates en la cocina, un poco de pan, alguna galleta, tortas fritas y conversé con un muchacho peronista. Yo los veía sin destino. Alcancé a decirle que los iban a liquidar, que no iba a sobrevivir nadie. Él me hablaba del socialismo nacional, de Cámpora, de esto y aquello. Yo veía que estaban amontonando bolsas de arena delante de la vieja casona, frente a la puerta y a las ventanas. Bolsas tras bolsas de arena. Y aparecieron los fusiles y las ametralladoras. Todo el mundo armado. Yo pensé: esto es un infierno. Me quedé a dormir esa noche, no tenía adónde ir. Sí, me quedé a dormir. Llegué a la tarde, acomodé mis cosas, conversé con el muchacho, tomé mate y comí galletas. A la mañana temprano me fui. Una hora después pasó una brigada de Ford Falcon ametrallando la casa. Mataron a varios. Era parte de la guerra contra la juventud peronista. Los grupos de las 3 A, los grupos de López Rega. No sé nada del muchacho con quien conversé esa noche. Sólo sé que muchos murieron y que yo estuve hasta una hora antes.*

Gabriel es obstinado, no se rinde, continúa en la búsqueda de la combinación ganadora.

— *En Tucumán no anduve mudándome como en Alemania, en Chile y en Buenos Aires; estuve más estable. Tenía trabajo en la universidad, dirigía el coro y la orquesta juvenil. ¿Ves esta foto? Un buen contraluz. Esta es la pared externa de mi casa, en el espacio lindero a las vías del ferrocarril. Otra vez el tren en mi vida. El lugar había sido un hotel alojamiento. En*

*la zona había silos de maíz, de trigo y de soja. Varios silos y el hotel alojamiento. Cuando la municipalidad de Tucumán no lo autorizó a funcionar, el hotel se mudó más lejos y la dueña transformó el edificio en departamentos baratos. Yo vivía en uno de ellos, de dos habitaciones. Para pasar de una habitación a la otra, debía salir al balcón, a la intemperie. Un día, con un martillo, abrí la pared, le hice una arcada. Así tuve una pieza más grande, en un extremo el baño y, en el otro, la cocina. Una noche, el ejército hizo un operativo. Pusieron reflectores en el patio alumbrando las puertas mientras los soldados irrumpían. Todos salimos al pasillo, medio desnudos. Yo estaba con una mujer, Chiquita, miembro del comité central del PRT y del ERP. Le pedí que se quedara en la cama. No sé por qué. Nos pusieron a todos contra la pared, brazos y piernas abiertas, bien separadas. Entraron en mi departamento. Todo fue muy rápido. Pensé que estaba perdido. Salieron los soldados y Chiquita no estaba con ellos. Unos minutos después, el operativo se desarmó y se fueron. Había algo de desorden. No había cosas rotas. Era un departamento pequeño, fácil de revisar. Pensé que Chiquita había escapado por la ventana y el balcón. Si había dado un buen salto y una buena rodada, el terraplén de las vías del ferrocarril podía protegerla. Miré por la ventana y no observé ningún movimiento. Preparé té y lo tomé con calma. Ya no había ruidos afuera. Decidí acostarme. Chiquita estaba allí, durmiendo, echa un ovillo, debajo de las sábanas y frazadas. En ese revoltijo estaba la mujer que buscaban. Parece broma, ¿verdad?*

Las piezas quedan desordenadas sobre el tablero. Gabriel se cansa, no encuentra la jugada. Necesita una tregua.

~

— *¿Conocés a Aurelio Salas? Pintor de Yerba Buena. Ilustraba el suplemento cultural de La Gaceta de Tucumán. Lo conocí, tengo un cuadro suyo en el baño. Es hora de sacarlo a la luz.*

Gabriel desaparece. Escucho un par de martillazos y después se asoma con restos de embalaje.

— *El juego, 1962.*

Elige la pared de la derecha, en el espacio superior al equipo de música. Consigue un clavo de cuatro pulgadas, oxidado y retorcido. Trata de enderezarlo y luego lo apoya en la pared. El primer golpe es potente y el clavo recorre parte de la habitación, al principio por el aire y luego de rebotar en la pared opuesta, por el piso. Lo buscamos hasta encontrarlo debajo de la cocina. El segundo golpe es más potente aún y el recorrido del clavo, más extenso. Estimo que pasaremos la noche a martillazo limpio y propongo traer mi taladro. Para Gabriel es una buena idea; sin embargo busca en su caja de herramientas otro clavo, tan inútil como el primero. Por fin aprueba mi propuesta de ir en busca del taladro.

Las calles continúan desiertas. Aún falta para el amanecer. Trelew duerme, ignora mi desvelo, mi trajinar. La valija y el bolso siguen sobre la mesa del comedor, intactas. Hago el camino inverso a buen ritmo, con el taladro y el juego de mechas. Misión cumplida.

Espero en la puerta con las herramientas mientras Gabriel estudia una partitura. El cuadro de Aurelio Salas descansa contra la pared. El martillo y los clavos en el suelo. Fragmentos de revoque sobre los estantes. Desprendimientos. Muro ametrallado.

– *Bach, sonata en sol mayor, para viola da gamba. Vamos a escuchar el andante mientras lo seguimos en la partitura.*

Gabriel lleva un disco a la pileta y lo deja bajo la canilla con gotas de detergente. El taladro en un rincón. Ya no es necesario.

– *La arena y la arcilla que arrastra el agua de Trelew vencen la estática y evitan el polvo y el deterioro de los surcos.*

Después del enjuague, coloca el disco aún mojado en el plato del equipo. Las piezas interiores están oxidadas. La púa y los parlantes no comparten la teoría del bloqueo de la estática. Muelen granos de maíz.

– *¿Ves? Ningún ruido.*

~

La ventana que da a la calle Pellegrini y a los terrenos que fueron del ferrocarril, delata las primeras líneas de claridad. Amanece. Gabriel no se inquieta, dormirá hasta pasado el mediodía. Se interna en el baño y trae más cajas, las abre y retira carretes de cintas de diferentes tamaños.

– *Son mis primeras composiciones en Alemania. Se salvaron porque entonces se las envié a Celita. Era una forma de compartir mi trabajo, que ella supiera cómo pasaba mis días. No sólo hay música, también hay lecturas de poemas, historias de mi vida europea. Las grababa durante las noches. Horas y horas de grabación. Borraba y volvía a grabar. Cuando quedaba satisfecho las enviaba a Córdoba. Las encontré en mi primer viaje, apiladas, una encima de la otra, los sobres sin abrir. Por supuesto, Celia necesitaba un grabador como este, de cinta abierta. Yo sabía que ella no lo tenía, pero estaba en Córdoba, no estaba en el desierto.*

*¿Te conté cómo recuperé este grabador? Lo compré gracias a un trabajo en la televisión alemana. Y cuando tuve que irme, lo puse en el cargamento que llegó a Valparaíso y me costó retirar de la aduana. Anduve grabando en la calle para Ubú rey. Voces, pasos, bocinas, sirenas de ambulancias, las multitudes en los actos políticos, el viento en La Alameda. Tropecé con un desnivel y el grabador quedó aplastado entre los adoquines y mi cuerpo. Lo llevé a una casa de reparaciones. Entonces sucedió el golpe militar, los días en el Estadio Nacional y el regreso a la Argentina en un avión de la fuerza aérea que me dejó en Buenos Aires con lo que llevaba puesto el día de la detención. En un bolsillo estaba la orden para retirar el grabador. La única prueba de mis posesiones, de mi antiguo reino. La conservé como una reliquia. Pasaron los meses en Buenos Aires y los primeros años en Tucumán. Conocí un mochilero que viajaba a Chile, que cruzaba la cordillera en forma clandestina. Salió de la Argentina de Videla, llevó esa orden al Chile de Pinochet, y tiempo después me devolvió el grabador en Tucumán.*

Escuchamos las cintas. Música electrónica, extraña, difícil. La voz de Gabriel, treinta años, el pequeño burgués confundido, en el fondo del pozo, queriendo salir. El cansancio gana la partida. La cinta continúa girando. Gabriel lleva las tazas a la piletta y desaparece en el fondo del pasillo. Trelew despierta y las calles recuperan el movimiento y los sonidos. Regreso a casa con las herramientas sin usar. El cuadro de Aurelio Salas deberá esperar otra oportunidad. Abro la puerta sin el menor ruido. Tengo que cambiarme de ropa, ir a trabajar. Pero antes decido guardar los libros de Marx comprados en Buenos Aires, buscar un lugar para ellos en los estantes. Liliana me observa desde el dormitorio. Parece dormir de pie.

- *¿Recién llegás?*  
— *Sí. El vuelo se retrasó.*

## XV

El 11 de septiembre, volvía de festejar el Día del Maestro. Regresé tarde, cargada de regalos. Mientras separaba papeles de envolver, la radio dio la noticia, entre una tarjeta y un repasador barato: *Golpe de Estado en Chile*.

Todo ese día escuché noticias terribles: los extranjeros y los allendistas eran llevados al Estadio Nacional, por el Mapocho bajaban cadáveres de obreros y estudiantes.

La noche me trajo el recuerdo de Gabriel. Tres años de noviazgo, nueve meses de convivencia, un hijo nacido en su ausencia europea y después su lejanía y mi soledad, como un castigo.

A la mañana llamé a un encuentro de familia.

— *Gabriel se metió solo en esto; no haré nada por él*, dijo el padre.

— *¿Cuál será la actitud del gobierno peronista? ¿Ayudará a los argentinos?*, dijo la hermana.

— *Yo me comunicaré con la embajada argentina en Chile*, dije yo.

— *¿Se acuerdan del cura chileno que almorzó un*



*domingo con nosotros?* Tengo su dirección. Ya mismo le escribo, dijo mamá.

Desde la embajada prometieron investigar el paradero de Gabriel. Mamá escribió al sacerdote. Hubo consejos de amigos, aportes de direcciones chilenas.

Llegó a mis manos una lista extraoficial de argentinos detenidos en Chile, en el Estadio Nacional, a disposición de la Junta Militar. Gabriel estaba en ella.

(Fragmento de *Regreso. Historia a dos voces y coro. Ella*, de Celia Álvarez).

~

Llegué a Chile en junio del 72, con cuarenta dólares. Fui a parar a la casa de una pareja alemana que había conocido en Munich, pero pronto tuve que conseguir otro alojamiento, y otro, y otro.

Durante el año y meses que estuve en Santiago cambié de lugar unas ocho o nueve veces: en la casa de una suiza que terminó echándome a trompadas y arañazos; en el teatro donde funcionaba el Ballet Folklórico Nacional, en un subsuelo, en un primer piso que me consiguió el secretario de prensa de Allende (yo lo conocía porque en los primeros meses fui corresponsal de publicaciones alemanas). Una francesa me alquiló una pieza muy grande al fondo de una casona colonial. Otro amigo del PC me facilitó una casa en el barrio sur de Santiago. Allí instalé buena parte de mis cosas cuando conseguí sacar de la aduana los setecientos cincuenta kilos de libros que tenía demorados, junto con otros aparatos. Veinte cajas de libros y papeles las deposité en el teatro y el resto quedó en casa de la francesa.

Lo que pasó el 11 de septiembre se veía venir desde una semana antes. ¿Fue lunes?... Sí, fue lunes. El

sábado los socialistas del sector Altamirano hicieron un acto en el Estadio Nacional. Fue dramático y patético. Dramático, por la amargura con que Altamirano denunció la inminencia del golpe. Patético, por la impotencia de los rotos denostando a los momios, sin tareas claras para enfrentar el golpe.

Ese fin de semana yo no volví a la casa que tenía en el barrio sur. El transporte era escaso y quería estar en el centro. Habían llegado unos alemanes y yo les hacía de intérprete. Tenían un departamento en un edificio de once pisos, con un fondo vidriado que daba a la Alameda. Ese fin de semana me quedé a dormir en ese departamento.

El lunes fui al teatro a salvar mis cosas. Pero no pudo ser. Había soldados, gente de civil armada, francotiradores. Volví y escuché el mensaje de Allende.

Uno de los alemanes salió al balcón a tomar fotografías. Le dije que no fuera huevón. Nada. Siguió sacando fotos. *¡Al Machtub!*, como dice el árabe, *estaba escrito*. Los soldados comenzaron a tirar contra nuestro balcón. Once pisos, todos con ventanales, acribillados. Los carabineros nos sacaron a golpes y nos llevaron a una seccional de policía.

Hacia la noche decidieron adónde nos mandaban. El grupo de extranjeros había ido creciendo durante el día. En el Estadio Nacional nos ubicaron en uno de los vestuarios. Éramos cerca de treinta y cinco.

Con los días, el vestuario se fue llenando. Un uruguayo me regaló una campera; todavía la tengo. Era septiembre pero hacía frío. Yo estaba con pantalón y camisa.

Una noche, hacia las once, sentimos voces de mando, insultos, pisadas de mucha gente marchando. Se detuvieron del otro lado de la pared, en lo que

venían a ser las arcadas bajo la gradería de asientos. Y empezamos a sentir golpes, culatas de fusiles machacando carne y huesos. Duró treinta o cuarenta minutos. Luego silencio. Eran hombres de una villa miseria. Los mataron a todos.

Cuando los reclamos por nosotros se hicieron grandes -nos enterábamos por los guardias, y alguna noticia que se filtraba- pensamos que nos iban a largar, al menos a unos cuantos.

Me llevaron a la sala de interrogatorios. Había muchas mesas, y en cada una un oficial de inteligencia. Conté un cuento creíble, mitad verdad y mitad mentira. Me mostraron una libreta negra.

— ¿Es suya?

— Sí, es mía.

Esa libreta estaba repleta de direcciones comprometedoras. Yo militaba en el MIR. No sé cómo zafé del paredón.

Cuando salí, caí redondo. El sol, la debilidad o los nervios. Me desperté en la embajada argentina.

Mis cosas quedaron en la casa de la zona sur de Santiago, en el teatro y en la pieza de la francesa. Libros, manuscritos, composiciones, trabajos de investigación, apuntes, traducciones. Doce años de estudiar y vivir en Europa.

(Fragmento de *Regreso. Historia a dos voces y coro*, *Él*, de Celia Álvarez).

## XVI

Alberti, García Lorca, Vallejo, Bretón, Eluard, Apollinaire, Cummings, Octavio Paz. No veo Neruda ni Borges, a pesar de sus trabajos con las *Odas Elementales* y las *Alusiones*. El *Ulises* en francés. La serie de *Ubú*. Libros de música: Bartók, Stravinsky, música africana, Boulez, *La serie a partir de la geometría*:

— *Había comenzado su traducción pero la interrumpí porque considero que esos trabajos no tienen ningún asidero.*

Libros de cine, guiones, ensayos políticos, novelas. En el último estante, los libros y revistas de ajedrez.

— *La mayoría es de Tucumán, de la librería Aconcagua. El dueño era lo que se dice un librero librero. Le decía, ¿sabe qué ando buscando? Algo de Saint-John Perse. ¡Ah! Usted qué quiere, ¿tal obra o tal otra? Conocía todo. Le hablabas de alquimia y sabía de alquimia, le hablabas de ciencia, ¡ah, tengo tal colección con tales y tales autores! Era una máquina, una computadora, conocía lo que tenía en la librería, cosas preciosas. Enseguida me dio crédito. Me dijo: vos llevá lo que quieras, pero a fin de mes me tenés*

que pagar, por lo menos, el setenta por ciento de lo que llevaste. Si no completaste el setenta por ciento no te doy más crédito. *Yo le daba una seña y, al mes siguiente, le completaba el setenta por ciento y ya podía llevar dos o tres libros más. Y al mes siguiente de eso, yo tenía de deuda el setenta por ciento. Él era riguroso. Me daba crédito, podía llevar los libros que quería, pero si no completaba el setenta por ciento no me daba más libros. Y yo me quedaba piola. Al mes siguiente le pagaba cincuenta pesos y al mes siguiente veinte pesos más y ahí completaba. Después de tres meses le cancelaba la cuenta y otra vez me daba crédito. Un sistema bueno porque él me controlaba y me impedía que me desbandara. Ahí compré muchos libros. Con él comencé a rehacer mi biblioteca que había perdido en Chile.*

*También compraba en la librería de un francés, Maurice, de apellido alemán, de Alsacia. En una de las oficinas del sexto piso del edificio donde se editaba La Gaceta de Tucumán, tenía una pequeña librería y disquería. No tenía mucho, más bien poquito, pero cosas exquisitas. En música y en libros. A él le compré El tratado de lingüística general, lo tengo por ahí, anda dando vueltas. También le compré un disco de King Crimson, que lo tengo entre mis discos de vinilo, Robert Fripp, roquero zen, budista. “Las lenguas en escabeche”, una especie de rock, una de las formas más desarrollada del pop, el rock and roll tipo pop, muy entroncado con músicas orientales y sonidos electrónicos, modernos, muy avanzados. A Maurice lo hicieron desaparecer. Nunca se supo nada de él. Fueron universitarios los que se lo llevaron, no eran militares, eran civiles. Todas las noches, durante el '75, cuatro o cinco bombas, volaba la casa de uno, volaba la casa del otro. Estaba el ERP completo en el monte. En la Administración de la Universidad había un tipo que*

*se las daba de montonero. Me llevó una vez al entierro de un sindicalista y me decía, mirá, esos tipos, son del ERP, son del comité central. Yo me quería ir, mejor nos vamos, si seguimos acá... No, no te preocupés. Ahí me di cuenta, no era montonero, era de los servicios, no se preocupaba porque estaba protegido. Yo le mentía, le inventaba cosas. Parece que sus informes fueron favorables, porque en Tucumán nunca me tocaron.*

Los libros sufren durante la lectura. A cada vuelta de página, Gabriel pasa el dedo por el margen con el propósito de sujetarla, aún a costa de resentir el pegamento o la costura; dobla las tapas, convierte la portada en contratapa; el libro se quiebra en la mitad; si encuentra pliegos siameses los separa con los dedos, hojas de afeitar que han perdido su filo, cada hermano queda sin partes de su propiedad y se lleva pertenencias del otro; subraya varias veces el mismo pasaje, deja la huella en las hojas siguientes; corrige errores del traductor, tacha el fragmento y escribe su propia versión.

En medio de los libros destrozados, uno se distingue: *El fantasma de la libertad*, el guión de la película de Buñuel. Está entero. El milagro se debe a que hay un volumen similar, con los estragos de la lectura. Me gano el libro repetido.

~

*— En Tucumán, al pie de la Sierra San Javier, una sierra chata, de cuatrocientos metros de altura, había un barrio, Orco Molle. La avenida Mate de Luna, la avenida de la riqueza, con su boulevard y sus casas de campo a los costados desemboca en la Sierra de San Javier. Termina ahí. Después está el camino a Simoca, a Tafí Viejo, a Tafí del Valle, a Amaicha del Valle. En Orco Molle estaban las casas para los profesores de la universidad, un alquiler muy bajo. Nunca pude*

*conseguir una de esas casas. Iba a visitar a Mariano; él sí había conseguido alquilar, tenía influencias. En su música se revelaba como impotente. Además lo sabía por Graciela, su mujer. Estaba desesperada. Pobrecita. También estaba un muchacho que había pertenecido a un coro muy importante en Buenos Aires. Me dejó partituras, la carpeta completa del coro. Este muchacho pertenecía a la Dirección Nacional de Recursos Hídricos. Estaba haciendo prospección sísmica en el desierto del Gran Chaco, el desierto más grande que tiene la Argentina, que abarca Chaco, Formosa, Salta y el Paraguay, un desierto de árboles pero sin agua, árboles achaparrados, arbustos, le llaman el impenetrable de tan cerrado que es el monte. Este muchacho iba en campaña con camionetas y aparatos especiales, hacía perforaciones, ponía una carga explosiva y detectaba la onda sísmica, entonces sabía de qué estaba compuesto el suelo, dónde había agua. Eran varios los que estaban ahí, en Orco Molle, empleados de Recursos Hídricos. Toda gente de coro, gente curiosa.*

~

*— La Universidad de Tucumán tenía dos escuelas secundarias, una era un bachillerato común y la otra, un bachillerato artístico. Estaba también el Conservatorio Provincial de Música. Además había una licenciatura. Ésa fue la piedra del escándalo. Había sólo cuatro alumnos de piano, nada más, con un profesor, buen pianista, Fioravanti, uno de los fascistas venidos después de la guerra, en el '48, lo trajo Perón, Eva Duarte, y formó la Orquesta Sinfónica de Tucumán con músicos italianos y alemanes, nazis y fascistas escapados. En el '75 dio una clase. Una. Y ganaba un sueldazo. Una prebenda. Yo empecé a analizar los programas de la licenciatura. Escribí ocho páginas y terminé diciendo que era una estafa, lisa y*

*llana. Como el rector de la Facultad de Bellas Artes, un coronel, no me lo quiso aceptar, lo publiqué. Lo repartí, lo hice público. Hice copias. Esa fue una de las causas de que no me renovaran el contrato. Me llamó el maestro Fioravanti:*

— Profesor, si usted me apoya, yo le hago renovar el contrato.

— Bien, pero en qué consiste el apoyo.

— ¡Ah, si usted me apoya, yo le hago renovar el contrato!

— Sí, pero eso no contesta mi pregunta.

— ¡Ah, si usted me apoya, yo le hago renovar el contrato!

*— Cuatro o cinco veces repitió lo mismo. Ése es el estilo de la mafia. Me hacía el planteo de los mafiosos. Yo tenía que ser incondicional para que él me renovara el contrato. Estarle agradecido de por vida, formar parte de la familia, de la cosa nostra.*

~

Gabriel retira dos libros. Acaricia sus lomos. Cepillos de carpintero que repasan la madera hasta alcanzar la superficie deseada.

*— ¿Leés portugués? El portugués galaico es el gallego. Son idiomas relacionados, con palabras y construcciones de frases semejantes. No tengo problemas con el portugués. Tampoco con el italiano y el francés. Tengo incorporada la cadencia, los ritmos del lenguaje.*

Los libros son *Geopolítica del hambre* y *Geografía del hambre*, de Josué de Castro, en las ediciones originales, en lo que queda de ellas.



— *Los compré en Río de Janeiro, durante una escala de seis horas en el viaje de regreso a Alemania, después del curso que dimos en Montevideo con Bárbara en el año 1963, presentando el método Orff. En ese viaje también visité la Argentina. Me encontré en Córdoba con Celia y Daniel que ya tenía tres años y que aún no conocía. En esas seis horas recorrimos Río de Janeiro, el Morro, el Corcovado, compramos unas tonterías en una casa de piedras preciosas y, en un molinete de libros, los encontré. Los leí en el viaje hasta Salzburgo. Un libro detrás de otro, sin detenerme. Después quedaron en casa de Bárbara cuando nos separamos y yo me trasladé a Friburgo. Ella me los envió a Tucumán. Por eso se salvaron de la catástrofe de Chile. Esa lectura me produjo una tremenda convulsión. Me di cuenta de lo estúpido que había sido toda la vida. En qué pozo de imbecilidad había vivido. Ese día empecé a trepar, a subir, a reconocer que estaba sumergido. Fue una lectura reveladora. Yo había sido un estudiante de música, de psicología y pedagogía en la Universidad de Córdoba que en el año 1959, cuando los cubanos tomaron el poder, no supo de la existencia de la revolución. El condicionamiento ideológico pequeñoburgués que tenía era muy fuerte. Hablaba y pensaba como quería la burguesía. Vivía una vida esquizofrénica. En parte, yo tenía un pensamiento muy progresista, cristiano caritativo, de bondad y de amor a los semejantes, toda esa cosa que le meten a uno en la iglesia. Y, por otro lado, tenía la influencia de mi familia, esa aspiración a superar, a llegar a ser otra cosa diferente al albañil que había sido mi padre. Estaba desorientado, perdido en pensamientos artísticos pequeñoburgueses, en problemáticas afectivo-sexuales sin resolución. Cosas que uno vive en la adolescencia, con dieciocho o diecinueve años. Fui retrasado en mi desarrollo emocional y sexual. Estuve mucho tiempo atrás de los demás muchachos de mi edad. Y ese retraso*

*estaba vigente en el viaje de 1960. Mi llegada a Europa fue un desconcierto total. No sabía cómo entender lo que estaba viendo, tanta riqueza, tanta intensidad, tantas sensaciones. Los museos, las catedrales, las bibliotecas, los lugares de estudio, la arquitectura, el arte. Y yo no entendía nada. Nada de política, nada de marxismo. Estaba viviendo mi vida estrecha y personal. Mi experiencia individual y nada más.*

## XVII

Dentro de unas horas Ernesto tomará el avión y pasarán otros diez años para un nuevo encuentro, que será tan breve como este.

No hablamos desde el fin de la cena.

No estamos en Trelew y no somos hermanos. Dakar, Dublin o Helsinki. Dos extraños en una ciudad extraña.

Me levanto y enciendo el televisor. La cocina se inunda de resplandor y de voces del cine de traspasnoche. Ernesto retira hielo del refrigerador. El vino ha comenzado a calentarse. Me pregunta si también quiero hielo.

Le digo que sí y bajo el sonido y dejo la imagen brillante.

Acerco mi vaso a la mano de Ernesto que trae el hielo. Entonces, a través de su brazo, de sus dedos rozando la superficie del vino, de mi mano sosteniendo la copa, en este brevísimo instante previo a que el hielo quede libre y comience su acelerada desaparición, estamos unidos.

~

Mejor así. Fragmentos desordenados. Frases lentas, suspendidas. Mejor así. Durmiendo sobre la mesa o contra el respaldo de la silla, esperando el amanecer junto a la ventana, resistiendo hasta el final, sin renunciar a la posibilidad de que el vino, el cansancio o el aburrimiento, provoquen la ruptura, mientras todo alrededor se derrumba y nosotros continuamos inmóviles, con la esperanza de una palabra, de un gesto que nos salve. Mejor así.

~

Ernesto sube al avión sin despedirse. Ignora que al entregar su tarjeta de embarque ha perdido un papel. El avión toma altura y desaparece camino al mar hasta que gira hacia el norte, hacia Buenos Aires. Miro cómo la turbulencia y la reverberación deforman la base militar Almirante Zar y la convierten en un espejismo, en una fortaleza de arena levantada en el desierto.

El viento juega con el papel perdido y lo deja atrapado entre las ramas secas y finas de una granada de jardín.

Ese papel que comienza a desgarrarse entre las espinas, es la continuación de aquella carta cuya que descubrí en el fondo de un cajón del departamento de Buenos Aires, cuando preparaba mi mudanza a Trelew y Ernesto ya vivía en París.

Aún la conservo. Está doblada en cuatro partes, con letra de arquitecto y de médico. Es un papel frágil, transparente, de buena calidad. Sin renglones. Blanco.

## XVIII

Damián observa a su madre desde un rincón. El resplandor del televisor nos envuelve. Liliana tiembla y está tensa. Me acerco y le tiendo la mano. Ella se aferra. Está sufriendo. Tiene un embarazo de dos meses. Quiere hablarme. Llego hasta sus labios para oírla pero ya no lo intenta.

— *Voy a llamar al médico.*

Liliana quiere que lleve a Damián a su cuarto. Intenta levantarse. Las contracciones se aceleran. Ya no hay tiempo de llamar al médico. No puedo dejarla sola. La ayudo a ponerse de pie y a caminar. Se encierra en el baño. Damián ya no llora. Tampoco escucho las quejas de Liliana. Me acerco a la puerta.

— *¿Estás bien?*

Pasan segundos, tal vez minutos hasta que me responde.

— *Sí. Estoy bien. Ya pasó. Que Damián se duerma.*

Lo alzo y lo llevo a su cama. Liliana va hacia la habitación apoyándose en la pared. La ayudo a acostarse. Respira con normalidad.

— *Fueron dos coágulos. Uno grande y otro más chico.*

Me siento en el borde de la cama. Liliana se duerme. Paso la noche a su lado.

~

Llegamos temprano a la clínica y nos atienden en la guardia. Aún hay poca actividad. No hay pacientes en la sala de espera. Por el pasillo principal avanza el personal de limpieza.

Liliana está débil y dos enfermeras la acompañan hasta la habitación. Damián se queda conmigo hasta que nos permiten pasar. El sol empieza a hacerse sentir, entra por la ventana y nos hace bien.

Cuando Emma llega, la revisa de inmediato y no duda, ordena que preparen el quirófano.

Damián y yo salimos al pasillo que comienza a estar transitado. Los pisos huelen a lavandina y desinfectantes. Invito a Damián a desayunar, pero está ausente y no me contesta.

Vemos pasar la camilla con Liliana. Sonríe cuando nos ve. Extiende el brazo libre y acaricia nuestras manos. La camilla no se detiene.

~

Tres horas después traen a Liliana.

La enfermera me pide que vigile el suero, la velocidad del goteo. Ya el sol se ha retirado de la ventana. Me gustaría que Damián descansara, pero sigue atento a los leves movimientos de su madre.

Por fin Liliana empieza a salir de la anestesia. Abre los ojos un instante. Lo suficiente para que nos tranquilicemos.

~

En su última ronda, Emma nos visita. Controla la temperatura y deja instrucciones para la enfermera de la noche.

*— Nuestras abuelas tenían muchos hijos pero también perdían embarazos. Por seguridad, vamos a analizar la muestra. Pero no te pongas a pensar pavadas. Seguí tu vida normal. Es algo que suele suceder.*

~

Regreso de la clase de música. Son las dos de la mañana. Hay luz en la cocina. Liliana duerme con la cabeza apoyada en la mesa. La taza de café, el paquete de cigarrillos, el cenicero repleto. Se sobresalta al verme. Enciende la hornalla y calienta la cena. Comemos en silencio. Mañana irá por el resultado de los análisis.

~

Liliana decidió ir sola al laboratorio y ahora está ahí, en la puerta, con el sobre abierto. Emma adelantó los posibles resultados y también cuál de ellos merecía llamarla, sin esperar el día de la consulta.

En biopsias anteriores, de nódulos en el pecho, fui yo el encargado de ir al laboratorio. Pero esta vez estaba claro que iría ella. Liliana se saca el tapado, deja el sobre en la mesa. Veo su cansancio, la tensión. Le cuesta hablar y hace esfuerzos por retener las lágrimas.

*— No es necesario que llamemos a Emma.*

## XIX

Tabaco holandés y variedad de latas de té en hebras, vajilla nueva, tazas, platos y tetera de cerámica lucen sobre la mesa. Hay libros y discos a estrenar. Sobre el escritorio descansa una hoja con el esquema de una historia marxista de la música y una resma espera en su envoltorio original. Gabriel carga su pipa con parsimonia. Está orgulloso, satisfecho, sereno. Varios alumnos han coincidido en el día de pago.

~

— *Vamos a trabajar* La sombra de tu sonrisa. *Estoy haciendo el arreglo para acompañarlo con piano. Me conformo con que toques la melodía, que leas bien. Para el jazz fui manco. Un defecto mío. Lo conocí cuando estuve en el servicio militar en la Base Naval de Puerto Belgrano. Dos años. Me dieron de baja seis meses antes por el golpe contra Perón, el primero. En julio del '55 hubo tres golpes abortados. En septiembre se armó el golpe definitivo, por suerte estaba de baja, en Córdoba. Si no me quedaba para toda la vida en la Marina. Siempre fui muy retobado, no me gusta la autoridad, no me gustan los prepotentes. Y como tenía problemas con los milicos entré a tocar el corno. Mi instructor integraba la banda de música,*



me hacía tocar ejercicios, intervalos, notas largas, como tiene que ser. Estaba en el grupo de los tambores, tocaba el trombón con la parte central del labio y la trompeta con el costado. En una formación donde todos iban marchando con la trompeta adelante, él era el único que quebraba el orden. Un par de veces, los fines de semana, salimos de franco a Bahía Blanca. Y caminando, ninguno de los dos tenía ni cinco centavos, nuestra única posibilidad era caminar de aquí para allá, ver y mirar, pasar, me explicó lo que era el scat. Y nos pusimos a scatear un tema. Ése fue mi primer contacto con el jazz. Después me invitó a su pieza en Punta Alta, tenía una gran discoteca, y escuchamos los clásicos del jazz, los antiguos, los viejos. Así empecé a conocer el jazz, tarde, tenía 20 años, muy tarde. Yo me formé de una manera muy defectuosa, mi formación fue la más tradicional, la más barata, la más mala que te puedas imaginar. Cuando me di cuenta de eso hacía muchos años que estaba trabajando en esa línea. Bueno, después fui a Europa y allá intenté ciertas cosas pero, lo que no se trabaja desde el comienzo, es muy difícil que entre los 20 y los 30 años lo consigas recuperar, está perdido. En Europa asistí a festivales, a conciertos de jazz. Pero hacer jazz es muy difícil, es una de las formas más excelsas de hacer música. Una forma superior, sublime. Porque el músico de jazz tiene esquemas, marcos de referencias muy definidos, muy codificados y, sin embargo, con esos marcos de referencia tan estrictos, es capaz de inventar cosas nuevas. La música clásica tiene obras fantásticas, y exige niveles de virtuosismo muy grandes. Un pianista se pierde la vida para tocar la obra de Liszt como Liszt. Se pierde la vida. Pero las cualidades, las condiciones que debe tener un músico para hacer jazz, están mucho más allá o están en otra dimensión. Es difícil que músicos clásicos hagan jazz. Friedrich Gulda, gran pianista, cuando hace jazz se

*nota que es pianista clásico, que no es jazzista. Y los jazzistas no tienen ningún interés en tocar en orquestas sinfónicas. No les interesa. Donde se empieza a tocar, a juntar, a acercar la música clásica con el jazz es en la forma abierta, a partir de John Cage. A partir de la música aleatoria. Ahí comienzan a conversar las dos formas de hacer música.*

*Con la música clásica y el jazz pasa lo siguiente: ya desde el siglo pasado, fines del siglo XIX, se empieza a desarrollar un tipo de músicos que tiene... pianistas, sobre todo pianistas, que tienen que estudiar tanto para tocar la enorme dificultad de las obras, que no puede entrar más en aquella práctica tan tradicional, tan normal y tan común, que acompaña a toda la historia del ser humano desde sus orígenes, que es la de producir sonidos dentro de un marco de referencia establecido, de un número determinado de sonidos, un orden de esos sonidos, en forma de tetracordio los griegos, en forma de escalas más adelante y una manera de enlazar los sonidos que da un perfume particular a la música de una época y de un lugar. Estos son los parámetros, también una forma de escandir, de ritmar los sonidos, de distribuirlos en el tiempo, de hacerlos jugar que es específica de ciertas culturas y de ciertas épocas. Esos son los parámetros, los marcos de referencia, técnicos. Pero, dentro de esos marcos de referencia, se practicó el juego libre de los sonidos, respetando esos marcos de referencia culturales, ya sean melódicos, de simultaneidad de sonidos, armónicos o contrapuntísticos, ya sea formales, como utilización de determinados ritmos, el medioevo, por ejemplo, el 1200, ritmo ternario y las estampidas, esas piezas alegres, de ritmo muy alegre, en 6 x 8, en ternario. Respetando esas cosas, los músicos, con los instrumentos de que disponían en ese momento, improvisaban, jugaban con los sonidos. Pero, por supuesto, también fue,*

*a medida que la escritura se iba cristalizando, se iba haciendo cada vez más precisa, los instrumentistas tenían que aprender un oficio para leer esas escrituras, esas partituras. Por ejemplo, desde el 1500 no había partituras. El compositor usaba una tablatura. La tablatura era la partitura. Pero a los músicos se les daba las partichelas que estaban en un mismo libro, la primera voz, la segunda voz, el tenor, arriba el soprano, a la derecha la contralto, abajo el tenor y a la derecha, el bajo, en una página estaban las cuatro voces y no había ningún compás, había reglas que regulaban la lectura de esas figuras y el pulso y la velocidad. Para manejar eso y armar bien esos conjuntos, los músicos tenían que dedicarse con mucha disciplina, con mucho trabajo a estudiar. Pero aún, dentro de ese hacerlo bien, dentro de ese rigor profesional que se necesitaba, los músicos tenían procedimientos, llamémoslos procedimientos operativos, para adornar o variar, enriqueciendo muchísimo esa simple línea de soprano, de contralto, de tenor o de bajo. Si la música se fue cristalizando en partituras, no quiere decir que se perdiera el arte de la improvisación. Tanto es así que, en 1555, para esa época, Diego Ortiz, en España, edita Tratado de Glosas, donde se explica cómo se adorna un unísono, una segunda ascendente, una segunda descendente, mayor o menor, una tercera ascendente o descendente, mayor o menor, una cuarta justa, una quinta justa, una sexta mayor, una sexta menor, una séptima y una séptima menor y una octava. Todos los intervalos. Y muestra lo que se llama la glosa, una fórmula dónde te dice que entre do-mi podés hacer, do-re-mi, o hacer do-re-fa-mi, o hacer do-si-do-re-fa-mi, o hacer do-fa-mi... y así fórmulas y fórmulas para adornar el intervalo de tercera mayor do-mi ascendente. Ésa es la prueba. También está el Tratado de Abraham Santa María, hay otro más que no me acuerdo, los italianos tienen*

*algunos tratados de glosa que no conocí bien. Hay muchos tratados en esa época. Como los músicos veían que se estaba perdiendo el arte de la improvisación, lo codificaban. Más tarde aparecieron otros tratados. Por ejemplo, Mattheson tiene uno que lo vi en el Mozarteum y lo toqué para manejar el bajo continuo, los acompañamientos de esas sonatas del barroco, esas cifras que estaban debajo del bajo, hay todo un sistema para aprender a acompañar el bajo continuo. El bajo continuo es un sistema de improvisación, te da una serie de acordes y también te da las combinaciones y los adornos y los bordados y los dibujos que se pueden hacer cuando se hacen esos acordes y salen cosas lindísimas, bien barrocas, cada época, cada estilo. Siempre la improvisación. En cada lenguaje, a su modo. Este proceso continúa y comienza a separarse mucho la actividad del músico improvisador, del músico popular, de la actividad del músico profesional. Durante todo el romanticismo esa habilidad de improvisar sobre lo escrito se va perdiendo. Pero no la pierden Beethoven y Mozart que eran grandes improvisadores en el piano. Cuentan los cronistas que Mozart se ponía a tocar y hacía cosas inauditas en el piano. Las llamadas Fantasías son un pálido reflejo de lo que él improvisaba. Son cosas muy arbitrarias, entradas bruscas, cambios violentos de tempo y estilo, sería interesante que nos pudiéramos a mirar alguna vez las Fantasías, yo las estudié, las toqué, tenemos que mirarlas y ver cómo trabaja, cómo lo hace. Y Beethoven, en realidad, vivía, digamos, la fuente de ingresos era como improvisador al piano. Recién muy avanzado en su vida comenzó a percibir derechos de autor por las sinfonías y los cuartetos y las sonatas que escribía. Pero él se ganaba la vida haciendo conciertos con sus obras y el momento cumbre para la gente, la gran emoción era cuando se ponía a improvisar, no cuando tocaba sus sonatas. No.*

*Era cuando él improvisaba. Y así, bien al estilo de lo que a la gente le gustaba en ese momento, lo que quería escuchar en ese momento. Schubert fue también un gran improvisador. Schubert improvisaba vales para que los amigos en las reuniones se pusieran a bailar. Los improvisaba. No era que los tuviera escritos. Para él, improvisar vales era como acá ponerse a improvisar una zamba, algún argentino sencillo, está metido dentro de la cabeza, se sabe cómo es. Se conocen todos los trucos, todos los pasos, todas las armonías, las melodías, los juegos de adornos, todo se sabía de antemano y así seguimos avanzando y, hacia finales del siglo XIX, cada vez más se pierde eso. La música clásica está divorciada del improvisador. Johannes Strauss y algunos otros, inventores de vales vieneses que tocaban para las multitudes, Walter Benjamin tiene un ensayo sobre la danza en Viena, a fines del siglo XIX, un ensayo donde habla de eso, cuando Metternich estaba reprimiendo y metía presos a poetas, a músicos, bastaba con que dijeras carbón, ya eras sospechoso de ser un carbonario. Como acá: vos decías Cuba y te referías a una cuba de vino y ya te metían preso porque decías la palabra cuba. Eso les pasaba a los músicos y a los poetas en la Austria de Metternich. Ahí tenés el antecedente del nazismo austríaco. Ningún país fue tan nazi como Austria. Ni Alemania. Por lejos. A la gente le encantaba bailar. Se reunían afuera, en el pratter, y tenían que salir las orquestas a tocar y las orquestas improvisaban. Los violinistas, los solistas, la orquesta se ponía a hacer los conocidos y famosos acordes de tónica y dominante, y el violinista empezaba a tocar e improvisar melodías del vals. Siempre estuvo flotando eso en el mundo de las actividades musicales. La música popular era casi analfabeta –digamos así, los cantautores redactaban historias y romances con los papeles colgados de los atriles y cantaban melopeas*

*en las plazas de las villas. Había un balanceo entre eso y la música en la iglesia o la música en el salón aristocrático. Los juglares pispeaban lo que hacían los músicos cultos. Y los músicos cultos pispeaban cómo improvisaban los músicos populares para copiarles los trucos, las cosas nuevas que aparecían. Siempre hubo ese trasiego de ideas.*

*Bueno, avanzamos hacia el siglo XX. Los compositores impusieron dificultades técnicas, fueron fijando lo que querían con precisión. Ya Bach escribía los adornos porque los malos músicos le arruinaban las obras. Entonces, para evitarlo y sin impedir que los buenos improvisaran, él escribía adornos y variaciones. Lo que no impedía que un buen músico pudiera improvisar otras variaciones sobre el mismo minué. Bach le llamaba double. Un double es una improvisación sobre el tema anterior. Nada más. Aparte, en la música académica, en la música culta, siempre estuvo presente ese fenómeno de la improvisación como, por ejemplo, tema con variaciones o chaconas y es uno de los motores de la forma y de la transformación de la forma, hasta llegar a un Schönberg donde la variación continua, la transformación continua del tema, es uno de los principios fundamentales de composición musical, donde ningún tema se repite. Cada vez que aparece un tema, en el necesario desarrollo de una forma, ese tema aparece variado, improvisado. En esa práctica popular, la práctica del juglar, está incluida la música que hacían los africanos en su país de origen y cuando -como esclavos- fueron llevados a Estados Unidos. Y lo que ellos hicieron desde los inicios, desde fines del siglo XIX, antes también, mucho antes seguro, era reunirse en el fondo del bosque para repetir sus danzas y cantos ancestrales para poder sobrevivir, para no terminar animalizados, como los blancos querían hacer de ellos, animales. Ellos se resistían cultivando*

*sus danzas, sus cantos y su forma peculiar de manejar los instrumentos. Esto se sigue practicando, sobre todo en el sur de Estados Unidos, los negros adoptan los himnos protestantes, los himnos evangélicos que las distintas iglesias introdujeron en su afán proselitista y misionero, los himnos fueron adoptados en las comunidades negras, transformados, les aplicaron su procedimiento operativo, el procedimiento de la improvisación, del swing, los ritmos que ellos traían de África, y así surgieron los blues, los negro spirituals, los souls, el ragtime, esas formas iniciales que desembocaron en lo que dio en llamarse jazz. El jazz es, en realidad, un género de fusión. Esa fusión de una cultura africana en una cultura europea. No es otra cosa. Estados Unidos como producto cultural auténtico, tiene muy poco. La música, las costumbres, la filosofía y las religiones aborígenes, como la de los sioux, la de los apaches, distintas tribus primitivas que tenían sus danzas, sus ritmos, poesía, filosofía y el otro gran producto cultural estadounidense es el jazz. Porque lo que producen los blancos es una enorme frustración, la frustración del exiliado, del que no puede ser más europeo pero no puede ser otra cosa, como no se fusionan ni con los aborígenes, a quienes quieren exterminar, y no se pueden fusionar con los negros que son animales traídos para hacer trabajos, que carecen de alma, entonces, toda la cultura blanca en los Estados Unidos es una cultura estéril, asexuada, muerta de nacimiento, abortada. Todo lo que hay cultural en Estados Unidos, lo que vale la pena, lo que representa a ese extraño proceso histórico que es la formación de los Estados Unidos de Norteamérica, es el jazz, es la música de los esclavos. El sonido y la furia.*

~

Unos golpes nerviosos en el vidrio de la ventana interrumpen la clase. Gabriel me pide disculpas, se

trata de una nueva alumna, será una cita breve. Ingresaba una joven, tímida, vestida con uniforme de escuela secundaria religiosa: camisa blanca abotonada hasta el cuello, chaqueta gris clara y pollera azul, que se alarga diez centímetros debajo de sus rodillas, zapatos negros en punta y con cordones. No lleva maquillaje y el cabello está recogido con una cinta roja. Rasgos bellos, realzados por el color mestizo de su piel.

Gabriel la recibe con entusiasmo. La futura alumna no sabe dónde ubicarse. Avanza unos metros y se detiene. Observa cómo Gabriel trata de liberar sin éxito la carga de libros, diarios, papeles y ropa que sepultan las sillas. Apoya el estuche en el suelo, una caja oscura con presillas niqueladas y una leyenda, un collage de letras recortadas, de diferentes tamaños y colores: *Dios es amor*.

— *Pertenece a nuestra iglesia. Lo utilizamos en las misas y en otras reuniones.*

Gabriel prueba la boquilla y el estado general. Surge un sonido potente. Se detiene. Repite una nota.

— *Este resorte está flojo pero, en general, es un buen saxo. Se puede trabajar. ¿Vos dispondrás de él todos los días? Porque hay que ejercitarse a diario, si no, no sirve.*

— *Primero tengo que saber sus honorarios y después conversarlo con mi papá.*

— *Ya vamos a hablar de eso, Andrea. Ahora quiero oírte. ¿Podés tocarlo? No es necesario algo especial. Me alcanza con lo que tocan en las misas. Lo que vos quieras.*

Andrea tiene buenas manos y su timidez parece ceder. Sin embargo, sus primeros sonidos son defectuosos, se quiebran, no logra sostenerlos. Intenta



en dos oportunidades pero no hay avances notorios. Gabriel le señala un ejercicio sencillo: dos golpes de aire cortos y seguidos y un tercero más largo. Crecen los nervios y la incomodidad de Andrea ante el tribunal que la juzga.

— *Ya está bien Andrea. Ya tengo una idea de tus posibilidades, de cómo podemos estudiar. ¿En qué trabaja tu papá?*

— *En la construcción.*

— *Mis clases son de una hora y media, una vez por semana. Son clases personales. Vos tenés que estudiar todos los días. Yo estoy muy entrenado y sé cuándo no lo has hecho. Llevo muchos años en esto y ningún alumno me engaña. Si vos cumplís, todo va a ir bien. En caso contrario, lo dejamos. De este modo nadie pierde el tiempo y tu papá no gasta plata, ¿verdad?*

Gabriel colabora en el desarme del saxo. Después le dice los honorarios y ella queda en volver y darle una respuesta, luego de consultarlo con sus padres. Cuando Andrea se va, Gabriel marcha a la cocina. Yo reanudo mis ejercicios hasta que Gabriel regresa con la tetera y las tazas.

— *Si hubiera visto mejor disposición, más energía, no le hubiera dado esos honorarios. Le hubiera dicho la mitad. Pero no quiero alumnos débiles, quiero alumnos con algo de locura. El burgués domesticado no sirve para las actividades musicales. El músico tiene que ser una persona descontenta, disconforme. Con alguna veta subversiva, porque el arte es subversivo, por definición es subversivo. Si no, no es nada. Si no da vuelta la realidad, no es nada. El artista debe ser capaz de agarrar la realidad y cuestionarla, de producir una transformación tan grande que sea capaz, ese arte, de mostrarle lo que podría llegar a ser pero no es todavía.*

*Toda obra artística está mostrando algo utópico, algo que no existe, algo que podría ser. No todo lo artístico tiene que ser tan revolucionario como las tres últimas sinfonías de Mozart, o como Schönberg, no, pero toda obra de arte muestra, aunque sea una pizca, un poco de lo utópico, ese componente del mundo y del ser humano que todavía no está, hacia la cual se tiende o hacia la cual las ilusiones trabajan y las esperanzas y las expectativas están y la obra de arte muestra, señala esa dirección. Lo que yo enseño es a despertar. A mis alumnos les enseño a dejar de estar dormidos. Nosotros, los seres humanos, estamos dormidos y somos idiotas. Somos idiotas dormidos. Primero, porque un tercio de la vida la pasamos durmiendo y, cuando nos despertamos, seguimos dormidos. Estar despierto es una de las cosas más difíciles que hay para un ser humano. Estar alerta, no dejarse engañar por las mentiras, por las dobles mentiras, por las triples mentiras. Cuando publican una noticia en el diario y, en realidad, están queriendo decir otra, pero esa otra está ocultando la otra y la realidad está por allá, detrás, es una combinación, es una cosa extraña, donde resulta que el más hijo de puta había sido un gran tipo y el asesino es derecho y honesto. Y el juez que lo mandó a la cárcel es un corrupto hijo de puta que merece que lo corten en pedacitos. ¿Cómo hacés para ver la realidad, para saber cómo son las cosas? Pensemos en la revolución cubana. La revolución cubana tiene aspectos asombrosos, fantásticos y tiene aspectos horripilantes, tiene cosas monstruosas. Acaso, los seres humanos, en su constitución, en su ser, ¿no son así? Acaso los seres humanos ¿no somos una mezcla de diablos y ángeles, de mierda y de éter, puro éter? Despertar, estar despierto. Hay que trabajar para despertarse. La música es uno de esos trabajos, como hacer teatro, escribir, hacer cerámica, bailar. Cualquiera*

*de esos trabajos puede dormirte más todavía o puede despertarte. Puede ser motivo de que te hundas en el sueño, en la fantasía, en el delirio, pero puede ser que te transforme, que te ayude a despertar, a ser lúcido, consciente, a oír mejor, palpar mejor, sentir mejor, oler mejor, gustar mejor y negar mejor. Potenciar nuestros sentidos. La música es uno de los potenciadores de los sentidos, como todas las artes. Todas las artes, en última instancia, van a la búsqueda de esa meta. Todas las artes, en última instancia, lo que quieren es que la gente despierte. Que no esté dormida en esa montaña de mierda que nos rodea. No estar perdido ahí, abajo, en el fondo, aplastado por la mierda que nos rodea. ¿No es así? Qué sé yo. Tal vez no es así. Sino de otra manera. Uno no sabe. ¿Quién puede saberlo? ¿Cómo hacemos para saberlo? Son presunciones. Hipótesis. Mis alumnos vienen, empiezan a tocar, desafinan, tocan mal, y bueno, querido, empezá a trabajar. Por ejemplo, se te enredan los dedos, ¡ah!, ¡bueno! ¡a trabajar!, ya se me está poniendo la piel de gallina, ya estoy entrando en calor, ya siento que se me calienta el cuerpo por dentro al hacer este ejercicio. Y sigo. Repito. Llega un momento en que los dedos empiezan a caminar solos. Desperté. Se me despertaron los dedos. Es el trabajo. Me entrené. Me salen las cosas bien y en el momento en que me salen las cosas bien, empiezo a ver otra cosa. Empiezo a percibir otra cosa. Fíjate en el perro, la atención que pone. Cómo te mira. Está atentísimo. Sabe que hay algo. Sabe que estamos hablando y él está pensando, estoy seguro, está pensando de qué estarán hablando, qué será eso, qué están tratando, qué significa eso. Se recuesta para buscar protección, para buscar amistad, afecto. El me enseña. El perro es mi maestro.*

## XX

— *Acá está Celia y a la derecha estoy yo. Es una vieja foto. Ella era contralto en el coro. Así la conocí. También era bibliotecaria en la Facultad de Filosofía. Yo iba a sacar libros y hablábamos de literatura. Si surgía una cuestión de un autor o de una obra, ella discutía. Apostábamos. El premio era un libro. ¡Le ganaba siempre! A pesar de que ella era estudiante de letras. ¿Y sabés por qué? Yo nunca apuesto si no estoy seguro de ganar. Si tengo una duda, no apuesto. Así empezamos a conocernos. Una persona valiosa. Yo mantuve un gran cariño, aún en la separación. Mi deseo era dejarla libre. Estaba claro que nunca iba a viajar. Que se quedaría en Córdoba. ¿Y qué le iba a pedir? ¿Que me esperara? Yo tengo un gran cariño por Celia porque es una gran chica, una gran mujer. Fantástica. Muy digna de ser querida.*

*Ahora tiene cáncer. El útero está tomado y la van a vaciar.*

*Cuando nos casamos, el padre nos regaló un departamento en la avenida Colón que había sido su consultorio. Un hombre muy truculento. Le gustaba Velázquez y tenía copias al óleo. Recuerdo la cabeza del soldado con el yelmo. La tenía en el living, en ese*

*oscuro living. Oscuro como una cripta. El edificio estaba construido con las técnicas de la torre Eiffel, sobre una estructura de acero. Eran nueve pisos. Las columnas que lo sostenían iban ocho pisos en profundidad. Nosotros sentíamos que los vientos fuertes lo hacían oscilar. Veíamos los rieles que sostenían cada piso. Te lo voy a dibujar. Acá está la esquina, esta es la avenida Colón, una gran avenida, pleno centro de Córdoba. El terreno tenía tres metros por quince de fondo. Unas dimensiones extrañas. La entrada al edificio. El ascensor y las escaleras. De este lado, los departamentos. ¿Y cómo era cada uno de ellos? Entrada, pasillo hasta el fondo, dormitorio, baño minúsculo, cocina más pequeña aún. No era un departamento, era una broma. Lo mejor era un balcón avanzado sobre la vereda. El departamento se agrandaba por ese balcón. Nuestra cama ocupaba todo el espacio. Teníamos un armario, no me acuerdo dónde lo metimos. Aquí vivimos hasta que me fui a Europa. Celia y yo. Avenida Colón. Pleno centro de Córdoba. En esta habitación fue engendrado Danielito.*

*Celia es una virtuosa de las letras. Como Mozart en música. Vos leíste sus cuentos y pudiste comprobar la originalidad de su estructura. Pudo ser una gran escritora pero no tuvo fuerzas. Abandonó antes de intentarlo. Me sorprendía su habilidad para escribir según las diferentes épocas. Por ejemplo, puede escribir en castellano antiguo. Sabe la ortografía, la sintaxis, el estilo. Puede hacerlo en el español de mil ochocientos. Yo le daba un tema cualquiera y ella lo transcribía al español de época, del mismo modo que un payador improvisa a partir de los temas que el público le alcanza. Tiene un dominio total del lenguaje. Y también, si lo desea, puede hacerlo en lenguaje caló, prostibulario. Puede escribir las cosas más obscenas. Eso lo hacíamos en la intimidad. Nos divertíamos. En esos textos ponía toda*

*la agresividad de la que son capaces los tímidos cuando se desprenden de las ataduras.*

*Ella se enfermó dos años después de mi partida. Cáncer de mama. Algunos estudios médicos en San Francisco, sobre más de mil casos de personas que murieron de cáncer, revelaron que esas personas, dos años antes de que se les declarara la enfermedad, habían tenido una experiencia emocional muy fuerte, una convulsión emocional. Yo me fui en el año 1960 y a ella se le desató el cáncer en 1962. También tuvo otras cosas. Mal funcionamiento de la tiroides, desarreglos generales. Enferma, siempre alguna cosa. Le hicieron cirugía, rayos, quimioterapia. Yo estaba en Europa. Cuando me enteré todo lo que le habían hecho, todas las dosis y las drogas, me pareció un milagro que pudiera soportarlo, que pudiera sobrevivir. Y ahora todo ese movimiento se ha reanimado y culmina en la matriz. No estoy seguro de que pueda superarlo esta vez.*

## XXI

Elena se entusiasma porque un camino parece llevarnos al río, destino que nos propusimos en la librería *Facundo*, la veo sonreír, sujetarse el cabello, soltarlo, jugar con la trenza como la primera noche, en su casa, un cartel nos amenaza, *propiedad privada*, decidimos ignorarlo, continuar la búsqueda del río y pronto nos perdemos en un laberinto de huellas mal trazadas, de viejos caminos abandonados.

Recibimos la humedad próxima y el aire cargado de alfalfa y flores silvestres. A medida que avanzamos es más nítido el rumor del agua, el impacto contra la orilla. El declive, los obstáculos del terreno, el miedo a tropezar. Elena se detiene. Aumentan los sonidos de la noche, los zumbidos de insectos invisibles y de grillos. Basta un leve desplazamiento.

~

Ángeles señaló las sombras de la luna y dijo que una de ellas era su padre. Estábamos ocultos en el *copo de nieve*, arbusto con flores de pétalos blancos abigarrados en forma de esfera. Los dos teníamos cinco años.

Esa misma noche de las sombras de la luna, Ángeles descubrió su sexo para mí. Fue su regalo de

despedida. Al día siguiente, se marchó con su madre y su hermano de Coronel Dorrego. No volví a verla.

La sombra que señaló Ángeles hace treinta años, es la que veo en este momento, con Elena desnuda a mi lado.

~

La casa está en silencio. Me descalzo y voy a la cocina. No hay cena esperándome. Siento la marcha del reloj de pared. Regreso al living. Junto un par de sillones. Paso frente al dormitorio. Sé que Liliana está despierta. Retiro mantas del armario de Damián. Lo veo dormir. Respira sereno.

~

Elena mira a Marcos y a sus hijas. O sólo a Marcos porque él, durante la espera de Elena, se ha ocupado de la cena, de llevarlas al dormitorio y de comprobar el arribo del sueño. Marcos retira los restos de la cena improvisada y Elena lo observa desde el vano de la puerta, desaliñada, revuelta, con mi semen en su cuerpo.



## XXII

Celia ha salido bien de su operación pero debieron extirparle el útero. Gabriel me muestra una foto de su hijo en una plaza, en una hora solitaria, junto a las hamacas y los toboganes vacíos. Es una toma de cuerpo entero, imprecisa, lejana. A medio borrar. A punto de desintegrarse.

*– Tocamos sus composiciones, sus ejercicios de escuela. Necesitábamos un piano. Nos arreglamos con flautas y guitarras. Le hice algunas correcciones para no lastimarlo. Para mostrarle mi interés. Para apoyarlo. Detalles. Insignificancias. Parecía que le importaba mi opinión. Música débil, sin concepto. Había que escribir todo de nuevo. Lo han embaucado en esa escuela. Basura. Pura basura. Pero no se lo dije.*

~

Es medianoche y la lluvia, copiosa y sostenida, lenta, ha cesado. Gabriel guarda la bolsa de tabaco holandés en el bolsillo del abrigo junto a la pipa y la caja de fósforos. Salimos a caminar por las calles embarradas de la ciudad. En la sala quedan los atriles, las tazas vacías, el tablero y las piezas de ajedrez sobre el banco de madera. Los desagües vuelcan el agua de

los techos y, en las veredas, se forman riachos, afluentes que aportan al cauce general. Pronto las nubes serán arrastradas por el viento que despierta y arrecia desde el oeste. La discusión política, las lecturas, el ajedrez, la música, han dejado sus huellas y nos invade el cansancio. Caminamos sin hablar. Nos separamos cerca del pasaje Córdoba y Gabriel continúa su camino. Pasajeros que han coincidido en un trayecto del viaje.

Gabriel pasará por un bar para una partida de ajedrez, en búsqueda de un jugador insomne, llegará hasta el kiosco del pasaje Floridita, junto a la plaza seca del Banco del Chubut, hojeará diarios y revistas, se quedará un momento frente a la cartelera del cine Coliseo y luego, intentará llegar a alguna casa amiga, tal vez haya tiempo para conversar con Emma y Luis Ángel, ver en televisión la película de traspasos y, en el mejor de los casos, compartir una comida tardía, mientras yo colocaré en sus estantes los libros de la tarde que quedaron sobre el sillón o en el suelo, juntaré los juguetes de Damián y los llevaré a su dormitorio y después, con la casa en silencio, empezaré la cena solitaria.

## XXIII

Gabriel recibe correspondencia de Bárbara, letra que se enrosca sobre sí misma, ovillos de lana, alambres de púas. Una cadena de anillos, en la superficie del escritorio, da cuenta del recorrido de la taza de té, ahora vacía, con hebras pegadas en los bordes, mientras duró la lectura de la carta.

*Estrella roja*, la editorial alemana, para la cual Gabriel tradujo poemas de Roque Dalton, le ha puesto a disposición mil marcos de honorarios, y ella desea saber detalles para el envío del dinero.

— *La traducción la hicimos con Peter, un amigo de Friburgo. Fue él quien me prestó el dinero para viajar de Alemania a Chile, cuando tuve que irme. Entonces, yo le dije: Los derechos de autor del libro que hicimos juntos, son tuyos. Y él me respondió: Está bien, no te preocupes. Aunque no hubieran estado esos derechos, Peter igual me daba el dinero. Muy solidario. Una amistad muy firme. Han pasado los años y ya ves, no ha querido aceptar mi ofrecimiento. Lo mejor será que Bárbara mande libros y partituras.*

Gabriel busca revistas y catálogos que recibe de Alemania y confecciona una lista con un lápiz de punta

gruesa. Dentro de unos meses, esta lista urgente estará en el mismo lugar y, una tarde cualquiera de limpieza, acompañará al resto de la basura acumulada.

— *Bárbara fue la primera mujer en serio de mi vida. La conocí en Salzburgo, en el '61. Me hizo madurar, me transformó en una persona adulta. Siempre la mente limpia puesta en la creación artística, en el trabajo, en la actividad pedagógica. Ella y yo fuimos los primeros egresados del Instituto Orff. Bárbara tenía una formación muy sólida en danza contemporánea. Había estudiado en Berlín y en Munich. Hizo todo el seminario conmigo, además de alumna, como docente, era la profesora de danza. Muy generosa. Nunca me exigió nada. Cuando terminamos los estudios ella se enamoró de un actor joven y yo me fui a Friburgo, a estudiar composición. Ya no tenía nada que hacer en Salzburgo. Y el actor, muy pronto, la abandonó, la humilló. Bárbara. Barbarita. Barbariña. Mi gran amor. Mi único amor. Un ángel.*

~

— *Yo tenía perspectivas de trabajo en Salzburgo. Cuando terminé el Instituto Orff, el director Relner, una persona bondadosa, delicada, suave, me ofreció que fuera su asistente. ¡Una gran oportunidad! ¡Asistente! En pocos años me transformaba en director. Aún como extranjero. Durante la entrevista, con la misma suavidad, cortesía y gentileza, planteé una sola condición: que yo no tuviera ningún obstáculo en experimentar, en trabajar con un lenguaje musical contemporáneo dentro del Instituto. Que nadie me objetara, ni me cuestionara, ni me frenara en la utilización de un lenguaje musical contemporáneo, lo que significaba dodecafonía o cualquiera otro lenguaje. Cualquier otra cosa. Y Relner, el doctor Relner, Hermann Relner, miembro de las juventudes nazis durante la Segunda*

*Guerra Mundial, cuando terminé de hablar, me dijo: ¡No! Ni lo pensó. Fue una reacción instantánea. ¡No, eso no es posible! Estaba Bárbara. Los tres en la casa particular de Relner. Con el ¡No! se le fue la cortesía. El lenguaje tenía que ser el del Instituto, el del método Orff de educación musical, la obra, el trabajo realizado para la escuela por Carl Orff. Única posibilidad. Mi propuesta era trabajar, dentro del método Orff, en forma accesoria no exclusiva, sin apartarme de él, con un lenguaje musical contemporáneo, no el lenguaje del Renacimiento como lo utiliza Carl Orff o las escalas pentatónicas del primer tomo, con melodías muy interesantes para trabajar con chicos de cuatro años. Pero cuando se avanza en el método comienza a sentirse la necesidad de entrar en otros lenguajes. Con la misma metodología de una música elemental, de una música que sea accesible a cualquier persona, a cualquier adulto, a cualquier chico, a cualquier adolescente. Pero, cómo vamos a encerrarnos, cómo vamos a negarnos a reconocer que existe un lenguaje musical contemporáneo. Cómo vamos a negarlo a Stravinsky, a Alban Berg, a Antón Weber, a Schönberg, a Prokofiev. La gente del Instituto había llegado a Béla Bartók. Pero al Béla Bartók del Microcosmo no al Béla Bartók de la Música para celesta, percusión y cuerdas. Muy disonante, muy dura.*

*Existía un cincuenta por ciento de probabilidad, porque sólo hay dos palabras, hay sí y no. Por lo tanto, había una probabilidad del cincuenta por ciento de que me dijera sí y un cincuenta por ciento de que me dijera no. Y dijo: ¡No! Una reacción instantánea, un rechazo visceral. Y eso es muy grave. Porque está hablando de un pensamiento fosilizado. Un pensamiento endurecido. Incapaz de flexibilizarse, de percibir el desarrollo futuro. Cinco años después de esa entrevista, en todo el mundo se estaba experimentando con la*

*música contemporánea. Lo que yo había planteado no era una cuestión grotesca, absurda, imposible. ¡No! Cinco años después en todo el mundo se estaban haciendo experiencias con dodecafonía, con politonalidad, con aleatorismo. No se puede conservar un método de educación musical como una cápsula de cristal separada, aislada de la realidad musical que está ocurriendo en la sociedad. No se puede. Imposible. No se puede mantener. Fue un momento decisivo. No se habló una sola palabra más. Yo planteaba el lenguaje musical. Nada más. La utilización abierta, sin censura. ¡No! Seco. Tajante. No se discutió más.*

~

*— Ese ¡No! significó que me tuve que ir de Salzburgo. No tenía trabajo y mis estudios habían terminado. No podía justificar mi presencia. Entonces Barbarita me ayudó. Ya estábamos cortando. Ella vivía con su joven actor y dramaturgo. Me ayudó en la mudanza a Friburgo. Una ayuda importante. Un poco después Bárbara se casó y terminó separándose porque él encontró una chica más joven. Pobre Bárbara. Me dolió mucho esa humillación porque ella es una persona fantástica. Una personalidad. Una estatura moral, una calidad afectiva, una sinceridad. Sentimientos, inteligencia. Recibo cartas de ella, maravillosas, encantadoras, y me llenan de calma. Está en Salzburgo, es la directora del Instituto Orff. Es muy luchadora. Así, dulce como es, es muy fiel a sus convicciones. Ha escrito libros sobre danza. Los tengo por ahí. Todavía tengo que leerlos. No termino de leer las cosas que me manda. Nuestra relación fue muy linda. Siempre tuve muy buenas relaciones con las mujeres. Todas. Muy buenas. Y eso tiene que ver con la relación de uno con la madre. A mi madre la quise, le tuve mucho cariño. Yo fui el primer hombre*

*de Bárbara, le abrí la experiencia sexual. Y lo hice con amor y sentimiento, cuidado y respeto. Bárbara no me olvida. Ni yo me olvido de ella.*

~

*— Nunca hice terapia. Nunca fui a hablar con ningún psicoanalista. Pero estudié psicología.*

*Mis experiencias infantiles, de los 5 años, más o menos, no las olvidé. Todas están claritas hoy día, de todas esas experiencias me río. Y alguna me da bronca porque yo no participé, porque me jodieron sin tener arte ni parte.*

*Dentro de una sociedad represiva, estamos sometidos, estamos a merced de las agresiones de personalidades enfermas. Aquí, en la Argentina, hay un nivel de neurosis, de enfermedades psicóticas, muy alto. Hay perversiones, esquizofrenias, neurosis, paranoías. Yo lo siento en mí mismo. A veces pienso en determinadas personas y... veo rojo... me agarran fantasías de cortarles la yugular. Fantasías destructivas. Es el odio, la represión, el odio hacia esa locura en la que estamos metidos, que se me contagia. Después tengo que reflexionar. Qué contradictorio es uno.*

~

*— Los sentimientos eróticos infantiles producen emociones más fuertes que los de la adolescencia. En Trenque Lauquen, a los cinco años, tuve mis primeras experiencias. Jugaba con los chicos vecinos a casarnos. Y yo era el novio y una chiquita que me gustaba era la novia. Y nos disfrazábamos y me ponía una galera y un frac muy largo, hasta el piso, que no sé de quién era. Las noches de verano, en la calle, con las chicas y los chicos del barrio, yendo y viniendo, acercándonos y alejándonos, cantando. Los ojos de las chicas y de los chicos. Sacábamos chispas. Esas canciones infantiles*

*tenían un erotismo tremendo, eran casi pornográficas. Si. Pero después se fue diluyendo. Todo eso se fue diluyendo. Y vinieron otras experiencias, las represiones.*

~

*— Desde que empecé a pensar lo sexual, tuve la impresión y después, con el tiempo, cuando tuve experiencias, pude comprobarlo: la sexualidad genera un complejo asunto anímico, una relación con la otra persona de fuertísimo contenido emotivo. Yo nunca sentí la relación con la mujer o con otra persona, como algo lúdico, jocoso o indiferente. Siempre me resultó una experiencia dramática. Dramática por las cosas que se mueven de una manera que provocan convulsiones. Un volcán. Pero un volcán no instantáneo, un volcán de toda la vida, de todas las cosas, de todo lo que a uno le rodea. Y toda relación que tuve, aún las frustradas, aún las efímeras y que no cuajaron, fueron muy fuertes. Me pegaron cimbronazos. Pero, al final, resultaron aprendizajes. La vida sexual, la vida erótica, es una historia pesada. Las cuestiones erótico sexuales en la familia de papá son densas, por parte de mamá son más ascéticos. Pero en la familia de papá hubo suicidios pasionales. Si hay algo que está torcido en la Argentina y en la vida de los chicos, o fue en mi época, es la entrada en la vida sexual, la entrada al conocimiento del mundo erótico. No sé en otras personas, pero yo creo que muy pocos se han salvado de experiencias enfermas o de experiencias jodidas. Muy pocos. Y de ahí que, con el tiempo, a partir del '73 sobre todo, después de Chile, me fui poniendo cada vez más prudente y más reacio a entrar en relaciones. A medida que uno tiene experiencia, se pone más escaldado, escarmienta. Cada vez me vuelvo más solitario. Ya no soporto las mujeres, sus embrollos, sus histerias, esa manía de querer saberlo todo. Claro que ellas no me soportan*



a mí. Es nuestra única coincidencia. Creo que ya no podría vivir en forma permanente con una mujer. La cuestión principal de mi vida fue la supervivencia. Toda mi energía está puesta en superar cada día. En poder comer, vestirme y tener un techo donde dormir. Con las mujeres vienen avalanchas de complicaciones. No puedo atenderlas. Tuve experiencias en Alemania, en Chile y en Buenos Aires pero dejé en la retaguardia mi pieza de soltero. Cada una de esas experiencias era más frágil que la anterior. Las iniciaba sin ningún entusiasmo, por inercia, porque parecían un paso inevitable. Sobre todo acá. La mujer argentina es egoísta y codiciosa. Son características muy arraigadas en la mujer de clase media. Tal vez se pueda explicar porque viven en un país inestable, sin ninguna seguridad.

~

— En Buenos Aires, después de Chile y del Estadio Nacional, estaba sin poder resolver ninguna cuestión básica: no tenía para comer, ni para vestirme ni dónde dormir. Los que estaban en mi condición trabajaban en el INDEC y yo también tuve un lugar. Hacía encuestas. Me dieron los barrios marginales, aquellos que nadie quería ocuparse. Alguien me prestó un departamento en Núñez, donde comencé una composición, mi primer trabajo musical en Argentina después del regreso. Duró poco. Después, un químico me dio una habitación en su casa. Él y su mujer eran técnicos del INDEC. Ella comenzó a insinuarse, quería una aventura y yo no quería nada. Una noche escuché una discusión: se va él o te vas vos. El químico me llevó al centro, me pagó una semana en una pensión y se fue. ¡Qué cosa tan asombrosa!

~

— Una compañera de trabajo, también del INDEC, me llevó a su departamento. Cocina, baño,

*un solo ambiente. Yo no tenía nada, un bolso con algo de ropa. Me quedé en un rincón y la miré. Ella era alta, delgada, con una nariz demasiado grande. Cuando abrí el bolso llegó hasta ella el olor de la ropa sucia y húmeda. Lo tomó como una burla a su nariz. A los pocos minutos estaba otra vez en la calle, buscando una pensión. Durante el año 73 me mudé veintidós veces en once meses. Una vez cada quince días. No recuerdo los lugares, ni los motivos por los cuales me iba. Eran habitaciones de mala muerte, baño y cocina compartidos. Se borraron los lugares pero no la cantidad de mis mudanzas. Veintidós veces en once meses.*

~

*— En Trelew tuve la visita de una alumna de Tucumán. Luego de mi partida, había descubierto que no podía vivir sin mí. Mandó un telegrama y la esperé en la terminal de ómnibus. Vino con bolsos y valijas dispuesta a quedarse. Tomamos un taxi, tuvimos un almuerzo de lujo y festejamos por todo el tiempo de ayuno. Se fue a los quince días, sin pena ni gloria. Extrañaba la montaña y el monte. La asustó el desierto. Miraba el horizonte desconcertada. Este clima le cuarteaba la piel, se le caía a pedazos. Por mi parte, no intenté retenerla. No soporto ese delirio por la limpieza y el orden. El primer día fue al mercado y regresó cargada de detergentes, líquidos desinfectantes, trapos y cepillos. Yo me fui a caminar y cuando volví la casa olía a limpio y a perfumes. Supe que no iba a durar. El orden me paraliza, me inhibe. Cada cosa parece pegada en un lugar, imposible de mover. Yo necesito todo en movimiento. Ella hizo un intento por formalizar las relaciones. Pero no era posible, se repetía el ciclo de Celita, la mujer dependiente que te ata.*

~

— Después de mi experiencia en Alemania no encontré en la Argentina una mujer que tuviera autonomía, capaz de vivir su propia vida, de pelearla conmigo. Que sea capaz de mantener su independencia, sus propios proyectos. Enseguida te toma de propiedad privada o quiere ser ella propiedad privada. Tiene el policía y el cura dentro de la cabeza. Uno le dice lo que está mal y el otro la castiga. Esos extraños mecanismos de culpa y de búsqueda de castigo. En todo caso, Elena. Pero ella está unida a un hombre débil y desesperado. Elena cree que lo va a salvar. No comprende que cuando un hombre se quiebra no hay recuperación posible. Yo le he ofrecido un cuarto y la promesa de no molestarla. Me alcanza con verla cada mañana.

## XXIV

Viajé a Buenos Aires cuando supe que lo habían rescatado del Estadio Nacional de Chile. Recordé con tristeza y rencor su visita anterior a la Argentina. Esta vez iba a cuidarme bien. Sería cortés, amable, afectuosa. Amiga.

El Comité de Ayuda me envió a la Juventud Peronista.

— *Estuvo una noche en la calle Brasil. Andaba con un compañero jujeño. Buscalo en la casa de Jujuy.*

Club social en pleno centro de la ciudad: pisos alfombrados, sala de recepción, gómeros, luz difusa, vidrios polarizados, acondicionador de aire para mitigar octubre.

— *Lástima, acaba de salir. Espérela, volverá pronto.*

Gabriel no apareció en toda la tarde. A la mañana siguiente, a las ocho y media, sonó el teléfono en mi pieza de hotel.

— *¿Me escuchas bien?*

— *Sí, te escucho bien Gabriel.*

— ¡Celita! ¡Qué emoción oírte! ¿Desde cuándo estás en Buenos Aires? ¡Cuánto sentí que no nos encontráramos ayer!

Ya no me tembló la voz.

— ¿Cómo estás? ¿Bien?

— Sí. Por suerte ya pasó todo. ¿Y Daniel? ¿No está contigo?

— No, no podía faltar al colegio.

— ¿Y cuándo nos vemos? ¿Dónde estás parando?

Le di la dirección.

— En quince minutos estoy allá, no me encuentro muy lejos.

Bajé las escaleras corriendo. Empecé a pasear, en la mañana de Buenos Aires. ¿Me verá bien? ¿Muy vieja? Tengo treinta y nueve años. La minifalda tableada, el pulóver negro y los tacos altos. Tenía toda la luz del mundo en la cara.

Fui de una esquina a otra.

— ¡Mamita!

— Abrieron el zoológico, se escapó una pantera.

— Adiós, gordita. ¿No me ves que aquí estoy? ¿O no me esperabas a mí?

Primero hice una cuadra; después una más; volví sobre mis pasos; luego avancé de nuevo. Desde la puerta de una tintorería lo vi venir con un portafolio destrozado. Su vida parece haber estado pegada a un portafolio. El saco no hacía juego con el pantalón, la corbata volaba con la brisa y los cabellos se veían más rubios de lo que yo los recordaba. La sonrisa era oro, oro puro en la carota subrayada por los anteojos negros.

Lo reconocí de lejos, y él a mí también. Sonreía tanto... y yo lo mismo, porque era muy, muy feliz.

Le tendí las manos. Lo besé en la mejilla. El estiró su brazo, me lo puso por la cintura y me atrajo con tanta, tanta ternura, con tal cariño que sentí que quince años volvían atrás y yo era novia, estudiante de Letras y su devota adoradora. Y él era hermoso, aún con su mascarón de boxeador, sus pelos rebeldes que -ahora los veía bien- comenzaban a encanecer, y su cuerpo delgadísimo.

— *¡Celita! ¡Estás igual! ¡No has cambiado nada, sos la misma Celita!*

En ese momento él me amaba y yo lo amaba porque siempre había sido así, y si en ese día se me abría la puerta iba a entrar en el Paraíso aunque al día siguiente me echaran de él.

(Fragmento de *Regreso. Historia a dos voces y coro. Ella*, de Celia Álvarez).

~

— *Yo le escribo a Celia y no me acuerdo lo que le escribo. Ella me responde divertida o indignada y pretende que yo recuerde. Mi última carta fue de doce páginas. ¿Cómo me voy a acordar? Sé que le pregunté acerca de sus lecturas. Pero no es gran mérito porque siempre lo hago. Me dice que lee Stephen King y el hijo, nuestro hijo, se lo reprocha. Mirá lo que escribe acá: “después de estudiar Kierkegaard en el garaje de mi casa, relajabas las neuronas leyendo novelas policiales”. Yo no me acuerdo que leyera Kierkegaard en el garaje de su casa. Tal vez, cuando estudiaba psicología. Las novelas policiales me gustaban. En eso no se equivoca. Leía las colecciones baratas, de papeles ordinarios y mal encuadernados. Es difícil que alguno de aquellos libros haya sobrevivido.*

*Pensar que, de un día para otro, pasé del garaje de Celia a la biblioteca de San Agustino, en Roma, en la iglesia construida por Miguel Ángel, donde iba a estudiar alemán. Todos los días, a las seis de la tarde, pedía un diccionario alemán-italiano. Me traían un libro de cincuenta por cincuenta centímetros. Un metro, cuando estaba abierto. Me sentaba en unos pupitres que eran del mil quinientos. Adelante estaban los eruditos estudiando manuscritos antiguos, incunables. Libros enormes, escritos a mano. Un bedel daba vuelta las hojas con una regla. Estaba prohibido tocarlas. Metían la regla debajo de la hoja y la daban vuelta cuando el erudito lo solicitaba. Todo en latín. Yo los miraba. ¡Qué pasión!*

*Sigamos: “Bueno, yo para descansar, leo Stephen King. También criticás mi debilidad ideológica. ¿Qué querés decir con eso? ¿Acaso no me conocés? Yo soy una señora gorda que coquetea con la izquierda y después sale corriendo. Me gustaría frecuentar ambientes elegantes, fiestas de etiqueta, viajar en primera clase, hacer cruceros, visitar todos aquellos lugares en los que ocurren cosas, esas cosas que no ocurren en mi vida. Hubiera querido ser Silvina Bullrich o Victoria Ocampo, recibir intelectuales, músicos, escritores, artistas y después legar mi villa a la UNESCO. Pero, ¿qué es debilidad ideológica?”*

## XXV

Estamos invitados al cumpleaños de Elena. En la cocina, Liliana termina de planchar. Cruza el pasillo con el vestido sostenido en lo alto. Damián recorre la casa con su ropa de fiesta. Está aburrido, esperando la hora de salir. Cuando Liliana se para enfrente de mí, los dos sabemos que no vamos a ir. Pero ella necesita que yo lo diga. Entonces oímos un grito en la cocina. Damián tiene la mano izquierda sosteniendo la plancha y la derecha pegada a ella. Abrimos la canilla. El agua fría lo alivia. La mano se separa de la plancha. Piel blanca. Calcinada.

~

Nos atienden en la guardia del hospital. Liliana y yo sostenemos a Damián mientras el médico cubre la piel con remedios y estira los dedos, los lleva hacia atrás, antes de vendarlo.

*— Vuelvan mañana. Esta es una curación de emergencia. Tiene que verlo un traumatólogo.*

Damián duerme gracias a los calmantes. Liliana se queda a su lado y yo recorro la casa, de ventana en ventana, esperando que amanezca.



~

El médico retira la venda. Son varios lazos, casi un yeso. Anoche no me di cuenta de ello.

*— Sería mejor que no hubiera ampolla. Si la hay, quedará cicatriz y eso complicará su desarrollo y crecimiento.*

La mano queda libre. Tiene una ampolla del tamaño de una pelota de tenis. El médico nos mira, realiza un rápido corte y cubre la herida con desinfectante y una venda nueva.

*— Vamos a ver cómo evoluciona. Pero, más adelante, habrá que operarlo. Las próximas curaciones las voy a hacer yo y después pueden hacerlas ustedes. Llevará tiempo y paciencia.*

## XXVI

— *En 1963, el gobierno alemán y el austríaco me enviaron a dictar un curso de educación musical para explicar el método Orff en Montevideo. Viajé con Bárbara. Allí me contacté con Gesualdo Sosa. En Córdoba, había tenido un acercamiento a su literatura, pero no me daba cuenta, no entendía adónde iba. En Montevideo vuelvo a leer los libros de Gesualdo. Lo conozco. Era un militante del PC de Uruguay. Su esposa era grabadora. Me inquietan, me hacen pensar. Empecé a ver un poco mejor lo que era Latinoamérica. Porque hasta ese momento no la conocía. Empecé a conocerla cuando llegué a Europa. Porque cuando vivía en Córdoba, estaba en una cápsula sin ver lo que ocurría alrededor. Metido en mis pensamientos, mis discos, mis aspiraciones, mis conflictos, mis problemas, como todos los pequeñoburgueses adolescentes. Un caso típico.*

*Cuando terminó el curso tuve un tiempo para viajar a Córdoba. Ahí lo conocí a Daniel que tenía tres años. Conversamos con Celia sobre la posibilidad de que ella fuera a Europa becada, de que fuera a Alemania a estudiar literatura latinoamericana, porque allá el estudio es muy profundo, se estudia mejor en*

*Alemania que acá. Bueno, que sí, que quizás. Bárbara se quedó en Buenos Aires. A mi regreso de Córdoba, viajé con ella a Salzburgo. Hicimos una escala en Río de Janeiro y esperamos seis horas por reparaciones y mantenimiento. Salimos a recorrer el Morro, El Corcovado, un tour por la ciudad. Fuimos a una de esas casas donde venden piedras preciosas, compramos unas tonterías y, de regreso en el aeropuerto, en un molinete de libros, vi Geopolítica del hambre de Josué de Castro. Me llamó la atención el título. Miré otro, Geografía del hambre. Compré los dos y durante el viaje, hasta Salzburgo, leí esos libros en portugués y tuve una tremenda convulsión.*

~

*— En Salzburgo, en 1964, tuve noticias de una Liga Socialista de Estudiantes Alemanes y me relacioné con Kurt, un muchacho de Munich, un miembro del SDS, la organización estudiantil que había sido la Juventud del Partido Social Demócrata y que fue expulsada del Partido por diferencias ideológicas, tácticas. El SDS se mantuvo, la Social Democracia creó su propia corriente estudiantil que se llamó a partir de ahí SHB, Liga Socialista de las Universidades, que eran los chicos obedientes al Partido. El SDS eran los chicos desobedientes. En Munich, en el departamento de Kurt, empecé a estudiar a Marx. Kurt me dio un plan de lecturas, me anotó una lista de libros, me prestó algunos, y comencé a leer: Salario, precio y ganancia; Trabajo asalariado y capital; El XVIII Brumario de Luis Bonaparte; La lucha de clases en Francia. Lo clásico y habitual para iniciar un estudio del marxismo, los primeros escritos. Después un poco de Hegel, Engels, las Tesis sobre Feuerbach. Así fue abarcando las cosas más frecuentes, más comunes.*

~

— *El SDS organizaba estudios de economía. Semana a semana, durante todo el año. En un seminario me tocó analizar los editoriales del diario de la UIA de allá, la organización de los empresarios, que sacaban en los años 27, 28 y 29. Fui a la biblioteca de la Facultad de Politología, pedí los volúmenes, estaban ahí, todos encuadernaditos, y empecé a leer y a tomar nota. ¡Interesantes! ¡Agudos, significativos! Uno por uno, todo el año 27, todo el año 28, todo el año 29, anoté frases, planteos sobre materias primas, exportaciones, mercados, judíos. Esos cuatro temas. La parte económica y la parte ideológica. Todo lo que dijo y lo que hizo Hitler durante su gobierno, estaba prefigurado, escrito, las frases enteras que él utilizó estaban en el diario, en los editoriales, elaboradas por el laboratorio de cerebros del gran empresariado alemán de la industria química y del acero. Porque él tenía demasiada estulticia, era demasiado ignorante, burdo, bruto, con su cerebro retorcido y enfermo para pensar en esas cosas. Había otros que pensaban por él y que le escribían lo que tenía que decir. Nada de lo que dijo o hizo Hitler le pertenece.*

## XXVII

Bajo Simpson, hundimiento de la meseta que la ruta nacional número tres recorre con una recta de veinte kilómetros. En el extremo norte aparece un colectivo de la línea 28 de Julio rumbo a Trelew, similar al coche en el que viajó hacia Madryn, inconfundible con su color verde y las franjas horizontales.

A la izquierda, a unos diez kilómetros, sobresale un desprendimiento de Loma María, blanco y abrupto, en medio de la planicie, rodeado por pliegues de la meseta. La vegetación rala de la base desaparece en las estribaciones intermedias y deja al desnudo la greda blanca y las líneas que culminan en un vértice perfecto. La erosión no ha podido con él.

La luz rasante del atardecer alarga las sombras y satura el color de la masa abigarrada de matas. Suaves declives, desniveles del suelo y un sendero estrecho, camino de acceso de alguna estancia, tajo que separa las aguas del Mar Rojo.

El viento ha dispersado las nubes que parecían impenetrables hoy por la mañana. En el borde de la ruta, una banquina de pastos secos y duros. Manchas de ceniza de los incendios del verano se distribuyen por el campo.

La luz se desvanece y cambia los colores de la loma. Por un momento, muy breve, ya no es blanca. Cuando el sol desaparezca, sólo quedará ese accidente desafiando la noche.

Roca blanca, pirámide maya, celebración de María, hija de Elizabeth y Morris Humphreys, ofrenda de los reyes galeses camino a Nueva Belén.

Grito de nacimiento.

~

La terminal de ómnibus de Puerto Madryn conserva el diseño de la primitiva estación de ferrocarril y la simetría de los dos bloques laterales. Paredes altas pintadas con fuerte bermellón, revestimiento de piedras claras rodeando las aberturas. Se destacan las maderas y el color verde inglés. Alcanza a verse la balaustrada que recorre la azotea, el adorno de cada esquina, el techo de dos aguas, las chapas rojas con su perímetro de filigranas. Elena me espera recostada en la placa de mármol con la reseña histórica del lugar. Hace unas horas me llamó al trabajo, decidida a no asistir a las reuniones programadas para la tarde en el Consejo de Educación. Elige un bar interno en una galería de locales escalonados, con un patio de baldosas desparejas y un zaguán cubierto por enredaderas. El bar está rodeado por un parque, con mesas en el césped, bajo los árboles. En el interior, las luces, escasas y discretas, iluminan zonas de ladrillos rústicos y dejan en sombras el techo de madera. Dos parejas en rincones alejados no parecen advertir nuestro ingreso. En una de las paredes, James Dean camina bajo la lluvia de Nueva York en las cercanías del Central Park, foto de Dennis Stock de la Agencia Magnum.

En Coronel Dorrego, las hermanas mayores de mis amigos amaban a James Dean. Tenían sus fotos

pegadas en las paredes. A veces se desprendían y arrastraban con ellas parte del revoque o de la pintura.

— *Con Javier nos reuníamos en Tigre, en un bar parecido a este. Calidez y poca luz. En esa época, con mis padres y hermanos, salíamos juntos a todas partes. Paseos en el río, cenas, cine. Encontrarme con Javier a escondidas era casi una aventura, romper con el código de familia. Ahora él cultiva la tierra y cuida animales en El Bolsón. Se ha olvidado de su hija y de mí. Al separarnos Valeria tenía ocho meses. Volvió a verla cuando ella terminó el primer grado de la escuela primaria. La llevé a la cordillera, a su chacra. Javier estaba con su nueva mujer y lleno de hijos. La experiencia no fue buena. A los pocos días estaban de regreso en Buenos Aires. No hubo más vacaciones compartidas. Javier escribió durante los meses siguientes y Valeria respondió con dibujos. Después él dejó de escribir.*

Eran los años de los Operativos Unitas en Puerto Belgrano, de la banda de la armada norteamericana, de Glenn Miller y la *Serenata a la luz de la luna*, de los pibes apiñados en el borde del escenario del Club Independiente y de las mismas hermanas mayores que suspiraban por los yonis rubios, por los impecables uniformes de los marines que se paseaban en el mismo escenario de las veladas folklóricas, donde cantaban Mercedes Sosa y Jorge Cafrune, Atahualpa Yupanqui y Eduardo Falú.

— *Nos casamos muy jóvenes. Los dos queríamos escapar de la casa, de la familia, del barrio. No éramos para nada originales pero vivimos dos años inolvidables. Ahora ya no pienso más en eso. Una mañana de domingo éramos felices y a la semana siguiente tenía toda la cama para mí y la otra mitad del ropero. Me vestí y fui a Tigre con Valeria, a almorzar con mis padres. Tuve la impresión de no ser bien recibida.*

*Nunca aceptaron mi casamiento. Ellos ya lo habían previsto: me quedaría sola y lo tendría merecido.*

Cuando terminaba el concierto, las hermanas mayores corrían varias cuabras siguiendo los colectivos que se llevaban a los músicos hasta el próximo Operativo Unitas, y peleaban por una dirección que alguno de ellos arrojaba desde las ventanillas.

*—Javier quiso que lo acompañara. Nos mentimos diciendo que era transitorio. Que él probaría y después de un tiempo vendría por nosotras. Yo no quería vivir en una chacra. Soy mujer de ciudad. Me gusta salir a la calle y ver el movimiento, sentir los ruidos, las bocinas, los pasos golpeando las veredas. Militaba en el PC, en una célula activa. Mientras yo trabajaba para el Partido, utilizaba nombres falsos, conocía lugares clandestinos, Javier ingresaba en la comunidad que después lo llevó a la cordillera, se acercaba al budismo, sentía un amor repentino por el campo y la naturaleza, por los cultivos y las plantaciones, pero seguía sin distinguir una papa de una cebolla y se proclamaba artesano cuando era incapaz de cambiar una lámpara quemada o terminar con el goteo de una canilla. No podía creerle. No íbamos a sobrevivir, nos moriríamos de hambre. Era inmaduro, incapaz y muy ingenuo. Y también irresistible. Yo tenía miedo. Los deseos de escapar de mi casa me alcanzaron para ir de Tigre a Lanús. Ahí se agotaron. El Bolsón era viajar al extranjero, a la India, a Japón. Valeria era una beba. Además, estaba estudiando. Creía que me iba a recibir, que sería socióloga por el resto de mi vida. Estábamos pagando un departamento. Nos sacrificábamos. A la mañana dejábamos a Valeria en la guardería, íbamos a trabajar y nos encontrábamos en la facultad, en las clases de la noche. Buscábamos a Valeria y después de cenar, los tres jugábamos en la cama. Pero todo terminó demasiado pronto.*



Los hermanos menores y yo las mirábamos correr, pelear y llorar por esa dirección que prometía una carta, un viaje, un encuentro.

– *No le guardo rencor. Él vio el futuro, supo que todo sería igual, que la decisión debía ser en ese momento o nunca, que era más maduro de lo que yo creía, que tuvo razón. Había que irse.*

Más tarde, cuando regresábamos al barrio, les tirábamos piedras a las hermanas mayores, y nos acusábamos unos a otros y ellas ya no lloraban, peleaban con nosotros, protestaban, pero volvían a estar de nuestro lado, las reconocíamos, sus voces no eran las inventadas para los *yonís*, ya no había suspiros imitando a las actrices, ni había intentos de desmayos, eran nuestras otra vez.

– *La disciplina del Partido me hizo daño. Fueron años apresurados y de aturdimiento. Yo no quería quedar afuera.*

Aunque tal vez, a la noche, las hermanas mayores volvían a soñar con James Dean.

– *Encontré a Marcos en los pasillos de la facultad, una semana después de la muerte de su padre. Éramos dos corderos balando en la noche, buscando a nuestras madres. Las hermanas de Marcos lo acusaron de esa muerte. Las afectó la miseria. Se encontraron huérfanas y sin dinero. No quedaba campo ni hacienda ni fortuna.*

Un día, mientras esperaba a mi amigo en la cocina de su casa, un locutor recordó el aniversario de la muerte de James Dean. La hermana mayor me abrazó y se deshizo en lágrimas. Aún siento la dureza de sus pechos.

– *Marcos fue recuperando los días de clase que había perdido por el duelo gracias a mis apuntes.*

*Empezó a ir a mi departamento. Estudiábamos juntos. Aprendió a cambiar a Valeria y a darle de comer. Alguna noche se hizo tarde y se quedó a dormir en el sillón de mimbre que ahora tenemos en Trelew. Fue generoso. Se quedaba con Valeria cuando yo iba a trabajar. Ya no podía pagar una guardería. Así pasaron varios días. Él iba a su casa sólo para cambiarse de ropa. Una noche llevé la cuna de Valeria al comedor y Marcos y yo dormimos juntos. Era el principio de la primavera. Hacía calor y teníamos abierta la ventana del dormitorio. Nos llegaba el resplandor de la pared ciega. Estábamos vestidos. Ni siquiera nos tomamos de la mano.*

James Dean lleva un abrigo negro con las solapas levantadas, un cigarrillo en la boca y las manos hundidas en los bolsillos, con los hombros hacia delante, protegiéndose del frío y de la lluvia. El cielo ha descendido sobre Nueva York y disuelve los edificios y los carteles de publicidad en la escala de grises. La marquesina del cine Astor anuncia *20.000 Leagues under the sea - Cinemascope*, la lluvia continúa y suma algunos centímetros, aún falta para el océano, los yanquis gozan de la prosperidad posterior a la Segunda Guerra y tienen su diluvio para el estreno. El cielo conserva algo de claridad y permite proyectar la sombra de James Dean. Imprecisa, vulgar, anónima. Podría ser mi propia sombra que avanza en primer plano hacia el margen inferior y lleva nueve gotas de lluvia, nueve perforaciones, nueve impactos de bala.

~

Cuando oscurece salimos a caminar por la costanera. El mar golpea contra el murallón de cemento. Los pescadores y los grupos de adolescentes se suceden a lo largo de la rambla. Caminamos hasta

Punta Cuevas. La temperatura empieza a bajar. Las luces del muelle viejo y de los barcos se reflejan en la superficie y se extienden hasta la orilla.

~

Los colonos galeses esperan en la cubierta de la nave, con sus ropas dominicales, magros y secos como la tierra que los va a recibir. Ya no cantan *Dios salve a la reina* como lo hicieron en Liverpool. Han abandonado las minas de carbón por este desierto. La nave se acerca al fondeadero norte, al punto convenido con Lewis Jones y Edwin Roberts, donde estamos con Elena. La nave se desplaza y las olas golpean su casco y ése es el único sonido, el agua contra la madera, una y otra vez. Los niños en brazos miran en la misma dirección que sus padres. Aquí crecerán. Lewis Jones navega hacia el velero Mimosa. A medida que se acerca comienza el movimiento en la cubierta del barco. La rígida estructura coral se desarma.

~

Regresamos a Trelew en el último colectivo del día. Subimos la meseta y el motor hace evidente el esfuerzo de la trepada. Abandonamos Puerto Madryn, el muelle viejo y el muelle Piedrabuena, los barcos y las luces que llegan hasta Punta Cuevas, el refugio donde estuve con la mujer que ahora duerme a mi lado.

~

Habitación 406 del Hotel Oviedo, penumbras, reflejos en las paredes del alumbrado de las calles, tránsito que comienza a deshilvanarse, cadena que se desprende de sus eslabones y los deja cada vez más lejos uno del otro. Pies descalzos en la alfombra, adivinar la dirección que recorren. Unos instantes todavía hasta que Elena apoya su cuerpo contra el mío.

Mi mano en el pecho izquierdo de Anne Bancroft, que no se resiste. Sabia, adorable señora Robinson.

Retiro la mano para que avance en su desnudez.

Primer roce de mis dedos y de su cuerpo desnudo. Mi piel se desintegra y deja los huesos de la mano a la intemperie.

Ahora, los huesos mismos se pulverizan.

~

Liliana ha dejado la llave en la cerradura interior. No logro hacerla caer. Regreso al comienzo de la loma, al hotel Oviedo. El vestíbulo está en penumbras y el sereno vigila de pie, oculto entre las cortinas de la ventana principal. Completo el registro por segunda vez, solicito que me despierte a las seis y subo la escalera estrecha, sin barandas, con los bordes rotos de los escalones de granito, haciendo equilibrio, apoyándome en las paredes laterales. Abro las puertas de los armarios y los cajones de la cómoda. Vacíos. Un juego de toallas blancas y una pastilla de jabón sobre el cobertor rojo, pálido y desteñido. Levanto la persiana y doy paso a las luces que llegan desde la calle. A la izquierda, la terminal de ómnibus. Al frente, la franja de tierras que pertenecieron al ferrocarril y, detrás del baldío, la avenida Lewis Jones. A la derecha, la avenida Fontana y el edificio de la universidad.

Desde mi ingreso, sólo ha variado el relieve que mi cuerpo produce en las sábanas y frazadas. El movimiento de las cortinas y las intensidades de luz dibujan figuras geométricas en las paredes. Las próximas a la ventana son las más definidas. A medida que se alejan, los contornos se confunden. Y todas se deforman cuando reciben las luces fugaces de los autos. Pero raras veces sucede. Casi no hay tránsito.

El momento más vertiginoso ocurre con los faros de un auto que gira sobre la misma calle. Las figuras se superponen sin control y después, la oscuridad.

~

— *¿Qué pensás hacer?*

A medida que Liliana viene hacia mí, su agresión inicial se desvanece, se derrumba la furia acumulada durante el día, en la espera de mi regreso del trabajo, parece estudiarme, estar frente a un fenómeno desconocido y aproximarse para investigarlo. Me toma con sus manos. Siento la presión de los dedos. No será fácil librarme. Me mira con curiosidad. Está en otro lugar.

— *No quiero perderte.*

Entonces me suelta, cierra sus puños y comienza a golpearme. Primero sin fuerza. Después los golpes se reiteran más veloces y violentos. Debo sujetarla contra mi cuerpo.

~

Escucho el fin del baño y después los movimientos de Liliana por el dormitorio. Las puertas y cajones del armario.

Miro el jardín a través de la ventana, el ciruelo, el aroma y los dos abedules que sobreviven en el cantero más árido y desprotegido.

Sobre la mesa de la cocina hay un mapa estelar con moldes de ropa de niños. Liliana ha corrido las cortinas y aprovecha la luz natural. Tiene puestos los anteojos de lectura y el cabello húmedo peinado hacia atrás deja libre su frente y sus ojos. No hay rastros de maquillaje.

Lleno la pava de agua.

Cuando empiezo a cebar, ella deja los anteojos sobre la mesa, junto a los elementos de costura. La luz es cada vez más débil. Oscurece.

## XXVIII

Desde la mañana, masas oscuras de nubes envolviendo otras, más espesas y blancas, anticipaban la nieve que, hacia mediodía, cubrió las calles, los árboles y los techos de Trelew. Ahora, en el comienzo de la noche, mientras subo la cuesta de la calle Pellegrini hacia la casa de Gabriel, el viento levanta los copos acumulados.

*— El invierno de 1962 fue feroz. Alemania casi colapsa. Empezó a nevar el 22 de diciembre y terminó el quince de febrero del año siguiente. No alcanzaba el carbón ni la leña. Mucha gente murió de frío. Recuerdo muy bien el comienzo. Fue la primera noche que pasé con Bárbara. La tormenta era tan intensa que no pude salir de su casa y me quedé con ella. Dormí en el suelo, en una cama improvisada. No hicimos el amor. Tal vez ella me aceptó a partir de esa noche, porque no intenté nada.*

~

Junto a los libros y a las partituras, Bárbara le ha enviado denuncias de exiliados argentinos en copias mimeografiadas. Están sucias, con manchas y párrafos enteros ilegibles. Gabriel trata de ordenarlas sobre el escritorio. Levanto una de ellas. Entre los nombres,

están tres hermanos de Coronel Dorrego, compañeros de escuela y de juegos.

Los recuerdo frente a la librería Aldea, en la vereda de la calle San Martín, donde se ofrecen las últimas ediciones de Radiolandia y Antena, El Gráfico y Panorama, en una tarde de otoño, comienzo de clases, es bueno estar juntos otra vez en el círculo que se amplía con nuevos estudiantes, rebeldes e iracundos, con la barba apuntando, el pelo revuelto y el inglés de Liverpool, apenas salimos de la escuela y ya nos extrañamos, los hermanos son inteligentes, discretos, no abusan del poder que les otorga la sabiduría, dicen frases precisas que no comprendo, hay en la familia diputados nacionales, vinculaciones con la iglesia y el ejército, territorios de exclusión para el resto de los escuchas, pero el espectáculo debe continuar, ellos han dicho sus partes, siguen entonces los otros actores, torpes aficionados, las voces titubean, no saben nada de teología, de las nuevas corrientes de la iglesia, de Camilo Torres, los hermanos son serenos, los respaldan las enseñanzas del padre Vera, cura joven que ha transformado la actividad parroquial, a mí apenas me sostienen los monólogos del tío Antonio, bolchevique iletrado, hijo bastardo de Castilla, huelguista de la construcción, repartidor de la prensa comunista, el tío Antonio de visita, madruga, me despierta, ceba mate y habla, apenas ha leído a Marx y a Lenin pero sabe que la revolución es irreversible, *Antonio, eres un demonio de los infiernos*, mastica el abuelo Miguel la mañana posterior al baile anual de la cooperativa agropecuaria de Coronel Dorrego, va y viene por la galería, aún está oscuro y la familia duerme, *no respetas a tu madre ni a tus hermanas, te atreves a mostrarte con esa puta*; Antonio está despierto, escucha al hombre que se ha casado con su madre, *sí, era puta pero también era una hembra hermosa*, Antonio se levanta y se viste, *la noche*



*del baile en la cooperativa yo tenía veinte años, traje y zapatos blancos, por la tarde me había atendido en la peluquería del gordo Grustán, me lavaba el pelo con agua de lluvia y té de carqueja, gracias a eso no tengo ni canas, el demonio de los infiernos sale a la galería y enfrenta al abuelo Miguel, entonces, si mi presencia en esta casa es una ofensa y un oprobio, será mejor que me vaya, ahora la familia está despierta, la madre y los hermanos y hermanas menores, los legítimos, los que años más tarde también lo llamarán demonio de los infiernos y ese mediodía tomé el tren para Buenos Aires con la putana respetuosa que me abandonó en Retiro, viaje de bodas y despedida, pero en Buenos Aires había mujeres a montones, entré en la construcción para subir baldes de mezcla a los andamios y bolear ladrillos, alquilé una pieza, me hice ropa a medida, me sumé al Partido, conocí al negro Arnedo Álvarez que después fue secretario general, la luz se cuele por la celosía, por la calle pasaron los empleados bancarios, los alumnos, las amas de casa y ahora regresan, quiere decir que es el mediodía y el tío Antonio continúa con el mate y las historias, el monólogo sigue, el agua del mate se enfría varias veces, nos llaman para almorzar y en un descuido puedo aliviar la vejiga, y esa es mi formación teórica, la herencia del anarquismo, del fervor por Stalin y la Revolución de Octubre, formación a todas luces insuficiente para confrontar con los hermanos, abonados a la sacristía, de lunes a viernes media jornada y sábados y domingos jornada completa, y mientras el cura viejo sigue visitando feligreses, almorzando y cenando a su costo, satisfecho con las limosnas, ignorando el revuelo parroquial, el cura joven alborota el rebaño, reúne a los mejores jóvenes de Dorrego, los introduce en la filosofía, les explica que la iglesia se alejó de los pobres y que debe recuperar el verdadero y primitivo cristianismo, prepara a los primeros aspirantes*

para ingresar en el sacerdocio y una mañana, Dorrego se reúne en la terminal de ómnibus para despedir a los hijos que marchan al seminario de Carmen de Patagones, ¿cómo es posible?, esta es una tierra de anticlericales, de españoles republicanos, este cura se burló de nosotros, pero la queja llega tarde, ya está lista la nueva excursión a los indios ranqueles, allá están los hermanos, allá está Joselito, nuestro vecino, el más humilde de todos, iluminado por el ángel de la guarda, me embarga una leve decepción, no he sido elegido, lo acompaña su madre con el mismo vestido gris que lleva cada mañana y que trajo de España, el día que huyó de los fusilamientos de Franco, y el mismo pañuelo que ya no puede absorber más lágrimas. Y parte el Arca de Noé condenado al fracaso, el cura joven ha cometido un error imperdonable, en el entusiasmo prescindió de la costilla de Adán, ninguna Eva subió a la nave y los hermanos serán vencidos por las urgencias de la carne, sólo quedará Joselito, él devolverá el decoro y buen nombre a Dorrego, lo rescatará de su pasado salvaje de payadores y borrachos, de gauchos pendencieros y vagabundos, lo sumará a los pueblos civilizados gracias al agua bendita. Joselito se ordenará en la catedral de Bahía Blanca, tierra de promisión y esperanza, bendecida por la base naval de Puerto Belgrano, el obispado y el diario La Nueva Provincia, pilares de la sociedad, santísima trinidad. Pero es hora de continuar con los hermanos, desertores del seminario de Carmen de Patagones, estudiantes universitarios en La Plata, están reunidos en la casa del mayor, en la exquisita y prolija ciudad de las diagonales, de las plazas simétricas y de los tilos; la discusión es ahora madura, sin dudas política, viven en pareja con militantes cristianos como ellos y tienen hijos, algunos de pecho y otros que se aventuran con los primeros pasos, las reuniones en la parroquia se extienden en villas, hospitales y barrios

obreros y esa tarde de domingo, de sobremesa, ignoro si hubo asado, pastas o platos árabes, agua o vino tinto, no levantan la mesa y ya circula el mate y de pronto las llamas, el fuego, los hermanos cubren a los hijos y abandonan el caldero sin saber que afuera los esperan las ráfagas de las ametralladoras, han caído en la trampa de las películas del oeste norteamericano, primero las flechas incendiadas, luego el humo y las balas, la calma del domingo finaliza, la siesta ha sido alterada, de las radios llegan las transmisiones de los partidos de fútbol, los asesinos satisfechos, tienen tiempo para un tesoro extra, los hijos sobreviven debajo del cuerpo de los padres, los vecinos se asoman, se escucha lejano el camión de los bomberos, nadie les ha informado que se trata de zona liberada, la sirena recorre las calles aburridas y somnolientas, los asesinos se llevan a los padres muertos y a los hijos vivos antes de que irrumpen los servidores públicos, que ya están aquí, trabajan rápido, nadie se interpone en su labor, los curiosos espían a distancia, la vivienda es pequeña y los muebles escasos, el fuego se consume sin resistencia, ya ha cumplido su misión, apenas quedan las paredes chamuscadas y las cenizas de los libros, se cierran puertas y ventanas, la siesta continúa, parece que hay un gol de Gimnasia y Esgrima, el agua lava la sangre y la vereda luce brillante. Aún restan algunas horas de sol. Acá no ha pasado nada.

~

Y aunque digo hermanos, tienen nombre y apellido, han sido bautizados, sus nombres repiten los de sus padres, abuelos y la saga familiar, para colmo son numerosos, están repartidos por el mundo, son prolíficos y longevos, hay que homenajearlos a todos para que nadie se ofenda, incluso tienen apodos, esa costumbre pueblerina, nuevos nombres que se suman

a los propios y originales, sin embargo, la tinta se vuelve invisible cuando intento escribirlos, jugo de limón, mensaje secreto, del mismo modo que Dorrego los ha convertido en contraseñas que sólo conocen los iniciados, la muerte los ha vuelto clandestinos, pero si alguien duda, si alguien no sabe aún quiénes son los hermanos, no sabe de quiénes estoy hablando, entonces, para ese alguien, pero sólo para él, le hablo al oído en voz baja, un susurro imperceptible, que ese alguien ponga atención: Carlos, Ricardo y Marita Aiub.

## XXIX

Igual que Buenos Aires, Trelew fue fundada en dos oportunidades. En la primera no estuvo presente la corona española, en franca derrota, *cría cuervos y te comerán los ojos*. En su reemplazo hay destellos del imperio británico, súbditos disidentes hartos de la discriminación y la escasez, colonos galeses decididos a soportar las siete plagas de la Patagonia, más benévolas que las siete plagas inglesas.

El 20 de octubre de 1884, Lewis Jones consigue en Buenos Aires la ley que autoriza la construcción del ferrocarril entre el Valle y el Golfo Nuevo, viaja hacia el imperio y regresa en 1886 con cuatrocientos trabajadores y los materiales para la obra. Comienzan los trabajos en punta de rieles, sin pensar en la generación del centenario, que debe inventar una fecha para el nacimiento de Trelew: el día de la sanción de la ley y el año del comienzo de las obras del ferrocarril.

Para la segunda fundación también estuvo ausente la corona española y no fue necesario el viaje de Juan de Garay con sus expedicionarios. Tampoco se plantó el poste de la justicia en la futura plaza mayor. El lugar seleccionado se mantiene intacto, sólo con el desgaste natural que produce el paso del tiempo.

Desde la ruta tres, se observan los galpones de chapa y se adivina el subsuelo donde tuvo lugar la ceremonia, el 22 de agosto de 1972, a las tres y media de la mañana, para ser exacto y evitar las confusiones que originó la primera y de este modo, evitar complicaciones inútiles en el segundo centenario. El acto fue refrendado por un sacrificio, y los sacerdotes y hechiceros participantes, bebieron la sangre de los diecinueve fusilados, en ese mismo subsuelo de la base aeronaval Almirante Zar.

~

Amanece en Campo de Mayo. Los carteles de neón, estrellas fugaces de San Miguel que nos tentaron durante la noche con sus promesas de feria y de sexo se van apagando. La claridad se abre paso entre el follaje de los montes y la niebla de las tierras bajas. Pantanos que se extienden hasta el río, galope de tropillas salvajes, alertadas por un peligro inminente que no logro precisar, maraña de cardos y ortigas, zanjas de letrinas que separan la barbarie de la civilización, los capitanejos no necesitaron despellejarnos las plantas de los pies. Las calles internas del cuartel resisten el amanecer y continúan en sombras. En cada esquina nos esperan las ráfagas de viento, el rocío y la escarcha. El silencio es quebrado por los golpes de los borceguíes en el cemento y el roce de los fusiles contra los cuerpos. Cometemos errores en la marcha: un arma fuera de línea, una mano no alcanza la altura correcta, un paso se retrasa. No hay castigos ni humillaciones, hay urgencia por llegar a destino. Los suboficiales tendrán revancha más tarde, a mediodía suspenderán el almuerzo de los rebeldes y los arrastrarán hasta hacerlos vomitar, los juguetes rabiosos sumamos el castigo postergado al peso del armamento.

Llegamos al playón principal de la Escuela de Comunicaciones, yuyos que pujan en las juntas de

alquitrán, despliegue de batallones, animales en la Sociedad Rural prontos a lucirse y competir por el espesor del pelaje y la elegancia del porte.

A esta playa seca nos trajeron el 7 de marzo desde el regimiento Patricios de Palermo, casa de citas para la clase 51, Mercado de Liniers donde nos clasificaron en corrales y bretes y recibimos la bolsa de pertrechos provista por la logística militar, ropa de fajina, ballenera, tres hojas de afeitar Legión Extranjera, tazas y platos de metal, bolsa entregada a cambio de nuestros atributos viriles que abandonamos en Puerta Ocho, ingreso a Campo de Mayo. Finalizado el trueque, los aspirantes a subtenientes de reserva, marchamos en caravana hacia las tiendas de campaña. En un claro del monte, los faros de los vehículos de guerra encandilaban a los soldados de la clase anterior, con ropa de combate, sosteniendo los fusiles sobre los cascos, dispuestos a darnos la lección inaugural, *las órdenes se cumplen*, una y otra vez, *las órdenes se cumplen*, coro griego bajo la lluvia, sin más espectadores que el cerco de oficiales en los palcos de honor y los aspirantes en las gradas del paraíso, tragicomedia que siguió hasta el amanecer, con menos voces, el coro se fue desprendiendo de los débiles y tullidos, ley natural que sólo permite sobrevivir a los más aptos, según las instrucciones de Charles Darwin.

El casino de oficiales abre sus puertas y descubre los manteles bordados, las jarras de chocolate caliente y las fuentes de mazamorra. Aparece el teniente coronel, jefe del Comando 601, lo sigue una comitiva de ancianos con uniformes de gala, condecorados por West Point, luciendo sus medallas, mayordomos y mucamas trabajaron durante la noche para devolverles el brillo, azules y colorados, viejos adversarios devenidos violetas en las tertulias del Círculo Militar, graves y

severos, guerreros de batallas definidas en las mesas de los cuarteles, lejos de las trincheras donde se derramaba sangre de gauchos, el ejército argentino se complace en honrar las palabras de los próceres patrios. Según el oficial de guardia *el regimiento forma sin novedad mi teniente coronel*, palabras reforzadas por enérgicos golpes de tacos y por el puño que se estrella en el pecho. Cumplida su misión, el capitán se incorpora a las filas anónimas, demasiado esfuerzo para tan poca recompensa. La primera parte de la ceremonia culmina. El teniente coronel inspecciona la tropa bajo su mando, estrena su cara de guerra, amonesta a los distraídos para que la revista no pase en vano y regresa al punto de partida.

— *Ayer, 22 de agosto de 1972, los subversivos detenidos en la base almirante Zar de Trelew, intentaron escapar.*

El teniente coronel observa la reacción de la tropa. Pero la tropa está dormida. Habla entonces en voz baja, para no despertarla.

— *La guardia lo impidió.*

El armamento se cae y el frío nos paraliza. No hubo tiempo para el mate cocido y la ración de galleta. El teniente coronel insiste, desea celebrar la segunda fundación de Trelew y corresponder a la comitiva que ha madrugado, que viste sus mejores galas sin vencer la naftalina, el viento de Campo de Mayo no puede con ella, es justo decirlo, su cuerpo avanza sobre la punta de las botas y su voz resuena en el predio del regimiento.

— *Así quiero que reaccionen mis soldados. Como la guardia de Trelew.*

~

Improvisada ama de casa, Emma se desenvuelve con habilidad y destreza en la cocina de Gabriel y



revela un conocimiento que no se encuentra en los libros de medicina ni en las aulas universitarias. Aún lleva el tapado de gabardina beige, ahora delantal, uniforme de médica camarera con servicio a domicilio, tapado que la acompaña desde la mañana, según me dicta la musa inspiradora, cuando se vistió fuera del dormitorio para no despertar a Luis Ángel y luego salió rumbo al hospital, sin desayunar con su hija, uno de los ritos que desprecia, la familia reunida alrededor de la mesa, y después de atravesar el día entre las paredes del consultorio y el ahogo de los pasillos, con un taza de café en cada descanso que le permitieron las parturientas, concluyó su recorrido en esta casa, Pellegrini y Colombia, esquina irregular, ladera de la loma, zona de suave declive donde la meseta comienza el derrame sobre el centro de Trelew, casa alquilada por Gabriel, veterano de juicios de desalojo, recién hubo mudanza y ya se respira olor a abogados y a oficiales de justicia, sede del Centro de Estudios Musicales, sucursal número dos, la primera abrió sus puertas en San Miguel de Tucumán en 1974, con casa central en Córdoba capital y socios fundadores dispersos por el mundo, en la casa matriz sólo queda Celia, Celita, esposa de Gabriel, memoria viva y empecinada custodia de objetos y recuerdos, Penélope cordobesa que cada mañana ordena carpetas, libros y discos para desordenarlos por la noche, propiedad común de la sociedad conyugal, evitando tentaciones y pretendientes, isla de Celia donde colocaron la piedra fundadora de este centro de estudios que amenaza con expandirse y abrir una sucursal en cada provincia, según sean las sucesivas expulsiones de Gabriel, Celia, Celita, eterna vagabunda en la estación del ferrocarril, en las salas del aeropuerto y en los andenes de la terminal de ómnibus, a la espera del regreso de Gabriel, su esposo amado, que viajó a Europa hace veintidós años, un

día volverá y se hará cargo de su esposa y de su hijo nacido en ausencia, de sus deberes conyugales, de las cátedras en las escuelas suburbanas, de los ensayos del coro juvenil, del duelo de preguntas en el que ella era la vencida, nadie recuerda si quedó alguna respuesta pendiente, Centro de Estudios Musicales, nombre que Gabriel lleva en el documento de identidad, así lo bautizaron los jóvenes cordobeses aspirantes a bohemios, que estudiaban psicología, bellas artes, literatura, música, que se reunían en garajes para escuchar discos, para verse, para calmar la ansiedad, para dar a conocer sus composiciones, *la belle époque*, los dorados años cincuenta, la picazón del sexo vencida por la timidez, una rémora de nostalgia, ese empeño de Gabriel por cargar sobre la espalda con el pozo en el que estaba enterrado, un intento por recobrar el tiempo perdido, empezar de nuevo, darse otra oportunidad, hasta acá llegó Emma con la excusa de rescatar a su hija de las garras de la música y devolverla a su casa, sana y salva, pero la demora de la clase y el silencio que Gabriel impone la expulsaron a la cocina, al encuentro con este alumno que espera el relevo de la guardia y que, mientras tanto, imagina la peripecia de Emma, el recorrido desde la mañana hasta la noche, sin saber nada en realidad, este muchacho que cumple una penitencia que nadie le ha impuesto, por eso Emma no pierde el tiempo con él y prefiere enfrentar el enjambre de la pileta, la maraña de platos sobre la mesada y las cacerolas que se apilan encima de las hornallas, conjuntos de rara armonía que podrían exponerse en galerías de arte como *Profanación de los objetos*, esta cocina saturada de grasa se transforma con el trajinar de Emma mientras abre puertas, cajones y alacenas y aparecen dos tazas limpias y la caja de té de la India; resulta que me tiene en cuenta, hay dos tazas, me ha invitado de oficio, coloca una pava sobre

el fuego haciendo lugar alrededor de la hornalla sin remordimientos ni jerarquías, todos son hijos del Señor y no merecen discriminación alguna, hay desmoronamientos, amenazas de caídas, hasta que los cacharros desplazados hacen pie y se afirman en una nueva forma, ahora necesitan otro nombre si es que también van a exponerse en galerías de arte.

Llega el sonido de la flauta soprano de Agustina, la única hija de Emma y Luis Ángel, y el frotar del arco sobre las cuerdas de la viola da gamba, el esfuerzo de Gabriel, la afinación que se rebela, que debe corregir, vibran los dedos en un enérgico movimiento pendular alcanzando la nota justa un poco tarde, la flauta apura, inicia otro compás y el arco lastima las cuerdas hasta que Gabriel se fastidia y señala un error inexistente de Agustina y él aprovecha para descansar y reconocer que sí, que debe estudiar más, que la viola da gamba es endemoniada y que los dedos y que las cuerdas y que la humedad. Sigo el lento avance del hervor, el reflejo de las llamas en las escasas superficies de metal sobreviviente de la corrosión, los sucesos del cuarto vecino corresponden a otro universo pero muy a mi pesar llega la reprimenda, Agustina no estudia lo suficiente, no toma la música en serio, Gabriel pierde el control, los cargos crecen del mismo modo en que lo hace el hervor y mi incomodidad. Entra la última luz de la tarde. Atraviesa la trama cuadriculada del interior del vidrio, llega hasta nosotros y se detiene.

Tanto ajeteo no le impide a Emma abrir la puerta de calle y dar paso a Luis Ángel, su marido, porque es él quién llamó hace un momento y esperó en el frío del pórtico que Gabriel lo atendiera, es Luis Ángel quien escolta a Emma en el regreso a la cocina, Aída, marcha triunfal, matrimonio de colmillo cruzado, donde las huellas del error de esta unión se acumulan en la piel

de Emma, porque Luis Ángel padece la enfermedad de Julio Cortázar, la eterna juventud, y su sonrisa dice que la vida es bella, que el pacto de amor, respeto y fidelidad fue honrado como se merecía, que las mujeres ocasionales carecen de importancia y que, por lo tanto, no existe motivo alguno para avergonzarse.

La calle nos arrojó a otro hambriento y somos tres para compartir la merienda. Emma no se preocupa por estos dos hombres tímidos que apenas se saludan y los deja a la deriva para que se arreglen como puedan, son mayores de edad, padres de familia, demasiado trabajo tiene con buscar una nueva taza limpia, debe evitar, a cualquier costo, retirar una de la pila, romper la simetría y tener luego que bruñir tanta costra acumulada.

El milagro se repite, una taza más aparece en el fondo de la alacena y Luis Ángel es distinguido. Emma en la cabecera, Luis Ángel y yo en los laterales, mi campo visual incluye la pileta y la mesada, el desorden y la mugre, la ventana que da al sur, las facturas y cartas atravesadas por un clavo de cinco pulgadas que las fija en la pared. El paisaje de Luis Ángel es un muro ciego atacado por la humedad y el de Emma, la puerta que da a la habitación más grande de la casa convertida en sala de estudio y de concierto. Y detrás de ella, a mi derecha, la ventana que da al oeste, la última claridad, el día que se escapa, el fuego de la única hornalla en actividad, constante e indiferente.

— *Creí que estabas en el hospital.*

— *Como ves, me retiré antes.*

Hay un leve desplazamiento de cacharros, una amenaza de desmoronamiento. Nadie intenta impedirlo. Esperamos el derrumbe, el estrépito.

En la sala de conciertos se reanuda la clase. Gabriel reemplaza la viola por la flauta bajo y los

primeros compases llegan sin violencia. Las vibraciones se aquietan.

El vapor deja su huella en los azulejos y se abre camino con prepotencia. Emma coloca las hebras en la tetera y vuelca el agua. Mi timidez no colabora, podría levantarme y buscar azúcar o miel. Sin embargo, me demoro en Luis Ángel, en su quietud, en su silencio. Según Gabriel, la disposición de Agustina para la música es herencia de su padre, dotado para las artes y la literatura, con predisposición natural para destacarse en cualquiera de ellas si no estuviera vencido por la pereza y la indolencia, dueño de una prosa elegante y delicada que altera la calma pueblerina con sus editoriales políticos y sus notas culturales; ojo atento que ve lo que nadie ve, traje oscuro, peinado brillante, mueca detenida en el límite impreciso del cinismo y la ternura; hombre alcohólico y mujeriego, que extraña los salones aristocráticos, el lujo de los cabaret de Buenos Aires, que anda por la vida resignado y sereno, escéptico y burlón.

Emma deja la tetera en el centro de la mesa. Vendrán unos minutos de silencio y de reposo para permitir la maduración de las hebras y la entrega de su sabor. El sonido de la flauta bajo ya no es sereno. Se nota la respiración, el ahogo.

— *¿Cómo va la literatura?*

Levanto la vista de la taza vacía donde la he fijado desde que Emma la dejó frente a mí. Luis Ángel espera mi respuesta. Emma comienza la distribución del té. Luis Ángel y yo observamos sus movimientos y seguimos la línea de humo que nos enlaza.

— *Mientras yo no escriba, creo que bien.*

— *Hágale algún daño. Escriba. Más tarde puede*

*arrepentirse. Las páginas del diario siguen abiertas para sus cuentos.*

*— Luis Ángel cree que Agustina y yo conspiramos contra él, que es por nosotras que no ha podido escribir su Facundo, su Adánbuenosayres, su Rayuela.*

*— Te olvidaste de mi padre.*

*— Es verdad, don Ángel dejó sobre los hombros de su hijo la cruz del diario.*

Hay silencio de música. Termina la clase. Se escuchan leves ruidos de atriles y de hojas. El té está a punto, sin azúcar, como temía.

Agustina, silenciosa y tímida, lista para partir, está en la puerta de la cocina, tiene su abrigo, la bufanda, el gorro y los guantes de lana, la caja con los instrumentos y las carpetas. Espera por sus padres. No nos mira. Va a quebrarse, va a estallar.

Luis Ángel se pone de pie y besa a su hija. Emma se saca el tapado, lo dobla y permanece en su lugar. Cosa juzgada. Se queda. Es probable que no haya visto a Agustina mientras esperaba a dos metros de distancia y que no la vea ahora mientras se retira con su padre. Éxodo clandestino, fuga vergonzosa. La puerta se compadece y no los delata con sus ruidos y sus roces. Tan sólo, por un instante, permite que nos perturbe la corriente de aire frío, pero igual merece perdón, el sentido común indica que no es posible evitarlo. Gabriel ocupa el lugar vacante, también indiferente a la partida de Luis Ángel y Agustina, ha cumplido con creces, ha superado el tiempo de la clase, puede descansar, todavía hay té en la taza, frío o caliente, dulce o amargo, no importa, no es hombre de fijarse en detalles y se ha ganado en buena ley el derecho de servirse la ración abandonada en su propia casa.

~

– *Estás cansada.*

– *No. No es eso.*

Quedo excluido. Se rompe el sabio equilibrio de la trinidad.

– *Hoy tuve guardia con el asesino que dejó morir a los heridos en la base.*

Gabriel mira el fondo de la taza. Él sí está cansado o aún no supera la clase de Agustina y está detenido en un pasaje no resuelto, en una indicación que no hizo, o en una mancha de té.

– *Cada 22 de agosto estaciono mi auto frente a su casa. Lo hice este domingo a la hora del fusilamiento. El sabe que yo sé que me espía detrás de las cortinas.*

Gabriel estira los dedos, apoya las palmas de las manos en la mesa y quiebra las muñecas. Hay ruidos en el nacimiento de cada falange. El estiramiento provoca una tensión extrema.

Nos gana la oscuridad. El fuego de la única hornalla parece más intenso. Gabriel prende la lámpara de la cocina. Una luz cruda que hace daño.

– *Dos meses después del fusilamiento del 22 de agosto, los militares me llevaron a Villa Devoto junto con gente de Rawson, Madryn y Trelew. Nos acusaron de participar en la organización de la fuga del penal. En realidad, se trataba de un ensayo general, un anticipo del golpe del año 76. La noche anterior Luis Ángel no había dormido en casa. Golpearon la puerta. No era él. Era una patrulla militar. Me vestí sin apuro. Después les abrí. Hoy es difícil de creer, pero en el año 72 los militares esperaron que dejara a Agustina en casa de amigos. Ni siquiera me siguieron. Por eso digo: ensayo general.*

Verruga o herida en el cuero cabelludo, atraen la atención de Gabriel. Va hacia ella con el mismo fervor con que ataca las cuerdas de la viola da gamba. Emma observa su entusiasmo, el trabajo de las uñas, la sangre.

— *Si te seguís torturando, esa herida terminará en cáncer.*

Los dedos se detienen. Gabriel se levanta. Emma y yo escuchamos caer el agua de la canilla, su choque en la pileta, el correr por las cañerías. Gabriel regresa con el pelo mojado, con gotas por el cuello humedeciendo la camisa. Recupera su lugar y la disposición a escuchar a Emma, niño obediente que regresa al aula después de arrastrar sus rodillas sobre los granos de maíz.

— *Trelew peleó por nosotros. El 16 de octubre llegaron los primeros liberados y el 27, en la pizarra que había frente al teatro Español, fue tachado el último nombre de los detenidos. Trelew ganó la batalla. Después hubo una epidemia de abstención. Ninguna mujer quedaba embarazada, las troyanas vencían en Trelew. Pero otros médicos recibían a mis pacientes. Empecé a estar sola en el consultorio. Intenté estudiar, retomar investigaciones de mis años de estudiante. Llegó un momento en que no pude afrontar el alquiler. El día que cerré el consultorio, recordé la voz de uno de los organizadores de la asamblea reunida en el teatro Español, durante la euforia que causaba nuestro regreso, la recuerdo ahora mismo: “Yo me pregunto, en qué otra provincia argentina, la dictadura militar retrocedió como aquí”.*

El cansancio que supe ver en Emma al comienzo de la tarde se ha acentuado. Es probable que no pueda ponerse de pie y enfrentar el frío y el viento, señores de la calle y de la noche. Estamos los tres en silencio. Llevo mi taza a la pileta y la sumo en lo alto de la pila.



Miro por la ventana hacia el patio interior. Las baldosas están húmedas y hay barro en los rincones. Un reflejo en el vidrio me distrae: es la mano de Gabriel que intenta ordenar el desaliño del peinado de Emma, unos cabellos rebeldes se sueltan. La mano intenta llevar consuelo. Ella lo rechaza girando la cabeza, pero Gabriel insiste, no acusa el desdén ni el desprecio. En la superficie del vidrio se reflejan las líneas del rostro de Emma, secas y duras.

~

Negro el pañuelo que cubre su cabeza. Negra la blusa que deja al descubierto sus manos ásperas y nerviosas. Negra la pollera y negras las medias. Negros los zapatos debajo de la capa de polvo. Color recibido en herencia por sucesivas generaciones. Desciende por la calle de la aldea. Camina apresurada, con pasos cortos, oculta por la sombra de los muros de piedra. Va a una cita prohibida. Escapa de los ojos y de las murmuraciones. Nada la detiene, el camino está libre y nadie la sigue. Corre por los senderos sin miedo. Puedo reconocer sus ojos en el vidrio de la ventana, su fastidio, su cansancio, su abandono. Un movimiento de sus labios alcanza para humedecerlos. Las líneas se suavizan, ya no corre, se detiene en un pasaje secreto, se recuesta contra el muro de piedra, Emma se olvida de mi presencia, no oye el picaporte cuando abro la puerta, no siente el frío. Con los ojos cerrados, sin defensa alguna, permite que las manos de Gabriel, ya expertas en cabellos rebeldes y superficies secas y duras, acaricien y recorran su cuerpo.

## XXX

*¿No ves que va la luna rodando por Callao?*  
Horacio Ferrer se equivocó esta vez, no es la luna, son las columnas de las juventudes políticas argentinas las que ruedan por Callao, es septiembre de 1973, todavía arde el Palacio de la Moneda en Santiago de Chile, ya Salvador Allende se ha despedido de las alamedas, lo hemos visto en la televisión con la ametralladora, regalo de Fidel Castro, no es la luna, son los jóvenes argentinos solidarios con la Unidad Popular que sorprenden a las familias porteñas en esta noche de domingo, más propicia para paseos inofensivos y promesas de amor bajo los árboles de Plaza Francia, parejas que salen de los cines y toman cerveza en los bares de barrio norte, los Montoneros y la Juventud Peronista encabezan el desfile, se reproducen en su interior, se multiplican los panes y los peces, hay ritmo de murga, la tragedia chilena está lejos, las banderas desplegadas no dejan ver los cadáveres flotando en el Mapocho, pronto Perón los saludará desde el balcón de la Casa Rosada, ellos lo han traído, han vencido a los militares, aún no son los imberbes de la Plaza de Mayo, *Yo tengo fe* canta Ramón Ortega y los jóvenes hacen coro, también la Federación Juvenil Comunista se suma al coro y a la murga, son ellos quienes continúan la marcha detrás

de Montoneros y de la Juventud Peronista, hay que salvar viejos errores, unirse al campo popular, Vittorio Codovilla había anticipado este giro a la izquierda del peronismo, pero los propios comunistas tratan de olvidarlo, sus libros se cubren de polvo en las mesas de saldos y en los sótanos de las librerías de viejo de la calle Corrientes, los errores del enviado de la Tercera Internacional, de los ojos que vieron a Lenin, fueron el origen de los desencuentros con los criollos, nunca comprendidos, sin Recabarren, Mariátegui, Luis Carlos Prestes, diferencias insalvables separan a los argentinos de los comunistas latinoamericanos, les pesa ser el último furgón del convoy impulsado por la locomotora Spruille Braden, dispuestos a olvidar antiguas equivocaciones aun a costa de cometer otras nuevas, *los dioses dan desventuras a los hombres, para que las generaciones venideras tengan algo que cantar*, se contagian de la fe, el canto de Ortega los integra, *que siga el baile hasta que las velas no ardan*, se entusiasma el presentador oficial de fiestas y quermeses en Coronel Dorrego, Ángel Varda, antes cantor de tangos en galpones de los pueblos rurales, Ángel Varda, qué cerca estuviste de ser Angelito Vargas, el ruiseñor de las calles porteñas, dos letras te separan de las grandes orquestas y de las grabaciones en RCA Víctor, te quedaste en ruiseñor de pueblo recorriendo las calles de tierra de Coronel Dorrego con el Ford T descapotable, ahora sí, los jóvenes se acaban, todo tiene un fin, los rezagados arrojan más volantes y luego corren para unirse a las últimas columnas, Callao queda vacía y los porteños no la reconocen, sucia y en penumbras, los comerciantes han protegido sus vidrieras, bajaron rejas y cortinas de metal, los carteles de neón están apagados, hay que adivinar las luces de colores, los dueños de automóviles los retiraron a tiempo y el asfalto soporta toneladas de papel, consignas y leyendas políticas que

se superponen, el escobillón y el carro de la limpieza los levantarán mañana bien temprano antes del paso de los alumnos, de los oficinistas y de los banqueros, el desfile termina, los cantos se pierden en la avenida Libertador, camino hacia la embajada chilena en Palermo, el embajador quema papeles y prepara las maletas en el comienzo del éxodo chileno, oye a los imberbes, sale al balcón, *en este día de duelo pido comprensión para el dolor chileno*, entonces los jóvenes continúan la marcha hacia la embajada de los Estados Unidos, allí los esperan con vallas, guardias y fusiles, mientras en Callao los semáforos continúan detenidos en la luz amarilla intermitente y las calles transversales siguen cerradas porque un grupo nuevo, lejos de la murga, avanza desde la avenida Córdoba, cangrejos de ciudad, las manos en una cadena entrelazada, nadie ingresa, nadie sale, los rostros cubiertos, alguien infringe las reglas en el centro de la columna, Buda de traje azul, Sarmiento cronista del Ejército Grande, ahora sí la luna interviene en esta marea y se inicia la bajar, las olas se detienen al llegar a la avenida Santa Fe, los nuevos, los silenciosos, giran hacia los ventanales del bar de mármol y acero, jardín colgante de Babilonia, la octava maravilla del mundo, donde se encuentran los dueños de la tierra, de los bancos, de las industrias y del comercio, los cangrejos en la calle, sus puños en un movimiento único, violento y reiterado, puedo oírlos y puedo verlos en esta noche de invierno en Trelew, a mil quinientos kilómetros de distancia, en tránsito hacia la primavera de 1973, murga y candombe, *yo tengo fe*, jardín colgante de Babilonia, coro de cangrejos, *¡ERP! ¡ERP! ¡Morir o vencer!*

## XXXI

— Ya desde el año '52, cuando llegué a Córdoba, se había formado el coro de la Facultad de Filosofía y todos nosotros, alumnos de Bellas Artes, estábamos ahí, cantábamos, entrenábamos las cuerdas vocales, nos metíamos en la creación, en la discusión de problemas pedagógicos, teóricos, y demuestra que nuestra formación fue bastante intensa. Conocimos las obras corales de Debussy, de Ravel. Hermosas. La música folklórica griega que Ravel arregló para coro. Hicimos Villa-Lobos y las partituras que caían en nuestras manos. Y le dábamos duro al piano. Así como le dábamos duro a Wagner, César Franck, Rimsky-Korsakov, estábamos muy entusiasmados con Stravinsky. Escuchábamos clásicos, modernos, todo lo que podíamos. Pero muchos autores, muchas corrientes no llegaban a Córdoba. Formamos el Centro de Estudios Musicales, Augusto, después decano de la Facultad de Filosofía; Hipólito, famoso por sus trabajos de pedagogía musical; Adolfo, erudito etnomusicólogo; Oscar, compositor, fagotista; Horacio, uno de los más geniales del grupo, hijo de un estanciero de Río Cuarto que se fue a España, y un tal Gabriel que se fue a Europa en el año '60. Un grupo muy fuerte. Nos reuníamos los sábados. La reunión empezaba a la mañana y hacia las

*cinco de la tarde tomábamos una taza de chocolate. Estábamos más de seis horas sesionando y haciendo música. Después caminábamos, nos íbamos hasta el centro desde el Cerro de las Rosas. Yo era el secretario de actas. Supe tener una cantidad de cuadernos, de carpetas. Nuestra tarea era hacer estudios de estética, escuchar música contemporánea, escribir ensayos y, cada semana, uno de nosotros tenía que presentar alguna obra. Y entonces la tocábamos al piano, o la cantábamos si era para voces. Y después hacíamos un análisis o crítica de lo que habíamos escuchado. Todos esos trabajos iban a los cuadernos. Los tenía en mi biblioteca como un tesoro. Ahora están en la casa de Celia. Cosas hermosas.*

~

– *En 1958 fui a Buenos Aires con unas composiciones para que las viera un músico muy inteligente, muy capaz. Me recibió en su casa, una construcción vieja, una casa típica de barrio con zaguanes y patios internos. El cuarto de trabajo era tan pequeño como este, pero alto, muy alto, de unos cinco metros. Desde el suelo hasta el techo y ocupando las cuatro paredes tenía estanterías llenas de libros y de partituras. Y como las estanterías no alcanzaban, más libros y partituras se apilaban en el suelo. El músico era Mauricio Kagel. Miró mis obras para coro, Oda al día feliz y Oda a la flor azul sobre textos de Pablo Neruda y me dijo: tenés que tratar de hacer cosas más modernas, más contemporáneas. Nada más.*

*Creo que ese mismo año Mauricio Kagel viajó a Europa y se hizo famoso. Era un visionario. En Buenos Aires no podía hacer sus obras, nadie las ejecutaba. Y es uno de los creadores más revolucionarios que tiene la música del siglo XX. Años después, en Colonia, interpreté en guitarra una obra suya, Sonant. Es una de*

*mis actuaciones de las cuales me siento más orgulloso. También hice el Atlas Eclipticalis de John Cage. Es una obra que se puede hacer con cualquier cantidad de instrumentos. El Atlas superpone un pentagrama transparente sobre el mapa del zodiaco. Ese pentagrama son líneas y líneas y líneas. Entonces uno define una serie de cinco líneas y le pone una clave cualquiera. Las estrellas que están impresas son notas, son cabezas de notas, y las más luminosas hay que tocarlas fuerte y las más débiles hay que tocarlas suave. Y la forma en que están unidas da los ritmos que pueden aparecer. El director se encuentra frente a la orquesta y marca un círculo con sus manos, partiendo de lo alto de su cabeza. A medida que las manos dibujan el círculo, los músicos saben, por ejemplo, que están a noventa grados del ciclo. Cuando un ciclo se completa, cuando se logran los trescientos sesenta grados, comienza otro. Es azar, puro azar, el principio rector de la música de John Cage.*

*Al inicio de mi viaje, en Milán, visité la RAI, el laboratorio de electro acústica que dirigía Bruno Maderna. Me presenté como estudiante de composición con deseos de conocer música electrónica. Maderna me miró raro desde su borrachera, estaba borracho desde la mañana, me llevó a una cabina, puso una cinta en un aparato y me dijo: acá tenés música de Stockhausen, de Luciano Berio, de Luigi Nono y de muchos otros. Cuando te cansés me avisás y vengo a apagar el equipo. Estuve unas dos horas. Salí tambaleándome, tan borracho como Maderna. Dos horas escuchando música electrónica. Terrible. Fue una cura de shock. Después de eso no le tengo miedo a ningún tipo de música contemporánea. Y si no sonara ampuloso, diría que no le tengo miedo a nada.*

*Después fui más selectivo, estoy hablando del año '61 o '62. Tenía una beca de 50 dólares*

*por mes y compré un abono para escuchar música contemporánea. Iba a los conciertos en Viena, con la Vespa, en pleno invierno, con los caminos llenos de nieve.*

~

*— El camino de la creación y de la madurez es el más difícil de todos, se bifurca y no tiene señales. Hay que elegir y recorrer, analizar sobre la marcha la elección y desandar el tramo equivocado. Se avanza sin referencias previas, nada nos anticipa hacia dónde nos lleva ese camino. Pero intentarlo es lo único que vale la pena. Tu hermano se quedó en Europa. Conoció el mundo y vos no saliste de la Patagonia. Qué importa lo que hizo él. En tu camino, gracias a la decepción de una enseñanza mediocre, paupérrima, entraste en experiencias, en aprendizajes y en mundos en los cuales no entró tu hermano. Hay que valorar lo que uno ha podido hacer. A mí me pasó lo mismo. Yo fui un atrasado. Siempre llegué tarde. La experiencia que tuvieron mis compañeros a los 18 años, yo la tuve a los 30. Bueno, qué importa. La tuve. Las primeras experiencias sexuales fueron un desastre. Una cosa horrorosa. Y recién supe lo que era una relación plena, una relación hermosa, a los 30 años. Querer a una persona, saber lo que significa un ser humano femenino, un magnífico ser humano femenino. No me quejo de eso. No me quejo de ese retraso. Yo tardé mucho en aprender a leer bien música. Tuve una mala formación musical, clásica y penosa, de teoría y solfeo. Malos maestros al comienzo. Después mejoró. Pero nunca, acá en la Argentina, nunca recibí un aprendizaje musical con un nivel de excelencia como lo tuve a los 27 años, cuando me fui a Europa. Yo me iba a quedar un año y medio. Nada más. Fueron 12 años. Estaba pasando el centímetro cúbico de mi oportunidad y no*



*lo dejé escapar. Lo aferré y no lo solté hasta que me echaron. Recién cuando me echaron me fui. Después de 12 años. Pero lo aproveché bien. A los 30 años, cuando tuve mis estudios musicales terminados, empecé a investigar en profundidad. Y sigo estudiando, sigo investigando, sigo trabajando. Por supuesto, hay que pagar el precio. Eso sí. Es una ley de hierro. Si vos querés algo, tenés que pagar el precio por ese algo. Ineludible. Si vos querés escribir, bueno, largá todo y ponete a escribir. Morí en el intento. Pero hacelo. Si lo querés, hacelo. Hay que pagar el precio. Hay que dejarlo todo. Pero, claro, no es eso ni lo que querés ni lo que te interesa. Puede no ser el interés verdadero. Puede haber otras cosas que están ocultas, porque detrás de un deseo, muchas veces se ocultan intereses diferentes. Los deseos ocultan los verdaderos intereses. Los seres humanos somos genios autoengañados. Somos genios de eso. Nos autoengañamos. Insistimos, decimos, sí a mí me gusta, yo quiero, ah, fantástico. Pero no es eso lo que nos gusta o lo que queremos. Es otra cosa. Pero no lo decimos. Cuesta años descubrir lo que uno quiere. Años. La auto evaluación, llegar a la conciencia de qué es uno. Qué es lo que lo mueve a uno. De verdad. Qué es lo que se está moviendo, qué fuerzas internas hay, externas a uno mismo que vienen de la historia familiar, que vienen de la historia social, de la historia de la sociedad en que uno vive, que vienen de la historia del mundo en que uno vive, son cosas muy difíciles de desentrañar. ¿No te parece? Muy difíciles de descubrir. Yo, a veces, me pongo a pensar, qué estúpido soy, qué imbécil soy. Y lo miro a este, lo miro al perro, ¿ves?, es mi maestro. El perro es mi maestro. Es una maravilla. El animal, en su pureza de animal, no tiene engaños, no tiene vueltas, apoya la cabeza, quiere que lo acaricien, me demuestra su simpatía, sabe que estoy hablando de él ahora y te mira a vos ahora porque sabe que te estoy*

*hablando de él, a vos de él. Él entiende. Hablo y él está entendiendo. Él sabe lo que estoy diciendo. Fijate la actitud. Es asombroso. ¿Ves? Está comunicando que él está de acuerdo con lo que yo digo. Mirá. Mirá vos eso. Mirá, te quiere. Mirá cómo mueve la cola. Entiende lo que estoy diciendo. No se puede decir que es una imaginación mía. ¡Lindo! ¡Pobrecito! ¡Sentate! ¿Sí? ¿Sos buenito? ¿Te vas a sentar? ¡Sentadito! ¿Sí? ¡¡Sentadito!!*

## XXXII

*— Papá tuvo un ataque, una trombosis, y quedó con una afasia, la mitad del cuerpo paralizada. Está viviendo mal, sufriendo. Una nieta lo cuida. La última vez que estuve con él apenas podía pronunciar las palabras. Se cansaba. Hablé por teléfono con Marta, conversamos sobre qué se puede hacer con él. Intercambiamos opiniones. Y Marta se está ocupando, lo atiende, le paga los remedios.*

*Papá hizo toda su carrera en el ferrocarril y estudió por correspondencia mientras trabajaba. Se recibió de técnico en una organización inglesa. Los libros eran muy completos, muy rigurosos. Y también tuvo que estudiar inglés. El curso estaba en cilindros de baquelita que se ponían en un aparato, los cilindros giraban y escuchaba las clases. Cuando terminó el curso los ingleses le consiguieron trabajo en Bolivia, como jefe de vías y obras. Porque en Argentina fue inspector. Por eso viajábamos. De Bahía Blanca a Rivera. De Rivera a Trenque Lauquen. De Trenque Lauquen a Bragado. De Bragado a Liniers. De Liniers a Haedo. De ahí fuimos a Bolivia donde tuvo un accidente muy grave. Quedó con una pierna más corta. En la Argentina no lo querían tomar porque estaba*

*lisiado. Hasta que le dieron el trabajo de jefe en Monte Caseros. Ahí se jubiló. Mucho antes de la jubilación compró un terreno y construyó una casa en Córdoba, en Villa Belgrano, un barrio que está antes de Argüeyo, yendo para Río Ceballos, pegado al Cerro de las Rosas, cruzando el río. En aquella época era monte cerrado. Había pumas. Todo el barrio lleno de árboles. Tapado de árboles. Enormes. Veinte, veinticinco metros de altura. Hermosísimos árboles. Ahí vive él con la nieta y los bisnietos, con la mitad del cuerpo paralizado después de la trombosis. Tiene noventa y cinco años. Una familia longeva. Tenemos esa mala costumbre.*

~

*— Muchos años antes de fallecer, mamá perdió la memoria. No sé si fue Alzheimer o arterioesclerosis. Ya no me reconocía más. Cuando murió ni siquiera fui. No tenía sentido.*

*Yo le tenía cariño, éramos compañeros y cuando se tiene ese respeto por la madre... ella fue fantástica para nosotros. Nos trató muy bien. Era severa, firme, pero llena de amor. Se desvivía por nosotros. Y esa relación se reprodujo después con toda mujer con quien yo me relacioné. No podía tener otra relación de menor calidad que la que había tenido con mi madre.*

*Mis padres son de ascendencia española. Pero mi padre es argentino de padres catalanes y mi madre catalana, de padres y abuelos catalanes. Catalana de Leyra. Su padre tenía enormes campos de frutales y un molino harinero. Era un campesino rico. Lo que se llama un payés rico. Y que perdió todo con las guerras carlistas. Le confiscaron las tierras por estar comprometido con el Rey Carlos, contra la otra rama real. Tuvieron que irse a Barcelona donde mamá trabajó como pantalonera, como obrera textil. Era muy hábil con las máquinas de coser. Y mientras cosía,*

*cantaba. Era musical. Tenía linda voz. Cantarina, un ruiñeñor.*

~

*— Mi hermano tenía la enfermedad de Pott, pero murió de un absceso que se convirtió en septicemia. El mal de Pott es tuberculosis en las vértebras, se deterioran y esto afecta al sistema nervioso y se paralizan las funciones. El enfermo se va muriendo de a poco. En Federación, antes de ir a Concordia, unos pibes salvajes nos tiraron una piedra que le pegó a Enrique en la columna vertebral. Nosotros éramos nuevos, no queríamos entreverarnos con ellos. Nos fuimos. Y cuando nos estábamos yendo, nos tiraron esa piedra que le dio a Enrique en la columna. Ese golpe fue para mí el comienzo de su enfermedad. Mi hermana sostiene otro motivo. En Bolivia tomábamos leche de cabra que las cholitas traían desde la montaña. Papá no quería, decía que era peligroso. Y mamá, muy cabeza dura por cierto, insistía en que ella la hervía. Pero a mil doscientos metros de altura la leche hierve a ochenta grados. De modo que, por más que la leche hierva, no llega a la temperatura suficiente para matar al bacilo. A esa altura, para hervir a cien grados, tenés que poner una olla a presión. Tal vez el origen estuvo ahí. Yo no estoy seguro. ¿Por qué no nos enfermamos ni hermana y yo? Los dos tomábamos la misma leche. Yo recuerdo la piedra, el golpe, Enrique caído. La agonía duró un año y medio. Una a una las vértebras se le fueron desintegrando. Las fibras nerviosas que van por el centro de la médula se afectaron y paralizaron la parte inferior del cuerpo. Y él no murió del mal de Pott. Había perdido movilidad en los intestinos. Se le formaban bolsas de infección. Un médico irresponsable en el hospital de Concordia lo tocó y se produjo un derrame y murió de septicemia, de*

*infección generalizada. Un chico muy inteligente. El más inteligente de los tres. Con una mentalidad, una lucidez, una capacidad de razonamiento, años luz de nosotros dos. Mamá pidió que la enterraran junto a su hijo. Fue duro, muy duro.*

~

*Nacemos y morimos por azar. El único milagro que hay sobre la tierra es estar vivo.*

## XXXIII

Gabriel toma un sobre de la mesa y lo aprisiona entre sus dedos. Su gesto me involucra, intenta hacerme solidario y responsable de un hecho que ignoro.

Es una carta de Celia. Una más de las enviadas a Roma, Friburgo, Santiago, Tucumán, Trelew. Año tras año.

*“Hubiera deseado no hacerlo, pero ya no puedo, no tengo fuerzas. Daniel es alcohólico, abandona los estudios. Se malogra, desperdicia la vida y con la mía alcanza y sobra. Una vida inútil en una familia es suficiente. Por eso pido tu presencia en Córdoba. No quería molestarte, no quería distraerte de tus clases y de tus alumnos. Lo cierto es que no puedo más. No puedo más.”*

*– Que viaje a Trelew, que salga de las polleras de la madre. ¿Qué puedo hacer en Córdoba además de pagar pasaje y hotel? No me sobra la plata para hacer turismo. ¿O Celia piensa que voy a dormir en su cama? Resulta que el niño tiene malas compañías y que se emborracha. Bueno, dinero tiene. Más que yo. Que se ponga a estudiar en serio, con maestros, no con improvisados, que deje de componer música*

*frágil, sin fuerza y sin carácter. Que se instale en París o en Alemania. Ellos tienen dinero, son accionistas de la bodega familiar en La Rioja y tiene que socorrerlo el padre. Un miserable profesor de música. Un pordiosero que no es capaz de reconocer a su hijo en la calle. Que se desmaye de hambre como yo me he desmayado de hambre. Que sepa lo que es derrumbarse. Que sufra hasta lo indecible y después hablaremos. Recién entonces hablaremos.*

~

*— La primera vez que lo vi tenía tres años. Yo estaba en Montevideo, con Bárbara, difundiendo los planes de estudio del Instituto Orff. Nos quedaron unos días libres y viajamos para que ella conociera Buenos Aires. Bárbara insistió en el llamado telefónico a Córdoba. Nadie sabía que estábamos en la Argentina. Pude no haberlo hecho. Pero no sólo llamé sino que también viajé. Bárbara se quedó en Buenos Aires.*

*Ese fue mi primer viaje. Tenía los gastos pagos y el tiempo justo. Cuando se agotaron el dinero y el tiempo regresé a Alemania. Me sentí extranjero en la Argentina. Ahora mismo soy extranjero. Vivo en el exilio.*

*Celia estaba embarazada cuando obtuve la beca en la municipalidad y Daniel nació cuando yo estaba en Italia.*

*Me encontré con un hijo que me miraba tan indiferente como yo lo miraba a él y con una madre que aún pensaba que yo volvería, que una vez que terminara de estudiar me atraparía en la vieja casona de Córdoba, la trampa de la familia, a esperar mi turno para usar el baño y la cocina, para ocupar un lugar alrededor de la mesa y de las fuentes rebalsando de*



*pasta y de las enormes ollas de sopa y puchero, a tomar mate bajo el parral y dormir la siesta provinciana.*

~

Un día Gabriel telefoneó desde Buenos Aires, avisando que estaba en la Argentina, con Carl Orff y un grupo de trabajo de Educación Musical; avisó que llegaba a Córdoba al día siguiente, a las siete de la mañana.

Esa noche no dormí. A las seis de la mañana estaba en la terminal de ómnibus. Allí desayuné café y siete cigarrillos, hasta que arrió el Chevallier. Y él bajó del ómnibus. Me lancé a abrazarlo, con mi amor entero, él avanzó su mano libre poniendo distancia e impidiendo el abrazo.

Me rechazó por segunda vez en la cama. Y yo lo rechacé cuando fue la despedida, una semana después.

*(De Regreso. Historia a dos voces y coro. Ella, de Celia Álvarez).*

~

*— Y, a pesar de Bárbara, volvimos a hacer planes con Celia. Ella se había recibido, era Licenciada en Letras. Debía tramitar una beca para estudiar literatura latinoamericana. En Alemania se estudia mejor que acá.*

*Te aseguro, yo me pregunto, cómo me ve Daniel a mí. Qué es lo que esperó. Yo no estuve con él mientras iba creciendo. Es mucho más importante lo que hay que lo que no hay. Influye mucho más lo que hay alrededor que lo que no hay. En el '73, él tenía, vamos a ver, él nació en el '60, en el '73 tenía 13 años. Con 13 años este pobre chico estaba durmiendo en un catre de campaña en el comedor, dormía al lado de la puerta de calle. Todas las noches debía armar la cama y desarmarla al*

día siguiente cuando lo despertaban con los ruidos de la limpieza. No tenía intimidación. No podía traer amigos, mujeres. Era un perrito, la mascota, el guardián de la casa. Te lo voy a dibujar porque quiero que lo veas. Hay que dibujarlo para entender eso. El comedor es así. La puerta, la habitación del doctor Álvarez, una puertita. Acá una pared. Entonces, así ¿ves?... el doctor Álvarez era el papá de Celia, un especialista mundial en próstata, médico cirujano, famoso en París, en Europa, desarrolló metodologías, métodos de... una arcada. Un poquito más de pared. Otra pared, una puerta. Este es el baño. Otra arcada grande. Cocina, mesa de comer, ventana, patio. Una gran puerta. Y él estaba en un catre de campaña. Apenas podía entrar. Circulaba todo el mundo. La abuela, Celia, la familia y él, pobre diablo, con la pija parada, como todos a la mañana con la pija dura, no podía levantarse. Le daba vergüenza levantarse para ir al baño. ¡Armé un quilombo! ¡Ay, pero no tengo lugar! ¿Cómo que no tenés lugar? Ves, este es el living, grande, oscuro, bien español, un living siniestro con muebles negros. Una puertita, el garaje. Y yo me voy al garaje y ¿qué había? Un auto de mierda, podrido, y el lugar desperdiciado. ¡Poné un parante, si el auto entra en la mitad! ¡Poné una mampara de madera! ¿Cuál es el problema? ¡Ah! ¡Ni se le había ocurrido que al chico se le podía armar un cuartito en el garaje, un bulincito! Lo hicieron enseguida. Años durmiendo en medio del paso. ¿Qué era este chico, un perro? ¿Te das cuenta? Entonces, yo me pregunto, lo arruinaron de esa manera o lo arruiné yo. Siempre le escribí, cuando estaba en Tucumán lo invité muchas veces. Lo invité a Trelew. Nunca vino. Con el tiempo me di cuenta que era toda la estructura psíquica de la madre, el miedo, el terror de salir del lugar donde él estaba contenido. El miedo a arriesgarse, el temor al riesgo. Y eso es lo que me separó de Celia. Yo me

*fui a Europa, al riesgo, me jugué la vida. Y ella jamás quiso saber nada. Y le transmitió al chico todos sus temores, sus terrores, toda su neurosis. ¡Ah!, ¿cómo me ve? Y él me ve como el tipo que se liberó y él no puede hacerlo. Entonces, ante esa angustia, él entra en el alcohol y después se mete con la droga. Tiene que tener un mecanismo de evasión de su sentimiento de culpa, de su sentimiento de fracaso. Yo he tratado de alentarle para que componga, escriba música, estudie, desarrolle sus conocimientos. Pero compruebo que lo que comenzó a los 12 años, lo que la madre le metió a los 12 años, esa filosofía del laissez-faire, lo ha seguido practicando durante toda su vida, nunca hizo una formación de compositor bien fundada, bien dura. Nunca la hizo completa.*

*En Córdoba me mostró un quinteto muy interesante y un cuarteto muy pobre. En cuanto él armó un minuto y medio, le dije, sacá esto, borra esto, acá no repitas cuatro veces, hacé sólo tres veces este efecto y correlo un poquito más allá. Dos cosas le dije y cambió. Me di cuenta de que él no tiene criterio de forma, porque no le enseñaron, pobrecito, porque eso que yo le dije, un profesor tiene que explicárselo en el proceso de estudio, cuando le encarga un tema con variaciones para flauta sola o para violín solo. Un tema con variaciones, ésa es la tarea. Dentro de un mes tiene que estar listo. Viene el tema con variaciones, acá tiene esta falla, tiene este problema y acá tiene otro, y se te van a multiplicar en las variaciones, van a aparecer cada vez con más relieve. Vamos a ver las variaciones. Los errores del tema, las incoherencias del tema, o las imprecisiones formales o armónicas o contrapuntísticas del tema, aparecen en las variaciones y arman un quilombo terrible, que no sé cómo resolver. Bueno, esto tiene que explicárselo el profesor al alumno. Yo, como profesor, le digo, mirá, esto es*

*lo que hemos analizado, está muy bien lo que hiciste, pero vamos a ver cómo resolvió el problema Mozart con una canción infantil francesa. Tiene, creo que seis variaciones, no más de seis, las escribió a los 12 años más o menos, cuando fue a París con la madre y como los empingorotados aristócratas, en los salones de la condesa ésta o de la princesa de la otra, ni pelotas le daban, cuando el tipo tocaba, cuando hacía sus obras importantes, ni escuchaban, hablaban, entonces dijo, bueno, voy a hacer algo a la medida de la mente de estos idiotas. Y les hizo las variaciones sobre una canción infantil. Una joya, una preciosura. Y ahí lo aplaudieron todos. Les encantó. Bueno, yo, al alumno, lo pongo ante ese tema con variaciones. Fijate qué exactitud del tema, no hay ningún vacío, no hay ningún agujero, no hay nada al azar, todo está encajado con un mecanismo de relojería y fijate la primera variación, tiene esto. Y la otra, y la otra, y esta con la otra forman una estructura, ahí está la arquitectura de la obra, la obra completa. Vamos a ver qué hizo Beethoven ahora. Un tema mucho más largo. Al ser un tema más largo, seis variaciones más largas, mucho más expresivas, es un aria de ópera. No me acuerdo ahora cómo se llama la ópera. Y yo le hago armonizar ésa... y como tercer ejemplo, vamos a estudiar ahora sí, asunto... palabras mayores, las variaciones Goldberg de Bach. Vamos a ver cómo él, con el temita ése en sol mayor, construyó una catedral. Son tres ejemplos, con los cuales le doy al alumno montones de herramientas para que comience a hacer trabajar su propia imaginación. Cómo varía esto acá. Qué elementos utiliza, cuántos compases utiliza, qué armonía pone. Se pueden hacer variaciones de las melodías, de las armonías, de los ritmos, de la forma misma. Los criterios técnicos, eso es lo que Daniel no tiene. Yo no se lo reprocho, por supuesto. De ninguna manera le echo la culpa a él. Pero sí le echo la culpa*

a que, desde chico, en vez de obligarlo a que estudie un instrumento, que lo estudie bien a fondo, dejaron que hiciera lo que quisiera. Y después agarró el bajo y dejaron que hiciera lo que quisiera. Después, tocó un poco el piano y después lo dejó porque, claro, es pesado. Estudiar un instrumento bien es asunto serio. Pero es a través de un instrumento como vas a conocer la literatura musical y te vas a formar como músico, como compositor. ¿Qué dirías vos, si quisieras ser escritor de novelas y de cuentos y de obras de teatro y en tu infancia, como vos no querías leer, te hubieran dejado sin leer nada? ¿Qué pasa si no podés escribir ni una carta, porque no sabés gramática ni ortografía, porque no sabés construir una frase? ¿Qué te parece si tuvieras que tener un especialista que te transforme lo que vos hacés en algo legible? Sería grotesco, sería absurdo ¿no es cierto? Es lo que le pasa en música a Daniel y a muchos otros. O sea, falta de una formación fundamental, del manejo del lenguaje, de la herramienta básica. No digo del manejo de las ideas. Manejar las ideas es otra cosa. Pero antes de manejar las ideas hay que manejar las herramientas. Pero es que manejar las herramientas ya es una idea. Sí, sí. Lo sé. Lo tenía en la cabeza mientras lo estaba diciendo. Por supuesto. Es una sola cosa.

Cómo veo yo que Daniel me mira. Bueno, él me mira como alguien que hizo eso. El sabe muy bien que yo le miro una obra... le voy a decir que está muy lindo, que está muy bien, claro, está bien, pero sabe que también le voy a decir dónde está la falla. Y eso le gusta a él. A toda la gente joven le gusta que le digan con sinceridad, con dureza, dónde está la falla. Porque si uno no se lo dice, ¿cómo se puede ayudar, de qué manera? Diciendo, ¡qué bonito lo que hiciste! ¡No!

Hoy estuve con un alumno al que le doy clases de piano. Me quedé un rato largo hablándole de

*esto. Estoy peleando mucho con él para que no sea desprolijo, sucio. Para que estudie con prolijidad, para que mire con cuidado las cosas. Trabajamos sobre una pieza. Le dije: puede ser que vos toques esto y acá aplaudan todos, pero tené la seguridad de que es el aplauso de los burros, de los asnos. Vos tenés que tocar como para que te aplaudan en Buenos Aires. El día que vayas a Buenos Aires a tocar y veas que te aplauden, desconfiá, porque te están aplaudiendo los burros de Buenos Aires. Todavía estás tocando muy mal. Vos tenés que visualizar de qué manera lo van a tomar los auditores, los escuchas en Berlín, en París, en Nueva York, en Munich, en Roma, en Madrid. Y cuando llegues a esos lugares y te aplaudan, desconfiá, porque los aplausos son de los burros de allá. Si vos querés llegar a ser músico y llegar a ser un buen pianista, tenés que cagarte en todos los aplausos y tenés que estudiar y tenés que tocar para que... ¿para quién? ¿Sabés lo que escribía Bach, al final de todas sus piezas? Para la mayor gloria de Dios. Bach no escribía para los idiotas de entonces. Entonces, estudiá y tocá las obras para Dios, para que le gusten a Él, vos tenés que estar seguro de lo que hacés, seguro de lo que querés, seguro de cómo lo interpretás, hacia dónde querés ir, qué es lo que querés decir con la obra. Y ese día vas a estar haciendo música como corresponde. Eso es lo que no tiene Daniel. No lo entiende. Eso es lo que mucha gente no tiene. La gran mayoría no tiene. ¿Para qué se escribe? ¿Para qué se hace arte? Para decir la verdad. Para hablar sobre la verdad, sobre las cosas reales y verdaderas y ciertas. No para los halagos y las adulaciones y las famas efímeras y los aplausitos y la guita.*

*El domingo tocó la orquesta municipal. Yo no quise ir. No fui. Porque es un fraude, un engaño. Como todo lo que hace esta gente. Una mentira. Y, pretender hacer arte diciendo mentiras es Satanás en*

*persona. Es el infierno. Eso es el infierno. Eso es lo que yo trato de decirle a Daniel allá, cuando voy. Y pienso que él entiende que yo trato de decirle eso. El entiende eso. Cuando nos juntamos, enseguida empezamos a hablar de música, de las obras y de las cosas que él está componiendo. Y ahora, el pozo infame del alcoholismo. Porque él tiene el problema del alcoholismo. La adicción, cualquiera, no importa cuál sea. La angustia. A través del trabajo debe recuperarse, encontrar un poquito más de sentido al vivir y al hacer cosas, pero no para los idiotas y los burros, sino para la mayor gloria de Dios.*

## XXXIV

La actividad en el muelle llega a su fin y las gaviotas se adueñan del lugar. Las olas golpean contra los murallones y los pilotes del puerto de Rawson. Elena me pide un último paseo por la villa antes de regresar a Trelew.

En invierno, Playa Unión está casi abandonada. Sus fieles son pescadores, poetas y pintores.

Casas de chapa y madera, extensión de las capillas construidas en las chacras. Austeridad galesa.

Hay un barco pesquero encallado cerca de la orilla, a quinientos metros de la desembocadura del río. Tal vez, una maniobra imprudente durante la noche o las corrientes traicioneras lo llevaron hasta el banco de arena. Capas sucesivas de olas embisten una y otra vez la cubierta del barco. Por un momento logran ocultarla, luego el agua se escurre en cascadas y la cubierta reaparece.

El frío nos arrastra hacia el único bar abierto de la villa donde un parroquiano mantiene un lento diálogo con el dueño del bar.

Elegimos una mesa cercana al ventanal desde donde vemos el muro de la costanera, los remolinos



que cruzan la calle, la fila de tamariscos, la pendiente de la playa, la arremetida del mar, el repliegue, las piedras arrastradas, la espuma que se escurre entre la arena, el violento reinicio.

~

Salimos del refugio de los árboles en el viejo camino de las chacras, con el río cercano, el trepidar de camiones y colectivos sobre la ruta, rumbo al intercambiador que permite acceder al centro de Trelew. Antes nos desviaremos en una calle lateral, donde hace unas horas, dejamos el auto de Elena para ir al puerto de Rawson y a Playa Unión. Acaricio sus piernas mientras ella ajusta botones y cierres. Atravesamos el puente sobre el río Chubut y nos internamos en la extensa curva. Con suavidad, Elena retira mi mano.

— *Nos sigue el auto del diario. Es probable que Marcos vaya en él.*

Acelero y logro poner distancia. La maniobra sorprende al perseguidor y el final de la curva nos protege. Elena pide que me detenga, abre la puerta cuando disminuyo la marcha y se lanza en movimiento. La sorpresa es mía ahora. Aumento la velocidad, con el asiento vacío y la imagen de Elena cayendo al fondo de la banquina. En el espejo, Elena ha desaparecido y las luces conocidas están en su puesto, vigilantes.

El perseguidor impide que otros vehículos se interpongan entre nosotros. Nos separan pocos metros y los obliga a que nos superen en una única maniobra. Recorremos juntos varios kilómetros hasta que ingresamos en la avenida Irigoyen y un semáforo nos detiene. Prendo la radio mientras a mi lado toma posición el auto con Marcos en el volante. Apenas dos viejos conocidos que se encuentran en la calle.

Respondo a su saludo levantando la mano que hace minutos acariciaba a Elena. Se enciende la luz verde y Marcos acelera. De este modo invertimos los términos. Pero yo no soy un buen perseguidor. Dejo que se adelante, que se pierda en el tránsito cada vez más denso, más veloz.

~

Cuando la caldera hace la pausa ordenada por el termostato, se escuchan los embates del viento, los letreros colgantes de la calle, la hamaca solitaria en el jardín, los cables y antenas de televisión, embates que rodean la casa, sacuden los postigos y el vano de cada puerta. Uno nuevo se suma cuando el anterior aún no se ha extinguido. El temblor de la madera de los postigos se extiende a los vidrios. Las fallebas reciben las arremetidas y amenazan abrirse. Estoy atento. Un golpe repentino puede vencerlas.

Y cuando el follaje detiene al viento por un instante, o cuando el mismo viento retrocede para insistir luego con más fuerza, un sonido nuevo, oculto hasta entonces, toma presencia, reclama un lugar. Marcos, en su Renault, ha decidido incorporarse a la avalancha de sonidos.

El pasaje Córdoba está iluminado por la lámpara de mitad de cuadra. La pantalla enlozada, verde y blanca, se sacude de un extremo a otro y modifica las zonas de luces y sombras. En Dorrego, en las noches de verano, los muchachos del barrio dábamos vueltas en bicicleta, perseguíamos luciérnagas y, cuando el cansancio nos vencía, hacíamos un círculo debajo de la pantalla enlozada, verde y blanca, de la luz amarillenta, para contar historias, para estar cerca de las niñas que amábamos en secreto, para soñar con los días por venir, que serían plenos de aventuras y conquistas.

Marcos destraba la puerta y ocupo el lugar del

acompañante. Los vidrios están empañados. Hacen varios grados bajo cero.

Después del encuentro con Marcos en el semáforo y de perderlo en el tránsito del centro de Trelew, volví al lugar de la caída de Elena. Ya no estaba y, desde entonces, no sé nada de ella.

El pasaje solitario en penumbras, sólo los objetos que el viento lleva de aquí para allá.

Marcos me alcanza *Palmeras salvajes*, con la traducción recomendada por Borsella y que Elena llevó durante nuestros primeros trueques.

— *Lo terminé esta noche. Tengo la costumbre de volcar las hojas. Si te parece puedo llevarlo a encuadernar.*

Tomo el libro y caen algunas hojas.

— *No te preocupés. Es una edición barata. No vale la pena.*

La tapa ha perdido colores, rigidez y espesor. Hay marcas, escritos en los márgenes y frases subrayadas. Mañana buscaré un nuevo ejemplar en *Facundo*. Se levanta una tormenta de tierra. La lámpara solitaria, la misma lámpara de las noches de verano en Dorrego, entra en eclipse.

## XXXV

— *En Friburgo solicité el ingreso en el SDS. Me preguntaron por qué, para qué, qué había leído, si estaba dispuesto a hacer seminarios y profundizar el marxismo. Dije que sí. Que para eso había pedido el ingreso al grupo, para estudiar. Lamenté ser ignorante. Un interrogatorio completo. Luego tuve que salir para que ellos decidieran si me aceptaban o no. El SDS tenía su local dentro de la Universidad. Esperé en el pasillo. Discutieron durante media hora y después me hicieron pasar. Me aceptaron. Éramos siete en 1965, siete personas en Friburgo en una universidad con once mil estudiantes. Comenzamos las reuniones. Después de la lectura de un texto de Marx se abría el debate. Había dos miembros del prohibido partido comunista alemán con carácter de observadores. No tenían derecho a la palabra ni al voto, salvo que se les hiciera alguna pregunta. De modo que se desarrollaba la discusión entre nosotros y en un momento dado alguien le preguntaba a uno o al otro del PCA qué opinaba. Ellos habían sobrevivido al nazismo, habían participado en la resistencia. Uno trabajaba en el transporte y el otro había sido metalúrgico, tornero, había trabajado en la industria de guerra, había fabricado granadas, proyectiles, era un hombre de más de 60 años. En ese*

*momento vendía libros del partido. Nos explicaban la lucha que habían realizado, lo que significó el nazismo, cómo había tenido lugar la resistencia, cómo imprimieron volantes, libros prohibidos. Una resistencia muy penosa. Cómo organizaban huelgas. Cómo distribuían volantes contra la guerra, contra el militarismo, contra la matanza de judíos. Llegó un momento en el año '67 en que nosotros, en las reuniones de discusión del grupo, llegamos a ser ciento treinta miembros, ciento treinta personas en un salón discutiendo. Era un consejo.*

*El crecimiento del SDS de siete a ciento treinta estudiantes pudo ocurrir a través de nuestro trabajo político. Volantes, conferencias, películas, libros. Yo viajaba todos los meses a Berna, que era el lugar más cerca donde había una embajada cubana y una embajada china. Embajadas que no estaban en Alemania. Los cubanos me daban material: libros, revistas. Después iba a visitar a los chinos, uno de ellos, de la secretaría cultural, hablaba alemán y discutíamos de política. Y me regalaban bolsas enteras con el librito de Mao Tse Tung, el librito rojo. Y ésa era una fuente de financiamiento para nosotros, porque volvía a Friburgo y los vendía a seis marcos cada uno. Yo organizaba la mesa, dos horas en el comedor universitario, dos horas nada más. Ponía unos caballetes, unos tabloncitos, tenía un cajón grande con candado debajo de la escalera, con el material, libros en castellano, Mao Tse Tung en alemán. Y vendía. Muchos estudiantes leían castellano. Con la mesa, llegué a recaudar en un año, en el '67, cincuenta mil marcos. Mucha plata. Eran unos veinticinco mil dólares que se volcaban al trabajo político. Se imprimían folletos, volantes, se contrataba a conferencistas y se les pagaba, venían películas y se pagaba. Se hacían afiches en colores para alguna manifestación. Todo lo que era el trabajo político, se*

*hacía con esas dos horas por día. La mesa que mejor funcionaba en el comedor universitario.*

*La mala conciencia que tenían las autoridades alemanas permitía nuestra actividad, nuestro trabajo, aún el mío, como extranjero. No podían perseguirnos. Al contrario. Éramos la vidriera de la democracia alemana. ¡Miren qué democracia tenemos que estos extremistas, marxistas de izquierda pueden hacer lo que quieren! Y movíamos cinco, diez, cincuenta mil personas en las manifestaciones, en las ciudades. A veces eran trescientas, quinientas, según qué tema se presentaba.*

*Mientras tanto yo componía, tocaba en el *Ensemble Musik*, se estrenaban mis obras, viajaba, trabajaba con un grupo en la radio haciendo un programa de tres horas. Traducía poesía de protesta, poesía revolucionaria latinoamericana al alemán, recopilaba y mandaba información sobre los movimientos revolucionarios de Latinoamérica. Yo era el nexo con el movimiento latinoamericano.*

~

*— En ese tiempo el gobierno cubano invitó a muchas organizaciones estudiantiles de Europa a visitar la isla, a colaborar con la zafra. Participé de la organización de las brigadas europeas. Fueron meses de ir y venir en la Vespa, de cruzar la frontera, de discutir en la embajada cubana en Suiza. Los cubanos tenían un aire de soberbia que no podían disimular. Era después de Playa Girón. Pero logramos ponernos de acuerdo, armar los contingentes y marchar a Cuba, a levantar la zafra.*

*El SDS designó a cuatro personas para viajar. Un muchacho que estudiaba psicología; Bernhard, que estudiaba economía en la universidad de Berlín, y yo.*

*El cuarto hacía rato que estaba en Cuba. Después lo contrató la CIA y se transformó en un gusano rabioso. Escribió libros contra Cuba. Estuvo muchos años; fue por propia voluntad. Pero era incapaz de comprender el Caribe, al latinoamericano, era tal la incapacidad que, cuando lo contacté en el Hotel Nacional me echaba pestes de la economía, de las cosas que no funcionaban, de los ómnibus y de los taxis que andaban mal y lo único que le interesaba era comer, tomar daiquiris, ron, baccardi y cogerse todas las minas que pudiera. Era su única ocupación. Y los cubanos, con la paciencia franciscana que tienen con los idiotas, lo mantenían. No sé qué trabajo hacía. Pero era un anticastrista, un anticubano militante. Y lo dejaban.*

~

*— Estuve tres meses en Cuba. Tomé el avión en Praga. Septiembre, octubre y noviembre. A nosotros, los del SDS, nos llevaron a Santiago de Cuba y, de allí, hicimos un recorrido a través de toda la isla, pasando por los lugares más importantes, con un guía, vimos Sierra Maestra, los colegios secundarios, arriba en la montaña, donde se formaban los pioneros, los jóvenes que iban a seguir la revolución cubana, voluntarios, muy duro, muy riguroso el clima de la montaña. Y las aulas eran quinchos abiertos, sin paredes; los dormitorios, corralones con techo de chapa, nada más. Con cuquetas. Un galpón largo para los chicos y un galpón largo para las chicas. Visitamos una granja colectiva, vimos las técnicas de producción, la vaca cebú, anduve a caballo, el caballito cubano, mezcla de criollo y árabe, es muy nervioso, muy rápido. No es un caballo como el de acá, pesado, grande. Enseguida sale corriendo. Si te descuidás, te tira. Los campesinos me querían ver caer. Después pasamos por Camagüey, Trinidad, Cienfuegos, Santa Clara, donde está el tren que*

*asaltaron comandados por el Che. Allí, en Santa Clara, en un descampado, en un potrero, escuché el discurso de Fidel, en octubre del '68. Quinientas mil personas. Fidel habló de la economía, de los problemas que tenían y de Checoslovaquia. Junto con Bernhard, que estaba en la dirección del SDS, hicimos la traducción al alemán del discurso completo. Él hizo un prólogo, un análisis, había estudiado Cuba, tenía convicciones socialistas firmes, era un marxista entrenado, de modo que pudo hacer un análisis crítico sin caer en la diatriba, en posturas reaccionarias. Hizo la crítica desde un punto de vista marxista. Hicimos un folleto en Dina 5, medio Dina 4, papel oficio por la mitad y me quedé en Berlín, allí se imprimió, en nuestra imprenta. En casi todas las ciudades de Alemania el SDS tenía su propia imprenta. Sobraban los recursos. Imprimimos el folleto en Berlín, lo distribuimos en las cadenas de librerías. Se vendió como pan caliente. Un planteo muy honesto de Fidel. ¡Cuidado, que no vaya a pasarnos a nosotros! Lo dijo clarito. No ocultó nada. Sin tapujos.*

~

*— Después de la gira nos fuimos una semana a Varadero. En el mar había, a cierta distancia una de otras, balsas pequeñas para que la gente nadara un poco y subiera a tomar sol. En una de esas balsas hablé con un tintorero. Con la revolución su tintorería se había estatizado. ¿Para qué quería una tintorería que no le daba más que dolores de cabeza y tenía que trabajar 18 horas por día? Ahora tenía 8 horas por día de trabajo, la salud gratis, la educación de los chicos gratis, y todos los años un mes de vacaciones. Ahí estaba en Varadero, haciendo sus vacaciones anuales. Aquí en Cuba hay muchos problemas, a cien kilómetros tenemos un monstruo, pero por más que estemos mal, por más que nos vaya mal, es mejor así que depender de estos*



hijos de puta, estar dominados por estos hijos de puta. *Simple, sencillo. Y mucha gente decía lo mismo.* Estamos mal pero somos independientes. Tenemos dignidad. Somos un país digno. Somos un país que respeta el mundo. *No había engaños. Los cubanos son ácidos. Duros. Muy, pero muy duros. Crueles.*

*Allí en Varadero había una orquesta. Eran cinco o seis músicos. Tocaban sones, rumbas, habaneras, mambos. En la pausa me puse a conversar con el director. Le pregunté cómo era antes de la revolución, cómo se sentían ahora, cómo estaban trabajando. Antes había dos o tres que ganaban millones, uno era Pérez Prado, un mafioso. Otro Xavier Cugat. Iban de Cuba a Nueva York, de Nueva York a Cuba, de Cuba a Miami, de Miami a Cuba, iban y venían. Pero los demás pasábamos hambre. No hablaba como yo, que soy apasionado. No. Él era tranquilo. Pasábamos hambre. Los músicos pasábamos mucha hambre antes. En cambio ahora, tenemos nuestro sueldo, como cualquier trabajador y tenemos un circuito. Tocamos en los lugares donde los trabajadores cubanos van a tomar sus vacaciones. Y estamos en Santiago de Cuba y en Camagüey. Tocamos acá, tocamos allá. Y tocamos en La Habana y nos vamos turnando. Vamos haciendo un circuito. Dejamos Varadero y viene otro grupo a tocar. Y todos tienen trabajo. Y tocaban bien. Los arreglos muy bien hechos. Muy finos. Excelentes instrumentistas. Las piezas de memoria. Nada de partituras. Extraordinario.*

~

— *Llegamos a Pinar del Río, allí estaban los quinientos estudiantes europeos plantando café al pie de los tabacales. Hacía un calor insoportable. Estaban enloquecidos. Fuimos a hablar con Melva Hernández. Y le dijimos: Lo que está ocurriendo en Pinar del Río*

no es lo que habíamos convenido, los estudiantes tenían que ser integrados en las brigadas de producción, en las brigadas de corte de caña, en las brigadas agropecuarias, en las brigadas de fábrica, en distintos lugares de Cuba. Eso era lo que se había convenido. Si ustedes tienen a quinientas personas encerradas plantando semillitas de café, no se extrañen que tengan gravísimos problemas. *Los cubanos habían construido una pequeña ciudad, un establecimiento turístico de lujo para los quinientos europeos. Muy bonito. Una finca con empalizada de cañas, discreta vigilancia y servicio de comidas. Estaban aislados, lejos de la población. La mayor parte de los brigadistas regresó antes de la primera semana.*

~

— *Edité un libro, cuando murió el Che, con fotos inéditas. Imprimiéndolo me produjo esta herida con la máquina, se me saltó, me agarró y, sacando el dedo... yo hice así... lo tapé y le dije al compañero: ¡Pará la máquina y llevame al hospital! Cinco puntos. Y después terminé el libro en otra imprenta. Fue la maldición del Che. Un aviso para que no lo hiciéramos. Ese fue mi aporte para embalsamar el cuerpo del Che. Como a Lenin y a Eva Perón lo hemos embalsamado, en este caso, en haluros de plata, una técnica que no conocían los egipcios, que los rusos no emplearon y que el doctor español despreció. Nosotros la utilizamos.*

*Los cubanos me pasaron las fotos. Lo edité, lo distribuí. Se vendió. Fue interesante. Tengo uno o dos ejemplares. Poesía, textos de latinoamericanos, de Nicolás Guillén, algo de Fidel, documentos. Fotos exclusivas. Los cubanos tienen una colección enorme del Che. A él le gustaba mucho fotografiarse. Hice un afiche en Dina 1, que es el tamaño más grande que se puede imprimir, donde él estaba con una pistola 45, así parado, apuntando. Era un gran tirador con pistola. En el '69 imprimí el libro.*

~

Álbum de fotos de El Che, *ediciones del SDS, Friburgo, 1969, edición bilingüe, castellano-alemán, fragmentos de poetas, escritores y políticos, textos de Guevara. Infancia y juventud, México, Sierra Maestra, el triunfo, la familia, ministro, embajador, Bolivia.*

*Ultima foto pública del Che en Cuba. Con toda su familia en la víspera de su salida de Cuba.*

El fotógrafo no se ha esmerado. Tal vez lo intimidó el comandante Guevara, fotógrafo él mismo desde los tiempos de México. La composición es dispersa. Un amplio espacio aleja al Che de Aleida. Al fondo, una ventana rústica de paneles de vidrio horizontales, aletas de pez. Resplandor de origen incierto, línea de sombra sobre la frente de Guevara, relieve del arco superior de las cejas, inminente ataque de asma.

En el extremo izquierdo de la fotografía, Aleida March, sin maquillaje, con lágrimas recientes, intenta una leve curvatura en los labios, la sonrisa de La Gioconda una vez más. Sin embargo, no puede evitar que sus ojos, que miran hacia ningún lugar, delaten su dolor.

~

*“La lección de anatomía del doctor Tulp”. La Haya, Mauritshuis; Bolivia, Vallegrande (1632-1967); (169,5 x 216,5).*

El doctor Nicolaes Pieterszoon Tulp del gremio de cirujanos de las Fuerzas Armadas de Bolivia, da una lección pública de anatomía. Para registrar el acontecimiento, ha llegado desde Leyden el joven Rembrandt. El cuerpo, aún en la camilla que lo ha traído desde la escuela de La Higuera, es exhibido sobre la piletta de la lavandería del hospital de Nuestra

Señora de Malta. El doctor Tulp señala las diez heridas de bala. El enfermero asistente, ajeno a la disertación del doctor Tulp, sostiene la cabeza de Ernesto Guevara y posa para el fotógrafo del extremo izquierdo. Este último no pertenece a la mano de Rembrandt, es una adición posterior de su discípulo, Jacob Adriaensz Backer. De este modo, se alcanza el número de siete personas reunidas en torno al doctor Tulp, un día de enero de 1632, fecha que oculta la originaria: 13:10 de la tarde del domingo 9 de octubre de 1967.

~

*— Yo me iba a quedar en Cuba. En el '68 ya estaba casi decidido. Ese año había terminado mis estudios musicales en Alemania y estaba sin el permiso de estadía normal. Era ilegal. Y eso me generó muchos problemas después, hasta que en el '72 me fui a Santiago de Chile porque estaba Allende. No quería volver a la Argentina. Ya no me interesaba. Me salió todo al revés. Debí haber venido, llevar mis cosas a Córdoba, guardarlas bien y ver cómo reorganizaba mi vida. Pero me fui a Chile, vino Pinochet y perdí todo.*

~

*— Entre el '68 y el '69 estaba en falta, fuera de la ley. Ya no era estudiante, no tenía trabajo, mi visa se había terminado, no hice los trámites para renovarla o para conseguir un permiso de estadía.*

*Al regreso de Cuba, a causa del aumento en el boleto de los tranvías, detuvimos el tránsito de Friburgo, paramos la ciudad. La geografía de las calles lo permitía. Esa lucha por el boleto fue lo que me puso en la mira de los sabuesos. Y me empezaron a seguir hasta que encontraron el motivo para meterme preso y llevarme ante el juez: el pasaporte que no estaba en regla. Ahí mismo podían subirme al avión y mandarme*

*a la Argentina. Empaquetado. Pero se movilizó la mitad de la universidad. Yo estaba en el edificio de Tribunales, esperando la entrevista con el juez. Tenía que inventar una historia, explicarle por qué estaba en falta, qué pensaba hacer. Y afuera había seis mil personas delante del edificio de Tribunales. El juez, la abogada defensora y el fiscal conversaban en el pasillo, preocupados, en voz baja, pero igual escuché al juez:*

– Nadie va a afectar mi juicio.

*Empezó la audiencia y yo hice como cuando estoy en peligro, me hago el otario, el tonto, el estúpido.*

– Soy compositor y estoy componiendo obras, y cuando estoy en proceso de composición pierdo el sentido del tiempo, no sé dónde estoy, no sé dónde vivo, estoy en la música.

*Pero en realidad yo no sabía cómo resolver el problema, no era estudiante, no tenía trabajo. El juez también lo sabía. Sólo podía quedarme si tenía un contrato. Los de migraciones me querían poner en el avión ese mismo día pero el juez lo impidió:*

– Son las cinco y media, recién mañana voy a decidir. Que lo alojen.

*Esa tarde la abogada habló con el rector de la universidad y surgió un trabajo en el Instituto de Musicología. Me ofrecieron un contrato y tuve derecho a una visa. La infracción que había cometido fue penalizada con una multa de 350 marcos.*

– Pero, no tengo dinero.

– Bueno, ¿cuánto puede pagar por mes?

– Treinta marcos.

*Quedó así: treinta marcos por mes hasta llegar a 350. Once meses, un año. Si me atrasaba un minuto*

*del día y la hora del vencimiento, era motivo suficiente para la extradición. El resto del arreglo consistió en que yo tenía un permiso de estadía hasta julio de 1972, lo que duraba el contrato. Allí expiraba y no se iba a prorrogar.*

~

*— El encargo que me dieron en el Instituto de Musicología fue la investigación de un órgano con el cual se pudiera hacer música contemporánea. Desarrollé dos cosas fundamentales en ese proyecto. Una fue una escala donde la octava estaba dividida en treinta y seis partes desiguales. Tuve que calcular las frecuencias de los sonidos al dividir la escala en treinta y seis partes desiguales. Esa desigualdad respondía a un cierto esquema en todas las octavas, esquema que se iba a repetir. El segundo punto fue diseñar un teclado para una octava de treinta y seis teclas. Si ponía las teclas en línea, como en el piano, era imposible. Diseñé un tablero semicircular y, dentro de ese semicírculo, las octavas estaban dispuestas en sectores, en grupos, y no había teclas, sino botones, idea que me dio el bandoneón. Dentro de ese sistema, de esa disposición, cabían nueve octavas. Nueve o más, once octavas. Calculé cuántos sonidos dan esas once octavas por treinta y seis. No era un teclado de ochenta y ocho teclas, sino de trescientas noventa y seis. Y estaban las octavas dispuestas de modo que se tenía acceso con los diez dedos de la mano, a los sonidos más graves y a los más agudos. Tal como ocurre con el bandoneón, se podían apretar diez sonidos simultáneos, pero en una extensión enorme, desde los más graves a los más agudos, lo que daba unas posibilidades increíbles. Si en cada octava había treinta y seis sonidos distintos, y no iguales los intervalos entre sí, significaba una performance muy interesante. Hice ese trabajo durante*

dos años, hasta el '72. Fui a la fábrica, cerca de Frankfurt, donde fabrican los famosos órganos Walker. Llevé carpetas, gráficos, dibujos, dos años de trabajo. Hablé con ingenieros, con artesanos, gente de mucha experiencia. Expuse razones, desarrollé posibilidades. No les interesó. Ni siquiera miraron el proyecto.

~

— Gracias al trabajo de investigación, los sábados tenía acceso al órgano Prettorius de la Universidad de Friburgo, un instrumento histórico, lo hizo fabricar el profesor de musicología, en esa misma fábrica Walker que despreció mi proyecto, siguiendo las indicaciones del Sintagma Musicum de Michael Prettorius. El órgano sonaba distinto, especial. Y era la afinación no temperada. De modo que era imposible tocar una tonalidad de mi bemol mayor o la bemol mayor o fa sostenido mayor. Pero sí se podía tocar en do mayor, en re, en sol, en fa, donde había muchas teclas blancas. Donde intervenían muchas teclas negras, ¡imposible! Me encantaba eso, ahí aparecían las afinaciones de la octava dividida en treinta y seis partes desiguales.

~

— Para experimentar comencé a reunirme con Peter, físico especializado en electrónica que trabajaba en una fábrica de aparatos de detección medicinal a distancia. Había diseñado electrocardiogramas, electroencefalogramas, para medir parámetros en movimiento, por ejemplo, de un paracaidista cuando está en el aire. Y era músico, tocaba el piano y además, era fotógrafo. Un artista. La madre había sido escultora y el padre, pintor. Peter tenía gran cantidad de habilidades, podía improvisar horas enteras en estilo de ragtime 1909, Nueva Orleans. Tenía su laboratorio, su taller en el sótano de la casa. Pasábamos horas conversando. Fabricó un órgano electrónico

*con diodos, tubos de vacío antiguos, desperdicios del correo. Estuvo años trabajando en eso. Sonaba, pero se desafinaba. Un órgano desafinado es algo fantástico para música contemporánea, precioso, una belleza.*

*Peter se había fabricado una guitarra eléctrica, la enchufaba a una radio vieja, los parlantes sobaban. Un día la llevó al aula magna de la universidad y comenzamos a improvisar. Y yo, para tener una documentación, hice grabaciones. Me había comprado un Revox, grabador de cinta abierta de alta performance, muy buenos micrófonos, una mezcladora, una consola. Pude hacer esas compras con un trabajo para televisión, escribí música para una película, me pagaron bien y puse todo el dinero en los aparatos. Grabamos. El lunes nos juntamos a la noche y escuchamos las grabaciones. Quedamos en conseguir para el sábado siguiente, más instrumentos, otros músicos.*

~

*— La próxima vez vino Günter, doctor en sociología, un virtuoso de la flauta traversa. Tenía lentes con dioptría diez. Habilidoso como dibujante, como caricaturista. Trabajaba encima del papel. Tenía un humor de duende, un humor de enanito de jardín. Simpatiquísimo. Como improvisador y como instrumentista, un tanque, hacía lo que quería con la flauta, cualquier estilo. Le pedías una cosa y la hacía, le pedías otra y la hacía. Una gran cultura musical.*

~

*— Entre diez o doce compañeros habíamos alquilado una casa vieja de cuatro pisos. La dueña vivía abajo y nosotros ocupábamos el resto, incluida la mansarda. Nos repartíamos el alquiler entre todos. El lunes siguiente, en esa casa, el grupo escuchó la grabación. A todos les gustó. Hubo entusiasmo. Se fue*



*estableciendo la reunión de los sábados, de las once de la mañana a la una de la tarde. Antes de la reunión se hacían las compras semanales. Así que íbamos con las bolsas, con los víveres recién comprados. Y terminada la improvisación cada cual se iba a su casa y después, el lunes, escuchábamos las grabaciones, hacíamos la crítica y planificábamos para el sábado siguiente. Adoptamos un criterio democrático, cada sábado tenía que planificar uno del grupo. Al poco tiempo ya éramos siete, ocho improvisadores. La tarea iba rotando. A mí me tocaba planificar cada dos meses. O cada mes y medio, o cada mes. Tenía mucho tiempo para pensar.*

~

*— Llamé procedimientos a las partituras gráficas que utilizábamos en las improvisaciones. Se definían parámetros, formas que surgían de cualquier motivación. Por ejemplo: la forma se establecía cuando mirábamos cada una de las ventanas del aula magna, donde estaba el órgano. Improvisábamos sobre esa ventana. La segunda parte, era la segunda ventana. La tercera parte, la tercera ventana. El lugar del podio, el púlpito, el pupitre, significaba una cosa especial y después venían las otras ventanas de la pared opuesta que daban lugar a otras formas. Una forma simétrica con una parte central más importante. Por ejemplo decíamos: en la primera ventana va a improvisar un solista, tal instrumento; en la segunda ventana, un dúo; en la tercera, un trío; en la cuarta, un quinteto y, cuando miremos al podio, todos los instrumentos improvisan. Y luego, se va desarmando, en las otras ventanas, con otras configuraciones, con otros dibujos y combinaciones. Definíamos elementos melódicos, intervalos, sonidos, armonías, efectos tímbricos, ritmos. Y cada cual tenía sus ideas, sus conceptos. Cada uno que planificaba la improvisación del sábado explicaba a los demás y,*

*una vez que habíamos entendido, nos largábamos. La partitura estaba en el órgano y nos guiaba. Era una partitura gráfica, no con sonidos. Y grabábamos. Tuve en mi biblioteca unas cuarenta y dos cintas, algunas de veintiocho centímetros, otras medianas y también había cintas chicas. En total, cuarenta y dos. Un material enorme. Estas improvisaciones ocurrieron entre el '69 y el '72.*

~

*— Las sesiones finales fueron transmitidas por una emisora para toda Alemania. Yo hacía la percusión, pero mi instrumento fue el piano desde el origen. Comencé en Bahía Blanca con mi hermana. Habíamos viajado desde Bolivia, ella tenía que entrar a la escuela secundaria, ir en tren a Oruro desde el campamento minero, estar toda la semana sola. Imposible para aquella época. Mi papá tenía contrato por dos años más en el ferrocarril, en el Patiño Mains Company, como ingeniero de vías de obras. Entonces decidió que mi hermana y yo fuéramos a Bahía Blanca, con mi abuela y mis tíos. Nos dieron una pieza grande donde estaba el piano. Mamá dijo: quiero que los chicos vayan a estudiar piano. Y papá: ¡Gabriel no! ¡Eso es para mujeres! Mamá se plantó. Nunca decía nada. Pero ahí se plantó: O van los dos o no va ninguno. Nos mandaron a tomar clases con una viejita muy simpática. Y ya el primer año empecé a inventar cosas, pavadas, unos acordes estúpidos y le dije a la profesora que quería tocarlos a fin de año para el examen. Y ella, pobrecita, fue un acto de ignorancia y de irreflexión, no tuvo la culpa... Se rió. Y me humilló tanto esa risa, que pasé cuatro años sin hacer nada. A causa de eso. De bronca. De que se había reído y de que no me había dejado tocar. Tardé cuatro años en intentar hacer otra cosa.*

*Así es como comencé en música. Con esa doble humillación. Mi padre y la profesora. Seguí estudiando. En Entre Ríos, en Concordia, fui a la clase del mejor maestro que había, un italiano que me enseñó a tocar Mozart. Él tocaba las sonatas de Mozart, de Beethoven. Y lo hacía muy bien. Muy buen pianista. Y yo estudiaba mucho, hasta seis horas por día. Y allí fue, en Concordia, cuando toqué por primera vez en público, en el teatro, una sonata de Mozart en la menor, la famosa sonata de los últimos años de Mozart. Demasiado para un chico de 14 años. No me debían haber dejado tocar eso. Me acuerdo todavía. Me suena en la cabeza.*

*El piano es mi instrumento, pero no tengo piano. Comprar uno es como comprar una casa. Uno se queda en el lugar donde se encuentra el piano. Por eso no lo hago. Por eso no tengo casa ni piano.*

~

*— Nos empezamos a hacer famosos en Alemania, nos conocían, las cintas y las copias circulaban. Los compositores, las escuelas de música, escuchaban lo que hacíamos y éramos el grupo de improvisación de Friburgo. Pero jamás actuábamos en público. Llegamos a ser famosos sin actuar en público. Recién cuando yo me fui, en el '72... claro, yo le imprimía al grupo unas características especiales, estaba comprometido con el SDS, las autoridades no daban autorización para que el grupo actuara, nos bloqueaban de manera sutil. Cuando me fui a Chile en el '72, el grupo comenzó a hacer funciones en escuelas, por las calles. Pero muy pronto, el movimiento político lo destruyó. Mientras fue un grupo experimental se mantuvo coherente. Pero cuando salió a la palestra, la política, las diferencias conceptuales hicieron que el grupo se dispersara.*

~

— *Esa era mi vida, así pasé mis últimos años en Alemania. Trabajando en la universidad, con el grupo de improvisación y traduciendo con Peter los poemas de Roque Dalton. Los editamos en una edición bilingüe, en la editorial Estrella Roja. Tengo varios libros de Estrella Roja en mi biblioteca. Científicos, de historia, de economía. El libro de las traducciones nunca lo recibí. Tengo unas copias, unas pruebas de imprenta, nada más.*

*Se aproximaba la época en que debía irme de Alemania, como habíamos convenido con el juez. En el '72, en la Argentina, gobernaban los militares. Una situación poco propicia para mi regreso. Tenía dos opciones, Cuba o Chile. Me decidí por Chile, me interesaba Salvador Allende. Reuní mis cosas en dos cajones de un metro cúbico cada uno, 850 kilos que envié por barco. Tardaron varios meses en llegar a Valparaíso. El flete y mi pasaje en avión costaron 1.600 marcos, unos 900 dólares. Yo no tenía plata en absoluto. Ese dinero me lo cedió Peter.*

*Así es como un día, con 40 dólares en el bolsillo, me presenté con mis valijas en el aeropuerto de Frankfurt, a doscientos kilómetros de Friburgo. La balanza acusó un sobrepeso. No me alcanzaba el dinero para pagarlo. Le dije a la chica: Tengo 40 dólares, voy a Santiago de Chile, no tengo adónde ir, si pago esto no me alcanza ni siquiera para un taxi. La empleada arregló el asunto para que aparecieran 10 marcos. Estaba solo ahí, en el aeropuerto, en Frankfurt. Me llevaron en auto. Creo que Peter. Me parece que fue así. No me acuerdo. Quizás me dejó en el estacionamiento y se fue. No sé. Es una de esas cosas que está en la bruma. No sé qué pasó. Estaba solo, subí al avión. Mi primer recuerdo es el aeropuerto Kennedy en Nueva*

*York, nada más, no sé si dormí, si pasaron películas, si nos dieron de comer. El aeropuerto Kennedy era una mugre, una basura increíble. Por eso lo tengo en la memoria. En el avión le escribí a Celia, una carta extensa, páginas y páginas. No sé si la envié o la perdí en Chile. Pasamos por encima de Centroamérica, de las zonas donde se forman los huracanes. Cruzamos hacia el Pacífico, en una línea recta de Nueva York a Lima. Quedó una cámara Kodak en el asiento vecino, alguien la olvidó al descender en Lima. La encontré después, cuando estaba por llegar, la vi al bajar en Santiago de Chile. Una cámara sencilla, de plástico, descartable. Parecía una burla por la Leica perdida en el albergue de Bolonia, al comienzo del viaje, olvidada en una rama, al lado de los piletones.*

## XXXVI

Luis Ángel hace un amplio gesto con el brazo, abarcando la galería, donde se exponen los trabajos de los alumnos del taller de Guereña:

– *Mire qué castigo. Las cosas que tenemos que ver. Y, ¿cómo anda la literatura?*

– *Mal.*

– *Me alegro entonces. Veo que está trabajando.*

Emma, que en pocos meses se ha convertido en experta de arte, desmintiendo los prejuicios iniciales de Marcos, se cuelga del brazo de Luis Ángel y simula una caricia:

– *¿Sabés que le encontré un cuaderno de notas? Ahora que no tiene que dedicarse al diario, en cualquier momento nos sorprende y publica la novela postergada.*

– *No sólo te dedicás a violar papeles privados sino que también difundís calumnias.*

– *Bueno... ya que hablamos de violaciones...*

Guereña se suma a nuestro grupo:

– *¿Qué está pasando? ¿Hay alguna orgía y no me avisaron?*

– *Si hay algo que no soporto es ver a dos viejos verdes, babosos y alzados.*

– *Qué pronto se terminó la orgía.*

– *A ver Guereña, ¿por qué no contás algo de la prehistoria?*

– *¿Te parece?*

– *Tu primer encuentro con Piero, por ejemplo.*

– *¿Otra vez?*

– *Es que hay muchos que no la conocen. El joven... Marcos... Marcos, ¿vos la conocés? No. ¿Te das cuenta? Los nuevos artistas tienen que conocer el nacimiento de un marchand.*

Guereña se resigna y cuenta una vez más su primera historia con Piero. El auditorio se agranda con Elena, Marcos, Piero, alumnos y familiares que no conozco. Por entonces Guereña vivía en Esquel y Piero recorría la provincia con espejitos de colores para cambiarlos por cueros y pieles. En uno de esos viajes, Piero ofreció en pueblos y campos una lámina, un niño de ojos grandes y lágrimas deslizándose por las mejillas. Las vendió de inmediato entre los pobladores rurales. Teniendo en cuenta el éxito sorpresivo, se reservó una de las láminas, estaba cerca de Esquel y fue en búsqueda de un pintor. Le indicaron el taller de Guereña. Tocó el timbre a las doce de la noche. Apareció el maestro y Piero, mostrándole la lámina del niño, le pidió cien copias iguales para las siete de la mañana.

– *Exagerás. Apenas te pedí diez copias.*

– *Lo invité a pasar y tomamos un par de vinos. A la madrugada, Piero ya tenía el proyecto de abrir una galería de arte y trataba de convencerme para que me mudara a Trelew.*

Luis Ángel disfruta de estas historias y queda a la espera de Borsella o de Gabriel, futuras víctimas, también hay bromas para el músico alemán y el escritor indigenista, no hay piedad para los efebos tardíos, como los llama, pero ellos son astutos, se demoran, están alertas, tratarán de llegar al cierre de la exposición, cuando sólo queden Marcos y Piero y las burlas hirientes de Luis Ángel hayan perdido su oportunidad.

Ya nadie recorre la galería, los grupos se reúnen alrededor de la mesa, de las botellas de vino, y arremeten con los bocados dulces y salados. Las voces van en aumento y no distingo a sus dueños.

~

Estoy frente a la *“Serie de la muerte”*. Meses atrás, Marcos trabajaba en ella. Lo he visto haciendo equilibrio en la pequeña mesa de mimbre, con las tintas y los lápices en el suelo.

Animales arrasados sobre los muelles, a la vera del camino, en los baldíos. Huesos de una gaviota desintegrándose en los bordes de un barranco, entre piedras y malezas, en la tierra reseca, blanca como la gaviota, *chaika* chejoviana que Marcos Tréplev deposita a los pies de Nina Elena Mijálovna.

Ahora todos hablan a la vez, veo el movimiento de los labios pero las voces no llegan. Siento un leve temblor detrás de mí. Es apenas un instante. Cuando me doy vuelta, Elena ya se ha ido y está junto a Marcos, apoyada en su pecho.



## XXXVII

— *Cuando empecé a viajar por Europa, me di cuenta de que la forma de ordenar el lugar, los cuadros que ponía, las reproducciones, la organización del ambiente influía en mi capacidad de trabajo y de estudio. La primera noche, el primer amanecer. Despertarme y saber dónde estaba. Ponía referencias, una silla, un bolso, la ropa que dejaba apilada. Cada mudanza incluía cuatro columnas de madera de dos metros y una tarima que había encontrado en una obra en construcción. Elegía casas altas, con techos a más de tres metros de altura. Sobre las columnas armaba la tarima y así duplicaba el espacio. Arriba la cama, los aparatos de música y los libros. Abajo, los instrumentos, mi escritorio, el lugar donde estudiaba y componía. Desde que llegaba a una nueva pensión dibujaba lo que veía. Yo dibujo bastante bien. Iba a la montaña con mi cuaderno. Dibujaba el paisaje. Y en las habitaciones nuevas me sentaba en un rincón y comenzaba a dibujar. El lugar empezaba a pertenecerme con esos dibujos y ya no me sentía extraño. Los llevaba en el portafolio y, a veces, durante las clases, las conferencias o las discusiones, los completaba. El lugar era mío cuando terminaba de dibujar. Junté muchos de esos dibujos, con sus fechas y sus direcciones. Y en las habitaciones*

*que no lo hice, me fui muy rápido. No quedó registro de mi paso.*

*Y esta casa olvidé dibujarla.*

~

*— Desde hace algunos meses, en la pared de un baldío, hay una leyenda, una pintura rápida: “Gobierno obrero o miseria”. No está en otra pared de Trelew. Sólo en ésa, en el fondo del baldío. Un fragmento de cal y arena gruesa se salvó del desprendimiento. Allí escribieron “Gobierno obrero o miseria”. Uno de esos mensajes que nadie ve. Ahora el baldío está tapiado. Hay que subirse al cerco. Yo lo hice.*

*No tenemos gobierno obrero y tenemos miseria. No hay más plata para estudiar música. Las familias han retirado a sus hijos. Deben protegerlos. La música les hace daño. Y los más consecuentes, los herederos de esa generación que valoraba la cultura, crecieron y están en Buenos Aires o en el extranjero. La mayoría de los alumnos frágiles, de ocasión, se han ido. Los que quedan están becados por el Centro de Estudios Musicales o tienen media beca. No les cobro o pagan la mitad. El propietario de esta casa me inició juicio de desalojo. El alquiler no es caro pero no lo puedo pagar.*

*En un clavo que perforó un azulejo abriéndolo en innumerables grietas se acumulan facturas de gas y de luz.*

*— Ya me cortaron el gas. Veremos en el invierno. En cualquier momento vienen por el medidor de luz. Tengo una provisión de velas. Es suficiente.*

*Gabriel está empeñado en entregar el departamento en la peor forma posible. Sus pertenencias más queridas están a salvo, en cajas listas para ser trasladadas. Las estanterías desarmadas aguardan el*

momento de la partida apiladas en orden. Las paredes muestran su deterioro sin pudor. Desprendimientos, humedad, salitre, polvo y telas de araña. Alrededor de la cocina, colonias de hormigas y gusanos. No parece importarle. Parte de la vajilla está sin embalar y me ofrece una taza de té. Despliega sobre el tablero un mapa de las estrellas similar a los moldes de las revistas de costura que consulta Liliana.

— *En esta zona se puede observar muy bien. El cielo es claro y el aire limpio. Para ver con mayor precisión hay que ir al campo o a las chacras, donde el resplandor no molesta. En lo posible, en un terreno alto. Algunas noches es tanta la nitidez que, al cabo de un tiempo, no podés soportarla. A veces viene alguien pero, en general, voy solo. No tengo instrumentos poderosos. Pero lo que veo cada noche, cada fenómeno que registro, desde ese lugar y a esa hora no lo ve nadie más. Un punto de observación entre miles o cientos de miles.*

## XXXVIII

Salón de la planta baja del Banco de la Provincia del Chubut, frente a la Plaza Independencia. Los senderos sinuosos, se cruzan y enlazan a través de puentes y túneles. Caja N° 1, pago a jubilados y pensionados, vacía; caja N° 2, pago a docentes, para Elena; caja N° 3, depósitos y retiros, para Marcos; caja N° 4, cobro de servicios y tarjetas de crédito, mi lugar. Encuentro a Marcos en el primer puente.

— *Nos vamos a Buenos Aires.*

Perdemos un turno. Elena avanza gracias a dos juegos seguidos. Marcos se anticipa a mi pregunta.

— *Nos mudamos.*

Elena se aleja. Tengo tres casillas para recorrer pero Marcos me detiene.

— *Terminaron la construcción del departamento de Catalinas. Es chico, pero nos vamos a arreglar.*

A medida que avanzo, Marcos y Elena también ganan posiciones. Alcanzo una casilla con premio: cinco adicionales. Nos vamos separando. No puedo saber quién va adelante. Hay movimientos inesperados y marcho paralelo a Marcos.

– *Unos amigos que regresaron del exilio me convocaron para la sección de arte de un semanario.*

La meta está cerca y hay que sacar el número exacto. En caso de superarlo, se deben retroceder las mismas casillas que indican los números excedentes.

– *Ahora despacharé el telegrama de renuncia y por la tarde contrataremos la mudanza.*

Llego a la penúltima casilla. Mi número es superior. Las instrucciones indican: retroceder hasta el punto de partida.

## XXXIX

Gabriel ha vuelto a mudarse. Una habitación pequeña en el final del asfalto de la calle San Martín, en el extremo oeste de Trelew, camino hacia los hornos de ladrillos, las chacras, el río, el corazón del valle, la arcilla y el salitre.

En la esquina donde comienza la tierra se reúne un enjambre de mujeres, zona donde se detienen autos y camiones para que suban las mariposas de la noche.

~

— *Cree que vas a robarle la comida.*

He golpeado la puerta y se ha desatado la furia.

— *No tengas miedo.*

Retrocedo. Gabriel sujeta al perro, pero no sé si podrá con él. Un plato de aluminio y el recipiente para el agua se vuelcan.

— *No te va a atacar. Sólo defiende su comida.*

El temblor del hocico, los colmillos, la baba.

~

Es mi primer domingo en Trelew. Duermen los trabajadores de la electricidad en el hotel Oviedo. Mis

compañeros en la empresa estatal descansarán hasta el mediodía y, después, irán al refugio de las cabinas telefónicas, hablarán con sus familias que esperan en Mendoza, en San Juan, en Santiago del Estero, éxodo jujeño que continúa en versión limitada, alguien tiene que custodiar los bienes conyugales mientras el jefe se suma a la conquista del desierto, ceremonia que termina en lágrimas y en la fonda de don Fermín, soldado de la División Azul de Francisco Franco vencido por Stalin, lo estafarán cambiando etiquetas de botellas de vino, volverán a estafarlo a la hora de pagar, don Fermín se demorará con las cuentas, sumarán por él, aceptará el engaño a cambio de la compañía, qué sería de su fonda sin los electricistas, no le importa el dinero que le roban, la pandilla satisfecha volverá al hotel, dormirá hasta la noche y después recorrerá las calles de los barrios alejados en busca de putas. La soledad del domingo completará el aniquilamiento iniciado años atrás, cuando tenían mi edad y comenzaban a morir en las oficinas, a pudrirse sobre los escritorios. No servirán los índices de zona inhóspita que multiplican sus salarios, esa trampa que acelera el aniquilamiento. Los abandono en la madrugada, respiran serenos, confiados, sin los sobresaltos de las pesadillas y los ahogos, recorro los pasillos del hotel, el bar y el comedor oscuros, las mesas y las sillas en orden, la recepción vacía, no se cruza la galleguita, los electricistas me harán reproches durante la semana, se sentirán traicionados por mi paseo solitario. Amanece y estoy en la calle, deseo llegar hasta el río, no hay retorno, he roto con la logia, con los pactos tácitos, ninguno debe moverse en soledad. Es una mañana clara, una tregua después de días nublados, de frío y de viento. Una perra en celo se libera del asedio de la jauría, la veo venir, ha elegido sin dudar al cordero de Dios, la familia no perdona, envía al emisario para cumplir la venganza, para terminar

con el traidor, los dientes de Abraham llegan al hueso. Los perros despreciados se suman al ataque, ejército ardiente dispuesto a no separarse de su hembra y a rescatarla del intruso que pretende llevársela en sus narices, atada a su cuerpo, arrastrarla, revolcarla entre las piedras. Todos los perros del mundo me rodean. Alguien espía detrás de las cortinas y se pregunta quién alborota la paz del vecindario. Pero enseguida se oculta y desaparece la esperanza de auxilio. No verá nada. No oirá nada. Estoy perdido. Entonces el milagro, un ángel trae el perdón divino y detiene otra vez los dientes de Abraham, las mandíbulas se aflojan, mis huesos no tienen valor. La jauría reanuda el cortejo. Mi pierna sangra.

~

— *Pasá. Ya está tranquilo.*

Con las dos manos en el collar, Gabriel logra llevarlo al fondo de la habitación. Al pasar por una butaca giratoria, descosida y mugrienta, desplaza de un solo golpe la pila de revistas, diarios y libros que está encima y libera un lugar para el alumno. La pila se derrama en el suelo. Gabriel rescata uno de los libros y me lo alcanza. Lo hace rápido, con rara habilidad, sin abandonar el control sobre el perro. Son los Sonetos a Orfeo.

— *Es una edición de Planeta, sin el nombre del traductor, sin indicación de nada. La leí esta mañana. No tiene errores graves, salvo algunos detalles, pero me molesta. Es fiel, correcta, frívola, muy española, muy ligera.*

Un manojo de hojas sueltas, papel de descarte, palabras corregidas, tachadas, líneas que remiten a los márgenes, a códigos personales. Abro el libro, el hocico del perro a centímetros.



Paredes hinchadas, paneles de cartón, ropa sucia, diarios viejos, cajas vencidas, basura que desborda.

Gabriel cura un tajo profundo que recorre el dorso de la mano derecha.

*— Lo separé en una pelea callejera. El otro perro me hizo esta herida de un zarpazo. En el hospital me dieron dos puntos. Insuficientes.*

La herida no termina de cicatrizar. Hay remedios, gasas y algodón sobre la mesa, espacio mínimo en disputa, rivales de la taza de té y del plato de arroz sobreviviente del almuerzo o de la cena. Sin dejar de sujetar al perro, Gabriel vuelca el antibiótico en el algodón utilizando sólo la mano izquierda y frota la zona inflamada y teñida por el remedio. Termina la tarea y retoma la lectura, otra versión de los Sonetos, un libro despedazado que levanta del suelo:

*— Carlos Barral, edición de Lumen. Pretende superar al poeta, escribir su propio poema. Me irrita. Ignora que el ritmo no es sólo el acento y desprecia las consonantes. Le agradezco que me estimule a revisar mi traducción. Logró sacarme de las casillas. Claro que es una insolencia mía traducir estos sonetos. Una insolencia. Tendría que tener toda la obra de Rilke, leer los mejores estudios. Si alguien mirara mi traducción podría reprocharme que es muy grosera, brusca, vasta, fea. De acuerdo. No me propuse hacer una cosa linda. Me propuse traducir el pensamiento, las ideas, el concepto de Rilke. Por ahora. Voy a comprar otro cuaderno para una nueva versión. La voy a trabajar desde el principio. Raymond Chandler lo dice muy bien: el escritor es su estilo. Lo que más me llama la atención en Rilke es su tono de demiurgo, de brujo, de sacerdote antiguo, de sabio, a veces enigmático, serio, oscuro, neblinoso, una sombra en la niebla, una figura que se mueve dentro de la niebla. También es*

*sentencioso, declamativo, invoca a los dioses, a las fuerzas de la naturaleza, a los misterios para que se revelen y se pongan en evidencia. Y ese estilo no lo podés alcanzar diciendo:*

*Y era casi una niña*

*Y levantándose de esta dicha sin par de canto y vida.*

*Suena tan cursi. Este soneto no tiene nada que ver con “Y era casi una niña”. Tampoco es “dicha sin par”, es “la única felicidad del canto y de la vida”. “Dicha sin par” es frívolo. Está bien. No es ninguna objeción. Se puede traducir como “dicha sin par”. Pero es muy distinto decir “única felicidad”.*

Gabriel rescata otro libro debajo de los algodones usados:

*— José Vicente Álvarez, Centro Editor. Rilke es un poeta duro, de ideas complejas pero los traductores lo debilitan. Su tono es pesado, lento. No es cantarín, liviano, grácil. No es albertiano, no es Rafael Alberti. Es un carro con ruedas cuadradas.*

*Cuando empecé a leerlo no lo entendía. Pensaba: ¿qué está escribiendo? Y después, al traducirlo, ¿qué pensamiento, qué vida, qué experiencia! Cada soneto es una obra de teatro. Es una escena. Es ir leyendo novelas, cuentos, historias. En este soneto, el XVI, el dueño le habla a su perro, ¡a un perro! ¡Qué imagen! El dueño y el perro. ¡Qué vuelo, qué filosofía! ¡Mi perro! Tiene un quiste, se le formó por un edema. Tengo que curarlo. Hay grasita adentro y le duele ¡Pobrecito!*

*Du, mein Freund, bist einsam, weil...*

*Estás, amigo mío, en soledad*

~

La cama ha sido volcada contra la pared dejando al descubierto el elástico de madera, el revoltijo de sábanas y el colchón grasiento, liberando el espacio que ocupa durante la noche, cuando la habitación múltiple se recupera como dormitorio y Gabriel coloca la cama en diagonal, única forma admitida y la deja expuesta a los azotes de los vientos. Isla de baldosas, foro romano. Alrededor de este valle se amontonan los instrumentos musicales, las cajas, la ropa, los restos de la vajilla que lograron superar la nueva mudanza y amenazan con sepultarlo en una avalancha colectiva y simultánea. Alcanzo a distinguir los estuches de madera rústica que custodian las violas barrocas, y las pinturas que forman su galería de arte. Veo los marcos quebrados y los vidrios rotos. No hay colores ni formas que se destaquen, todo lo puede la capa de polvo, la penumbra, la humedad.

— *Siempre tuve la mente muy aguda para captar las relaciones, los acontecimientos históricos en diferentes épocas y comprender el sentido de las cosas. El infierno, nuestro castigo, es tener conciencia de nosotros mismos y el tratar, con esa conciencia, de comprender nuestra historia, de comprender todo lo que ocurre en el mundo. Relacionar las cosas y encontrarle un sentido a esas cosas. Ese es el infierno. Ese es el castigo.*

Gabriel reanuda la desinfección de la herida con la misma indiferencia.

— *Una empalizada de roca viva sin camino lateral. Eso fue Europa para mí. Esa muralla que encontré con la Vespa en mi primer viaje. Otros no la vieron, se estrellaron contra ella o tomaron otro camino. Porque se puede viajar de muchas maneras. Contratar una*

*excursión y atiborrarte en quince días de arquitectura y museos, ahogarte en asombro y continuar el viaje con náuseas y deseos de vomitar.*

Gabriel suelta al perro. Ya no me amenaza. Se echa al suelo y escucha.

*— Pero hay otras formas de viajar. Formas que te pegan un cross en la mandíbula en el primer round y la pelea es a quince, es por el título del mundo y vos no estás entrenado y no tenés manager. Estás solo en el ring, las luces te encandilan y el rival tiró el primer golpe y acertó en la mandíbula. Te paralizó. Hubiera sido mejor caer, pero quedaste de pie, los ojos abiertos y el cuerpo rígido. Y así tenés que atravesar los quince rounds.*

*Se puede viajar huyendo de un padre autoritario, de una mujer que te asfixia, de un embarazo que crece sin que vos tengas la menor idea de lo que eso significa. Porque yo no viajé a Europa sólo a estudiar los métodos musicales en las escuelas primarias de Italia. Yo viajé porque estaba huyendo, aunque entonces no lo sabía. Huyendo del pozo de mierda en el que estaba hundido. Pero ya tenía treinta años y comenzar la vida a esa edad es tarde: cerrás los ojos y cuando los abrí tenés cincuenta. Estás en el décimo round.*

*Tal vez tu hermano también se fue huyendo de algo o de alguien y ni él ni vos lo sabían ni lo saben ahora. Pero vos sí sabés que el viaje te va a doler. Sabés que no lo vas a soportar y que te vas a quebrar. ¿Por qué? No lo sé. La verdad es que no lo sé.*

~

*— En la Edad Media, las familias aristocráticas, feudales, derivadas de las grandes familias romanas, se reconocían por el nombre de una planta. El apellido de mi madre pertenece a la casa Planta de Retama, una*

*casa extendida por toda Europa, tal vez relacionada con los fundadores de la monarquía inglesa, la monarquía sajona. Mi mamá era princesa, descendiente de una casa real. Cuando estuve con mis familiares en España traje una foto de 1925. Quedó en un taller de marcos. Mi abuelo tenía frutales y también el molino. En esa época ser el propietario del molino era ser el poderoso del lugar. Y perdió todo en las guerras de sucesión. Él apoyó a los carlistas y los carlistas perdieron. Y allí también se perdió mi herencia. ¡Cómo se han venido abajo las casas reales! ¡Mirá adónde estamos los descendientes de los reyes!*

~

*— Y volvemos al olvido, para qué sirve el arte de olvidar. Recordar, no recordar, esa es la cuestión. Y también, ¿por qué no?, olvidarse de la belleza y de la alegría. No hay belleza ni alegría en el mundo. Olvidarse para sobrevivir. Olvidarse de ser el primer egresado del Instituto Carl Orff de Salzburgo. De haber estudiado composición con el maestro Henze. De los cursos en el Mozarteum, en el Instituto Pontificio de Música Sacra, en el Conservatorio Santa Cecilia de Roma. De los estudios de Marx, Lenin, Hegel, Husserl. De los viajes por Europa en una motoneta Vespa. Olvidarme de la Vespa y de la Leica que alguna vez tuve. Que crucé cinco veces los Alpes. Que estuve en bibliotecas maravillosas, que vi manuscritos de Mozart, de Giovanni y Andrea Gabrieli en la biblioteca de San Giorgio, en Venecia. Que copié sus partituras a cinco y ocho voces con tinta china en papel transparente. Que estuve en la Cuba de Fidel Castro y en el Chile de Salvador Allende. Porque si no me olvido de eso, si no expulso toda posibilidad de piedad, ¿cómo puedo dejar de preguntar para qué?*

Gabriel está de pie y sus movimientos amplios

chocan contra el cerco que nos rodea. Desde una de las cajas se desliza el traje blanco de hilo, el traje que Gabriel usaba en los conciertos de verano. Cae lento, sin estridencias. Los bordes raídos, las costuras rotas. Sin botones. Deshilachado.

— *¿Para qué?*

Detrás del traje blanco cae el saco de pana verde que llevaba aquella primera noche en el cine Coliseo. Las manchas de grasa. Los desgarros.

— *Para terminar en la casilla de un perro.*

Sí. Una casilla de perro.

— *Grotesco.*

## XL

Marcos acciona la llave de contacto. Como siempre, el encendido falla. Nunca tuvo tiempo para perder en talleres mecánicos. Deja pasar varios minutos sin nuevos intentos. Veo la tensión en el rostro de Elena.

— *Algún día nos va a dejar a pie.*

— *Tal vez, pero hoy no.*

Por fin, el auto se pone en marcha y corresponde a la confianza de Marcos. El sonido del motor pronto es regular y la pelea incipiente se disipa.

Desde que llegaron apenas hemos cruzado un par de palabras, ellos en sus asientos y nosotros en la vereda. Desean alcanzar cuanto antes al camión con la mudanza. Lleva un par de horas de ventaja y tienen temor de perder contacto. El camión lleva muebles, vajilla y ropa. Si lo pierden, si los engañan, se quedan sin nada.

Sin embargo, no se deciden a partir. Hay tiempo para un gesto más pero el pudor nos deja inmóviles.

Valeria y Natalia disputan la misma ventana. Apoyan las manos en el vidrio y Damián suma las

suyas a la despedida final. Las sucesivas curaciones han mejorado algunos sectores de su mano, la venda es más liviana y cubre sólo la palma, los dedos están libres, pero la cicatriz necesitará futuros injertos.

Elena, recostada contra la puerta, mira hacia el tablero, atenta a los comandos, a las pequeñas luces del tablero, el títular rojo y amarillo. Liliana colabora con Marcos y vigila que no haya obstáculos imprevistos ni vehículos que aparezcan desde la avenida. El auto retrocede para descender las dos ruedas de la izquierda montadas sobre el cordón. Marcos corrige la dirección para quedar paralelo a la calle. Ahora sí, listo para partir.

Último saludo. Un leve agitar de manos.

Ya no hay nada por hacer.

Liliana y Damián entran en la casa. Siento cerrarse la puerta a mis espaldas. Quedo en el borde de la vereda viendo cómo el Renault se aleja. Los ruidos del motor no se corresponden con la velocidad que desarrolla. Una sucesión de rugidos, de temblores, un simulacro de puesta a punto antes de correr las quinientas millas de Indianápolis.

El Renault llega a la calle 25 de Mayo, la luz intermitente indica giro a la izquierda, el auto se detiene para dejar paso al tránsito, intenso y veloz a esta hora, después dobla y entonces sí, desaparece.

Una nueva oleada de vehículos reemplaza a los anteriores. Sólo falta el Renault, en el cruce del pasaje y la calle, esperando turno para sumarse a la caravana.

El pasaje Córdoba queda vacío, con restos de humo y de aceite quemado.

Estoy sostenido por los vientos que neutralizan el mediodía del sábado de diciembre.



~

El almuerzo termina pronto. Hay buen sol y buena temperatura, es una pena estar encerrado. Damián sale al patio, allí lo espera la montaña de juguetes. Liliana completa el tendido de ropa que quedó en suspenso para asistir a la despedida.

Ahora, ambos persiguen al pequeño gato color canela, regalo de doña Ángela, que se escapa y reaparece entre las plantas. Los veo correr y reírse.

La mesa en desorden, la fuente de pastas enfriándose y las ollas amontonadas en la pileta. Miro por la ventana que da al pasaje Córdoba: el fragmento de cielo continúa despejado. Si esta mínima fracción resulta cierta, la resolana de la tarde será insoportable.

## XLI

El perro duerme en el fondo de la habitación, sin importarle mi presencia. No amenaza ni teme por su comida. El plato está vacío.

Gabriel continúa curando la herida de la mano, aún abierta. Está de espaldas, trabajando con el paquete de algodón y el líquido desinfectante.

El espacio se ha reducido desde la clase anterior, el desorden es mayor. Las cajas se han desarmado y la confusión es completa.

Despejo un lugar alrededor de la silla, unos centímetros para apoyar el estuche de la guitarra. Coloco las partituras en el atril. Espero sus indicaciones para comenzar. Gabriel arroja la venda sucia al rincón donde se acumula la basura. Gira la mano, mueve los dedos, comprueba la firmeza y elasticidad de la venda nueva.

— *El que se murió es Daniel.*

Lo miro sin comprender.

— *Daniel. Mi hijo.*

Ningún error. Es la voz de Gabriel.

– *El alcohol. Las drogas. Celia escribe miles de cartas. Reproches. Insultos. Injurias. Ya no las abro. No tengo nada que ver con ella ni con su familia. Ellos lo mataron.*

Gabriel coloca una partitura encima de las mías. Toma una de las violas, limpia el arco y las cuerdas.

– *La última vez, en Córdoba, la tocamos juntos.*

Es la *Sonata en sol mayor*, para viola da gamba, de Bach.

~

Niebla cerrada. Barro y humedad en las calles de Trelew.

Las mariposas fuman recostadas contra la pared. Ninguna se ofrece. No les intereso. Puedo seguir mi camino sin tentaciones ni pecados.

Calle Marconi, casa que fue de Marcos y Elena. Oscura, descascarada, sin señales de la vida que hubo días atrás. Pronto estaré frente a ella y no la reconoceré. Olvidaré las voces, las manos, los ojos. 25 de Mayo y pasaje Córdoba. Leve resplandor de la única lámpara en mitad de cuadra. Damián mirará sus libros de cuentos y tratará de recordar mi voz. Liliana habrá dado por terminadas sus tareas y fumará su último cigarrillo del día.

Las cortinas bajas de la juguetería, la estación de servicio que conocí a comienzos de los años sesenta, en el primer viaje a la Patagonia, el *château* de 1925, cabaret y restaurante, el bazar de los franceses, la vidriera con las cámaras fotográficas soñadas, la casa de lencería, encajes, transparencias, imágenes de mujeres inalcanzables, el negocio de iluminación, el kiosco y,

otra vez, las cortinas bajas de la juguetería.

Fugaz paso de Borsella yendo del salón a la cocina del bar.

Plaza Independencia. Sin voces evangélicas y sin gitanas. Bosque de sombras.

En el *Gato del callejón* Ricardo repasa en soledad los cuadernos de mensajes. Sobre la mesa, una taza de café y una copa de coñac. Esta noche dormirá sin compañía.

Empiezo a subir la loma. Las luces rojas y verdes del hotel Oviedo desafían la bruma.

Llego hasta los barrios altos. Tolderías de chapa, lona y cartón. Abajo, en la ruta tres, el rugido de colectivos y camiones. Grito que huye veloz.

Se abre un hueco en la niebla.

Aparece el corte de la meseta.

El valle se disuelve en la oscuridad. Comienza la noche mil dos.





# Agradecimientos

A Daniel Basi y Emma Gómez.

A Irene Gruss.

A Juan Carlos Moisés, Alfredo Pérez Galimberti,  
Jorge Spíndola, Raúl Artola, Bruno di Benedetto y  
Ariel Williams.

A Diana, Mauro y Hernán.

